

ERO
REPITE



NIEMPRE

G. S. PRENDERGAST

ERO
REPITE



SIEMPRE

G. S. PRENDERGAST

G. S. PRENDERGAST



Traducción de
Marcelo Andrés Manuel Bellon

GRANTRAVESÍA

Para Lucy, una chica muy canadiense

PRIMERA PARTE
VERANO

“No tengo fe en la perfección humana.”
EDGAR ALLAN POE



OCTAVO

Una luz flota sobre mí. Nada que reconozca. Recuerdo moverme, así que lo intento.

—No —dice alguien, me detengo—. ¿Sabes en dónde estás? —intento responder, pero descubro que no puedo hablar porque hay algo en mi boca. Sacudo la cabeza. Recuerdo gestos y señas. Algo sobre memorizarlos y ser examinado al respecto—. ¿Sabes quién eres? —busco en mi memoria, parece vacía. No pequeña o sin desarrollar, sino vacía. Vaciada. Sacudo mi cabeza otra vez.

—Bien —dice la voz—. Cierra tus ojos —no puedo recordar haber tomado una decisión yo mismo alguna vez, así que hago lo que me dicen. La idea de obediencia, corre a través de mí como un fluido tibio, viscoso. La obediencia y la ira, como si estuviera hecho sólo de eso.

—Octavo —dice alguien. Hay otro ruido, como un siseo.

—Te las arreglarás —dice la primera voz—. Él aprenderá de ti.

Detrás de mis párpados los pensamientos se retuercen, revueltos y desordenados, fuera de orden. Intento atraparlos, pero se deslizan en grietas y agujeros, como animales asustados.

—Trata de relajarte —dice la voz—. Son sólo impulsos neuronales residuales. Desaparecerán.

Pero ¿y si no quiero...?

Hay un destello brillante y un ruido como trueno. Y todo se estremece.

Las manos de ella, borrosas, se mueven delante de mis ojos.

—*¿Instrucciones?*

No puedo responder, así que sólo asiento con la cabeza. Estoy sosteniendo mi rifle con ambas manos. La palma de su mano impacta con fuerza en mi frente y me empuja contra la pared de metal detrás de mí.

—*¡Mirar! ¡Escuchar!*

Asiento con la cabeza. Asiento. Asiento.

—*Sí. Sí. Sí.*

—*Disparar dardos todos. Dejar donde caer. ¿Entender?*

—*Sí. Sí.*

Lo sé de todos modos. Las instrucciones resuenan en mi mente como un río crecido que se agita entre las rocas.

—*Tú obedecer.*

—*Sí.*

Soy obediencia. Soy malicia. Sostengo mi rifle con fuerza; los dedos y las manos cargan su peso, la sensación del gatillo, las tenues vibraciones.

Y entonces estoy corriendo detrás de ella, mi mano sobre su hombro, golpeando con el acero y la piedra, cuando somos consumidos por el calor y el fuego y el ruido. Al principio sólo escucho armas. Las nuestras, precisas, y las suyas, brutales, ruidosas. Pero debajo de eso está ese otro sonido.

Gritos. Están gritando. Pongo mis manos sobre mis orejas.

—*¿Hacer?*

—*Sí* —asiento con la cabeza.

—*Estúpido defectuoso y bajo rango, tener lodo, no cerebro.*

—*Sí.*

Ella me arrastra, aparta mis manos de mis orejas. Frente a nosotros, en el camino, emergiendo de las llamas y el humo, aparece un vehículo humano. Busco mi rifle, pero ya disparó ella; el dardo perfora el vidrio y el rostro del conductor. Hay un chirrido cuando el auto gira violentamente hacia nosotros, y salto hacia él; lo empujo para alejarlo hacia una pared alta mientras ella permanece allí, impasible, con su rifle todavía en alto.

—*Romper* —me dice ella con un movimiento de su mano, mientras marcha hacia mí.

Doy vuelta y mis puños atraviesan el vidrio de la puerta. Pequeños humanos gritan adentro.

—*Disparar dardos* —dice ella.

Ellos gritan y gritan. No puedo moverme.

—*¡MOVER!*

Doy un paso atrás mientras ella levanta su rifle. *Tunc. Tunc. Tunc.*

Los gritos cesan. Ella me aleja de ahí antes de que pueda dar un respiro.

—*¡Seguir!* —sus manos cortan el aire—. *¡Obedecer!*

Corremos entre dos altos edificios y salimos al caos. Cientos de humanos con armas y escudos disparan contra nuestras líneas. Las balas rebotan en mi espalda mientras ella me lleva al combate. Detrás de los humanos con escudos, otros están empujando y corriendo, tratando de entrar en un edificio. Nuestra línea se rompe y seguimos a un grupo que se abre camino justo a través de los escudos y armas. Los humanos armados caen a nuestro alrededor. Uno pone sus dedos alrededor del brazo de ella y jala su rifle hacia abajo. Sujeto al humano por el cuello y lo lanzo. Lo veo caer en un grupo junto con otros.

—*Bien* —dice ella.

Su elogio me anima. En el instante en que la masa de humanos atraviesa la puerta del edificio, salto y rompo una ventana. Ella entra delante de mí, y me arrojo tras ella, aterrizando entre los humanos que gritan mientras se dispersan, buscando con desesperación las salidas. Su rifle chirría mientras les dispara, uno a uno. Cuando se detiene, hay una docena de humanos inmóviles en el suelo.

—*Bien* —digo, aunque me siento mareado y caliente. Estoy ardiendo. Me balanceo en mis pies y la alcanzo.

—*Pensar frío* —dice.

—*Sí* —hago lo que me dice y siento que mi cuerpo se enfría y mi cabeza se aclara. La maldad es fría. La obediencia es fría. Yo soy frío.

Hay un ruido enorme afuera, una de sus rudimentarias armas. La fuerza de la explosión vuela las ventanas restantes hacia adentro. Instintivamente, la jalo debajo de mí, y la cubro con mi espalda mientras el vidrio golpea alrededor. Ella me empuja a un lado, camina sobre los cuerpos y regresa a la

puerta por donde los humanos entraron.

Afuera hay humo y llamas. Aquellos de nuestros soldados que no se encuentran en pedazos entre los seres humanos golpeados por los dardos, se paran trastabillantes. Un transporte desciende abruptamente y sobrevuela por encima de la carnicería. Ella me aleja, de nuevo hacia el camino en ruinas. Sobre nuestras cabezas explota un objeto volador humano y llueven escombros. Ella se escabulle lejos de mí antes de que yo pueda protegerla y se para con los brazos abiertos, desafiante, con el rostro vuelto hacia la explosión en el cielo mientras brasas ardientes llueven a nuestro alrededor como...

Sobre el rugido de nuestro transporte y los gritos de los humanos huyendo, escucho algo más, una especie de silbido. Un destello de luz frente a nosotros golpea en el costado de un auto humano y destroza las ventanas. Ella da un paso hacia el auto antes de que yo pueda detenerla.

Entonces estoy cayendo. Fragmentos de metal me alcanzan. Mi brazo se retuerce para bloquear uno, otro se estrella en mi rostro. Golpeo el suelo con fuerza y me hundo.

Obediencia. Ira. Estoy nadando en ella. Mis entrañas se retuercen y se agitan y los pensamientos se escurren por los agujeros de mi mente.

Nieve...

Una puesta de sol... el olor de...

Son sólo impulsos neuronales residuales. El dolor los pisotea, los mata.

—*Respirar.*

Parpadeo para sacar la sangre de mis ojos. Ella está inclinada hacia mí, arrodillada a un lado de mi cabeza.

—*Respirar. Obedecer.*

Lo intento. El aire es demasiado espeso. Me ahogo. Mi cabeza está abierta y todo está escapando. Y yo estoy en llamas.

—*Frío. Pensar frío. Obedecer.*

—*¿Herir tú?* —pregunto con una mano. La otra no funciona.

—*No. Repetir respirar.*

Obedezco. Cada respiración es como un cuchillo caliente. Vuelvo la cabeza hacia un lado y dejo salir mis pensamientos como gotas que caen. Me

estoy olvidando de todo. He olvidado cómo aferrarme a ellos. Pongo mi mano sana sobre el agujero en mi cabeza para intentarlo...

—*Detener. Estar quieto.*

Toca mi rostro. Su mano es cálida y firme.

—*Tú vivir* —dice con señas—. *Seguir respirar.*

La agonía de la siguiente respiración borra todo.

Mis ojos se abren en la oscuridad. La batalla terminó. Ahora estamos solos en el edificio con los seres humanos golpeados por los dardos. La luz plateada de la luna atraviesa la ventana rota y dibuja su silueta mientras se mueve.

—*Asustar yo, Octavo* —dice—. *Pensar tú morir.*

Eso me hace sentir tan feliz que el dolor se vuelve insignificante.

RAVEN

Nuestras propias estrellas nos traicionan.

Primero, cuando caen, formulamos deseos, luego más deseos, hasta que nos damos cuenta de que no es una tormenta de meteoros. Miramos aviones de combate disparar a través del cielo, y misiles lanzados en lo alto.

Pip y David, los directores del campamento, nos reúnen en el edificio principal y nos cuentan de lo que se enteraron antes de que la línea telefónica y el internet cayeran.

—¿Esto es real? —pregunta Emily, con su voz de tono agudo e infantil. Las luces parpadean. Parpadean y mueren. David sale a encender el generador. Todos nos sobresaltamos con el rugido cuando arranca; el brillo de las luces estalla en el techo. David vuelve diciendo algo sobre el racionamiento del combustible. Topher quiere saber cuánto hay, cuánto durará, como si hubiera alguna respuesta que haga todo esto más soportable.

Su gemelo, Tucker, se acurruca conmigo, respirando en mi oreja mientras observamos las pocas terribles noticias que quedaron grabadas en la computadora portátil de Pip. Ciudades en llamas en todo el mundo: Bogotá, Denver, Adís Abeba, Ciudad de México. Ejércitos de sombras blandiendo muerte emergen a raudales de una multitud de naves monstruosas. Los videos lo hacen real.

Nos abrazamos mientras Pip y David esbozan un plan. Aquéllos con experiencia en armas están equipados con rifles de caza y son puestos a hacer

guardia por la noche. El resto nos refugiamos en la cabaña de las chicas hasta el amanecer. Lo que falta del plan puede esperar la luz del día. Caminamos de puntillas en la oscuridad, mientras escuchamos los sordos estruendos en la distancia.

Bum. Bum. Bum.

Mientras tenga a Tucker, me digo, todo estará bien. No es la primera vez que el mundo se desmorona a nuestro alrededor. Nos suspendieron de la escuela. Una vez fuimos esposados y conducidos en patrullas de policía. Ambos enfrentamos a mis padres y a sus padres. Sobrevivimos a eso. Podemos sobrevivir cualquier cosa. Entretejo mis dedos con los de él, firme en mi creencia de que somos una fuerza inmutable. Ningún ejército de sombras cambiará eso.

—¿Quiénes son? —pregunta alguien mientras caminamos por el campo de atletismo. Las estrellas todavía tintinean en el cielo—. ¿Terroristas?

Esa primera noche, nadie quiere decir *extraterrestres*.

OCTAVO

Lo siguiente que veo es blanco, luego gris, luego verde. Y mientras las cosas toman forma, mi mente despierta en un campo, camino detrás de ella, con mi mano en su hombro acorazado. Poco a poco, los pensamientos toman su lugar, recuerdos, como partes de un rifle recientemente aceitado. Hemos estado afuera, en el mundo, por un tiempo, lejos de la batalla en la ciudad. Es un pensamiento del que apenas me doy cuenta. Me giro y observo. Un poco más atrás en el camino, tres humanos yacen bocabajo, aplastando la alta hierba bajo sus cuerpos.

Cuando ella sisea hacia mí, mis pies se mueven y doy la espalda a los humanos en la hierba, doy la espalda a la breve sensación de pérdida de sus formas sin vida que se agita en mí. Doy un paso con ella, con mi mano en su hombro, y otro más hasta que recuperamos nuestro ritmo, caminando con firmeza, mientras cualquier sentimiento que pudiera tener sobre los humanos caídos se desprende de mí como piel muerta sobre una cicatriz que comienza a sanar. Ella les disparó. No he tocado mi rifle. Ella prefiere que sea así.

Mientras caminamos, recuerdo cada vez más. Sobre mí y sobre ella. Sexta, le llamo. Tiene un rango superior al mío, y se nota.

Su puntería es impecable, y su decepción hacia mí, palpable.

—*Yo disparar. Tú contacto cercano*—me dijo con señas una vez, cuando aún se molestaba en darme instrucciones.

Contacto cercano significa combate cuerpo a cuerpo. Puedo hacerlo, sé

luchar. Y soy fuerte, mi fuerza incluso me sorprende. Puedo arrancar con una mano pesadas cerraduras para abrirlas, y una vez lancé un transporte en movimiento justo fuera de la carretera. Creo que sería letal en una pelea mano a mano, pero nadie se acerca lo suficiente. Incluso si lo hicieran, parecen tan débiles estos humanos, tan pequeños y vulnerables; apenas parece justo. Ni siquiera los que llevan armas usan armadura. Ahora alejo la mirada cuando ella les dispara.

Supongo que podría romper uno, si tuviera que hacerlo. Lo hice una vez. Ella cuenta conmigo para eso. Mataría para protegerla, pero no veo que ese tipo de peligro vuelva a aparecer. Ella dispara, yo la sigo o la precedo, rompo puertas y rompo cercas, cazando la última escoria de la humanidad. Nos estamos preparando. No sé por qué, y tengo miedo de preguntar.

Se supone que no debo preguntar. Se supone que no tengo miedo.

—*Octavo ser defectuoso* —afirma ella con frecuencia, usando ambas manos para mostrarme lo roto que estoy. Le diría que su desprecio hiera mis sentimientos si pensara que eso está permitido. Sin embargo, me trago el desdén, tanto como puedo, y lo dejo hundirse en la piscina de obediencia aceitosa dentro de mí. Allí se convierte en impulso para romper cosas.

Romper cosas está permitido, incluso se alienta. Voy a romper lo que esté en su camino. Quiero que sea feliz.

SEGUNDA PARTE

OTOÑO

“No es en absoluto una fantasía irracional que, en una existencia futura, veamos lo que pensamos nuestra existencia presente como un sueño.”

EDGAR ALLAN POE



RAVEN

Tucker murió esta mañana.

Mi alma se partió en dos.

La guerra que hemos evadido, de la que nos hemos ocultado y ocasionalmente fingido que todo fue un mal sueño se estrelló contra nosotros hoy, cuando Topher, después de buscar durante horas, encontró a su gemelo muerto bajo un pino, con un dardo en su columna y lágrimas metálicas oscuras en sus ojos abiertos.

Después de diez semanas de escondernos y esperar a ser rescatados, los invasores finalmente nos alcanzaron.

Los *extraterrestres*. No tenemos problema para decirlo ahora.

Me pongo ronca de tanto gritar cuando traen su cuerpo. Topher lo recuesta en el porche fuera del comedor y se derrumba junto a él. El resto del personal del campamento nos deja, demasiado aturdidos para procesarlo. Desaparecen dentro de las cabañas y cierran las puertas.

Quién sabe cuánto tiempo nos sentamos ahí, arruinados por el dolor, paralizados e indefensos. El sol está alto en el cielo cuando uso la esquina de mi playera para limpiar el líquido gris de los ojos marrones de Tucker.

—Ciérralos —dice Topher.

Pero quiero mirarlo un poco más.

—Ciérralos. El sol es demasiado brillante.

Nunca me ha caído bien Topher, y el sentimiento es mutuo. Él y Tucker

tienen... tenían ese vínculo que poseen los gemelos, y son tan parecidos que incluso sus padres los confundían hasta que Topher cortó su oscuro cabello al estilo militar. Se ven iguales, no lo son.

Tucker era despreocupado. Topher se contiene hasta el punto de la represión, un seguidor de la regla, un futuro juez o guardián de una prisión. Tucker es salvaje y genial... era... era salvaje y genial. Tucker está muerto. Topher es severo y firme y grave. Tucker era oscuro y profundo y complicado y exasperante.

Topher es recto y aburrido. Tucker tomaba riesgos. Saltaba de acantilados y puentes, tragaba píldoras desconocidas que lo mantenían despierto durante días, cabalgaba su larga patineta por colinas imposiblemente empinadas. Salía a cazar solo por la noche, desobedeciendo nuestro estricto sistema de compañeros, lo cual era una locura, incluso viniendo de él. Topher dijo que su gemelo tenía un deseo de muerte. Cumplió su deseo. Tucker está muerto. Y Topher vivo. Ojalá fuera al revés.

—Ciérrale los ojos, por favor, Raven, o lo haré yo.

Él usa mi nombre completo, no *Rave* como todos los demás. Raven significa cuervo en inglés, y no va conmigo. Cuando pienso en cuervos me imagino algo serio, astuto y elegante. Mi esponjado afro dorado y mi puñado de pecas me hacen parecer frívola y festiva, como fuegos artificiales, aunque eso tampoco va conmigo. *El cuervo está dentro de ti*, solía decir mamá, y siempre pensé que eso significaba que un día éste saldría, que me convertiría en alguien menos... caótico.

Todavía me miro en el espejo y no estoy segura de a quién veo. Mamá negra, papá blanco, ausente. ¿Eso me convierte en una mezcla? ¿Y parte de esa mezcla tiene que ser la familia blanca que ni siquiera conozco? Un halo de cabello rubio, labios gruesos, vivaces y enormes ojos, piel dorada. Sumando todo eso al elegante inglés de mi mamá, al michif de Jack, mi padrastro, y al francés que me enseñaron en la escuela, me siento como diez personas a la vez. Rave va conmigo, como si fuera una fiesta, pero sólo una parte del tiempo. No ahora. Rabia sería un mejor nombre ahora. Mis instructores de karate solían bromear con que Rabia podía ser mi nombre de luchadora, en medio de los discursos sobre cómo la ira necesita ser

controlada, especialmente en las artes marciales. Pero, por supuesto, no tenían manera de saber lo que iba a pasar, cómo perderíamos el control de todo.

Siento una pequeña punzada de culpa por desear que Topher esté muerto en lugar de su gemelo. Una pequeña punzada de culpa, hasta que recuerdo que si Topher pudiera haber elegido a cualquiera de entre nuestro pequeño grupo de supervivientes para sacrificarlo, probablemente habría sido yo, la chica que nunca fue suficientemente buena para su hermano, la alborotadora que hizo que nos arrestaran a todos en el parque. Él me elegiría porque estaba convencido de que la mala conducta de Tucker era mi culpa. O tal vez porque lo sometía en menos de ocho segundos cada que peleábamos en el *dojo*. Tucker dice... decía... Tucker decía. Tucker nunca volverá a decir nada.

Decía que Topher afirmaba que él me dejaba ganar. Nunca lo creí.

Topher me elegiría a causa de una serie de cosas que ya no pueden importar, ahora que el mundo se ha ido. Él se aferra al mundo perdido, como un bebé al cadáver de su madre, o un perro que se mantiene junto a su amo muerto. Tal vez ahora finalmente lo dejará ir. Ya pasaron diez semanas, tiempo suficiente para que todo empiece a descomponerse.

El mundo se fue. Nos lo arrebataron, de la misma forma en que un ataque cardíaco arrebató una vida. Rápidamente, sin piedad, casi como si no hubiera nada personal en ello. Sólo tiene que ser así.

Sobrevivimos porque queríamos pasar el verano como voluntarios con niños en un campamento en el bosque. Bueno, algunos de nosotros lo querían. En mi caso, de Tucker y Topher, el juez y nuestros padres no nos dieron otra opción que aceptar una negociación de último minuto para mantenernos fuera de la correccional: dos meses de trabajo comunitario y después *hablaríamos de una compensación adicional en el otoño*. Supongo que también los conmovieron las amenazas de Tucker, provocadas por el pánico, de huir o hacer algo peor si nos separaban. Pudimos mantenernos juntos y rápidamente nos adaptamos a la idea de un verano como asistentes de consejeros en un campamento. ¿Diez semanas en un campamento en el bosque? Para Tucker, de cualquier forma, ¿qué podría ser mejor? ¿Por qué la etiqueta *servicio comunitario* debería estropear eso? A él no le daba

vergüenza. Topher sentía suficiente vergüenza por ambos.

En cuanto a mí, soporté mi vergüenza. Una pequeña parte de mí se sentía culpable por arrastrar a estos dos simpáticos muchachos blancos a mi desordenada vida. Una parte aún más grande de mí se sentía culpable de arrastrar a mis padres, que trabajaban duro y habían sufrido mucho. El resto de mí se centró en el objetivo: un buen verano, una deuda pagada, una lección aprendida, y agradecí no haber perdido a Tucker como parte del acuerdo.

Pero entonces...

Si esto hubiera pasado dos semanas antes, podría estar muerta yo también. Todavía habría estado en la escuela en Calgary que, a juzgar por el resplandor en el cielo durante los días de auge, supongo que fue bombardeada y reducida a nada más que cenizas y fantasmas. Una semana más tarde, habría habido un centenar de campistas aquí, y suficiente comida y combustible para una semana. En cambio, sólo estábamos nueve, entre asistentes de consejeros y entrenadores, durante dos semanas de entrenamiento con Pip y David. Alimento para cien dividido entre once es igual a ocho o nueve semanas de suministros, diez si los racionamos cuidadosamente. Matemáticas simples, el fin del mundo no cambia eso. Incluso tenemos armas. La caza y el tiro con arco eran actividades planificadas, y los campamentos en el bosque como éste siempre tienen rifles, por si aparecen osos. Así que entrenamos con ellos, con cuidado y responsabilidad, conservando las municiones tanto como es posible, dado que existen muchas posibilidades de que las necesitemos. No tenemos manera de saber si los rifles o ballestas serán útiles. Tenemos pocas maneras de saber algo. Las comunicaciones fueron cortadas, junto con la red de energía, desde esa primera noche. Esperamos a oscuras, armados y fatalistas. Si nos descubren, nuestras posibilidades son escasas. Aún no lo han hecho.

Pip y David salieron en la furgoneta en busca de respuestas pero nunca regresaron.

Después de dos semanas de silencio, Felix arregló el teléfono satelital y la vieja torre de radio en la colina. Tratamos de enviar llamadas de auxilio, pero todo lo que conseguimos fue un zumbido de baja frecuencia que Felix

finalmente descubrió era una señal de video. Su hipótesis fue que alguien se había “colgado” de uno de los servidores del sistema de transmisión de emergencias. Algunos de estos videos eran asuntos de emergencias: había repetidas instrucciones genéricas de “Manténgase en donde se encuentre”, pero finalmente se detuvieron y fueron reemplazadas por videoaficionados.

El ancho de banda era prehistóricamente lento. Un video de un minuto tardó horas en descargarse en la computadora portátil de Felix. Los videos eran como algo salido de un juego de disparos o una película de terror. Las criaturas fueron nombradas *Nahx* por algún videojugador ruso el día de la invasión, y el nombre se respetó. Son como noches que caminan, sombras en movimiento, cegadoramente rápidas y absolutamente despiadadas. Disparan con chirriantes armas de dardos. Los dardos hacen poco daño físico, como si fueran tranquilizantes, pero matan en segundos y llenan los ojos de sus víctimas de extrañas lágrimas metálicas. Los *Nahx* matan indiscriminadamente a mujeres y niños, sean soldados o civiles.

Hay videos de humanos luchando en vano. A menudo se trata de hombres jóvenes, que patean y juran con fingido coraje mientras vacían sus armas sobre enemigos acorazados que nunca caen. Los *Nahx* son imparables, es lo que nos dicen los videos, incluso aquéllos en los que contraatacamos. Felix pasaba horas al día descargando los videos en su computadora portátil, que cargaba desde el panel solar de la torre de radio. Quién está haciendo y enviando los videos es un misterio, pero el mensaje implícito en ellos es claro, para mí lo es, por lo menos. Me recuerdan al balido inútil de un animal mortalmente herido.

Llamé a los videos “venganza snuff” y dejé de mirarlos, pero Tucker los veía una y otra vez y su mirada se volvía cada vez más distante, con algo casi como deseo.

Los ojos de Tucker. Miran hacia el cielo despejado, pero no ven nada. Los cierro y luego me doblo para besar sus labios fríos. Topher, sentado frente a mí, se inclina sobre él y solloza; sus lágrimas caen sobre el brazo bronceado de su hermano. Toma una mano muerta y la apoya contra su boca.

Me pregunto a quién de nosotros le duele más, y si Topher usará el dolor como una competencia final por el amor de su hermano. No puedo imaginar

su pena; nunca he tenido un hermano, mucho menos un gemelo idéntico. Y aunque nunca voy a saber si mis padres sobrevivieron, o mis primos, mis tías y tíos, la enorme familia de mi padrastro en el norte, cuando menos no he tenido que enfrentar la muerte de ninguno de ellos. Excepto en frecuentes pesadillas.

Guerra, amor, pérdida, dolor, y yo y Topher, cada uno sosteniendo una mano de quien nunca volveremos a tener, ni siquiera compartido.

“El sol es demasiado brillante”, dijo, como si Tucker todavía pudiera ver y le pudiera molestar el sol en los ojos. Como él si pudiera ver a través de los ojos de Tucker. Una fracción de la amargura que siento por él se desmorona, luego un trozo, luego casi todo. Ha estado sentado aquí conmigo durante horas, llorando. ¿Cómo podría seguir odiándolo? Ya no tenemos nada por qué disputar.

Al final, es sólo una guerra, pero parece que la perdimos.

Perdimos el mundo. Perdí la oportunidad de compensar a mis padres por todos mis estúpidos errores.

Y perdí a Tucker. Sin él las cosas a las que pensé que podría sobrevivir amenazan con abrumarme.

Cuando Topher coloca la mano de Tucker en su pecho, hago lo mismo con la otra mano. Sin palabras, entrelazamos sus dedos. Podría estar tomando una siesta bajo el sol, si no fuera por las venas ennegrecidas en su cuello y cara.

—Tierra o fuego, ¿qué piensas? —pregunta Topher, y sin vacilar respondo:

—Tierra.

Él asiente, de acuerdo conmigo por una vez.

Xander y Lochie se ofrecen a cavar la tumba, pero Topher quiere hacerlo. Mientras suda escarbando profundamente bajo un abedul, junto al lago, Emily, Mandy y yo lavamos el cuerpo de Tucker. No puedo imaginar desnudarlo, no frente a ellas, así que lavamos su cara y su cuello, los brazos, las manos y los pies. Lo enterramos con su ropa, pantalones cortos y una sucia camiseta de campamento, pero Topher se queda con sus botas de montaña. Tomo su pendiente de oro y lo engancho en el agujero de la parte

superior de mi oreja. Deslizo mi pulsera de cuentas alrededor de su muñeca.

Sawyer y Felix, los consejeros que se han hecho cargo desde que desaparecieron los líderes del campamento, están en pie codo a codo, dirigiendo el funeral a pesar de que sólo son unos años mayores que nosotros. Ellos son pareja. Fue un gran secreto durante las primeras semanas, e incluso después de la invasión, pero gradualmente dejaron de esconderlo. Y a ninguno de nosotros nos importa, de cualquier forma. El fin del mundo no es momento para engancharse con etiquetas.

Sawyer habla con calma, pero Felix sujeta con fuerza su hombro cuando termina. En realidad, no comprendo el discurso, más allá de la esencia general. Algo sobre el valor y la supervivencia y la vida para honrar la memoria de Tucker. Me alegra que no inventara que Tucker había sido una especie de ángel, porque definitivamente no era el caso. Salvo para mí, quizá.

Nos turnamos con la pala para cubrir la tumba de tierra. Yo la arrojo con las manos desnudas, porque tiemblo demasiado para sostener la herramienta.

Emily y Mandy hicieron una corona de ramas de pino y abedul. Xander sopla una triste melodía en su armónica que nos hace a todos estremecer y sollozar. Sólo Topher está tan quieto como un viejo árbol, mientras las lágrimas corren por sus mejillas. Ni siquiera me molesto en permanecer en pie. Caigo de rodillas e intento suprimir el impulso de gritar y gritar hasta que me encuentro temblando incontrolablemente. Alguien, Xander, creo, me pone un suéter sobre los hombros. Alguien más lee un poema, o un pasaje de la Biblia. Alguien canta. Me zumban los oídos.

Terminamos al anochecer.

A estas horas, hace dos días, Tucker y yo nos escapamos al lago, nadamos desnudos en el agua helada y olvidamos el fin del mundo por un feliz momento privado bajo una manta en la orilla. Me dijo que me amaba y que lo sentía por...

Bueno, ya nada de eso importa.

Guerra y pena: ésta es mi vida ahora.

—Raven.

Al principio creo que es la voz de Tucker en un sueño. ¿He estado durmiendo? El tiempo parece haber pasado. Estoy arrodillada en la tumba,

con las rodillas y los tobillos rígidos. Topher se arrodilla frente a mí. Estamos rodeados de velas a medio consumir.

—Le dispararon por la espalda —dice Topher. Asiento, incapaz de formar una sola palabra.

—Estaba huyendo. Podrían haberlo dejado escapar.

—Todo lo que sabemos sobre los Nahx, que no es mucho, sugiere que eso es poco probable, pero ahora no es el momento para desacuerdos. Voy a encontrar al que hizo esto y matarlo —suena tanto como Tuck en este momento que tengo que mirar para comprobar. Pero no, es Topher con su cabello peinado y su camiseta limpia, como si todavía estuviéramos de servicio. Sin embargo, su rostro refleja a Tucker. Su expresión feroz y segura dice Tucker. Tucker nunca se acercó a algo sin una tonelada de certeza. Tucker estaba seguro de que volvería con carne fresca anoche, pero no volvió. Faltaban dos flechas en su aljaba. El rifle no había sido disparado. Su teléfono inteligente estaba en el suelo junto a él cuando Topher lo encontró, aplastado e inservible, como si hubiera estado tratando de pedir ayuda en redes que ya no funcionaban.

—Toph, ¿cómo encontrarás a este Nahx en particular?

Sacude la cabeza y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano. Me doy cuenta de las ampollas abiertas en sus palmas tras haber cavado la tumba.

—Júrame que estás conmigo en esto —dice, como si estuviera enojado.

—Lo juro. Yo también lo mataré, si lo encuentro —estoy demasiado cansada para discutir. Topher lo necesita. Necesita pensar que puede arreglar esto de alguna manera. Y es todo lo que me queda por arreglar.

—Lo juro sobre su tumba —él debe saber que se trata de una promesa imposible. Pero supongo que muchas cosas que una vez parecían imposibles ocurrieron de todos modos.

Colocamos las manos sobre la tierra suelta y dejamos nuestras huellas en las que goteamos cera de vela y lágrimas. Transcurre mucho tiempo antes de que uno de los dos vuelva a hablar.

—¿Quieres dormir aquí esta noche? —pregunto. Topher simplemente asiente. Caminamos de regreso a las cabañas para conseguir sacos de dormir. A medio camino de la colina pone su mano en mi hombro, y caminamos así

hasta que los árboles se despejan y estamos en campo abierto.

—Tenemos que hacer esto juntos, ¿sabes? —murmura, como si esas estrellas traicioneras pudieran escuchar—. No podemos seguir peleando.

—Lo sé —digo, y me pregunto si Topher puede oír el eco de la risa de su hermano tanto como yo.

OCTAVO

Fangosa muerte, que alguien me ayude.

Ayudar.

¿Qué hago ahora?

RAVEN

Miramos el cielo, ni Topher ni yo podemos dormir. En algún momento después de la medianoche, escuchamos pisadas crujiendo colina abajo, Topher se desliza fuera de su saco de dormir y acomoda una flecha en la ballesta de Tucker. Pero una ráfaga de risas y un aroma de humo dulce lo tranquilizan. Descarga la ballesta y la deja a un lado.

Xander aparece en el camino con Lochie y Emily, los dos australianos. Hay una estela de humo detrás de ellos. Me siento mientras Xander le pasa la hierba a Topher.

—¿De dónde sacaste esto? —pregunta Topher y da una profunda calada. Me la pasa y fumo en silencio. Cuando queda claro que me voy a quedar con él, Xander saca otro cigarro de hierba y lo enciende en las brasas de nuestra fogata.

—Nos metimos en la oficina —dice Xander—. Sawyer y Felix están acaparando ahí la medicina. Y esto.

—Me lo confiscaron cuando llegué —dice Lochie, en un halo de humo. Lochie *parece* un fumador, un típico surfista bronceado por el sol con cabello desteñido, pero también es un superviviente que puede hacer un fuego frotando dos palos y comer insectos y babosas para divertirnos.

Pronto todos estamos tan arriba como la luna de plata. Emily se sienta detrás de mí y arregla mis rizos enredados en una docena de pequeñas trenzas, que gira y ata con cintas de hierba seca. Es una pálida y soñadora

chica hippie, que paradójicamente es también una experta en armas, tras haber crecido en una granja en el interior de Australia con tres hermanos fanáticos de ellas. Ella enseñó a Tucker a usar la ballesta. Practicaron hasta que su puntería fue letal.

Aunque no lo suficiente, por lo visto.

Nunca me ha gustado que jueguen con mi cabello más de unos pocos minutos. Cuando me alejo de Emily, ella vuelve su atención a Xander y le hace una corona de ramas de pino. Él la porta con sorprendente dignidad, como realeza china, un hermoso príncipe de la dinastía Ming.

Cuando comienza otra melodía en su armónica, me recuesto y observo las estrellas. Por ahora estamos acostumbrados a las grandes y brillantes que se mueven en patrones inesperados, y los destellos ocasionales. Sawyer piensa que los Nahx están destruyendo satélites, uno por uno, y basura espacial que interfiere con sus naves. Es por eso que nuestro teléfono satelital dejó de funcionar. Nuestros teléfonos celulares encienden, si los cargamos con el generador solar, pero aparte de leer viejos correos electrónicos o repasar las fotos de la gente que probablemente nunca volveremos a ver, son inútiles.

Diez semanas. Han pasado diez semanas. Somos ocho. En este momento cinco de nosotros estamos tan intoxicados, que una banda de pitufos invasores nos podría pintar de azul y comer. ¿Pero a quién le importa? No me queda qué perder.

Las estrellas se mueven y retroceden. Una aparece un instante, y otra se dispara fuera de mi vista.

Sí. Como esa última hermosa noche en la Tierra.

El primer grupo de campistas debía llegar en dos días. Habíamos estado entrenando, reforzando habilidades que ya teníamos. Pip y David tuvieron que sacar el máximo provecho de nosotros, ya que a la mitad de su tripulación les habían denegado los permisos de trabajo debido a algún tipo de error de inmigración. La autodefensa y las artes marciales eran mi clase. Topher se encargaría de las canoas y la pesca. Tucker, ¿qué más?, cuerdas altas, escalada y tirolesa, las cosas peligrosas. Mandy enseñaría primeros auxilios, Emily armas y cacería, y Lochie botánica, como qué hongos comer, dependiendo de cómo quisieras sentirte. Xander, un amigo de Tucker, al que

metimos en esto en el último minuto, después de que les negaron otro permiso de inmigración, se apuntó para la orientación. Se involucró con el típico entusiasmo. Todos lo hicimos. Para evitar una sentencia por vandalismo y destrucción de propiedad de la ciudad, fue un buen trato para Topher, Tucker y para mí. Y el resto estaba recibiendo un buen salario. Oh, lo divertido que sería ayudar a los niños a aprender *Cómo sobrevivir al apocalipsis zombi*.

Mierda. La ironía.

Esa noche, Tucker y yo desaparecimos en el lago justo después de la cena. Nos despojamos de nuestros trajes de baño y practicamos karate al estilo de la vieja escuela en el muelle hasta que pude derribarlo en el lago. En el último segundo me tomó la muñeca y me tiró con él.

—Agarre ilegal —dije, mientras escupía agua.

—Agarra esto —dijo, apoyando mi mano en su entrepierna bajo el agua. Pero Xander y Topher aparecieron en la orilla.

—¿Vieron los meteoros? —preguntó Topher.

Por supuesto, no eran meteoros.

La segunda noche de la invasión subimos la colina y observamos los repetidos destellos cegadores en el horizonte, esperando cada vez que la onda sonora nos alcanzara como un golpe en el pecho. No teníamos noticias de Calgary. Para entonces, el teléfono, la televisión, internet y la radio ya estaban muertos. Sin hablar de ello, todos llegamos a un consenso silencioso de que Calgary había desaparecido. Y con él los padres de Tucker y Topher, la familia de Xander y todos nuestros otros amigos. En los primeros días, hablamos de estas pérdidas como si fueran reales y confirmadas, pero finalmente dejamos de discutirlo. Tucker confesó que todavía pensaba que sus padres estaban vivos.

—Es más fácil —dijo, lo cual era extraño. Él nunca fue de los que elegían el camino fácil, ni siquiera cuando se trataba de emociones. Tal vez quiso decir que era más fácil para Topher.

En cuanto a mis padres, estaban planeando hacer su viaje anual a la costa, y saldrían el día de la invasión. Tal vez, si no estuvieron en una zona urbana o consiguieron salir de las principales carreteras, podrían estarse ocultando en

alguna parte también. Jack era un campista experimentado en el desierto, y aunque mamá no era una gran aficionada al campamento, sabía qué hacer. Pero todo depende de a qué hora salieron. Y hasta adónde llegaron. Trato de no pensar en ello, porque también existe la posibilidad de que estén muertos como todos los demás. Y todo lo que quería demostrarles, todo por lo que quería pedir disculpas, todo lo que prometí arreglar ha desaparecido. Sólo tomó cuarenta y ocho horas. Nuestro mundo también desapareció. Nos lamentamos. Y sobrevivimos.

Pero ¿para qué?

Parpadeo para liberarme de la imagen recurrente de las estrellas explotando mientras Topher se recuesta a mi lado.

—Tenemos que salir de aquí —digo.

—Lo sé.

—La comida ya casi se terminó, y de todos modos no habrá suficiente luz de día para que podamos usar adecuadamente la energía solar durante mucho tiempo más. Y apenas tenemos combustible. Deberíamos haberlo racionado mejor.

—Creo que pensamos que seríamos rescatados. O algo así. Se suponía que no debíamos movernos de aquí, ¿recuerdas?

Más ironía. De todos los consejos e instrucciones gubernamentales que he ignorado en mi vida, ese “Manténgase en donde se encuentre” fue el que terminé por obedecer. Estoy bastante segura de que fue una elección equivocada.

—El combustible se agotará antes de que llegue la nieve —digo—. Y entonces estaremos completamente jodidos.

—Obviamente, la cacería es peligrosa —dice Xander. Miro hacia arriba para encontrarme con que todos están frente a nosotros, escuchando.

—¿Adónde podemos ir? —pregunta Lochie—. No sé mucho sobre esta área, pero creo que Xander y yo podemos sobrevivir en la naturaleza durante un tiempo. Siempre que nos mantengamos alejados de los malos.

—Estamos como a un día a pie del poblado más cercano —dice Topher—, pero Tuck tomó esa dirección.

—Podría ser más seguro ir en la dirección contraria —sugiere Xander—,

hacia Calgary, pero mantenernos fuera de la autopista, seguir a lo largo del río. Hay una especie de complejo turístico en Como-sea-que-se-llame, al pie de las colinas, ¿cierto? Tal vez la gente esté escondiéndose allí. Eso es lo que yo habría hecho si hubiera estado en la ciudad. Me habría dirigido a tierras más altas.

—¿Cuánto tiempo nos tomará? —pregunta Emily.

—Dos días quizá. Mucho del camino es cuesta arriba. Dependerá de lo que llevemos con nosotros.

—¿No creen que deberíamos alejarnos de Calgary? —pregunto—. ¿Dirigirnos hacia el oeste, hacia la costa?

Topher me lanza una mirada de entendimiento. Sabe hacia adónde voy. Hemos hablado cientos de veces de mis padres y de dónde podrían estar.

—Nunca lo lograríamos cruzando las montañas. No ahora.

—Y no tenemos los suministros para una caminata tan larga —dice Xander.

—¿Caminata? —Emily ríe—. ¿No son casi como mil kilómetros?

—Tiene más sentido ver lo que está sucediendo de cerca —dice Lochie—. Podríamos encontrar suministros, comida. Siempre podríamos regresar aquí.

—O dirigirnos hacia el oeste —digo obstinadamente. Los cuatro me miran fijamente, y empiezo a sentir que vamos a tener que votar y voy a terminar pareciendo una idiota—. Bien, tienen razón. Primero debemos buscar otros supervivientes por aquí. Así que debemos llevar comida y armas. Tal vez ropa de invierno. La necesitaremos pronto —podríamos estar cubiertos de nieve a finales de septiembre, si vivimos hasta entonces.

—Cierto. Muchas armas, todo lo que tenemos —Topher envuelve con sus dedos la ballesta de Tuck.

—¿Crees que Sawyer y el resto apoyen el plan? —dice Xander.

—No importa —respondo. No me queda nada que perder, —me recuerdo—. Yo voy. No me quedaré aquí para morir de hambre o congelarme sin siquiera intentarlo —unas cuantas células de mi cerebro adormilado se aferran a una débil esperanza de que mis padres estén a salvo en alguna parte. Y algo en mí quiere al menos tratar de volver con ellos. Incluso si muero en

el camino, tengo que intentarlo, porque quizás intentaré hacer que todas esas otras cosas desaparezcan. Las suspensiones, ser arrestada, la libertad condicional, el juez y su mirada de desaprobación. Mi fracaso absoluto de hacer algo con todo lo que ellos hicieron por mí. Y todas las cosas que nos dijimos y que ninguno quería decir. Quería hacerlo todo mejor. Tucker lo habría entendido. Sabía lo importante que era. Los otros sólo ven mi superficie: dura, imprudente y sarcástica. Odio disuadirlos de eso, incluso ahora, cuando un pequeño ajuste de actitud podría ser razonable. Pero ¿desde cuándo soy sensible?—. Prefiero arrojarme a una olla Nahx —agrego, para impresionarlos.

—Puede que lleguemos a eso —dice Lochie.

OCTAVO

Esperar.

Esperar aquí.

Quédate aquí por un tiempo. Intenta pensar.

Desconéctate y encuentra algo para comer, y un trago de agua.

El agujero en mi pecho se está encogiendo, y las placas de la armadura se han tejido para cerrarse. Me duele, pero puedo respirar de nuevo, sin querer gritar todo el tiempo.

El dolor llenó mi mente por un tiempo. No podía pensar en absoluto. No se supone que el dolor me haga eso. Incluso me pusieron a prueba, creo. No lo recuerdo muy bien. Excepto por la parte del dolor. Podría haber fingido que no dolía porque eso era lo que querían. Eso fue estúpido, ahora me doy cuenta.

Eso fue antes de que Sexta se uniera a mí. Antes de la batalla. Antes de darme cuenta de que sólo soy bueno para hacer cosas realmente estúpidas. Y romper cosas.

Necesito encontrar a otros. Les diré que ella no se levantó. Les diré que esperé con ella mientras el sol salía y se ocultaba, y salía y volvía a ocultarse. Ella no se levantó. La dejé allí. Me da miedo que haya sido un error. Tal vez debería haber esperado un transporte.

No se supone que deba asustarme.

Octavo ser defectuoso.

Yo les diré. Tal vez va a estar bien. Tal vez puedan llevarme de vuelta a un centro y arreglarme. Arreglar mi mente. Restaurar mis instrucciones o darme otras nuevas. Apenas recuerdo lo que significan las viejas. Zumban en mi cerebro como abejas detrás de un vidrio.

Disparar dardos humanos. Dejar donde caer.

Espero que ningún humano me encuentre.

No creo que pueda volver a hacerlo.

Dulce muerte fangosa, sin dolor, mi pecho realmente duele.

RAVEN

— ¡Esto no es una democracia! —grita Sawyer hacia mí.

—Lo siento. Tampoco recuerdo haberme unido a los marines.

Hemos estado discutiendo sobre dejar el campamento durante más de una hora. Topher y Emily están afuera entrenando a los demás con rifles y ballestas, por lo que nuestra conversación está marcada por disparos de bala y el chasquido de los arcos.

—Eres menor de edad, Raven. También, Topher y Xander.

—¿Así que no podemos votar?

Ya averiguamos que si aquéllos en edad para hacerlo votan, Mandy, Sawyer y Felix quieren quedarse, y Emily y Lochie, marcharse. Tres a dos. Sawyer sabe que el voto tomaría otro rumbo si nosotros, los *menores de edad*, tenemos una opinión.

—Irnos de aquí es un suicidio —dice Sawyer. Afuera, chasquea una ballesta—. Hemos visto sus naves sobre las colinas. Nos pillarán como patos en un estanque.

—Quedarnos es un suicidio lento. Esas naves nos encontrarán eventualmente.

—Tal vez no. Todavía no lo han hecho. Estamos bien escondidos. Y podemos sobrevivir aquí. Tenemos excelentes refugios y un montón de tierra para que crezcan cosas en primavera. Hemos guardado todas las semillas de las frutas y verduras frescas. Podemos cazar, tenemos armas.

Dios mío. Es persistente. Ni siquiera Lochie con todos sus insectos de comida es tan aferrado a esta post-todo forma de pensar. Sawyer y Felix son auténticos. Supongo que también están esperando que las chicas deseen reproducirse.

Como si estuviera leyendo mi mente, Felix agrega:

—Podríamos ser los únicos humanos que quedan en la Tierra. Tenemos el deber de sacar nuestra especie adelante.

Aunque esto me hace gemir, su fatalismo no es infundado. Han transcurrido semanas desde que conseguimos captar una señal de video. La teoría de Felix es que una estación en la montaña fue destruida. Pero Sawyer es todo *Soy leyenda* al respecto, sin los zombis carnívoros. De hecho, por lo que sabemos, los Nahx podrían ser zombis. Aunque, hasta ahora, no los hemos visto comer carne.

—Entonces, ¿qué? —pregunto de manera cortante—. ¿Formamos parejas y empezamos a producir bebés? —se escucha un *bang* y luego un *ting* desde afuera cuando alguien dispara a una lata. Me crispo.

No creo que Sawyer sepa lo ridículo que suena, ni cuán delirante. Porque para mí, y tal vez también para Topher, la pérdida de Tucker cimentó esta realidad: la muerte ya es inevitable. No en el sentido de que todos vayamos a morir un día, sino la sensación de que todos vamos a morir *pronto*. La única pregunta que queda es cómo. ¿Morimos luchando o llorando en nuestras camas? Nadie que me conozca se sorprendería de que yo elija caer luchando. Siempre he sido una luchadora.

Agarre ilegal, pienso en Tucker llevándome al muelle con él. Todos los que votaríamos por marcharnos lo amábamos de alguna manera, me doy cuenta. Yo y Topher, obviamente. Xander había sido amigo de ambos durante años. Él y Lochie se unieron instantáneamente cuando descubrieron su amor mutuo por la cerveza belga y colgarse de cabeza de las ramas de los árboles. Y Emily... bueno, las chicas siempre amaron a Tucker.

Tucker es nuestra vanguardia, nuestro pionero en la muerte, a pesar de que estaba huyendo de ella cuando lo alcanzó. Quiero correr también, cuando se trata de mí. Al menos correr, si no pelear. La memoria de Tucker merece eso.

—Mire, su majestad —digo. Felix pone los ojos en blanco—. No hay mayoría de edad después de un apocalipsis. ¿Podemos estar de acuerdo en eso? E incluso si la hubiera, ¿cómo podrías impedir que nos marcháramos? Cinco de nosotros nos vamos. No voy a tratar de convencer a Mandy, aunque estoy bastante segura de que se unirá a nosotros cuando llegue el momento. Tomaremos una parte justa de lo que queda de la comida y las armas, y nos veremos después. ¿Cómo suena eso?

No espero a escuchar su respuesta.

—Alguien, denme un arma —digo cuando llego con los otros. Topher me entrega un rifle amablemente.

—Sólo a los blancos, ¿de acuerdo? —dice con una sonrisa nerviosa.

Tiro tres balas de goma, de las que tenemos para practicar, pero ninguna se acerca a las latas apoyadas en la cerca al otro lado del campo. La culata del rifle golpea mi hombro dolorosamente en la siguiente carga, pero la bala pega en un poste de la cerca con un satisfactorio *crack*.

—La armadura Nahx es a prueba de balas —dice Topher en voz baja mientras vuelve a cargar el rifle. Había una cantidad sorprendente de municiones y de salvas de goma en el armario. Tal vez esperaban una plaga de osos.

—¿A prueba de balas? ¿Cómo lo sabemos?

—Por uno de los últimos videos que recibimos. Aquéllos que se transmitieron por la red de emergencias. Hechos acerca de nuestro enemigo, y ese tipo de cosas. ¿No viste ése?

Niego con la cabeza. Vi algunos de los primeros videos: escenas de batalla en su mayoría, si puede llamarse batalla cuando los civiles son acribillados a medida que huyen. Algunas eran tomas a gran distancia de ciudades incendiadas o explosiones. Había uno que se transmitió diariamente durante dos semanas, de lo que parecía una nave Nahx explotando, pero ése podría haber sido falso. De todos modos, dejé de mirar. Decidí fingir que no estaba sucediendo, que Tucker y yo estábamos disfrutando de unas vacaciones juntos. Todo eso parece que pasó hace mucho tiempo, como una historia medio olvidada de mi niñez que no sabía que había terminado.

Cierro los ojos con fuerza. Topher me ha visto en mis peores momentos, y

yo a él, pero éste no parece el momento para mostrar debilidad, emoción o que soy un ser humano. Siento un apretón en el brazo y una palmadita. Cuando abro los ojos, él va de regreso a la cabaña con el rifle apoyado en su hombro.

—¿Quieres probar la ballesta? —pregunta Emily.

La ignoro y sigo a Topher a la cabaña.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunto. Está sentado en el borde de una de las camas, mirando al lago por la ventana—. Si no podemos dispararles, ¿qué hacemos?

El rifle descansa sobre sus rodillas y con una mano aprieta el cañón.

—Un tipo cree que tienen una debilidad en el cuello. Otro piensa que los cuchillos o las flechas podrían funcionar. Ya sabes, dado que atraviesan el Kevlar y esas cosas. Tal vez sus armaduras sean parecidas.

Me tomo un momento para reproducir mi propio breve video en la cabeza.

—Las flechas, de acuerdo, tal vez funcione. ¿Pero cuchillos? ¿Cuál crees que sería el resultado de una pelea con cuchillos contra un Nahx?

—En el mejor de los casos, ambos acabarían muertos.

Abajo, en el lago, un grupo de gansos canadienses despega y se dirige al sur como si nada hubiera cambiado en el mundo. Me pregunto si se darán cuenta o se preocuparán. El cielo está despejado, el aire está quieto. Podría ser cualquier otro día de otoño.

Chasquido.

Salvo por eso.

—Ya estamos muertos de cualquier forma —digo. Topher asiente, mientras observa a los gansos.

OCTAVO

El alivio de pensar más claramente. Bien vale la pena el esfuerzo que se necesita para respirar sin la máscara. Vaya opción, respirar o pensar. Reviso la altitud. Sólo por encima de mil quinientos metros. Podría respirar mejor si subiera más, pero ahora tengo miedo. Sexta dijo que los Renegados, los inconformistas de grado inferior, Undécimos y Duodécimos, están ahí arriba. Prefiero evitarlos, como ella me instruyó. Son peligrosos, tan inclinados hacia la violencia contra su propia especie como los humanos. Entre ellos mismos también, dijo Sexta.

Necesito concentrarme en recordar las cosas que ella dijo, lo que me enseñó. Si me quedo en esta altitud, tengo unas horas antes de que necesite volver a conectarme. Puedo pensar, tratar de organizar mis pensamientos. Desperdiicé una hora durmiendo, pero necesitaba dormir. Cuando desperté, mucho del miedo y de la confusión habían desaparecido, y pude evaluar mi situación de manera un poco más racional.

En verdad lo estropeé. No debería haberla dejado. Estoy seguro de que el transporte finalmente llegó. O tal vez vendrá. Cuando vuelva a conectarme, regresaré. Tal vez ella todavía esté allí, tal vez se levantó por fin. Ella podría estar preguntándose en dónde estoy.

Me pregunto si me buscará. Creo que yo la buscaría. Pero...

Nunca he escuchado que alguno de nosotros se levante después de tanto tiempo.

El color y el olor de los árboles aquí arriba me ayudan a concentrarme. Éste es el tipo de cosas que nunca podría decirle a ella. Sé lo suficiente para entender que no debo preocuparme por el color y el olor de los pinos. Sabía lo suficiente para no decirle que algunas veces pierdo pensamientos justo después de pensarlos. Ella me diría algo, y un momento después se iría, dejando un espacio blanco en su lugar.

Octavo ser defectuoso.

Soy incluso más defectuoso de lo que Sexta pensaba. Pero al menos puedo pensar mejor ahora que cuando estoy conectado. Todavía tengo un enorme espacio vacío en la mitad de mi mente, pero la otra mitad funciona bien. Sin embargo, es difícil no preocuparse por el vacío, por los pensamientos perdidos. ¿He olvidado cosas importantes? Aunque no sepa lo que son, se sienten importantes, si extrañar algo perdido puede ser importante.

Extraño a Sexta. Ella es importante.

Importante. Defectuoso.

Necesito volver a un centro de alguna manera. Encontrar un transporte, volver a un centro. Si sigue viva, entonces me reuniré con ella y continuaremos los preparativos. Si no... No quiero pensar en eso. Estoy seguro de que se supone que no debo preocuparme.

Quizás a alguien más yo le agrade más que a ella, y no se enfadará cuando haga nuevas señas.

“Tener todas señas necesitar, defectuoso rango bajo”, ella siseaba mientras dibujaba las señas.

Otra no me llamará defectuoso ni quitará mi mano de su hombro. Se supone que debemos caminar así, de manera que pueda protegerla si hay alguna amenaza.

Creo que está muerta. Espero que ese pensamiento desaparezca también, pero no es así.

Si cierro los ojos y estiro la mano, es casi como si mis dedos pudieran encontrar su hombro. Es más fácil caminar, más fácil olvidar el dolor en mis costillas si pienso así. Eso también está mal, pero no me importa.

RAVEN

Salimos dos días después, al amanecer. Al final, Sawyer, Felix y Mandy estuvieron de acuerdo en venir con nosotros. Mandy pudo ver que quedarse en un remoto campamento en el bosque con una pareja gay podría no ser lo que ella deseaba para su vida. Y Sawyer y Felix no podían dejarnos ir solos. Después de todo, son los consejeros del campamento.

Antes de irme quiero visitar sola la tumba de Tucker. Lo planeo, pero por supuesto, cuando llego, mientras el sol se asoma por encima de la colina en el valle, Topher está allí, sentado con las piernas cruzadas y las manos sobre la tierra suelta.

—Qué sorpresa verte aquí —digo. Un lamentable intento de ligereza.

Topher suspira.

—Mis padres querrán saber dónde está.

Si están vivos, pienso.

—Si están vivos —dice Topher, mirándome. Me vestí y me armé para el viaje—. ¿Cuchillos? —observa los dos cuchillos de caza, uno en cada funda, atados con correa sobre mis pantalones cargo grises. Un tercero está metido en la parte superior de mis botas de montaña.

—Nunca podré hacer que las flechas vayan adonde yo quiero —confieso—, y los rifles dejan un zumbido en mis oídos.

—Eres una buena soldado —se levanta y sacude la tierra de sus jeans. Tiene un rifle y una ballesta en la espalda, una aljaba de flechas, balas para el

rifle y un cuchillo de caza atado a su pantalón. Una buena soldado—. Te dejaré sola, si quieres.

—No, está bien. Quería despedirme. Puedes quedarte... quiero que lo hagas.

Entrelaza sus manos frente a él y mira hacia abajo.

Miro la tumba. La guirnalda de pino y abedul todavía parece fresca y verde. Las huellas de nuestras manos están intactas. Me pregunto durante cuánto tiempo la tumba se verá así. Sin lápida permanente, pronto se perderá entre las hojas de otoño, la nieve. Al final, nadie más que nosotros sabrá que está aquí. Trato de recordar las referencias más duraderas, el abedul, el ángulo del lago detrás de ella. ¿Podré encontrar este lugar de nuevo en los próximos años?

¿Tendré próximos años?

Alguna vez imaginé un futuro con Tucker. Sabía que no sería fácil, siendo quienes éramos. Sabía que habría humores oscuros y errores. Sabía que sería difícil. Pero nada podría ser más difícil que dejarlo aquí en su tumba. Nunca lo habría imaginado.

—Adiós, Tuck —murmuro, contenta de que Topher esté aquí para presenciarlo—. Te amo, siempre —le he dicho esto a Tucker un millón de veces, pero parece importante que Topher lo escuche. Él nunca entendió nuestro amor. Era como todos los adultos a nuestro alrededor, que lo llamaban *un capricho rebelde*. Tal vez ahora lo vea de otra manera.

—Eso es todo, entonces —dice Topher, asintiendo. Mientras nos alejamos, aprieta mi mano. Sólo por un segundo, pero significa mucho para mí. Ni siquiera estoy segura de por qué.

No sabemos lo que encontraremos fuera de la seguridad de nuestro pequeño valle escondido. Tucker estaba como a ocho kilómetros de distancia, sobre la colina y en lo profundo del bosque, cuando Topher lo encontró. Así que hay algunos Nahx en esa ruta. Nosotros iremos en la dirección opuesta, alrededor del lago y siguiendo el río que lo alimenta, hasta la montaña del otro lado. Hay tantos rincones y recovecos en las Montañas Rocosas; la gente podría esconderse en cualquier lugar. Si encontramos a alguien, nos uniremos a ellos o se unirán a nosotros. Hay fuerza en el número, o eso es lo que se

dice.

Formamos un grupo heterogéneo. Todos estamos vestidos con ropas oscuras, generosas cantidades de camuflaje y verde militar para conformar nuestro atuendo. También estamos armados hasta las pestañas: rifles, ballestas, cuchillos. Sólo Emily tiene un arco y flechas tradicionales: es la única lo suficientemente rápida con él. Todos tenemos latas con solución ahuyenta osos. ¿No sería irónico si en este mundo postinvasión, cuando nos encontramos a merced de un enemigo hostil y sobrehumano, fuéramos atacados por osos? ¿O lobos? Me pregunto si esas latas pueden ahuyentar a los Nahx. ¿Ellos respiran?

Cada uno carga una pesada mochila. Los chicos llevan lo último de nuestra comida, que es lo más voluminoso. Nosotras cargamos ropa y cobijas. Tenemos sacos de dormir atados a nuestras mochilas, equipo para todo clima y algunos utensilios de cocina. Nada de esto es nuevo para nosotros. Pasamos el verano sin nada que hacer sino entrenarnos para el fin del mundo. Y todos contábamos ya con alguna habilidad. Tucker y yo podíamos luchar. Lochie y Xander son prácticamente troles de montaña. Topher sabe de todo. Emily creció en una yurta o algo así, y Mandy pasó el verano en el extremo norte del país, trabajando con enfermeras inuit. Sawyer y Felix estaban en las fuerzas armadas británicas. Ambos se unieron a los diecisiete y prestaron servicio durante ocho años.

Estamos bien preparados para sobrevivir a cualquier cosa, excepto una invasión extraterrestre hostil. Incluso el holocausto nuclear sería más fácil que esto. Tenemos píldoras de yodo, por el amor de Dios, para combatir la radiación. Sawyer tiene un contador Geiger. Él iba a dar un taller sobre cómo usarlo. Todo es tan gracioso que podría llorar.

Caminamos durante tres horas y hacemos una pausa donde el lago se estrecha, en el lecho del río. Algunos de los árboles están empezando a cambiar y eso no es una buena señal. Se está poniendo más frío. Tal vez no nos hemos dado cuenta, con lo del fin del mundo y todo eso, pero las noches van a ser frías y ya no estaremos acurrucados en una cabaña cerrada. Más vale que Xander tenga razón y el complejo se encuentre a dos días de camino. Nuestros sacos de dormir no protegen de las cuatro estaciones. No estábamos

planeando pasar aquí el invierno, ni siquiera el otoño.

Añado congelación a la lista de posibles causas de muerte. Morir de hambre, recibir un disparo con un dardo tóxico, explotar o padecer de melancolía. Entiendo que la congelación es apacible, por lo menos. El dolor se detiene y duermes sobre la nieve, y tal vez ni siquiera te das cuenta de que vas a morir. Eso podría ser bastante agradable.

Apenas hablamos mientras descansamos. Bebemos un poco de agua y mordisqueamos fideos secos y chocolate. Teníamos una obscena cantidad de chocolate en la despensa del campamento; al parecer, habían planeado hacer galletas con chocolate y malvavisco todas las noches. Eso significa un montón de chocolate y malvaviscos. La diabetes podría ser otra causa de muerte.

Necesito salir de este morboso estado de ánimo. Obsesionarme con la causa de mi muerte va a drenar toda la diversión de morir.

A última hora de la tarde, nos encontramos con una estrecha franja de bosque quemado. Los troncos negros carbonizados se elevan como si fueran instrumentos medievales de tortura. El suelo está chamuscado, uniforme.

—Esto parece reciente —dice Sawyer—. De este verano apenas, no hay brotes todavía.

Es desolador, pero a mí me parece puro y limpio. Purificado. Ésta es una parte natural de la vida del bosque, lo recuerdo de las clases de biología, volverá a crecer. Las adelfillas primero, luego otras cosas. Si hubiera pasado más tiempo, el suelo del bosque estaría repleto de púrpura, blanco y verde. Como está, es negro y muerto. Sin embargo, encuentro en ello cierto tipo de belleza. Como tierra removida, o una...

Bueno, iba a decir una tumba recién hecha, pero ¿qué hay de bonito en eso?

Mientras camino a través del áspero paisaje, arrastro mis manos en los troncos ennegrecidos de los árboles hasta que mis palmas y uñas se manchan de hollín. Las finas partículas hacen que mis manos se sientan satinadas y suaves, como si hubieran sido espolvoreadas con talco. Pero el olor es terroso y ancestral, olor de fuego y madera y tiempo, como una hoguera de antaño. Me duele el corazón.

—Los Nahx hicieron esto —digo. Mi voz me sorprende. No quise hablar, pero las palabras salieron de manera espontánea.

—Quizá fue un rayo —añade Felix. Sus ojos flotan sobre los negros hilos carbonizados mientras lo evalúa todo.

—¿Ha caído una tormenta desde ese día? —pregunto. Una de las muchas ironías de toda esta pesadilla ha sido la perfección del clima veraniego. Hemos tenido días soleados, con suficientes lluvias para mantener el polvo asentado y los árboles verdes. Ha hecho calor y ha llovido, pero no se siente húmedo. Como si el clima se estuviera burlando de nosotros al recordarnos este mundo perfecto que perdimos.

Mientras caminamos, nuestras botas se cubren de hollín. Sawyer, al frente, nos detiene con un puño levantado.

—¿Fel? —llama, mirando algo en el suelo. Felix avanza al frente del grupo.

Sawyer señala el suelo del bosque con el cañón de su rifle.

—¿Has visto huellas como éstas?

Topher, Xander y el resto nos congelamos. Estamos alineados entre los árboles chamuscados, como alfileres en un alfilerero. Me adelanto.

—¿Qué es?

Sawyer y Felix miran huellas en el hollín... enormes huellas formadas por patrones triangulares en una especie de formación segmentada. Hay varias. Quienesquiera que estén usando estas botas, había unos cuantos.

—¿Nahx? —pregunto. Algo se contrae en algún lugar alrededor de mi vejiga.

—No tenemos forma de saberlo. Nunca vimos este patrón de pisada en los videos, pero tampoco he visto botas como éstas. Parecen... mecánicas.

Mecánico es la palabra misteriosa de la que nadie habla. Es más fácil pensar en los Nahx como orgánicos, humanoides. Obviamente, están blindados, pero si los imaginamos con entrañas biológicas, es más realista concebir que podemos derrotarlos de alguna manera. Si no son más que robots, estamos completamente jodidos. Porque quienquiera que los esté controlando no tiene remordimiento alguno sobre sus “vidas”.

Topher se acerca a Sawyer.

—Ya sabemos una cosa más sobre ellos —dice pragmáticamente—: podemos rastrearlos. Eso ayuda.

—¿Rastrearlos? —pregunta Sawyer—. ¿No estamos tratando de evitarlos?

Topher da un paso atrás con sus ojos fijos en los míos.

—Claro, como sea.

Casi puedo sentir la avalancha de energía que corre en él. De venganza. Topher podría seguir estas huellas hasta los confines del mundo. Cree que lo hará.

Encuentro tanto de Tuck en él ahora que duele como el fuego. Y no sé si huir o seguir.

Acampamos cerca del bosque quemado, en una densa arboleda de sauces llorones y matorrales. Sawyer no cree que encender una fogata sea muy inteligente, pero tenemos algunas latas de combustible, así que podemos calentar agua y cocinar algunos fideos, que comemos con jamón y guisantes de lata. Luego pasamos varias horas tratando de perfeccionar la técnica para derretir malvaviscos con fósforos y encendedores.

La oscuridad cae, y el estado de ánimo cambia. Los Nahx son conocidos por ser mucho más activos por la noche, cuando apenas pueden ser vistos. Nos encogemos juntos y nos envolvemos con los sacos de dormir abiertos a nuestro alrededor, en lugar de meternos en ellos. De esta manera podemos levantarnos y correr más rápido, de ser necesario. Sawyer ha decretado que si somos atacados, todos debemos correr en diferentes direcciones; aquéllos que sobrevivan deberán encontrarse en un punto designado más abajo del río. No es que la idea nos llene de confianza. Sólo el cansancio de la caminata de un día nos ofrece una esperanza de dormir.

Topher se apunta como voluntario para hacer la primera guardia, y yo me ofrezco para unirme a él. Con nuestros amigos acurrucados, apoyados en los restos destrozados de un árbol caído, nos sentamos de espaldas a una roca lisa. Topher tiene el rifle y la ballesta en su regazo. Me conformo con uno de los rifles, aunque me resisto a disparar.

—¿Cuánto dura el trayecto en auto de Calgary a Vancouver? —pregunto cuando estoy bastante segura de que los demás están durmiendo.

Topher suspira pesadamente.

—Ya hemos hablado de esto —dice—. Alrededor de doce horas.

—Si salieron temprano ese día, deben haber estado casi en la costa.

Desliza su peso hacia adelante, lejos de mí, y el frío aire de la noche hace que se me erice la piel en la espalda, donde su calor me ha dejado.

—Tal vez pero...

—Pero ¿qué?

—Eso no significa que estén a salvo —dice. No hay ninguna empatía en su tono. De nuevo está irritado conmigo. Supongo que el breve respiro que nos dio el dolor compartido ya terminó—. Y si estuvieran en Vancouver... bueno, es probable que Vancouver también haya sido bombardeada.

—Pero si estaban en el camino cuando empezó, no hay manera de que Jack haya... —sacudo la cabeza. Mi padrastro era un superviviente, un luchador, incluso más que yo—. Él debe haber dado vuelta en algún pequeño camino, haberse internado en el bosque. O se unieron a alguna de las Primeras Naciones que se encontraban allí, en lo más profundo de sus tierras, en algún lugar adonde los blancos nunca van.

—Los Nahx no son blancos.

Lo escucho moviéndose detrás de mí y me giro para mirarlo; apenas es visible a la luz de la astilla de la luna.

—Si realmente quisiera ir al oeste, ¿vendrías conmigo? —pregunto.

Me mira y se encoge de hombros. Y luego sacude la cabeza. En algún lugar un búho o algún murciélago revolotea entre las copas de los árboles. Ambos tomamos nuestras armas y las tensamos, mirando el cielo. Después de un momento, Topher baja sus armas.

—Esta venganza. Esto es por Tucker, no por ti —dice—. Lo mejor para ti es que vayas con los demás, que encuentres un refugio, a otras personas. Entiendo que tal vez nunca logre encontrar al que lo mató, no soy estúpido, pero tal vez consiga matar a bastantes de esos bastardos para compensarlo. Podría encontrar una base o una de sus naves y explotarla. Es una misión suicida, lo sé, no importa. Es Tucker.

—¿No hicimos un pacto para hacerlo juntos?

—Sí —resuella—, fue una idea estúpida.

Nos sentamos en silencio, en la oscuridad, a la espera de un búho que ulule o un coyote que aúlle o grillos que comiencen a cantar. Algo que cree un poco de ambiente para llenar el vacío que nos rodea.

—No sé por qué me odias tanto —digo, aunque no tenía intención de hacerlo hasta que las palabras ya estaban flotando en el aire. Ya le he dicho cosas así antes, y su eterna respuesta ha sido que no me odia, que sólo somos demasiado diferentes. Pero esta vez me sorprende su respuesta.

—¿Quieres decir, *antes* de que nos arrestaran? Pensaba que harías que mataran a Tucker. Nunca tomó drogas antes de que tú llegaras, nunca se coló en los bares o rompió el toque de queda. Era como si estuviera tratando de ser lo suficientemente emocionante para ti. El cabello largo, la perforación en la oreja. Robó un auto, por el amor de Dios. Golpeó al imbécil suplente de matemáticas que te había suspendido, podría haber visitado la cárcel por eso. Y prendió fuego al kiosco. Dios, eso fue una oda hacia ti. Así que sí, te odiaba. Y casi hiciste que lo mataran, porque hizo todas esas cosas estúpidas para impresionarte.

Ésta es la primera vez que escucho a Topher reconocer la culpa de Tucker en el incendio por el que nos arrestaron. Su cambio de actitud me tiene mareada. Hasta este momento él había aceptado su parte en eso y su castigo, pero estaba segura de que me culpaba. Todavía, indirectamente, pero para Topher incluso eso es un progreso.

—Yo no necesitaba nada de eso, nunca lo pedí —digo.

—Como sea. Después de una semana me di cuenta de que su relación era una bomba de tiempo, pero nunca logré que él lo viera.

—¿Así que trataste de separarnos?

—Así es, demándame.

No voy a demandarlo, pero voy a noquearlo cuando llegue el momento. Aprieto ambas manos en puños debajo de mi saco de dormir. Topher se apoya en sus codos y mira las nubes que se deslizan a través de la luna. Su cara entra y sale de foco conforme la luz de la luna va y viene. Cuando hay poca luz, casi puedo ver a Tucker en él. A medida que la luz se pone más brillante, no hay manera de confundir la expresión tensa y contraída de Topher con la soltura de Tuck.

Topher frunce el ceño.

—Mira, lo siento —añade al fin.

—¿Por qué? —pregunto, fingiendo serenidad. No debería sentir nada por él. Si no fuera por su conexión con Tucker, sería irrelevante, pero como están las cosas, estoy desarrollando una obsesión patológica por mantenerlo vivo, al mismo tiempo que quisiera matarlo.

—No te culpo —dice, ajeno a la batalla épica que se ha desatado en mi interior—. No te odio, ya no.

A través de los espesos árboles veo la luz de la luna brillando en la franja ennegrecida del bosque que dejamos atrás. Las huellas de los Nahx están allí, una pista que nos llevará a ellos. Me imagino siguiéndolas sin pensarlo, impulsados, como Topher, por la ira y el deseo de venganza durante días, semanas, meses, sin encontrarlos; caminar y caminar entre el hollín, luego la nieve, hasta que todo sobre mí se haya ido y me olvide de quién soy. Porque Topher acaba de recordarme algo.

Yo sí me culpo. Por todo. Y no me importa cómo se sienta él.

OCTAVO

El transporte debe haber llegado después de todo. Ella no está.

Supongo que es posible que se haya levantado y alejado, pero creo que me esperaría. O me buscaría.

La hierba donde cayó todavía tiene la huella de su forma, cada hoja presionada de lado, rota. Yacía recostada sobre su espalda como... algo, algo de antes, que está detrás de una puerta en mi mente enredada.

No consigo mirar su forma en la hierba, es demasiado. Las alas de sangre donde su vida se filtraba por una garganta desgarrada hacen que mi propia garganta duela como si hubiera algo duro en su interior. Quiero usar mi cuchillo para dejarlo salir.

Hay una debilidad allí, en la armadura. Nos dijeron eso.

“Mantener barbilla abajo, Octavo”, me dijo. Ella estaba mirando hacia el cielo, buscando el transporte. Era tarde.

Trato de pensar. El espeso jarabe que fluye a través de mí embota las cosas, ralentiza mis pensamientos. Pienso en correr o luchar con bastante facilidad, pero no hay hacia adónde correr, nadie contra quien pelear. Mis otros pensamientos son lentos, como una babosa. Babosa. Las babosas se pueden comer, de ser necesario. Los humanos normalmente no las comen. Mi cerebro no está funcionando, como cada vez que estoy reconectado. Me siento poderoso pero estúpido. Podría correr a través de las montañas o romper mil puertas, pero apenas puedo hilar dos pensamientos.

Ella permaneció aquí días. La tierra donde estuvo no la ha olvidado. La hierba rota, la mancha de sangre. Mis dedos encuentran la marca en mi pecho donde mi propia sangre brotó. Mi herida no fue lo suficientemente grave para hacerme caer, y me lancé por ella, para protegerla debajo de mí, pero yo estaba demasiado lejos. O ella ya estaba cayendo. No lo recuerdo.

Me había empujado unos minutos antes.

Defectuoso.

Si la hubiera alcanzado y la hubiera salvado, podría haber dejado de llamarme así. Estúpido con pésima puntería. Sólo bueno para romper cosas. Si hubiera podido salvarle la vida...

¿Es posible que se haya levantado? ¿El transporte se la llevó? ¿Podrán arreglarla?

Quiero desconectarme de nuevo. No puedo pensar con toda esta armadura cerrándome y llenándome de jarabe de babosa. Estoy demasiado lejos de un centro para saber si las instrucciones cambian. No sé cómo enviar una señal. No sé qué hacer sin ella.

Sexta. Yo extrañar.

Dulce muerte sin dolor, sé que está mal. Ella me odiaba. Me llamó estúpido e inútil, y me hizo buscar mi propia comida y me dejó beber algo dulce que encontró en un auto, que me hizo vomitar y vomitar hasta que salió sangre de mi nariz. Y entonces se rio de mí.

Asustar, Octavo. Pensar tú morir.

Pienso en la forma en que mi cabeza rebotó cuando me golpeó un fragmento de misil. Tan repentino y desorientador. Sexta era así a veces.

Si cerrara los ojos y me estirara hacia la izquierda, podría encontrar allí su hombro firme. Ella podría dejarme caminar así.

Cierro mis ojos. Extiendo la mano hacia la izquierda.

¿Sexta?

Alguien, por favor, ayúdeme. No sé qué hacer.

Me alejo. Aléjate de su forma en la hierba y las alas de sangre. Aléjate de ella. Está amaneciendo. Camino durante la luz del día, aunque no es seguro.

Voy a disparar al primer humano que vea. Y al segundo. Y al que siga después. Lo haré por ella. Ahora sé que puedo golpearlos. Los odio.

Los odio tanto como ella me odiaba.

Me alejo y extendiendo la mano izquierda. Es más fácil mantener el equilibrio de esta manera.

RAVEN

Cuando despierto, escucho que los demás se mueven alrededor. Nos mantenemos en silencio, cautelosos, pero más tranquilos ahora que el sol está en lo alto.

Momentos más tarde, todo el infierno se desata cuando Sawyer hace un conteo de cabezas y resulta que nos falta alguien. Topher se ha ido.

—¿Te dijo algo? ¿Cualquier cosa? —pregunta, mientras Felix, Xander y yo nos preparamos para salir a buscarlo.

—Quiere encontrar al Nahx que mató a Tuck. No creí que se marchara —esto es mentira: no creía que se marchara sin *mí*—. Tal vez decidió seguir las huellas.

Sawyer está furioso, pero acepta esperar en el campamento durante seis horas, mientras nosotros retrocedemos hacia el bosque quemado. Si no regresamos con Toph para entonces, él y los otros continuarán el camino hacia el complejo. No hay manera de saber en qué momento se marchó Topher. Si lo hizo justo antes del amanecer, como haría una persona sensata, podríamos alcanzarlo. Si emprendió su camino en la oscuridad, una medida insensata para cualquiera, para estos momentos se encontrará a horas de distancia. Entonces, ¿estaba pensando como Topher o como Tucker cuando decidió irse?

De vuelta en el bosque quemado, es bastante fácil encontrar sus huellas. No está intentando ocultarse, tal vez quiere ser encontrado. Espero que no

esté tratando de llamar la atención con la esperanza de que un Nahx lo encuentre. Eso sería tan estúpido como temerario.

Sudando en el calor creciente, seguimos sus huellas por el lado del valle. El sol late sobre las cenizas a nuestros pies y las calienta, y eso hace que olas de rico olor terroso se eleven alrededor de nosotros. Está en silencio y quieto, apenas sopla la brisa. Todo el sonido se concentra en el crujido de nuestras botas sobre los escombros quemados y el gorjeo de los pájaros matutinos. Estamos atentos a todo, cualquier paso, cualquier motor. Ninguno ha visto de cerca un Nahx o una de sus naves, por lo que desconocemos qué esperar. Todo lo que sabemos es que sus rifles de dardos hacen un ruido chirriante antes de disparar. Felix aprendió esto antes de que los videos se detuvieran. Oyes un chirrido agudo y luego mueres.

Nos falta una hora para llegar al sitio de aterrizaje, justo en el otro extremo de la colina. Una gran mancha de bosque ennegrecido se encuentra aplanada, y la forma triangular y segmentada imita pisadas que nosotros y Topher hemos estado siguiendo.

—Es algo pequeño —dice Felix—. Debe ser algún tipo de transporte.

Xander examina los patrones de las quemaduras alrededor del sitio de aterrizaje.

—Así es como empezó el fuego —dice—. Pero hace semanas, ¿ven esto? —señala unos pequeños brotes verdes, que salen del suelo donde la nave aplastó todo.

—Pero las huellas de Nahx son más recientes —digo. No soy la mejor rastreadora, pero hasta yo sé que esas impresiones no durarán en la ceniza y el hollín mucho más que un par de días. Las extrañas huellas segmentadas no parecen mucho menos definidas que las que Topher dejó apenas hace unas horas—. ¿Ayer en la mañana? Podríamos haber tenido un encuentro con ellos un par de horas antes.

—Podría matar a ese chico —dice Felix mientras observa nerviosamente a su alrededor—. La próxima vez que sepas que alguien está planeando una misión suicida, me lo dices, ¿entendido?

—Sí, señor —espero que él capte mi falta de sinceridad tanto como la siento.

Felix se aleja del lugar de aterrizaje. Xander y yo lo seguimos.

—¿Sabes?, Rave —me dice Xander—. Sé que Toph piensa que esto es su *Templo de acero* particular, pero Tuck fue mi mejor amigo. Y esto es ridículo. ¿Qué cree que logrará?

Miro fijamente a la espalda de Felix y trato de formular una respuesta. Pero mi habilidad para hablar está abrumada por la ira mientras proceso adecuadamente el peligro en el que Toph nos ha puesto a todos. Y más que eso, estoy furiosa con él por haberse ido sin mí. ¿Cómo puedo mantenerlo vivo si se aleja de mí? ¿Y por qué yo querría hacer eso siquiera, si él está tan decidido?

—Ahí está —dice Felix de repente. Está mirando del otro lado de la colina a través de unos binoculares de campo de gran alcance. Señala el borde de la franja quemada y me los entrega.

Repaso el negro y espeso paisaje. Al principio no observo nada. Luego, en la siguiente pasada, veo a Toph, sentado, con la espalda recargada en el tronco de un árbol y la cabeza colgando. Tengo que apretar los labios para no llamarlo a gritos. No se mueve. Mis oídos se esfuerzan por escuchar.

—No tiene sentido que todos vayamos allá abajo. Es peligroso, nos expondríamos demasiado —dice Felix sacudiendo la cabeza—. ¿Qué estaba pensando?

—Regresemos arriba, tendremos un mejor ángulo —dice Xander—. Podríamos cubrirnos si algo viene.

Subimos la pendiente. Cada pocos minutos reviso a través de los binoculares. Toph sigue sin moverse.

—Esperen aquí —dice Felix. Mira el rifle que tomé prestado de Lochie—. ¿Puedes disparar?

—En realidad, no —admito.

—Maravilloso. Tira hacia arriba, entonces. Prefiero no ser alcanzado por fuego amigo hoy, deja que Xander dispare a matar.

¿Qué está haciendo Toph?, me pregunto mientras Felix nos deja. Todavía no se ha movido. Felix trota hacia abajo, manteniéndose cerca de los árboles; desaparece de la vista dondequiera que encuentra cubierta. Sigo su descenso a través de los binoculares.

—Mierda —oigo a Xander susurrar a mi lado.

—¿Qué?

—Los pájaros se han callado.

De repente, un chillido animal y gutural perfora el aire, y dos sombras negras descienden del cielo. Parecen haber venido de ninguna parte.

—¡Topher! —grito. Colina abajo, Felix está corriendo. Me tiro sobre el suelo y llevo los binoculares de nuevo a mis ojos. Topher ya no está. Felix corre más allá del árbol donde Topher estaba sentado y desaparece, dejando una nube de ceniza y polvo detrás.

¿Adónde diablos se fueron? Los dos transportes aterrizan en la ladera entre ellos y nosotros.

Xander se desploma en el suelo junto a mí, con el rifle fijo en las naves.

—¿Viste adónde fueron? —niego con la cabeza—. De acuerdo —añade con los dientes apretados—, ¿disparamos o corremos?

Se abre la puerta del primer transporte. En el umbral aparecen dos figuras sombrías. Tienen forma humana, pero son demasiado grandes, con una armadura gris opaco, profundo. Todo en ellos es como un arma viva, dura, metálica y letal. Mi interior se convierte en jamón enlatado, que amenaza con volver a salir. No podemos cubrir a Topher y Felix si no podemos ver adónde se fueron.

—Corre —grito—, ¡corramos!

Xander se pone en pie de un salto y me levanta.

Oigo el silbido de la puerta del otro transporte que se abre y el ruido de pies con armadura en la rampa.

Estoy perdida. A pesar de todas estas semanas de juegos de supervivencia, ni Xander ni yo tenemos un apropiado entrenamiento de combate. No tengo ni idea de la estrategia a seguir en una situación como ésta. Si van tras Felix y Topher, podríamos decirles adiós ahora mismo. Pero nosotros podemos subir por la colina y regresar al valle. Tendríamos la ventaja de que estaríamos fuera de su vista por un minuto o dos. Eso podría salvar nuestras vidas. Pero ¿Topher?, ¿y Felix?

Xander suelta mi mano mientras tropiezo para detenerme. Doy media vuelta y apunto mi arma en la dirección general de la escuadra Nahx reunida

en su lugar de aterrizaje.

—¿Estás loca?

Bueno, sí, creo. Lo estoy.

—¡Ve detrás de mí! —grito.

Disparo hacia el centro del grupo de Nahx. Increíblemente, creo que le doy a uno. Gira y parece tirar a un colega al suelo. Estoy bastante segura de que la bala sólo rebotó en la armadura, pero ahora todo el grupo se convierte en uno y comienza a disparar hacia la cuesta.

—Oh, Dios, vamos a morir —dice Xander.

Lo jalo, nos tiramos sobre el risco y descendemos a toda velocidad hasta el río, que brilla en el sol como un collar de esmeraldas. Se siente como si hubieran pasado sólo unos pocos segundos cuando oigo un ruido agudo.

—¡Paintball! —le grito a Xander, y él entiende de inmediato. Todos los chicos del *dojo* jugábamos *paintball*, bola de pintura, al menos tres veces al año. Ambos sabemos que la mejor manera de evitar ser golpeado es correr como un lunático con convulsiones. Se aleja de mí.

Un dardo zumba más allá de mi cabeza mientras comienzo a correr en zigzag entre los troncos calcinados. Xander se agacha y brinca como si sus zapatos tuvieran resortes. Un árbol se astilla junto a mí cuando otro dardo yerra su objetivo. Los Nahx detrás de nosotros ni siquiera están corriendo. He oído que pueden moverse a velocidades inauditas, pero éstos marchan tranquilamente con sus armas chirriantes y nos disparan. Extrañamente, uno camina con una mano en el hombro de otro.

Otro dardo zumba al pasar. Delante de mí, Xander se tambalea y rueda.

—¡Xander! —grito, pero él se levanta al otro extremo de una serie de troncos quemados. Cuando llega a la orilla del río, gira y levanta su rifle.

—¡Abajo! —grita.

Es claro que él está todavía más loco que yo. Me arrojo al suelo y ruedo hacia él mientras dispara. Un vistazo a los Nahx me dice que su táctica no los está frenando ni siquiera un poco. Dos dardos zumban más allá de su cabeza, él se agacha. Utilizo mi caída para seguir rodando y aferro mi rifle al pecho mientras Xander sigue disparando. Dejo de rodar, me levanto de un salto y lo derribo. Ambos caemos en la orilla del río y nos estrellamos en un pequeño

charco de lodo debajo. Xander aterriza violentamente encima de mí.

El borde del río es un enredo de lodo y raíces de árbol. Sé que sólo tenemos unos segundos antes de que los Nahx nos alcancen, segundos para hacer la cosa más estúpida que haya hecho.

—Respira hondo y espera —digo, mientras tomo a Xander por la camisa y ruedo hacia el río.

El agua es gélida y al instante elimina unos cuarenta puntos de mi coeficiente intelectual, pero me las arreglo para apegarme al plan y nos jalo a ambos hacia abajo; me estiro hacia las raíces debajo de la superficie para aferrarme a algo. En el peor de los casos, me soltaré y la corriente del río nos llevará de nuevo al lago que dejamos ayer. Eso sería una mierda épica, así que envuelvo mi brazo alrededor de una raíz grande, brinco a la superficie para tomar más aire, y regreso a lo profundo del agua.

Mi cerebro se congela hasta el punto en que apenas reparo en el hecho de que Xander todavía está conmigo, aferrado también a las raíces, con sus mejillas hinchadas y los ojos muy abiertos. Estamos como a metro y medio de la superficie, y una vigorosa corriente de agua turbia fluye sobre nosotros; vestidos con ropas oscuras, intentamos atravesar un par de árboles podridos.

Por encima del agua, sin embargo, la brillante luz del sol me permite ver que tres Nahx aparecen en la orilla del río. Maldición, esto fue estúpido. Debería haber dejado que la deriva nos alejara un poco. Estamos escondidos en el río justo bajo el lugar donde entramos.

A mi lado, Xander se contrae. Mis pulmones sienten que van a estallar como si fueran globos. Los Nahx en la orilla no muestran señales de alejarse. Podríamos soltarnos, pero los Nahx podrían notar el movimiento a pesar de la oscuridad en el agua. Necesito respirar. Necesito respirar. Mi visión comienza a volverse negra en los bordes.

Por encima de nosotros, los Nahx retroceden y desaparecen de nuestra vista. Xander y yo emergemos a la superficie y jadeamos entre tragos de aire, todavía aferrados a las raíces y pegados al borde del río. En mis ojos titilan estrellas y mis dientes comienzan a castañear. Cuando sacudo el cabello mojado de mi rostro, veo algo, una mancha de sombra en la orilla opuesta. Xander también lo ve. Ambos giramos la cabeza.

—Mierda —dice el mojado Xander.

Instintivamente, lo empujo detrás de mí, contra la hierba.

Un Nahx está parado en la orilla, mirándonos, con su rifle de dardos colgado en un costado. Inclina la cabeza un segundo, luego busca su rifle. No pierdo tiempo.

—¡Ahora! —grito.

Xander obedece y somos lanzados por la corriente, río abajo. Lucho por mantener mi cabeza por encima del agua, esperando que el Nahx en la orilla lejana comience a correr, a perseguirnos por la ribera, pero sólo nos observa, con el rifle todavía en alto, mientras nos alejamos.

OCTAVO

Nunca consideré que el siguiente humano que vería fuera una chica. No sé por qué eso me hizo dudar.

Cuando salí de los árboles, tenía un tiro claro hacia adonde ella se aferraba al borde del río. Podría haberle disparado, creo, pero parecía algo vergonzoso. Ella fue tan valiente, la forma en que derribó a ese otro humano. Tuvo éxito en donde yo fallé. Ella protegió a su Compañero.

Creo que la admiré demasiado y no disparé mi rifle.

Admiración. Ni siquiera tengo una seña para eso. Inventaría una, pero...

El soldado de la otra orilla me observa y me hace una seña para que espere.

—*Perdidos* —digo, y uno de ellos asiente y hace una seña:

—*Esperar ahí.*

Ellos tienen un rango más alto que yo, e incluso que Sexta, creo. El que se dirigió a mí podría incluso ser un Primero. Son tan inflexibles y controlados, nada los perturba ni los distrae. Sexta habría pisoteado llena de frustración por la pérdida de los seres humanos en el río, pero éstos sólo dan media vuelta y marchan de regreso sobre la colina. Sexta me habría culpado y me habría llamado estúpido, me habría empujado y se habría negado a hablar conmigo durante días.

Espero, los dedos de mi mano izquierda buscan algo en qué aferrarse. Me pregunto si no debería meterme de nuevo entre los árboles, subo más y me

desconecto de nuevo. No confío en estos rangos altos. Sé lo que piensan de mí. ¿Qué sucederá si descubren que soy defectuoso?

Pero ¿cómo lo sabrían? No tenemos rangos visibles. Todos parecemos iguales, especialmente con nuestra armadura. El comportamiento es el que indica el rango. Los más altos creen que *todos* los Octavos son defectuosos, y los Novenos y Décimos son aún peores. Hasta yo tengo miedo de los Undécimos y Duodécimos. Por lo general, desaparecen y nunca más se les vuelve a ver. Pero si me las arreglo para actuar como un rango más alto, ¿qué me detiene para ir con ellos? Puedo verlos y hacer exactamente lo que ellos hacen. Puedo ser inflexible y controlado como ellos, no quedarme embelesado con las cosas verdes ni distraerme con el olor de los cachorros de lobo o las telarañas.

No puedo ser un Primero, porque soy un chico y los Primeros varones están todavía en las naves. No puedo esperar ser tan perfecto como un Segundo; un Segundo nunca se perdería, para empezar. Pero tal vez podría actuar como un Cuarto de manera convincente. Y entonces tendría un mayor rango que ella. A Sexta le gustaría que yo fuera un Cuarto. Si no estuviera muerta.

Mis dedos se estiran y no encuentran dónde asirse.

Uno de los transportes sube al cielo y roza el agua para recogerme. Temblaría si pudiera. Mi aprehensión me hace olvidar a la chica del río por el momento. Pienso en Sexta en cambio, y me estiro para alcanzarla.

RAVEN

Cuando Xander me saca del río, estoy tan helada que mis miembros se sienten como aletas de foca. Ambos estamos golpeados por las rocas y los otros escombros que se estrellaron contra nosotros cuando el río se torcía y giraba. Xander finalmente logró arrastrarnos a la orilla y luego él siguió hasta las enmarañadas rocas y raíces. Me aferré a sus piernas mientras él recuperaba su fuerza para levantarme.

Me deja caer sobre la orilla y se desploma a mi lado. Yacemos como dos peces moribundos, tragando saliva y jadeando. Pronto, ambos estamos temblando. Con lo tarde que es y la llegada del invierno, hay pocas esperanzas de calentarnos sin fuego.

—S-s-s-supongo que n-n-no tienes f-f-fósforos —tartamudeo.

Xander resopla y escupe el agua del río.

Así que no hay esperanza.

—Tenemos que volver con los demás.

Xander mira su reloj de buceo.

—Nos quedan alrededor de dos horas. Tendremos que correr —se pone en pie, me ofrece una mano y tira—. ¿Una carrera? —pregunta con una descarada sonrisa—. Incluso te daré ventaja.

Le muestro el dedo medio.

Si existe una sensación tan desesperada como correr con ropa mojada y botas encharcadas a lo largo de una ribera lodosa con la amenaza de ser

asesinado por un extraterrestre hostil detrás de cada rincón, no sé cuál sería. Correr, sin comida en el vientre, con el cerebro medio congelado, mechones de rizos empapados golpeando tu rostro y un tibio compromiso de no acostarte y dejar que un oso te encuentre y te devore. Sin esperanza alguna de llegar a un buen sitio. Es difícil reunir entusiasmo para una carrera como ésta.

Después de veinte minutos de esfuerzo para mantenerme al parejo con el ritmo galopante de Xander y sus largas piernas, las lágrimas corren por mi rostro. Apenas desacelero, me replego hacia un costado y vomito alrededor de ocho tazas de agua de río sobre las raíces de un arbusto de aspecto enfermizo. Xander se detiene y me mira mientras me tambaleo.

—¿Un descanso?

Niego con la cabeza, mientras limpio la boca con mi manga húmeda. He hecho carreras más largas que ésta, aunque nunca he disfrutado de ninguna. No soy de esas chicas que corren durante horas todos los días con la esperanza de ser lo suficientemente delgadas para entrar en algún vestido sexy. De todos modos, odio los vestidos y nunca quise estar tan delgada como estoy ahora. Diez semanas de comida racionada nos ha bajado a todos en las categorías de peso.

No tengo idea de cuánto tiempo hemos estado moviéndonos, cuando empiezo a entrar en calor otra vez. Es un respiro cuando el sudor gotea en mis ojos. Llegamos al bosque quemado justo cuando el sol cae por la cresta del valle. Nos detenemos allí para asegurarnos de que el camino esté despejado.

—Podemos caminar desde aquí —dice Xander—. Es sólo otra media hora.

Sin embargo, la luz se está desvaneciendo, y nuestro último encuentro con los Nahx fue justo en este lugar en pleno día, así que no puedo decir que eso de reducir la velocidad sea una buena idea. Aunque mis piernas están de acuerdo. Las levanto, como si fueran dos tubos de plomo rellenos de concreto, y arrastro una detrás de la otra. Cuando me doy cuenta de que mi ropa está casi seca, pero sigue helada, comienzo a reír.

—Estás perdiendo la razón —dice Xander con una sonrisa.

—Ah, ¿ya te diste cuenta?

Más allá del bosque quemado, finalmente nos alejamos del río hacia el denso matorral donde dejamos nuestro campamento. Me vuelvo y echo un último vistazo a la rápida corriente del río, ahora oscura e inquietante en el anochecer, en lugar de esmeralda y brillante. Mis ojos se deslizan hacia la otra orilla y mi mente hacia el solitario Nahx, parado allí, observándonos, sin disparar. Eso da qué pensar, pero ni siquiera consigo conectarme con eso.

Conforme se va perdiendo la luz, cada árbol y rama se convierte en una sombra. Cuando llegamos al campamento, mis nervios se han deshecho como suéter viejo, a la espera de un Nahx o algún otro horror a cada paso. De alguna manera, termino caminando delante de Xander, así que soy yo quien escucha el distintivo crujido de un arco que se tira hacia atrás y encuentro una flecha apuntando hacia mi rostro.

—Buuu —digo sin entusiasmo. Emily baja su arco, entrecerrando los ojos en la oscuridad.

—Maldita sea, pensamos que estaban muertos.

—No te veas tan decepcionada.

Por mi parte, estoy llena de alivio; alivio de que nos hayan esperado más de seis horas y alivio porque en la oscuridad, detrás de Emily, puedo ver la cara conmocionada de Topher. Entre los demás, la noticia de nuestra supervivencia es recibida con moderado júbilo hasta que confesamos que perdimos dos rifles en la huída. Entonces Sawyer está furioso otra vez, pero para nuestra suerte, descarga su coraje con Topher. Yo también quisiera decirle algunas cosas.

—Te fuiste sin mí —digo, cuando me dejo caer a su lado.

—¿Estás bien?

Suprimir el impulso de golpearlo hace que mis dientes rechinen.

—Congelada, magullada, pero intacta —digo—. ¿Qué demonios estabas pensando?

—Había un cortafuegos, una trinchera. Iba a atraerlos hacia ella y luego...

Una pregunta se forma en mi mente. Algo como: *¿Perdiste la cabeza?* Pero entonces me doy cuenta de que no hay razón real para preguntarlo. Está claro que así es.

Juntos miramos fijamente en la oscuridad, una oscuridad tan profunda que

es difícil saber si mis ojos están abiertos o cerrados. Parpadeo, y en ese parpadeo veo al solitario Nahx en la orilla, sin disparar, dejando que la corriente nos aleje. Su forma, borrosa como una sombra difusa, es como la fotografía de un objeto en movimiento. La memoria de ese instante se extiende como una película en cámara lenta. Incliné la cabeza hacia un lado antes de levantar su arma. No disparó. *Pensó* en ello. ¿Los Nahx piensan? ¿Qué pensó el Nahx que mató a Tucker en ese momento? ¿Qué piensan de nosotros, los ocupantes de este planeta que han vencido de manera tan violenta?

La fuerza de estas preguntas me descarrila. Es como si pudiera ver por un momento el mundo a través de sus ojos, verme a través de los ojos de ese Nahx solitario en la orilla. ¿Qué pensó de mí cuando decidió no disparar? La idea de que pensara en mí es absolutamente repelente y transgresora. Topher percibe mi inquietud. Tiene el mismo exasperante sexto sentido que tenía su hermano. Siempre capaz de saber cuando pasaba algo, nunca capaz o particularmente dispuesto a hacer algo al respecto.

—Adelante, si tienes algo que decirme —dice, como si yo hubiera estado sentada allí pensando en él todo este tiempo.

—Esto no se trata de ti —digo—. Nadie aquí te dejará desaparecer en la noche. Todo el mundo es lo suficientemente estúpido para dejarse morir yendo detrás de ti. Así que... espera, ¿de acuerdo? Espera hasta que consigamos llevar a todos a un lugar seguro. Entonces podrás ir a buscar tu venganza.

—¿Así que no quieres venir conmigo?

—Dios, Topher, los días en que se permitía *querer* algo han terminado. Estamos corriendo con sólo la vida que perder, estamos muertos a menos que algo milagroso suceda aquí. Tal vez yo vaya contigo a matar algunos Nahx. ¿Cuál es la alternativa? ¿Deambular por ahí, congelarse, morir de hambre? ¿Esperar a que nos encuentren?

Entre más pienso en ello, menos probable es que deje que Topher vaya solo.

No habla durante largo tiempo. Detrás de nosotros escuchamos los murmullos de nuestros amigos, el sonido de los sacos de dormir, el ruido de

una envoltura de plástico. Parecen ruidos normales, pero nada de esto es normal.

—Todos pensábamos que habías muerto —dice Topher—. Cuando cayeron en el río, pensamos que les habrían disparado y que los dos estaban muertos.

—Eso escuché —digo—. ¿Cómo te sentiste al respecto?

Ni siquiera sé por qué le pregunto esto. Supongo que para hacer el compromiso de ir con alguien a cumplir una venganza asesina, o para convertir su salvación en tu proyecto de vida, en verdad debes saber qué es lo que siente esa persona por ti, o algo así. O tal vez estoy tratando de fortalecer nuestro vínculo, de manera que si voy con él, pueda eventualmente convencerlo de que abandone su venganza y nos dirijamos hacia el oeste.

Hay otra larga pausa, durante la cual me siento un poco nerviosa, como si estuviera a punto de escuchar algo que nunca más podré ignorar.

—No creo que pueda explicarlo —dice Topher críticamente—, aun si quisiera.

No es una respuesta imprevisible. Topher era siempre el que mantenía sus sentimientos bajo control. Pero esas horas que pasamos con el cuerpo de Tucker y recostados junto a su tumba me dicen que hay profundidades en él que rara vez han sido exploradas. Hondura en su capacidad para el dolor, por lo menos. Tal vez si yo hubiera muerto, él podría explicarlo. Tal vez un día muera delante de él sólo para llegar al fondo de su repertorio emocional.

Tal vez Topher se quedó con el cerebro y Tucker con el alma. ¿No sería perfecto?

OCTAVO

Me agazapo en la parte posterior del transporte, junto al depósito de municiones. Los pilotos Primeros buscan meticulosamente en el oscuro paisaje de abajo, mientras su compañero, un Tercero, me mira en silencio.

—¿*Rango*? —finalmente me pregunta con una seña. Estaba empezando a pensar que nunca se rebajaría a hablar conmigo. Pero pierdo un poco mi nervio y golpeo mi pulgar izquierdo con mi dedo índice derecho.

—*Sexto*.

El Tercero asiente y hace la seña de *bien*, una palma plana sobre el pecho, tan rápida que el sarcasmo es dolorosamente claro. Estoy debajo de él y de la Primera, y él no está contento de estar atrapado aquí conmigo. También siento su desconfianza. No hay confianza entre mi especie. Tal vez él pueda decir que mentí sobre mi rango. Podría pensar que soy un Renegado, en busca de otros como yo, un Undécimo o un Duodécimo en la deserción y la desobediencia.

En nuestras señas, *desobediente* es lo mismo que *defectuoso*. Recuerdo a Sexta gritándome con enojo.

—¿*Instrucciones*? —pregunta Tercero.

Respondo sin vacilar.

—*Disparar dardos alimañas. Dejar donde caer* —haciendo la seña para *humanos*, leí mis propias manos como *alimañas*. Sexta utilizó este signo para un nido de ratones que encontramos una vez y para grandes insectos que yo

quería comer.

Alimañas. Humanos. Supongo que eran lo mismo para ella.

—¿*Recibir instrucciones revisadas?*

—*No.*

—¿*Tu transmisor fallar?*

Ahora estoy en problemas. Sólo los rangos más altos, del Primero hasta el Sexto, reciben instrucciones revisadas a esta distancia desde un centro. Cuando dudo en responder, el Tercero me empuja contra la pared metálica de la bodega de carga, sacudiendo mi armadura.

—*¡Rango!* —hace la seña violentamente, sus dedos cortan el aire a sólo centímetros de mi rostro.

Me apoyo contra la pared.

—*Octavo* —respondo—. *Octavo.*

—¿*Compañero?* —hace señas, tendiendo su mano izquierda a la altura del hombro. Cierro los ojos detrás de mi visor.

—*Morir.*

Siento que me pateo con fuerza en la espinilla, pero para cuando abro los ojos, está en la cabina hablando con la Primera. Ella se vuelve hacia mí por un instante, la brevedad de su mirada expresa tanto desprecio como cualquier seña, palabra o expresión facial. Soy irrelevante, y una carga, más abajo en el rango de ellos de lo que era de Sexta, incluso aunque pretendiera ser un Sexto yo mismo. Y lo peor es que dejé a mi compañera morir. Estarían justificados si me empujaban por la escotilla. Ni siquiera yo podría sobrevivir a una caída tan alta. Se supone que no debemos matarnos entre nosotros, pero sé que sucede. Sexta me amenazó con hacerlo suficientes veces.

Me ocupo recargando mi rifle de municiones. De todos modos, sólo le faltan pocos dardos. Por costumbre, compruebo los seis dardos de respaldo que llevo ocultos en mi armadura; por supuesto, todos están allí.

El transporte gira de repente y comienza a sacudirse. Primera y Tercero toman las agarraderas en la cabina. Yo no tengo de dónde sostenerme aquí en la bodega, así que me encajo entre el arsenal de municiones y la abombada pared metálica. Fuera de la vista de los otros apoyo mi mano izquierda sobre la parte superior de un depósito de armas y cierro mis dedos alrededor de ella,

imaginando...

Tengo que dejar de pensar en ella.

Una palabra surge en mi cabeza. Es familiar y desconocida. *Amigo*. Se desliza por debajo de la puerta de alguna manera, con todo el resto de esas cosas emocionales que se supone que no deben molestarme. Nosotros no tenemos amigos, no tenemos sentimientos, aparte de la ira y la eficiencia. Pienso en la forma en que la chica humana defendió a su amigo. Los humanos son así, vinculados no por las reglas y el orden, sino por algo más, algo caótico e impredecible. Es familiar para mí, también, y no, como tantas cosas. Pero yo soy defectuoso. Traté de que Sexta fuera mi amiga y ella me ridiculizó por ello, se rio de mí por ser tan torpe.

Una vez, cuando estábamos desconectados, señalé que la risa tampoco estaba permitida, aunque fuera malintencionada. Me golpeó en la cara con tanta fuerza que la mandíbula me dolió durante días.

Me trago la vergüenza de esto, la trago en el grueso lodo de abajo, con la esperanza de que se convierta en la fuerza del odio hacia las alimañas de este mundo. Pero la persona a quien odio ahora mismo soy yo. Ojalá la Primera y el Tercero me *empujaran* por la escotilla. Estamos muy alto, podría fingir que estoy volando mientras caigo.

A veces sueño que puedo volar.

RAVEN

La mañana siguiente irrumpe con su brillo, pero es inesperadamente fría. La temperatura disminuye más a medida que ascendemos al complejo turístico en la montaña, y luego, casi como una burla hacia nosotros, justo después del mediodía se nubla y comienza a nevar. Nos encorvamos y temblamos mientras avanzamos cuesta arriba. Lo primero que vemos es el área de casas rodantes justo afuera del pueblo. Filas de derruidas casas rodantes posadas en terrazas de la empinada ladera. Parecen bastante tranquilas, abandonadas.

—Esto no se ve bien —dice Xander.

Instintivamente, todos sacamos nuestras armas. Sólo me quedan los cuchillos, que parecen pequeños frente a la ballesta de Topher y los rifles, pero la velocidad es lo que importa contra los Nahx. Por lo menos, eso es lo que dicen los videos.

Sawyer se hace cargo.

—Formen parejas y busquen. Tomen nota de cualquier alimento o arma. Volveremos después de que veamos el pueblo. Emily y yo estaremos de guardia.

Felix y yo formamos pareja. Topher y Lochie forman otro equipo, mientras que Xander se une a Mandy.

Nos dirigimos hasta el final de una de las filas de casas rodantes para hacer nuestro trabajo. Felix sostiene su rifle holgadamente a su lado. Mis cuchillos están en su funda otra vez, pero estoy extrañamente consciente de

ellos. Comprobamos detrás de cada casa y entre cada auto. No hay señales de que hayan sido habitadas recientemente. Todo está tranquilo, casi ordenado, como si lo hubieran dejado listo para recibir visitas o algo así. Un ruido se escucha detrás de nosotros. Felix gira, con el rifle levantado, y cae sobre una rodilla antes incluso de que yo logre apuntar mi cuchillo en la dirección correcta. Pero son sólo gotas de nieve que golpean el techo de una casa rodante. El día se está calentando y la nieve se derrite bajo el sol.

Por fin, llegamos al extremo de la fila.

—Empezaremos con éste y trabajaremos de regreso —dice Felix. Intenta con la puerta de la última casa. Con un *clic* suave, se abre.

En el interior parece que alguien podría haber estado viviendo aquí hace poco. Los platos cubren la mesa, una revista descansa abierta sobre una banca. Detrás de una estrecha puerta abierta, cerca de la pequeña cocina, puedo ver un baño.

La casa parece tener dos habitaciones. Mientras Felix abre los armarios, en donde encuentra latas y algunos alimentos secos que parecen prometedores, reviso la puerta de la habitación de atrás. Está cerrada, pero no tiene seguro. Perversamente, siento ganas de llamar, pero sólo giro la manija y se abre.

Un hombre y una mujer yacen muertos sobre la ancha cama. Cada uno tiene un dardo negro incrustado en su frente. Las vetas de color acero se extienden por el orificio y cubren sus rostros como una telaraña. Los dedos muertos del hombre todavía están enrollados alrededor de un bate de beisbol.

Me siento mal del estómago. Felix viene detrás de mí.

—Oh —dice.

—Los mataron mientras dormían —estoy impresionada por lo discreto que esto parece, es decir, para una especie que explota ciudades.

—Sí —Felix se inclina para mirar de cerca el rostro gris de la mujer—. ¿Hace poco? No se han descompuesto.

—No lo sé. Eso es extraño, ¿cierto? —trago algo amargo en la parte de atrás de mi boca. En la esquina de la pequeña habitación hay una pequeña cuna y, en ella, un pequeño bebé disecado. Definitivamente, no es reciente. La boca del bebé está abierta, fija en un grito inaudible pero permanente.

Retiro la manta rosada y veo que el pañal está manchado; los excrementos están tan secos como el resto del cuerpo.

—Estas casas están bien selladas —dice Felix—. Y más calientes que el infierno con el sol brillando sobre ellas —está tranquilo, como si no estuviéramos hablando de un bebé horneado.

—No hay dardo —digo. Me quito los guantes y muevo con suavidad el cadáver, pero no encuentro señal alguna de herida o lesión.

Felix jala la manta sobre el diminuto rostro momificado.

—Los Nahx mataron a sus padres mientras dormían y dejaron al bebé morir de hambre, supongo.

De alguna manera es esta injusticia, este pequeño acto de desdén lo que finalmente me arma de valor para unirme a la misión de Topher. Cierro los ojos como una chica tonta con el corazón roto, y los abro como una soldado que nunca se rendirá. Sé qué tipo de esperanza queda cuando la probabilidad de salir de esto viva se ha ido. Espero poder derribar cien Nahx, mil.

—¿Encontraste mucha comida? —pregunto, dando la espalda a los muertos. Siento como si nunca pudiera volver a comer.

—Algo —dice Felix—. ¿La siguiente casa? —su calma me molesta, pero recuerdo que sirvió en el ejército y ya ha visto todo tipo de muertes. Tal vez un bebé horneado no sea nuevo para él.

Felix baja de la casa antes que yo y recoge el paquete que dejó junto a la puerta. Se vuelve para mirarme, parada en la parte superior de la puerta, cuando oigo un fuerte chirrido y luego un golpe. Los ojos de Felix se apagan y se tambalea hacia adelante. Su rifle hace un ruido sordo en el piso y cae por las escaleras, fuera de la casa.

—¡Sawyer! —logra gritar antes de caer, extendido en el piso de la casa, a mis pies. Hay un dardo en la parte posterior de su cabeza. Se contrae dolorosamente mientras caigo de rodillas, saco el dardo y lo arrojé lejos. Trato de darle la vuelta, pero está atorado en la puerta y el espacio es demasiado estrecho para moverlo. Finalmente, me tiendo en el suelo para ver su rostro. Ya se está llenando de la toxina del dardo, sus venas se tornan negras, sus ojos se llenan de sangre oscura.

—Escóndete —se ahoga, sostiene mi brazo—. Escóndete... —y entonces

la sangre aceitosa burbujea en su boca, sus ojos se quedan fijos en mí y deja de respirar. La luz abandona sus ojos mientras lo veo morir.

Fuera de la casa, escucho gritos y disparos. Me deslizo hacia adentro, más allá de la cocina. Mis opciones son el dormitorio con los cadáveres o el pequeño baño. No puedo pensar. Oigo a Topher llamando a Sawyer. Y disparos. Y alguien gritando ¡No! ¡NO! Me trepo al armario del baño y cierro la puerta tras de mí. Entonces me doy cuenta de que me he orinado.

Corre. Corre. Corre, pienso. Estoy atrapada, pero los otros pueden correr. Por encima del inodoro hay una pequeña ventana. Afuera, en el cielo, puedo ver un transporte flotando. De alguna manera, éste es más amenazante que los que enfrentamos ayer. Parece una horrible máquina orgánica. El sonido del motor es aterrador; no es alto, sino profundo y palpitante. Mis dientes castañean sin que pueda controlarlos y vuelvo a probar la bilis en la parte posterior de mi garganta. Los gritos en el exterior se detienen por un momento. ¿Todos están muertos? ¿Topher está muerto? Pienso en Felix afuera, en el suelo, y en el pequeño bebé de la cuna. Se desdibujan juntos. El odio es todo lo que me impide desmayarme de miedo.

Entonces escucho una voz. Es Sawyer.

—¡RETIRADA! ¡Colina abajo! —grita.

No escucho que nadie me busque.

—¡Ayúdame a llevarlo! —se oye una voz desesperada, y creo que se deben referir a Felix, pero no oigo movimiento en la casa rodante. Le dieron a alguien más, a un chico. Que no sea Topher. Por favor, que no sea Topher. Saco mi otro cuchillo de su funda e intento concentrarme en permanecer en silencio mientras mis pensamientos me gritan. *Que no sea Topher. Que no sea Topher.* Él es todo lo que me queda de Tucker.

Pasan segundos, minutos. Silencio.

¿Me dejaron? Me asomo a través de la pequeña ventana y veo todavía el transporte en el cielo. Se mueve y sale de mi vista. Oigo el estruendo bajo de sus motores y el sonido de pasos metálicos. Luego se aleja.

Aguanto la respiración y me esfuerzo por oír algo. Hay pasos fuera de la casa. No hay voces, sólo pasos, sonidos pesados y un ruido chirriante, luego otro golpe, muy cerca. La casa vibra un poco.

¿Le dispararon al cuerpo de Felix? Eso significa que lo vieron en la puerta de la casa, de esta casa. En donde yo estoy. No me atrevo a abrir la puerta cuando siento que la casa se estremece mientras alguien sube las escaleras. Sé que no puede ser uno de nosotros. Ellos me abandonaron. Me dejaron aquí para morir con un dardo en la frente. Me preparo. No hay manera de que vaya a morir sentada en el inodoro. Aprieto un cuchillo en cada puño y me levanto, lista para atacar lo que sea que pase por la puerta.

Siento que la casa se mece.

Oh, por favor, por favor. No estoy segura de si quiero que se vayan o si abro la puerta para tener por lo menos la oportunidad de matar a uno antes de morir. *Su punto débil está bajo su barbilla*, pienso, y sostengo con fuerza los cuchillos. Transcurre un minuto, luego otro. Todavía estoy temblando cuando siento que la casa se balancea una vez más y escucho pisadas fuertes. ¡No cerré con seguro la puerta del baño! Miro hacia el pestillo que cuelga inútilmente. Podría alcanzarlo y amarrarlo, pero tendría que soltar un cuchillo y moverme y tal vez respirar. No me atrevo. Mi última esperanza ahora es que el Nahx no la abra.

Un segundo después, esa esperanza se desvanece, mientras observo cómo gira la manija. Pienso en mis padres, y en Tucker, y en Topher, mientras pongo esa última gota de esperanza en él. Espero que sobreviva a esto, porque sé que yo no lo haré.

La puerta se abre. Un Nahx se encuentra allí con un rifle de dardos apuntando directamente hacia mí.

Me lanzo sobre él con los dos cuchillos dirigidos hacia su garganta. La armadura se desdibuja mientras en un movimiento suelta el arma y me sostiene por las muñecas, una en cada mano, deteniendo mis cuchillos a una pulgada de su cuello. Trato de no gritar mientras aprieta mis muñecas y me levanta. Un instante antes de estar segura de que mis huesos serán aplastados como delicadas piezas de porcelana, dejo caer los cuchillos y éstos se estrellan contra el suelo.

Cuelgo un momento, suspendida por mis muñecas. Trato de patear y varios golpes aterrizan en su torso; sólo uno de ellos habría dejado a un humano retorciéndose en el suelo, pero él apenas parpadea. Doblo los codos

y me levanto hasta que estoy a la altura de sus ojos de vidrio negro.

Esto es lo más cerca que podría estar de un Nahx. La armadura es de un denso gris opaco que parece absorber la luz que la rodea. Está fragmentada, como un escarabajo o una araña, y tiene válvulas y alambres y paneles reforzados por todas partes. Las placas sobre su rostro parecen moverse ligeramente, revelando espinas de aspecto afilado en finas tiras. ¿Algún tipo de defensa extra? ¿O es ira, miedo? ¿Puede sentir miedo, como yo? Me pregunto si sólo son máquinas o hay algo adentro. Hay un ligero zumbido pulsante que viene de la armadura y un olor peculiar, casi como carbón o leña quemada.

Este Nahx es muy alto, probablemente más de medio metro más alto que yo, y tiene hombros anchos. Se mantiene con las rodillas ligeramente dobladas y los pies separados. Yo cuelgo allí, con los bíceps ardiendo por el esfuerzo de sostenerme. Finalmente los músculos se acalambran y caigo. No suelta mis muñecas y el dolor se dispara a través de ellas, mientras me doy cuenta de que están ardiendo. Sus manos me queman.

Gruñendo de furia, balanceo mis rodillas y envuelvo una pierna alrededor del rifle de dardos, que cuelga de una correa a su lado. Cuando estoy a punto de arrancarlo, me suelta una muñeca y tira el arma lejos de mis piernas, pero el esfuerzo hace que suelte mi otra muñeca, y caigo al suelo; mi cabeza golpea el inodoro detrás de mí. Ruedo hacia adelante y levanto mis cuchillos del suelo. Me estrello y golpeo sus piernas blindadas, haciendo que pierda el equilibrio y regreso tambaleante a la cocina. Los platos caen contra el suelo. Cuando logro ponerme de rodillas, el rifle apunta hacia mí de nuevo. Tengo un cuchillo levantado sobre mi cabeza y uno apuntando hacia adelante. No tengo oportunidad. Lo más que puedo esperar es rebanarlo antes de que me mate. Abro la boca para lanzar más obscenidades, pero sale algo distinto.

—No tienes que hacer esto —digo a través de mis dientes castañeando—. No tienes que matarme. No tenemos por qué ser enemigos —las palabras son inútiles. Estoy segura de que no entiende. Tal vez el tono de mi voz logre algo, tal vez haga que sienta algo por mí. ¿No es eso lo que se supone que debes hacer ante los atacantes o secuestradores? Eso es lo que nos enseñaron en defensa personal—. Yo no soy una amenaza para ti. Vete, sólo vete.

El Nahx reacciona con un movimiento de su cabeza apenas perceptible. Sin embargo, no baja su rifle, ni se mueve.

Permanecemos allí, dispuestos a matarnos por lo que parece una hora, hasta que noto los hombros y el pecho del Nahx levantándose y cayendo al compás del zumbido pulsante de su armadura. Está respirando. El segundo que tomo para registrar mi sorpresa es todo lo que él necesita. Con una velocidad ciega se mueve hacia adelante, el brazo con armadura golpea un cuchillo y lo aleja, los calientes dedos blindados se cierran sobre el otro. Tomo aire para pedir ayuda. Lo último que veo es la culata del rifle volando hacia mi cabeza.

OCTAVO

Oh, no. ¿Qué he hecho?

—*Despertar.*

La chica humana yace inmóvil en el suelo a mis pies, la sangre brota de una herida en su frente. Sus mejillas están húmedas por las lágrimas y tiene la boca ligeramente abierta. El último grito nunca escapó.

—*Respirar.*

Su pecho se levanta y cae una vez. Mi propio aliento atrapa algo cerca de la parte posterior de mi boca.

—*Respirar repetir, por favor.*

Apoyo mi puño en mi pecho. Sexta usó esta seña conmigo. Es un imperativo. *Debes. Obedecer. Ahora mismo.* Se siente diferente cuando yo lo hago. Más cortés.

—*Respirar, humana. Obedecer. Por favor.*

Su pecho sube y baja de nuevo y comienza un ritmo lento.

Estúpido, estúpido, estúpido. Eso fue tan estúpido. Ella es diminuta comparada conmigo, como un pájaro que ha caído de su nido. No podía herirme con esos tristes cuchillos. Piensa. Sin ira. Sin miedo. Piensa.

Odio a los humanos.

Yo *no* odio a los humanos. No a ésta, por lo menos.

Tengo instrucciones.

Conozco las instrucciones. No puedo... No puedo hacerlo... no con ésta.

Ésta es tan... valiente, tan salvaje, la forma en que me gruñía, como una loba madre. Ella es parte de este mundo caótico. Tan distinta a mí. Mi cabeza da vueltas. Yo estaba asustado, creo, en verdad ella me asustaba. Eso es ridículo.

“No tienes que hacer esto”, dijo.

Sus amigos se fueron. Corrieron por la colina. ¿Volverán por ella? Los humanos hacen eso: vuelven por los perdidos.

La miro desmoronada en el suelo, con los brazos estirados en ángulos torcidos y las rodillas caídas a cada lado. Parece, vagamente... impropio mirarla. Observo hacia la puerta tentado a marcharme, como ella sugirió.

Si despertara ahora, gritaría y gritaría. No podría convencerla de que no volveré a lastimarla. Nadie podría culparla por poner uno de esos cuchillos en mi garganta.

Pero si no se despierta...

Ella todavía respira.

—*Seguir respirar. Obedecer.*

Su cabello es tan hermoso. Como una telaraña o el halo de un diente de león alrededor de su rostro. ¿Por qué pienso en los dientes de león? Eso parece ser el tipo de cosas que podría desperdiciar mi poder mental disminuido. Dientes de león, telarañas, puestas de sol. ¿Por qué incluso me doy cuenta de esas cosas?

Defectuoso.

¿Estaría mal oler su cabello? Ella nunca lo sabría.

Ah. Su cabello huele como el río y las agujas de pino, como si creciera de la tierra como un árbol. Una punzada de culpa se convierte rápidamente en miedo, luego en ira. Odio estos vulgares...

Retrocedo, mi rifle apunta hacia ella casi por cuenta propia. Sería tan fácil. La oleada de líquido me marea. Las instrucciones zumban en mi cabeza y parecen pulsar. *Disparar dardos a alimañas... Dejar... dejar...*

Agujas de pino. Piensa. Necesito pensar.

No puedo dejarla aquí. ¿Y si sus amigos no regresan? Se está poniendo frío. Podría congelarse si no despierta. Los seres humanos se pueden congelar. ¿Y si mi gente regresa? Le dispararían.

Ella respira. Sus ojos se mueven detrás de sus párpados. Sus gruesas

pestañas negras son como los pies de una oruga, sin embargo... no estoy seguro de que las orugas tengan pies.

Arrojo el rifle sobre mi espalda, deslizo mis manos debajo de sus piernas y hombros y la levanto. Ella se hunde, flácida, entre mis brazos, pero la abrazo con firmeza, como... como... algo que no puedo siquiera recordar, algo detrás de la puerta. Ella es tan ligera como un diente de león o una telaraña o un copo de nieve o un jirón de nube. Puedo oler las lágrimas en su rostro.

No hay olor más triste en este mundo que las lágrimas humanas.

Estúpido Octavo defectuoso, ¿qué hice?

RAVEN

Sueño... no debo estar muerta. Sueño que floto entre copos de nieve que caen. El sueño cambia. Una estrella brillante presiona mi frente. Es tan fría y blanca que duele, el dolor se dispara hacia mis oídos, mi mandíbula, mi cuello, bajo mi columna; me hace temblar.

Entonces sueño silencio y oscuridad, pero en la oscuridad, algo se mueve. Sueño con carbón y enjambres de abejas zumbando que flotan hacia adelante y atrás. El sueño cambia de nuevo. De repente, todo es llamas y calor. Mi cuerpo deja de temblar. Veo una sombra moverse en las llamas, luego nada.

Me despierto con la mano descubierta envuelta alrededor de la garganta de alguien.

—Raven —una voz jadea—, soy yo.

Dejo caer mi mano y me esfuerzo para distinguir en la oscuridad de quién se trata.

—¿Topher?

Se vuelve a sentar, frotándose el cuello. Mi visión comienza a aclararse. Estoy recostada en una colina. Puedo ver el valle que se extiende debajo de nosotros, los restos de un fuego que brilla a mi lado y, arriba, las estrellas. Topher está haciendo una bola de nieve y luego la presiona con cuidado contra mi frente. Comienzo a notar el dolor palpitante. El frío lo anestesia un poco.

—Soñé esto —digo. Él no responde. Se quita sus guantes y los desliza en

mis manos.

—No creo que tengas hipotermia —dice—. ¿Cómo te las arreglaste para encender una fogata?

—No lo hice —digo—, lo soñé.

—Estás delirando. Estuviste aquí afuera por horas.

Intento sentarme. El dolor en mi cabeza es como un carbón ardiente. Topher presiona la bola de nieve contra mi frente otra vez.

—Felix —digo.

El rostro de Topher confirma lo que ya sé.

—Está muerto, y también Lochie. Llevamos sus cuerpos al pueblo. Regresé para buscar tu... para buscarte —su voz se rompe. Me doy cuenta de que creía que yo había muerto. Se toma un momento para recomponerse, una maravilla de contención y dignidad. Tan Topher—. Estamos como a kilómetro y medio del parque de casas rodantes. Vine cuando vi el fuego. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Lo soñé... —no, eso no está bien, pienso. El dolor en mi cabeza hace que me resulte difícil hablar, entender lo que recuerdo. El humo de la fogata llena mi siguiente respiración y un recuerdo brota hacia la superficie—. Un Nahx me trajo.

Topher frunce el ceño.

—Raven, estás delirando. Debes haber deambulado por aquí después de que el Nahx se fue. ¿Te estabas escondiendo?

—Felix me dijo que me escondiera —digo tontamente.

—Te salvó la vida —Topher mira la colina—. Tenemos que irnos, ¿puedes caminar?

Intento pararme. Cada centímetro de mi cuerpo duele, rígido por el frío y adolorido por los moretones. Cuando me balanceo y no consigo levantarme, Topher me ayuda; pone su brazo alrededor de mi espalda y me sostiene. Estoy consciente del olor a orines, pero él no dice nada. A la mitad del camino hacia el pueblo, me siento más fuerte y le pido que me deje continuar sola. A la luz de la luna puedo ver las lágrimas en sus mejillas. No trata de ocultarlas.

—Me oriné en los pantalones —digo antes de que pueda evitarlo.

—Está bien —dice Topher.

Caminamos en silencio. Estamos cerca del pueblo otra vez. Justo antes de llegar, Topher me detiene.

—¿En dónde te escondiste?

—En el baño de la casa.

—¿La misma en donde murió Felix? Pero yo regresé ahí, regresamos por su cuerpo después de que los Nahx se marcharon, ¿en dónde estabas?

—Un Nahx me encontró —digo. Sin embargo, es un poco borroso todo eso. ¿Lo soñé?

—Si un Nahx te hubiera encontrado, estarías muerta —dice Topher—. Te golpeaste en la cabeza y estuviste vagando.

Tal vez tiene razón, pienso. Los Nahx no detienen su ataque; disparan primero y nunca hacen preguntas. No le digo a Topher acerca de la respiración. No le cuento acerca de los largos minutos que pasamos el Nahx y yo enfrentados cara a cara. No le digo que de alguna manera en el tiempo entre que fui golpeada y quedé inconsciente y que desperté con Topher inclinado sobre mí, dejé de pensar en ese Nahx como *eso* y comencé a pensarlo como *él*. No estoy segura de por qué marca una diferencia, pero así es.

Antes siquiera de llegar al pueblo, ya alcanzo a escuchar el llanto de Sawyer. Lo que queda de nosotros se reúne frente a lo que parece una pequeña capilla, con los dos cuerpos recostados sobre la nieve.

—Oh, Dios mío —dice Xander cuando me mira. Salta y lanza sus brazos alrededor de mí—. Debes ser un gato, Rave, te quedan siete vidas.

Sawyer tiene recargada su cabeza en el regazo de Emily y tiembla entre sollozos.

—¿Por qué no entramos? —pregunto. Mis sentidos comienzan a regresar, e incluso puedo ver que no es seguro encender fuego al aire libre.

Nadie responde. Mandy agita algo en un bote y atiza el fuego con desgana. Xander y Topher me ayudan a sentarme. Sawyer solloza mientras Emily, con el rostro manchado de lágrimas, acaricia su cabello.

—Deberíamos entrar —digo con voz firme. Con Felix muerto y Sawyer incapacitado, alguien tiene que tomar el mando—. Entremos a la iglesia, por

lo menos.

—¿Qué hacemos con ellos? —pregunta Mandy, señalando a Felix y Lochie recostados sobre la nieve, muertos, con venas de telaraña tatuando sus rostros.

—¿Qué querrían ellos que hiciéramos?

—Que nos pusiéramos a salvo —responde Mandy—, que siguiéramos adelante —recoge el bote con lo que sea que contenga y sube la escalera de la capilla. Cuando se encuentra con la puerta cerrada, sólo retrocede y le da una buena patada. La puerta vuela con un estruendo. Sawyer se contrae en el regazo de Emily.

Los chicos lo levantan y nos siguen.

La capilla es pequeña y fría, pero pronto la sopa que Mandy prepara sube la temperatura de aquéllos que todavía podemos comer. Me cambio de ropa y trato de no pensar en Felix y Lochie afuera, en la nieve.

Cuando terminamos de comer, Mandy se acerca con su linterna. Apunta la brillante luz directamente hacia mis ojos y comprueba que no tengo una conmoción cerebral grave, pero sus cuidadosos dedos encuentran un bulto duro y doloroso en la parte posterior de mi cabeza, lo mismo que la herida en mi frente.

—¿Cómo diablos te hiciste esto? —pregunta mientras da ligeros golpes en mi frente con un punzante trapo húmedo.

—¿Tiene forma de relámpago, por lo menos? —pregunto.

Tose una media risa y decide dejar la herida sin vendaje, dado que ha dejado de sangrar. Revisa los dedos de mis manos y me hace quitarme las botas para inspeccionar los pies.

—No hay congelación —declara, y le da a mi nariz un golpecito afectuoso. Me manda a dormir, e incapaz de resistirme, me meto en mi saco de dormir y cierro los ojos—. Revísala cada hora —le dice a alguien mientras el sueño me atrapa. Cada hora, supongo, me perturban, pero nunca lo suficiente para despertarme por completo.

Cuando abro los ojos como es debido, la luz del día se filtra a través de los vitrales de la capilla, mi nariz está aterida de frío, y Topher está dormido a mi lado, con una mano apretando mi saco de dormir. Miro hacia las vigas del

techo y suspiro; desearía que la lenta deconstrucción de lo que yo pensaba que era mi vida pudiera ser un poco menos complicada. Es más fácil aferrarse a Topher como un obstáculo, un antagonista, que aferrarse a él como una tabla de salvación. Pero todo eso cambió cuando Tucker murió. Poco a poco, nuestra obsesión con el otro como el último vestigio de aquel chico salvaje a quien ambos amamos se está convirtiendo en algo más. No estoy segura, pero creo que en este mundo postapocalíptico, Topher podría estar convirtiéndose en un amigo.

Desenredo con cuidado sus dedos, tratando de no despertarlo. Se queja un poco, pero da media vuelta, resoplando, y mete su mano fría dentro de su saco. Salgo del mío, le bajo la cremallera y lo envuelvo alrededor de mis hombros como una capa. En pie, observo a mis compañeros de viaje envueltos en el suelo. Xander y Mandy se acurrucan juntos como cucharas en una gaveta, enredándose alrededor del calor del otro. La mano repleta de anillos de Emily se apoya en el saco de dormir de Sawyer, pero él ya no está ahí. Está sentado en el altar, con la espalda contra la pared, justo debajo de un estilizado crucifijo.

—Fuiste su última palabra —digo, deslizándome a su lado. No es estrictamente la verdad, pero ¿qué importa la verdad ahora?

Asiente.

—Lo escuché.

—¿Por qué volviste acá? Te oí gritar que bajaran de nuevo la colina.

La actitud de Sawyer cambia, de un corazón roto a uno diligente. Se convierte en un soldado que rinde su informe después de una misión desastrosa.

—Los Nahx nos siguieron el rastro hasta abajo, en el valle, pero abandonaron la persecución cerca del río. Desaparecieron en su transporte. Nos imaginamos que volverían por nosotros adonde nos dejaron, pero quizá no se les ocurriría pensar que estamos lo suficientemente locos para volver aquí.

Asiento. Es una teoría sólida. Parece haber funcionado hasta ahora, por lo menos. Pero dudo que los Nahx se queden lejos por mucho tiempo.

—¿Adónde ahora, jefe? —pregunto. Si volver a ser soldado le ayuda a

recuperarse, estoy feliz de desempeñar mi papel. Lo necesitamos.

Sawyer saca una pequeña cantimplora del bolsillo de su pantalón y bebe un trago.

—¿De regreso al campamento? ¿O seguimos? ¿Tendríamos que votar otra vez? —así es como deja claro que no estoy libre de culpa por la muerte de Felix. Felix, Lochie, Tucker. Supongo que yo soy la razón por la que los Nahx invadieron, para empezar. Diablos, soy la razón por la que Adán se comió el fruto prohibido. ¿Alguien más que quiera culparme de algo?

Un débil golpeteo me salva de nuevas acusaciones. El rostro de Sawyer no muestra miedo ni sorpresa, pero los otros comienzan a agitarse. Un segundo después, Topher se levanta disparado.

—¿Qué es eso? ¿Nahx?

—Suenan como un helicóptero —dice Sawyer.

—¿Qué? —la cara de Mandy se transforma en una enorme sonrisa—. Entonces deben ser humanos. ¿Equipos de rescate?

Nos quedamos en silencio, escuchando a medida que el golpeteo se acerca, cada vez más familiar, ciertamente algo del mundo humano. Cuando ya no hay duda, Mandy, Emily y Xander comparten un abrazo de celebración, Xander levanta en el aire a las chicas por turnos y da vueltas con ellas. Pero Topher y yo sólo nos miramos. ¿Nos atrevemos a tener esperanza? Ni siquiera estoy segura de que esto sea lo que Topher quiere. En cuanto a Sawyer, su rostro se mantiene inalterable, sin mostrar emoción.

—Recojan su equipo —dice, luego toma su rifle y se dirige a la puerta de la capilla.

OCTAVO

No estoy perdido, pero quisiera estarlo. Desearía haberme quedado cuando ella empezó a moverse, pero no quería asustarla. Así que me escondí cerca, observando, hasta que uno de los otros humanos se la llevó.

Me preocupa que la haya llevado a algún lugar seguro. Es improbable que la Primera y el Tercero regresen para terminar lo que comenzaron; este tipo de trabajos está por debajo de su rango. Estoy seguro de que ya se dieron cuenta de que desaparecí, pero por supuesto no les importa. Si pudieran sentir alivio, lo sentirían.

Sin embargo, podrían venir otros. Este territorio está destinado para la preparación completa. Los dardos son almacenados por miles, por millones. Yo tengo los que están en mi rifle, unos cuarenta, y los seis repuestos. Pero dudo que alguna vez los use.

Puedo ver bastante lejos desde aquí arriba. Puedo ver los árboles verdes y frondosos que sobresalen de la nieve plateada, y el río, como una delgada víbora serpenteando por el fondo del valle. Puedo ver la franja quemada del bosque donde la vi por primera vez cuando el río la arrastró. ¿Qué extrañas fuerzas me hicieron entrar en esa casa, abrir esa puerta y encontrarla de nuevo? Es difícil no ver algún significado ahí, pero es ridículo, también.

Estoy desconectado, así que mis pensamientos se deslizan hacia un estado más ordenado. Pero sólo puedo pensar en la chica humana y sus amigos. ¿Escaparon? ¿Los altos rangos regresaron? Estoy seguro de que dejaré esta

obsesión con el tiempo. Y ahora que no tengo adonde ir ni nada que hacer, no tengo prisa. Me mantendré fuera de la vista de su gente y la mía. Necesito un nuevo plan, porque no puedo regresar a la misión. Ahora no.

No tener.

Voy a fingir que no existo. Mantenerme alejado de los centros, para no ser arrastrado por las nuevas transmisiones, ignorar las instrucciones que zumban y me dicen qué hacer. Puedo resistirme a ellas. Ahora lo sé. Puedo cazar para comer, derretir la nieve para tener agua, incluso puedo encender una pequeña fogata durante el día. Sexta se reía de mis fogatas, porque no necesitamos calentar ni cocinar nuestra comida. Pero me gusta el olor y el color del fuego. Y me gusta hacerlas y mantenerlas brillantes. Ojalá pudiera hacer una por la noche, pero eso podría atraer a mi gente aquí, pensando que soy un humano.

Prefiero no volver a ver a alguien de mi especie. Tal vez incluso podría mantenerme alejado de mi reflejo en los charcos o de mi sombra en la nieve. Mi aversión por todo esto es mucho más intensa cuando estoy desconectado de la armadura. Es casi como ser... algo, algo oculto, no recordado. Algo que deja un espacio negativo detrás, donde antes estaba. Como la forma de Sexta en la hierba aplastada con las alas de sangre. Como la sensación de la pequeña humana en mis brazos y el olor de su cabello.

Diente León.

Soy una criatura vil y terrible, monstruosa, que no merece vivir. Qué alivio poder pensar eso adecuadamente, sin ser arrastrado por el limo dentro de mí para salir otra vez, convertido en odio para los humanos. Rechazo esta misión. Declino. Si puedo permanecer desconectado por el tiempo suficiente, podré aferrarme a eso. No me dejaré controlar por los otros.

No hay nada complicado en las instrucciones que inundan mis pensamientos cuando estoy conectado. *Disparar dardos alimañas. Dejar donde caer. Continuar.* Pero a medida que pasa el tiempo, lejos de los centros, sin una transmisión fresca, las instrucciones se han degradado a una baja sensación de zumbido. Estoy empezando a verlas como algo separado de mí. Podría ser la armadura la que es vil, la monstruosa armadura y el limo que infunde mi sangre cuando estoy conectado a ella. Tal vez estoy...

Defectuoso.

Puedo volver a conectarme sólo cuando lo necesite, cuando sea difícil respirar, pero puedo dormir primero. Necesito dormir. Estoy a suficiente altura para dormir varias horas, tal vez incluso una noche entera.

Sé que voy a soñar con la chica humana. Así es como funciona mi cerebro medio arruinado. Pero eso también dejará de suceder en algún momento. No será tan malo, no como los sueños acerca de Sexta, espero. Pareciera que estoy deseando el sueño, siempre y cuando no sea demasiado aterrador. Espero ver de nuevo a la chica humana.

RAVEN

La base aparece entre la bruma de nieve cuando el helicóptero desciende lentamente en un valle profundo entre dos altas montañas, después de un vuelo de alrededor de dos horas al norte de donde nos encontraron. Al menos, creo que es la base. Desde el aire se ve como montículos de nieve y rocas, una vía de ferrocarril que lleva de la nada a la nada y algo que podría llamarse carretera si todos los autos fueran en realidad tanques anfibios para la nieve.

—¿Por qué los Nahx no nos derribaron? —pregunta Topher. Todos lo hemos estado pensando durante el vuelo. Esperándolo, incluso. Tal vez deseándolo.

—Hemos analizado sus patrones. No pasan mucho tiempo en estas áreas remotas, y cuando lo hacen, no vuelven por semanas —dice un flaco y pálido soldado joven sentado frente a mí. Se presentó como Liam antes de que despegáramos—. Fue un riesgo, pero vimos sus fogatas. Hemos estado enviando drones espías por la noche. Parecen búhos, quizá los hayan visto. Son de última tecnología, no necesitan GPS ni nada. Los Nahx no tienen ni idea —su fanfarronería me da una fuerte sensación de próximo-a-morir, como si fuera ese tipo en la película que tiene que volar una última misión o retirarse al día siguiente. Ojalá no estuviera sentada frente a él, al alcance de cualquier potencial salpicadura de sangre o estallamiento de órganos.

Para aumentar mi ansiedad, Liam añade:

—Mi madre es la comandante de la base. Vinimos aquí después, ya saben, y ella permite prestar servicio a cualquiera que así lo desee. Chicos, parece que ustedes serían buenos soldados —huele un poco altivo para mi gusto—, e incluso ustedes, chicas, con un poco de entrenamiento.

Emily y yo cerramos los ojos. Sucede que yo sé que ella puede desarmar y limpiar un rifle en menos tiempo que el que la mayoría de la gente se toma para sonar su nariz. En cuanto a su tiro con arco, puede golpear objetivos que yo ni siquiera alcanzo a ver.

—¿Cuál es tu rango? —pregunta Sawyer de repente, con expresión oscura.

Liam vacila.

—En realidad no tengo rango —dice—, todavía.

—Eso te convierte en un recluta. Yo soy teniente, soy tu superior y te estoy diciendo que te calles.

Para su crédito, Liam murmura:

—Me callo, señor —luego se queda en silencio.

Junto a él, la cabeza de Xander se inclina hacia un lado. Está dormido.

Aterrizamos bastante lejos de cualquier cosa reconocible hecha por el hombre. Otros tres uniformados nos ayudan a salir del helicóptero.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Lo siento, la ubicación es clasificada —dice Liam—, pero puedo decirte que es un viejo bunker nuclear de la Guerra Fría. Por fin tiene un buen uso, supongo.

A medida que las hélices del helicóptero se detienen, él nos reúne.

—¿Puedo? —le pregunta a Sawyer, sin siquiera intentar sonar sincero. Conozco a Liam desde hace sólo dos horas, y ya me molesta terriblemente—. No somos una unidad de mando real aquí —continúa—, no usamos propiamente rangos, y nos llamamos la mayor parte de las veces por nuestros nombres. Mi nombre es Liam, como ya dije. Mi madre está a cargo, su nombre es Kim. La conocerán más tarde. No conozco aún todos sus nombres.

Nos presentamos antes de continuar.

—La entrada a la base está a menos de un kilómetro de aquí. Hay una

subida por un cañón bastante empinado. Todo está bajo tierra, así que espero que nadie sea claustrofóbico.

Creo que se supone que deberíamos reír o algo así, pero nadie lo hace. Liam reúne lo que queda de su dignidad y continúa.

—Podría usar un radio para pedir un jeep si no se sienten bien para el paseo, pero se supone que estamos racionando combustible, y el jeep tendría que recorrer un largo camino.

—Podemos caminar —dice Emily. Liam le dirige una mirada de aprobación que me hace sentir un poco nauseabunda. Levantamos nuestras mochilas y nos internamos en la nieve.

—Esta tormenta de nieve ha sido genial —dice Liam mientras caminamos—. A pesar del frío, nos hace mucho menos visibles desde el aire.

—¿Volverás a buscar los cuerpos? —pregunta Sawyer siguiendo su propia agenda personal. No puedo culparlo, en realidad.

Liam da media vuelta y camina hacia atrás mientras nos habla, como si estuviera dirigiendo un paseo por el museo.

—No es probable, es muy peligroso. Sabes que no se descomponen, ¿cierto?

Todos guardan silencio, pero podría decir que los otros ya deben haber visto alguna evidencia de esto, igual que yo. Liam sigue hablando, porque no sabe el horror de lo que nos está diciendo a mí y a Sawyer y Tophér en particular.

—Es por la toxina de los dardos. Es una especie de embalsamamiento, o un conservante —una sombra cruza su rostro como una nube, pero pronto pasa—. Extraño, ¿cierto? Me pregunto qué piensan hacer con todos esos cuerpos.

Por lo menos, Tucker está en nuestro valle escondido, bajo una manta de tierra y hojas de abedul. Es extraño pensar que yo podría volver allí en algunos años y lo encontraría justo como era el día que murió. Una mirada a Tophér me dice que está pensando lo mismo. Es todo este asunto de Dorian Gray para él, además. Él envejecerá, mientras que Tuck conservará su imagen, siempre joven.

Dios, odio este planeta.

Miro alrededor a todos mis amigos, y sus rostros de piedra. Deberíamos estar aturridos de alivio, pero tal vez este rescate está confirmando lo que todos esperábamos que no fuera cierto. Somos refugiados. Y hemos visto suficientes reportajes para saber cómo va eso.

Cuando llegamos al borde de un cañón, Liam nos conduce a un sendero tan estrecho hacia abajo que debemos caminar en una sola fila. Camino a espaldas de Mandy, y Topher avanza detrás de mí. Después de cinco minutos me sorprende la profundidad del cañón. Después de diez minutos estoy impresionada. Parece que descenderemos para siempre.

—¿Esto es natural? —pregunto a nadie en particular, pero Liam, que está claramente ansioso por lucirse un poco más, responde con entusiasmo.

—Era una presa o cantera con una mina en el fondo. En los años cincuenta, el gobierno compró la mina y construyó un búnker militar aquí. Es bastante grande, podrían alojarse alrededor de quinientas personas, pero ahora somos cerca de doscientas cincuenta.

—¿Y quiénes *son* ustedes exactamente?

—Alrededor de la mitad, como yo, son familias de militares que salieron desde una base al sur de aquí durante el primer ataque. La otra mitad la hemos recogido en el camino. Supervivientes, personas como ustedes, que hemos encontrado gracias a los drones.

—¿Recogido de dónde? —lo digo sin pensar. Estamos entrando en un tema que he aprendido a evitar, en especial con personas que no conozco.

—Sobre todo alrededor de Calgary —dice Liam—. Las aldeas están casi congeladas, pero algunas familias escaparon a la pradera, donde las encontramos.

Topher pone su mano en mi hombro, estabilizándose mientras tropiezo con un pedazo de grava.

—¿Y qué tal al norte, por Slave Lake? —pregunto.

Liam sacude la cabeza.

—Nunca llegamos tan lejos al norte. No estoy seguro de lo que esté pasando allá. ¿Por qué? ¿Tienes gente ahí? —se vuelve, evaluándose, con los ojos entrecerrados. Me imagino que está tratando de calcular la mezcla de color de la sangre en mis venas. Es una mirada a la que estoy acostumbrada.

—Algo así —digo con desdén. No tengo deseo de tratar de hablar sobre la familia de mi padrastro y la comunidad métis, llena de tías y tíos que en realidad no lo son, pero me reclaman como sobrina de cualquier forma. Es demasiado complicado, y de todos modos...

—Parte de la información que tenemos sugiere que las zonas de ataque fueron bastante limitadas —dice Liam con un encogimiento de hombros—. Hay posibilidades de que, de ser así, las cosas estén bien allá. Es la voz de un montón de supervivientes que fueron evacuados, no estamos seguros de dónde.

Eso altera las cosas, un cambio de perspectiva tan radical que me deja sin palabras. Es Topher quien lo expresa.

—¿Cuántos supervivientes hay?

—¿En el mundo? —responde Liam—. Es difícil decirlo. Pero no hay manera de salir de aquí, hacia el este o hacia el oeste. Eso es todo lo que sabemos. Y las vías de comunicación están totalmente fritas, así que estamos dando vueltas en la oscuridad para obtener información.

—¿Incluso después de todo este tiempo? —pregunta Sawyer—. Si se trata de una base militar, ¿no tienen líneas fijas seguras?

Liam se ve incómodo por un momento.

—Tal vez deberías hablar con la comandante sobre eso.

Cuando llegamos al fondo de la presa, la nieve sopla de tal forma que Liam recomienda que nos sostengamos el resto del camino. Así que pisamos fuerte sobre la nieve densa, como una clase de jardín de infantes, yo con los dedos de Topher aplastando una mano y Mandy sosteniéndose de la otra muñeca.

—Esto se siente como un mal sueño —dice Mandy. Y luego caminamos en silencio durante unos cinco minutos antes de que añada—: Supongo que mis padres están muertos.

La palabra *padres* me hace temblar. El constante temor de perderlos y lamentar las cosas que dije y no dije se ha convertido en un ruido de fondo en el juego de vida y muerte en el que he estado en los últimos días. Casi me ahogo y fui golpeada por un extraterrestre. Y la muerte, por supuesto. Tucker. Lochie. Y Felix, que murió justo frente a mí. Todo hace que el incendio de un

parque parezca pequeño en comparación. Tengo que creer que si alguna vez nos reunimos, mis padres me tomarán en sus brazos y nunca volveremos a hablar de ello.

Trato de exhalar todo, pero lo único que sale es una nube de aire congelado.

Hay una docena de personas merodeando alrededor cuando llegamos a la entrada de la base. Algunos se encuentran fuertemente armados; los otros están fumando o charlando. Dos chicos están haciendo un muñeco de nieve. Al observarlos, de repente entiendo por qué Mandy dijo lo que dijo. Cuando estábamos escondidos en nuestro pequeño campamento en el valle, podíamos fingir que todo era un error, que el mundo exterior estaba justo como lo habíamos dejado, con nuestras familias y seres queridos esperando que regresáramos a casa, pero los últimos días nos han enseñado algo diferente. El mal sueño es el mundo real. Viviremos en algún tipo de campo subterráneo de refugiados por el resto de nuestras vidas. Tal vez, si corremos con suerte, no será mucho tiempo.

Desde el exterior, la entrada parece una mina abandonada, piedra áspera con pesados soportes de madera desgastados. Una vía de ferrocarril oxidada conduce adentro. Incluso hay carros de carbón volteados, sumando a la autenticidad. Pero la perspectiva cambia drásticamente cuando entramos: las luces automáticas parpadean y revelan una gran área abierta, llena de jeeps y otros suministros y equipos. Dos guardias armados más saltan a sus pies.

—Sólo yo —dice Liam—. Los encontramos justo donde el dron registró —dirige su pulgar hacia nosotros seis, que ahora estamos temblando con el cambio de temperatura. Está mucho más caliente adentro que afuera, pero la caminata en la nieve nos dejó mojados y desorientados.

Liam y un guardia buscan dentro de sus chamarras y sacan las llaves de tarjeta que cuelgan de pesadas cadenas. Cuando deslizan las llaves se escucha un fuerte *clanc*, y abren una gran puerta. La puerta tiene más de treinta centímetros de espesor de metal sólido.

—¿Éste es un refugio para bombas nucleares? —pregunta Emily—. ¿Como el complejo del Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial? —Liam le sonrío de una manera que me lleva a agradecer no haber desayunado.

—Éste es el complejo del que el Comando nunca habló. Un acuerdo perdido hace mucho tiempo entre nosotros y los estadounidenses contra los rusos. Era un centro de mando, pero todas sus operaciones se cerraron hace años. Desde entonces ha sido un poco como un pueblo fantasma. El comandante y algunos otros tenían códigos y llaves. Alguien lo reactivó cuando todo el asunto del terrorismo comenzó a ir mal, pero en una escala mucho más pequeña. No estoy seguro de quién fue. Quienquiera que haya sido, no hemos oído hablar de él, tal vez esté muerto.

Liam nos conduce por un largo pasadizo. Es lo suficientemente ancho y alto para un transporte pequeño, y se encuentra iluminado por luces eléctricas sensibles al movimiento que se activan y desactivan cuando pasamos.

—Les traeremos algunas cosas para que puedan dormir, y luego tal vez quieran bañarse. Tenemos agua caliente —Liam parece orgulloso de informarnos esto.

—¿Eso no gasta combustible? —no puedo resistirme a decirlo.

—Geotermia —dice, con una expresión remilgada en el rostro—. La base es totalmente autosuficiente. Sólo los transportes necesitan combustible. Y nosotros utilizamos energía solar, eólica e hidroeléctrica para lujos como música y otras cosas.

Topher y yo intercambiamos una mirada. Sé exactamente lo que está pensando. Esto es tan bueno como él podría haber esperado, un refugio seguro y permanente. En cualquier otro lugar estaríamos locos por irnos si él desapareciera por la noche. Mi corazón vibra ante la idea de seguirlo. O de detenerlo. Todavía no decido cuál de las dos.

—¿Qué hacen para comer? —pregunta Mandy. A ella le encanta alimentar a la gente. Iba a dar clases de cocina y permacultura en el campamento, además de primeros auxilios. Mandy puede salir gritando de aquí si resulta que todos tenemos que comer algún tipo de pasta Soylent verde para sobrevivir.

—Tenemos bastantes reservas, y la gente ha traído cosas también. Pero no durará para siempre —Liam suena inseguro otra vez. Una pequeña grieta aparece en su bravuconería, el hijo de la comandante del que podría ser mi último refugio en la Tierra—. Este lugar no ha sido creado para que algo

como esto se prolongue durante décadas. Así que... bueno... no estamos tan bien preparados. Supongo que lo resolveremos de alguna manera.

Es una lástima, creo, que haya pasado tanto tiempo antes de que Liam se diera cuenta de que la muerte por hambre también viene hacia él.

OCTAVO

El sueño de la chica humana termina siendo tan aterrador como excepcional. Me despierto con el corazón palpitante, sonrojado de vergüenza, y con partes de mi cuerpo haciendo cosas que no son normales, aunque tampoco enteramente desconocidas.

Se necesitan varios minutos de gimoteos para que el calor urgente del sueño se desvanezca y mi ritmo cardíaco, y otras cosas, se calmen. Sin embargo, la humillación se queda conmigo. ¿Cómo podría pensar en un humano de esa manera, incluso en un sueño?

La desgracia me hace querer romper algo. Paso una hora quebrando suficientes ramas para alimentar un centenar de fogatas, pero sólo consigo sentirme un poco mejor. Después, enciendo un fuego y lo atizo hasta que el hambre me hace pensar en levantarme y encontrar algo para comer. Pronto estoy triturando los huesos de algún desventurado animal que saqué de su madriguera. Apenas registro cómo luce, mucho menos recuerdo el sabor. Pero tener comida en mi estómago alivia un poco los efectos del jarabe de babosa, y mi ira y odio se disipan de vuelta a la vergüenza ordinaria.

Por primera vez desde que murió, agradezco que Sexta no esté aquí conmigo. Nunca le contaría voluntariamente lo que soñé, pero ella encontraría una manera de hacerme confesar y entonces me castigaría. Me golpearía detrás de la oreja con su rifle, o tal vez sólo me diría una y otra vez que soy defectuoso. Posiblemente agregaría las palabras *perverso*,

repugnante, lamentable. Sexta odiaba a los humanos más de lo que yo jamás podría hacerlo. Sólo puedo imaginar lo que ella diría si supiera que soñé con una de ellas. Esto está tan mal que me siento enfermo.

Levanto la mano y tiro una rama del árbol de pino que está sobre mi cabeza; aplasto un puñado de agujas debajo de mi nariz. El olor me aclara un poco la cabeza, luego un poco más. Apoyo mi mano libre en la nieve fresca a mi alrededor y fijo mi mirada en las verdes copas de los árboles y las ondulantes nubes detrás de ellos. Es suficiente para casi traer una sonrisa a mi rostro. Una sensación fugaz de paz y felicidad calma mi mente lo suficiente para formular un pensamiento perfectamente coherente.

Quiero ver a la chica humana otra vez.

No como en el sueño. Nada como eso.

Arrojo las agujas al fuego, cierro los ojos y apoyo ambas manos en mi rostro. Una huele ahora a agujas de pino, como el cabello de la chica. Me inclino hacia adelante, meto esa mano en el fuego y la mantengo allí hasta que la piel empieza a quemarse.

Eso va a doler unos días, pero merezco algo mucho peor.

RAVEN

Todos nos consentimos con duchas calientes largas hasta el pecado. Emily y Mandy ríen por el estado de sus piernas y axilas sin afeitar y no prestan atención a mi ordinaria desnudez, a pesar de que estoy cubierta de algunos moretones bastante impresionantes. Tengo especial cuidado con los que rodean mis muñecas. Si no fuera por ellos, podría pensar que el Nahx que conocí en la casa rodante fue parte de un sueño. Dejo que el agua caliente fluya sobre mis muñecas y calme el persistente dolor, pero esto no alivia la desorientación que esa experiencia dejó. Él podría haberme matado, podría haberme disparado un dardo, roto mi cuello o destrozado mi cabeza. Pero no lo hizo. Eso cambia las cosas de alguna manera. Es un ligero ajuste, pero se siente como un terremoto.

Nos secamos y nos vestimos con los uniformes limpios del ejército que fueron preparados para nosotras. Me enrolló el cabello en un moño mal hecho, que sostengo con una liga que logro encontrar en el fondo de mi mochila. Terminó con una especie de nube extraña en la parte de atrás, pero tendrá que servir.

Los muchachos llevan un rato esperando en el área común cuando por fin las tres chicas nos unimos a ellos. Analizo los rostros desconocidos que descansan en apagados sofás o pasean dentro y fuera, y noto con alivio que al menos no soy la única chica morena aquí. Pero no conozco a nadie más. Nadie del *dojo*, ni amigos de la escuela, nadie que yo reconozca en absoluto.

Antes de que tomáramos nuestras duchas, nos dieron una lista de las personas que están aquí, pero tampoco encontré algún nombre familiar. Mirar a los amigos con los que llegué me hace sentir dolor por haber perdido a Felix y Lochie, e incluso a Pip y David, a quienes apenas llegué a conocer. Tal vez no debería hacer contacto visual con alguien nuevo, me da miedo perderlo también. Miro mis manos.

Liam aparece a través de una puerta marcada como **ÁREA RESTRINGIDA: SÓLO PERSONAS AUTORIZADAS**.

—¿Hay alguien a cargo? —pregunta mientras se sienta en el borde del sofá.

Nos giramos hacia Sawyer. Incluso Liam lo mira, pero él mantiene su cabeza baja y los ojos clavados en el suelo.

—Nosotros —dice Topher, señalándonos a él y a mí. Sawyer levanta la mirada, pero guarda silencio y nadie más habla, sólo noto la sonrisa de Xander.

Liam parece dudar por un momento, pero finalmente se levanta y nos llama a la puerta.

—Vengan, entonces. Kim quiere conocerlos.

Nos conduce por otro pasillo largo y estéril. Nuevamente, las luces parpadean y se apagan cuando pasamos por algunas puertas desbloqueadas. Es desconcertante, como si estuviera siendo observada de alguna manera, pero Liam parece estar acostumbrado.

—Una gran parte de la seguridad ha sido desactivada para prevenir algunos riesgos —dice—. Nos basamos en la confianza para mantener a la gente fuera de las áreas restringidas por ahora. Pero tengo un pase, así que puedo ir a cualquier parte.

Topher me lanza una mirada con las cejas levantadas.

Al final del pasillo llegamos a una serie de escaleras.

—Son casi veinte pisos. ¿Pueden con eso? —dice Liam, con una expresión de satisfacción en su rostro. Nos está retando a decir que no.

Topher sólo gruñe y comienza a subir dos escalones a la vez. Liam corre tras él. Tal vez podría mantener su paso, a pesar de mi hambre y cansancio, pero decido que sería más efectivo hacer que me esperen. Así que camino

lentamente hacia arriba, a mi propio ritmo, y disfruto desde antes su impaciencia. Y llego hasta arriba, tranquila y sin sudar, como cinco minutos después. La expresión en sus rostros no tiene precio.

—Vale la pena esperar lo bueno —digo.

Topher suspira. Liam no sabe qué hacer conmigo, estoy segura, y eso es justo lo que quiero. Me resulta familiar de todos modos, algo que quedó del viejo mundo. Estoy bastante segura de que pronto tendremos la plática completa ¿qué-eres-tú? O querrá tocar mi cabello.

Nos conduce por otro pasillo, con puertas a todo lo largo de uno de los lados. Las puertas están abiertas y puedo ver cómo fluye la luz del día a través de ellas.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—A medio camino de la montaña —responde Liam—. Éstas son cámaras de observación, diseñadas a prueba de bombas y radiación, para ver... —su voz se apaga.

—¿El fin del mundo? —ofrezco. Liam vuelve a mostrar algo de esa incertidumbre. Me doy cuenta de que también hay abismos en él. Quizá yo preferiría no saber de ellos, pero están allí.

A mitad del corredor nos conduce al interior de una habitación. Una mujer y dos hombres miran por la ventanita, observando el cielo sin rasgos y las escarpadas e imponentes montañas que se arrastran hacia el horizonte. Evidencian lo difícil que será salir de aquí. Espero que Topher se dé cuenta de que no es un viaje que alguien querría emprender solo.

—Déjenos —dice la mujer a los hombres. Cuando Liam se rezaga, ella le dirige una severa mirada. Sale y cierra la puerta detrás de él.

—Topher y Raven, según me dijeron —dice la mujer—, yo soy la comandante aquí. Soy una oficial de la Fuerzas Armadas Canadienses, pero pueden decirme Kim.

Me siento privilegiada. Estaba segura de que insistiría en ser llamada *Su Majestad*. Escucharla y verla me hace pensar en alguien dentro de un torno, como si algo la estuviera apretando, estrecha y dolorosamente, y esa presión fuera lo que impide que las piezas caigan por el piso. Se ha fracturado, gravemente. Y se necesita alguien que ha pasado por eso para reconocerlo.

Nos pregunta de dónde venimos, y Topher le da un breve resumen. Todo el tiempo asiente con aprobación.

—No puedo explicarles el alivio que se siente el tener algunos refugiados con habilidades reales de supervivencia —dice—. La mayoría de la gente aquí apenas puede atar las cintas de sus zapatos. ¿Tienen entrenamiento en armas?

—Algunos —dice Topher.

—¿Están dispuestos a usarlas?

—¿Contra los Nahx? —responde Topher—. ¿Está bromeando? Dígame cuándo y dónde.

Kim sonrío. Tiene la misma sonrisa vagamente parasitaria de su hijo. Como alguien que podría poner sus huevos en ti para que eclosionen y luego te coman desde dentro.

—¿Y tú, Raven? ¿Cómo te sientes con respecto a disparar contra nuestro enemigo? —el odio en sus ojos es algo vivo. Tengo miedo de responder. Temo que mi respuesta no sea suficiente. Su odio por los Nahx está en otra categoría. Pero cuando yo pienso en ellos ahora, pienso en el de la casa rodante y la fuerza de mi odio vacila. No estoy segura de tener ese tipo de poder para ninguna emoción, ni siquiera para el amor. Ni siquiera para Tucker.

—Tengo una terrible puntería —admito después de un momento. No puedo pensar en una razón para mentir en este punto—, pero haré lo que sea necesario.

Kim nos mira, petulante y satisfecha.

—Bien —dice—. Sé que esto parece un campo de refugiados, pero estamos acumulando fuerza de ataque. Ustedes y sus amigos, si están dispuestos, verán un poco de acción. No vamos a tumbarnos y a esperar lo peor, pueden contar con ello. Y tampoco vamos a quedarnos aquí hasta que llegue la ayuda. La lucha continúa en todo el mundo, recuperaremos nuestro planeta.

Topher me echa un vistazo.

—¿Cuántos supervivientes quedan? En el mundo, quiero decir.

Kim frunce el ceño por un momento y vislumbro ese dolor inextricable

que vi cuando llegamos. Pero su rostro se endurece pronto, como la arcilla seca, y ya no puedo leerla.

—La mayoría de las zonas costeras resultaron relativamente indemnes. Eso dicen los informes, por lo menos. Las comunicaciones han sido cortadas. Sin embargo, tenemos algunos videos, y eso nos dice...

—Esperen —interrumpe Topher—, ¿todavía tienen los videos?

Kim asiente.

—Algunos. Hay una línea directa dentro y fuera de aquí, bajo tierra, y todo el camino a una estación base en el otro lado de las montañas. Creemos que los Nahx bloquean la mayor parte del flujo de datos con algún tipo de interferencia de microondas que destruye el sistema punto a punto entre esa estación base y la costa. Pero la señal de interferencia Nahx se suspende por lo menos una vez al día, por lo general alrededor del mediodía. Todavía no sabemos porqué —se encoge de hombros—. Es un sistema de comunicación de último recurso construido hace años justo para estas circunstancias... desastres, guerras. Está funcionando como se supone, pero la calidad de los datos sigue siendo pobre debido a toda la interferencia. Y es... no estamos seguros de si podemos confiar en lo que estamos recibiendo. No hay códigos de seguridad, no es militar. Desciframos lo que podemos. Parece que hay gente que sigue luchando por todo el mundo. Millones, tal vez miles de millones sobrevivieron. Esto no ha terminado.

—¿Por qué se recuperaron las zonas costeras? —pregunto—. ¿Por qué los Nahx no las eliminaron? Bombardearon las ciudades por aquí, ¿cierto?

—Creemos que Calgary y Edmonton fueron bombardeadas —dice Kim—, pero posiblemente no las destruyeron, aunque no hemos podido confirmarlo. Hemos tratado de enviar información a través de la línea terrestre, pero no podemos saber si alguien la recibe. Es posible que no sepan que estamos aquí. Y es arriesgado usar la radio o internet, porque estamos bastante seguros de que los Nahx están monitoreando eso. Y todos los satélites han sido eliminados.

Bajo la mirada y veo la mano de Topher sostener el respaldo de una silla con tanta fuerza que sus nudillos prácticamente brillan. Y sé lo que está pensando. Todo este tiempo asumimos que aquellos que conocíamos estaban

muertos, pero podrían estar vivos. De algún modo, en algún sitio. Y la costa... Dios. Si mis padres salieron temprano esa mañana, podrían haber sobrevivido.

Ajena a todo esto, Kim continúa.

—No sabemos por qué se salvó la costa. Vancouver parece estar funcionando como un campo de refugiados.

—¿No podemos ir allí? —pregunto—. Seguramente es más seguro que este lugar.

—Ya lo intentamos y perdimos dos helicópteros —dice Kim—. Los Nahx tienen una especie de red de drones de ataque al oeste de aquí. Golpean cualquier avión con algún tipo de codificador, como un pulso electromagnético o algo así. Atacan desde el cielo.

—¿Y por tierra?

—Los caminos principales están muy vigilados y no tenemos suficiente transporte: hay más de doscientas personas aquí. De cualquier forma, la mayoría de los vehículos terrestres también pierden poder y entonces los Nahx atacan y disparan sus dardos. Lo vimos con uno de nuestros drones.

—Caminando, entonces —digo, e incluso puedo escuchar la desesperación en mi voz—. Seríamos mucho menos visibles desde el aire. Caminaríamos a lo largo del río Fraser y luego...

Mi geografía falla cuando Kim me mira de manera fulminante.

—¿Todo el camino hasta Vancouver? ¿Con este clima? Tenemos niños, ancianos. Nunca lo lograríamos.

—Así que sólo estamos... ¿aquí sentados?

—Raven... —dice Topher.

—No estamos aquí sentados. Estamos luchando, recopilando información, buscando debilidades. Cualquier cosa que encontremos será útil. Ya lo verás —continúa Kim, ya con tono impaciente.

—Pero...

—¿Qué han descubierto hasta ahora? —pregunta Topher, mirándome fijamente.

Con un movimiento de mano, Kim nos invita a sentarnos en una larga mesa de conferencias. Hay mapas y esquemas esparcidos como hojas caídas,

junto con piezas de ajedrez estratégicamente colocadas en varios lugares. Kim toma una pieza de ajedrez blanca de un punto en una curva del río y la acomoda a un lado, con otro montón.

—Son ustedes —dice con una sonrisa irónica—. Rescatados.

—Estamos muy agradecidos —dice Topher. Dijo exactamente las mismas palabras hace una vida, cuando el juez nos explicó que haríamos servicio comunitario en lugar de ir al reformatorio. Supongo que yo también debería estar agradecida. Ese juez podría ser la razón por la que estoy viva. Pero también la razón por la cual Tucker está muerto, así que tal vez la gratitud no sea lo más acertado.

—Preparamos una carpeta de información —dice Kim—, con un resumen de lo que sabemos. Este resumen se actualiza cada semana. Les traeré una copia y podrán añadir algo, si es que falta. Mientras tanto, ¿hay otra cosa que quieran saber?

Antes de que tenga tiempo de pensar, Topher habla.

—¿Cómo los derrotan?

—Con dificultad. Su armadura es muy dura y nadie parece haber sido capaz de capturar uno o traer uno muerto siquiera para estudiarlos. Las naves tienen perversas medidas de defensa contra los misiles —sacude la cabeza.

—Flechas —dijo Topher—, un video decía que las flechas podían desactivarlas.

—Sí, lo vi. Escuché que tuvieron un encuentro bastante cercano ayer. ¿Alguno de ustedes los vio bien?

Topher me mira, pero sólo sacudo la cabeza.

Mientras Kim abre la boca para continuar, hay un golpe en la puerta. Liam asoma la cabeza.

—¿Comandante? El personal de tecnología necesita verte.

Kim asiente con mirada sombría.

—Será mejor que revise esto. Pueden retirarse, pediré copias de la información para ustedes y hablaremos más tarde.

Topher desaparece con Liam poco después de que Kim nos despide. Después de explorar durante un tiempo, y de comer, sigo las indicaciones hacia el lugar que me han asignado y me siento casi feliz al descubrir que no

tengo que compartir cama con Emily, que ronca como un diminuto hámster tuberculoso. Es Mandy quien tendrá que sufrir mi compañía, pero no parece estar cerca para tolerarme o quejarse. La habitación es como una celda de prisión, de poco menos de dos metros de ancho y tres de largo, con un conjunto de literas y una pequeña mesa con su silla. No hay barrotes, sin embargo, sólo una puerta normal, así que vale la pena celebrar. Tengo en cuenta que Mandy ha reclamado la litera superior, cosa que me conviene. Me gusta tener la posibilidad de poner mis pies directamente en el suelo cuando la mierda comience a volar.

Cuando, no si.

Hay una ventana, una agradable sorpresa, aunque tendría que matarme de hambre un mes para poder pasar por ahí. Es un rectángulo ancho y bajo, y cuando miro hacia fuera me doy cuenta de que la mayor parte de la habitación está bajo tierra, como si fuera un sótano. La ventana da a la cantera.

Por la luz, calculo que debe ser tarde, tal vez cerca del anochecer. La nieve ha dejado de soplar y ahora cae con suavidad en gordos copos que parecen plumas de pavo. Parece el resultado del tipo de pelea de almohada que todas creíamos que ocurrían naturalmente en las pijamadas, después de desnudarnos y quedar en ropa interior de encaje para pintarnos las uñas de los pies unas a otras. Nunca fui mucho de pijamadas. Fingí despreciarlas, pero la verdadera razón era... Sacudo ese pensamiento, el pensamiento de mi mamá, de cuánto la necesité una vez. Parece mal que haya vivido tanto tiempo sin saber si está muerta o viva, como si fuera un descrédito para ella y todas las cosas que hizo por mí y que tal vez yo no merecía.

La nieve que cae actúa como medicina en mi cabeza, y no puedo apartar la vista. Casi siento ganas de reír, de ponerme unos pantalones de nieve y correr afuera para hacer ángeles. O sólo recostarme en la nieve, tal vez, y nunca más levantarme. De cualquier manera, verla me hace sonreír, con la nostalgia burbujeando dentro de mí, dolorosa y potente como licor blanco. Pantalones de nieve, muñecos de nieve, yo y Jack haciendo ángeles de nieve en el patio delantero de nuestra casa. Cosas de mi vida del pasado se descarrilaron.

No sé cuánto tiempo he estado aquí parada cuando siento que alguien viene detrás de mí.

—¿Aquí es donde has estado escondida?

Topher suena tanto como Tucker otra vez que aprieto con mis dedos el alféizar de la ventana para evitar dar vueltas. Pone las manos sobre mis hombros y las deja estar allí antes de comenzar a masajear suavemente mi cuello, como solíamos hacer después de estirar para enfriarnos en el *dojo*.

—Apenas se le puede llamar un escondite, dado que ésta es mi habitación —digo—. ¿Dónde has estado?

—Viendo videos —se inclina hacia adelante, descansa su barbilla en mi hombro y mira la nieve que cae, ahora apenas visible en el oscuro cañón—. Deberíamos regresar a Calgary. Quiero buscar a mis padres. Necesito decirles acerca de... —vuelve la cabeza a un lado y suspira tristemente. Huelo el alcohol en su aliento.

—¿Qué es eso?, ¿alcohol?

—Vodka —dice—. Stolish-stoliks... algo ruso *pish* —se mueve y presiona sus labios en mi cuello.

Estupendo. Topher ebrio. Tan ebrio que ni siquiera sabe lo que está haciendo. Justo lo que necesito. En realidad, estoy perfectamente posicionada para sacudirlo de mí como un insecto, tirarlo al suelo y golpear su estúpido rostro con mi puño. Sus labios se mueven en mi oído.

—Toph, vamos, no hagas eso.

Él mueve sus manos hacia abajo, las envuelve alrededor de mi cintura y me jala de nuevo hacia él. Puedo sentir su ebrio entusiasmo presionando mi cadera.

—Topher, por favor, suéltame.

En verdad no quiero golpearlo, no en su estado actual. En el *dojo* aproveché cada oportunidad para humillarlo. Fuera del *dojo* tuve que contenerme de derribarlo varias veces por hora cuando teníamos la desgracia de estar en la misma habitación. Pero el dolor me ha suavizado con él. Su pena es la mía. Ahora sólo me siento triste. Está sufriendo. Estoy sufriendo. Tal vez esto es todo lo que tenemos. Y extraño tan desesperadamente a Tucker de repente, es como ser estrangulada. Si cierro los ojos...

—¿Qué tiene de malo? —Topher arrastra las palabras mientras va subiendo una mano para acariciar mi pecho—. Date vuelta.

Me vuelvo, aunque la parte sensata de mi cerebro me está diciendo que no, que es una estupidez, que debo darle un puñetazo y terminar con esto. La única luz encendida en la habitación es una pequeña lámpara de lectura en la litera de abajo, suficiente para ver su rostro, sus ojos mirando los míos. Suficiente para ver su expresión descender gradualmente de la lujuria adolescente a la resignación y luego algo más. Tal vez hastío, o angustia. Sus manos se apartan de mí.

—En realidad no te gusto de esa manera, ¿cierto? —digo.

Ni siquiera disimula, ni intenta ser cortés.

—No, en realidad no. Pero a ti tampoco te gusto así.

Como que eso es una excusa.

—Yo en realidad te odio, Topher —digo, la calma exterior oculta algo dentro de mí que apenas reconozco. De alguna manera me ha hecho sentir como una cosa que arranca de la suela de su zapato, mientras se hace pasar por la víctima—. Si no sales de mi habitación, te derribaré con tanta fuerza que tu cerebro saldrá por la nariz.

Da un paso atrás, riendo un poco.

—Ruda —dice—. A Tucker siempre le gustaron las chicas rudas. No podía resistirse a ellas, ni siquiera por ti.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Pregúntale a *Emily* —ríe entre dientes.

Mi puño arremete en un gancho directo antes de que pueda detenerlo.

Ebrio o no, Topher esquivo y bloquea digno del cinturón negro que también posee. No intenta golpear después, algo para agradecer. Esto se pondría en verdad feo. Sostiene mi muñeca durante un segundo, lo que hace que el círculo de moretones palpite. Retiro mi brazo.

—Sal, por favor —mis ojos comienzan a arder—. Estás ebrio. O querías herir mis sentimientos por alguna puta razón. Misión cumplida. Puedes irte. Por favor, vete antes de que me vea obligada a patearte el trasero. Mañana... mañana... —no puedo terminar porque mi mente me está gritando.

Emily. E.M.I.L.Y.

La repentina rabia es tan desconcertante que siento náuseas. Y no tiene adónde ir. No puedo pelear con Topher aquí. No puedo perseguir por la base a Emily como una loca, para confrontarla.

Y Tucker no está aquí para negarlo o admitirlo.

Tucker y Emily. Y todo ese tiempo que pasaron solos en el bosque practicando tiro con arco. Podría ser cierto. O no. No sería la primera vez que Topher me dice algo desagradable para sacarme de quicio. Tal vez estar ebrio le ha hecho olvidar que ahora somos amigos. Fuimos amigos. Ahora quiero matarlo. O a alguien.

Cierro los ojos y digo una pequeña oración, a alguien que no conozco. *Cuando abra los ojos, Topher ya se habrá ido.* Luego cuento en silencio hacia atrás desde diez, mientras encajo mis uñas en las palmas de mis manos. Cuando abro los ojos, estoy sola.

Mi mente es como una historia de horror para asustar niños. Más tarde, después de que Mandy vuelve a la habitación, también con olor a vodka, y me acuesto en la oscuridad, escuchando su respiración por encima de mí, Tucker y Topher nadan detrás de mis párpados hasta que mi cabeza gira tan vigorosamente que siento que voy a vomitar. Tucker, que me amaba, está muerto. Topher, que quizá me odia, lloró cuando pensó que yo había muerto. ¿Eso es odio? Tucker, que podría haberme engañado con Emily. Topher, cuyas manos y labios se sentían como agujas debajo de mi piel. Tucker, a quien extraño tanto, a veces sueño despierta con arrastrarme en su tumba. ¿Eso es amor?

Mis padres me aman, debería saber lo que es.

Cuando por fin empiezo a caer dormida, mi cuerpo recuerda un movimiento, un balanceo, un calor antinatural envolviéndome y copos de nieve flotando sobre mi rostro. Huelo el carbón y oigo el zumbido de las abejas. Veo mi propio rostro reflejado en un vidrio negro. Mis muñecas magulladas siguen doliendo, como si me estuvieran arrastrando con cadenas.

Él encendió una fogata y puso nieve fría en mi frente sangrante. Me recogió y me dejó en un lugar seguro, en algún lugar cálido, donde Topher pudiera encontrarme. Un Nahx sin corazón y sin alma hizo eso por mí.

OCTAVO

Los Renegados me encuentran en la hora más oscura de la noche, en medio del bosque. Estoy conectado, por lo menos, así que mis reflejos son rápidos y mi fuerza suficiente para luchar con ellos, pero no atacan. Me rodean en un círculo, mientras retrocedo y me apoyo contra el recto tronco de un árbol. Hasta la forma en que se paran es desobediente, desordenada. Casi perezosa, como si la rigidez de nuestra armadura no les afectara. Están sucios, además, aunque yo también lo estoy.

Una de ellos levanta un arco y una flecha humanos, tensa la cuerda del arco y apunta la flecha hacia mí. Fijo mis ojos en ella. Si la deja volar, puedo atraparla antes de que me golpee. Creo. Creo que puedo. Parece algo que debería de ser capaz.

—¿*Rango*? —su Compañero pregunta con señas. Los otros Renegados también extraen sus armas: algunos tienen nuestros rifles, algunos hachas o cuchillos humanos.

El Compañero gruñe y da un paso hacia mí.

—¡¿*RANGO*?!

—*Octavo* —hago la seña—. *Octavo*.

Ellos intercambian una mirada. La primera Renegada baja su arma y acomoda el arco y la flecha detrás de su espalda.

—¿*Unir nosotros*? —pregunta.

El miedo hace que el pulso fluya a través de mí. Y las instrucciones

zumban y hacen que sienta escozor en la nuca. *Disparar dardos humanos. Dejar donde caer.* Quiero responder, pero parece imposible elegir algo que no sean las instrucciones. Y Sexta. Debería ir a buscarla.

En la luz baja, los otros Renegados que me rodean entran en foco. Algunos parecen lesionados. Noto que a la que está a la derecha del Compañero le falta parte de su brazo; tiene ramas tejidas con espinas afiladas alrededor del tocón. A otro le falta la mitad de su casco. La piel expuesta se ve manchada y retorcida, como las raíces de un árbol quemado.

Sexta. Debería buscar a Sexta.

El Compañero arremete hacia mí de nuevo, siseando. Su mano rebana el aire.

—*¡UNIR NOSOTROS!*

Sacudo la cabeza.

—*No.*

La Renegada vuelve a tensar su arco y apunta hacia mí. Su Compañero levanta su rifle, un rifle humano grande y pesado. He visto que éstos nos matan.

Me lanzo a un lado y empujo a la chica fuera de mi camino con el antebrazo mientras corro a toda velocidad hacia los árboles. Los oigo estrellarse detrás de mí. Debería detenerme y asegurarles que no diré dónde están. Eso es lo que ellos piensan, que los reportaré a los altos rangos, pero no lo haré. No creo que lo haga. No quiero. ¿Qué les podría decir?

Oigo el silbido de una flecha que se libera y gira a tiempo para captar un destello de la luz de las estrellas en el hierro emplomado. Mi mano golpea y manda la flecha dando vueltas hacia la oscuridad mientras corro.

Los árboles comienzan a despejarse, y el cielo más allá de ellos es del color azul profundo de las sombras en los lagos. Me tragaré si puedo...

El acantilado debajo de mí desaparece cuando escucho el fuerte crujido de un rifle. Aterrizo con fuerza, caigo hacia adelante y ruedo sobre otro borde y hacia abajo, a las rocas y el hielo. Doy vuelta sobre mi espalda y puedo distinguir las siluetas de los Renegados, mirando por encima del acantilado, con sus armas todavía en alto. Me quedo quieto, ni siquiera respiro. Tal vez me dejen en paz si piensan que estoy muerto o muy dañado.

Después de mucho tiempo se deslizan detrás del acantilado, uno por uno, hasta que sólo queda la líder. Ella permanece allí mirándome hasta que comienzo a tomar pequeñas respiraciones robadas, tratando de resistir el impulso de ponerme en pie y moverme. El fluido corre a través de mí, palpitante alivio donde la caída dejó afectaciones. Pero también me hace sentir nervioso, desear levantarme y moverme, caminar, correr, seguir moviéndome.

Disparar dardos humanos. Dejar donde caer.

Después de que la última Renegada por fin se retira, espero, dejando que las estrellas se muevan a través de una franja de cielo, antes de sentarme. Mi cabeza late en donde las rocas la golpearon, y el fluido que corre a través de ella deja espacios vacíos, pensamientos perdidos y recuerdos. ¿Qué estaba haciendo en las montañas? La respuesta a esa pregunta parpadea como una llama moribunda mientras me subo a mis rodillas. Espero allí, sintiendo la rigidez de mi armadura y la liberación de mis miembros. En el momento en que me muevo, el cielo se aclara en el este, sobre la tierra plana que lleva de nuevo hacia la ciudad, así que camino en esa dirección.

Encuentro un escuadrón justo después del amanecer, abordando sus transportes a la orilla de un estanque congelado. Bajo al lado de otros dos, que creo que podrían ser rangos bajos, como yo, y abordo con ellos. Recargan sus rifles. Espero que no noten que no necesito recargar el mío.

No sé por qué estoy aquí. He olvidado algo. Me duelen la cabeza y la mano, que arde dentro de mi guante blindado a pesar del fluido. Envuelvo mis pensamientos alrededor del dolor y me aferro a él, a la razón por la que puse la mano en el fuego en primer lugar.

Una chica humana, y algo sobre nuestra misión. Y los Renegados y Sexta, y la razón por la que mi rifle no necesita ser recargado. Y la chica humana. Y agujas de pino. Telarañas.

Y la chica humana. La chica humana. La idea de ella se vuelve tan grande que no puedo pensar en nada más.

RAVEN

Otra fiesta de videos comienza justo después de que engullo unos cuantos bocados de avena insípida para el desayuno. Liam se acerca, susurra algo en el oído de Mandy y se retira.

—¿Vienes? —me dice ella, mientras se levanta para seguirlo.

—¿Estás segura de que quieres audiencia?

Mandy pone los ojos en blanco.

—No seas grosero —dice—, vamos a ver videos.

Me arrastro detrás de ella, preguntándome qué absurda película de acción nos ha llevado no sólo a mí y a Mandy, sino también a Topher y Xander, a la habitación de Liam. Una computadora portátil de pantalla grande está abierta sobre su escritorio. Mandy y yo nos hundimos en la litera inferior. Topher se aplasta a mi lado. Vuelve la cabeza hacia mí.

—Lo siento —susurra tan silenciosamente que suena como una serpiente tomando aliento—. Yo no... no debí... —pero antes de que termine, Xander se sumerge en la cama, mete la cabeza entre nosotros y apoya la barbilla en mi muslo.

—Apuesto a que eres la única aquí sin un dolor de cabeza que te encoge hasta las pelotas —dice.

—No tengo pelotas —le recuerdo.

—He oído lo contrario.

Mandy ronca a mi lado cuando Liam se vuelve y me evalúa con la mirada.

Hace algunos clics en la computadora hasta que aparece un reproductor multimedia.

—Escuché que no te encantan los videos —me dice.

—¿Videos de los Nahx? ¿Eso es lo que estaban viendo anoche?

Y aquí estoy yo pensando que veríamos James Bond o algo así.

—No le encuentro la utilidad. Sólo es un montón de muerte y destrucción.

¿Quién quiere ver perder a su equipo?

Es como si algún maestro de desarrollo personal lo poseyera de repente.

—Es complicado, pero el punto de vista de los primeros VMN fue aprender lo más posible sobre el enemigo: cómo funcionan, cuáles son sus debilidades. Es cierto que lo primero que aprendimos fue que eran totalmente despiadados, pero incluso eso fue útil. Eso es lo que alimenta la resistencia. ¿Entiendes? —vuelve a hacer varios clics, pone el video en pausa y lo proyecta en pantalla completa.

—¿Qué es un VMN? —pregunto.

—Videos de Muerte Nahx —explica Xander. Sacó una bolsa de pasas de algún lugar y su cabeza se tambalea en mi muslo cuando mastica—. ¿Recuerdas, en los primeros días, cómo esos tipos siempre estaban tratando de obtener un video de alguien matando a uno? Espera a que veas éstos, Rave. Son malvados.

Al principio, cuando el video comienza a correr, es difícil reconocer lo que estoy viendo. Oscuras figuras entran y salen de foco en un fondo borroso. A medida que la calidad de la imagen mejora, me doy cuenta de que es un grupo de cuatro Nahx descendiendo por un empinado terraplén. Los dos Nahx más grandes caminan con una mano sobre los hombros de los más pequeños. El video no tiene sonido, así que sólo los ruidos de Xander masticando acompañan lo que sucede a continuación. Uno de los Nahx más grandes se sacude de pronto hacia atrás y con su mano libre toma su garganta. Cuando cae, tira al Nahx más pequeño con él.

Los otros dos Nahx caen de rodillas con sus rifles levantados y comienzan a disparar. La cámara rueda y cae y la imagen se oscurece. Sigue un resumen en cámara lenta que muestra un espray de algo negro cuando el Nahx recibe un disparo en el cuello. ¿Sangre?

Liam hace una pausa en el video.

—Ésa fue la primera muerte confirmada de francotiradores, alrededor de dos semanas después de la invasión —dice—. Escopeta de caza y bala para venados directo en el cuello. El camarógrafo pagó con su vida por esto, pero así es como sabemos que no se levantan después de un tiro al cuello.

Emily aparece en la puerta mientras Liam se desplaza a través de una lista en la computadora.

—Oooh, ¿hay nuevos? —pregunta mientras se acurruca en el suelo, frente a las piernas de Topher. Echo un vistazo a su rostro y noto su rubor y su postura tensa. Él siempre ha sido un poco frío con Emily. Nunca pensé en nada de eso antes. Pero ahora... Dios.

Es verdad. Él estaba diciendo la verdad.

—El análisis no ha terminado todavía —dice Liam—. Más tarde voy a descargar los nuevos de la computadora central.

Mi cerebro hace el equivalente de meter montones de mierda en el armario y debajo de la cama, y decir que la habitación ya está limpia. No puedo lidiar con la idea de Emily en este momento, así que la hago a un lado, mordiéndome el labio. Me pregunto si todo el mundo sabía de eso, menos yo. Me doy cuenta de que he estado sentada absolutamente quieta, con una mano apoyada en el cabello de Xander y la otra retorcida en las cobijas de Liam. Junto a mí, Topher se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y los ojos en la pantalla de la computadora.

Liam comienza un video.

—Aquí hay uno más reciente. Éste es un rifle de asalto de alto calibre, de uso militar con balas antiblindaje. Observen.

Éste es un vídeo de mejor calidad, zoom de alta potencia, enfoque digital y sonido. Dos Nahx cruzan un claro hacia un transporte. Hay un crujido ensordecedor y uno de los Nahx cae. No estoy segura de si parpadeé, pero parecía...

—¿Vieron eso? —pregunta Liam. Topher y Xander sacuden la cabeza con admiración.

—Su cabeza se desintegró. Tiro directo en la cabeza con rondas de alto calibre antiblindaje. Tampoco se levantan después de eso. Miren, lo pasaré

otra vez.

Me obligo a mirar, así que sé que vi lo que vi. La cabeza del Nahx literalmente *desaparece* en una nube de sangre y esquirlas antes de que su cuerpo se arrugue en el suelo.

—Impresionante —dice Emily.

Me siento un poco nauseabunda.

Xander saca una bolsa de chispas de chocolate y la comparte. Tomo un puñado y cierro mis dedos alrededor de ellas. Empiezan a derretirse en mi palma mientras Liam prepara otro video. Tengo que obligarme a mirar la pantalla y no a la cabeza de Emily, con su larga cola de caballo rubia.

—Éste llegó ayer —dice Liam—, pero estaba cifrado. El tipo que se encarga de la tecnología acaba de descifrarlo esta mañana. Ni siquiera yo lo he visto.

El chocolate se derrite en mi mano.

El video comienza con un texto:

El 9 de septiembre, la milicia humana armada encontró a un grupo de Nahx en las montañas al norte de Vancouver, Canadá. Los informes varían en cuanto a cómo se logró, pero el resultado fue que un Nahx fue capturado y retenido como prisionero por un periodo de aproximadamente cuatro horas. La milicia intentó interrogar al prisionero, pero éste no pudo o no quiso comunicarse. El prisionero fue ejecutado cuando los intentos de retenerlo fracasaron. Bajo el ataque de Nahx que se acercaban, los captores se vieron obligados a huir. Debido al peligro de regresar al territorio ocupado, el cuerpo no ha sido recuperado.

—Vaya —dice Xander, masticando, cuando el video comienza.

Un Nahx se arrodilla, con las manos en su cabeza, en el centro de un círculo de hombres armados y enmascarados. Cada uno de ellos sostiene un rifle de aspecto desagradable apuntando a la cabeza del prisionero. Todo lo que puedo pensar es: ¿de dónde sacaron esas armas en Vancouver y por qué llevan máscaras? El sonido es sordo, áspero. Se puede oír a alguien gritando cosas, y ocasionalmente uno de los pistoleros lo pica... ¿la pica? Hay algo sutil en la forma de la armadura. Tal vez si no hubiera visto tan de cerca al Nahx en el parque de casas rodantes, podría no haberlo notado, pero éste es

notablemente más delgado y más pequeño, los hombros estrechos, el cuello más delgado. Eso... ella parece muy alta, de cualquier forma, a pesar de que está arrodillada.

Uno de los hombres armados se acerca. Tiene una pistola automática en una mano y otra en la otra. Es difícil de ver.

—¿Es una espada? —pregunta Mandy.

—Machete —responde Emily—, uno grande —mete a su boca un puñado de chispas de chocolate—. Tengo la sensación de que esto no terminará bien para nuestro compañero Nahx.

Estoy vagamente consciente de la pequeña piscina de chocolate derretido en mi puño cerrado. Quiero dar la espalda a la pantalla. Siento que preferiría mirar casi cualquier cosa menos lo que está por suceder, pero no puedo apartar la vista.

El pistolero con machete grita algo a la Nahx. El sonido está demasiado distorsionado para entender lo que dijo. Pero cuando la Nahx gira su cabeza hacia él, todos escuchamos claramente su respuesta. Ella *gruñe*, como un gato o un lobo. El machete retrocede. Otro pistolero se acerca detrás de la Nahx y la golpea con fuerza en la espalda. Ella cae hacia adelante pero se detiene con las manos, de manera que queda sobre sus manos y rodillas. Levanta la cabeza y la gira ligeramente para mirar al hombre con el machete. No es una posición agresiva, parece más como... una súplica.

—Dios no... —me oigo susurrar.

El hombre del machete toma la decisión en una fracción de segundo. Arroja su pistola a un lado, levanta el machete con ambas manos y lo deja caer en la nuca de la Nahx.

Su cabeza se separa de su cuerpo tan ordenadamente como si hubiera recortado el brote de un rosal.

Hay un jadeo colectivo. Golpeo mis manos sobre mi boca, sofocando un gemido, y luego me limpio el chocolate del rostro con la manga.

La Nahx decapitada permanece en sus manos y rodillas mientras su cabeza se desplaza y el lodo negro se derrama desde su cuello. El hombre del machete le da al cuerpo una rápida patada, y cae muerta. Hay un grito de uno de los hombres y todos se dispersan, dejando a la hembra donde cayó.

La cámara se sacude con el movimiento hasta finalizar el video.

Por fin soy capaz de arrancar mis ojos de la pantalla. Liam está sonriendo locamente, sus ojos brillan.

—¡Eso fue asombroso!

—En realidad no parecen haber intentado contenerlo —dice Topher, y luego arroja una chispa de chocolate en la boca—, ponlo de nuevo.

Salto a mis pies, siento que estoy a punto de gritar. Necesito ir a un baño, a un lavamanos, afuera, rápido. Los ojos lagrimean con el esfuerzo para mantener el desayuno en mi estómago. Me empujo fuera de la habitación y tropiezo con la silla de Mandy.

—¿Cuál es tu problema? —grita Liam mientras salgo.

Escucho vagamente que alguien me llama, pero avanzo rápidamente a través del pasillo, apenas capaz de ver adónde voy. Si las habitaciones de los hombres son como las de las mujeres en el extremo opuesto del ala residencial, debería haber un baño...

Abro una puerta y me encuentro con una especie de cochera, con dos gruesas puertas que se abren a un largo pasillo hacia el exterior. La puerta se cierra detrás de mí. El aire frío y fresco me permite retomar un poco de control sobre mi estómago, y entre jadeos logro por fin suprimir el impulso de vomitar.

Dos guardias afuera de la gruesa puerta me miran.

—¿Estás bien? —pregunta uno.

Con la mano le pido que se vaya y apoyo mis manos sobre mis rodillas, con la cabeza colgando. Oigo que la puerta se abre detrás de mí.

Esperaba a Topher, así que me sorprende que sea Xander quien vino detrás de mí. Bueno, ¿estoy sorprendida? No en realidad. Para algunos chicos no hay nada más interesante que una chica que está a punto de perder por completo el control.

Pone el brazo alrededor de mí y me lleva hacia el pasillo cubierto de nieve.

—Ven, toma un poco de aire —dice.

Justo dentro de la puerta hay abrigo reflectante colgado en ganchos. Xander me coloca uno, antes de vestirse otro él.

Los guardias lo saludan con la cabeza cuando salimos. Están fumando, a pesar de no estar tan alejados de las puertas.

—¿Tienen fuego? —pregunta Xander mientras nos acercamos. Cuando uno de ellos saca un encendedor, Xander toma un pequeño cigarro de hierba de su bolsillo.

—¿Esto no será un problema? —pregunta con tono ligero.

—No si compartes —responde el guardia y tira su cigarrillo a la nieve.

Lo pasamos alrededor, soplando furtivamente. Los guardias bravuconean y se jactan acerca de nada, tratando de impresionarme, pero apenas puedo escucharlos detrás del golpeteo de la sangre en mis oídos. Cuando finalmente dejan sus risitas para revisar algo dentro, Xander me mira.

—Es porque tienen nuestra misma forma —dice.

—¿Qué? —tengo uno de esos zumbidos que son más paranoia que cualquier tipo de placer. Tengo la seria sospecha de que, entre otras cosas, Xander está tratando de meterme en su litera, pero parece dispuesto a hablar primero. Y quiero hablar, por una vez.

—Tienen nuestra misma forma, parecen humanos. Caminan y se mueven como seres humanos, sobre todo. Incluso algunas de las cosas que hacen, la forma en que caminan con las manos sobre los hombros del otro. Es desconcertante. Pero no son humanos, Rave. Yo también me sentí un poco enfermo cuando vi cómo explotaba la cabeza, pero, bueno, no son humanos.

Estoy teniendo dudas sobre mi deseo de hablar, al menos con Xander. Pero mi boca parece tener otras ideas.

—Los delfines tampoco son humanos. ¿Les volamos la cabeza para entretenernos?

Xander se ve bastante impaciente para un imbécil drogado.

—Los delfines no son depredadores. Les disparamos... no sé... a los leones de montaña en la cabeza. Si ellos mataron a alguien.

Por alguna razón, éste es el momento en que el Nahx de la casa rodante viene de nuevo a mi mente. Combino mis oscuros recuerdos de él con el video de la decapitación y lo que acabo de saber acerca de Emily en un pensamiento tan horrible que tengo que sostenerme del hombro de Xander para evitar caer.

—Vaya, Rave, ¿estás bien? —pregunta—. Te ves un poco verde. Además, tienes chocolate en el rostro —extiende su mano para limpiarme, pero me alejo. Aparte de Topher, no le he contado a nadie sobre mi encuentro con el Nahx, y no lo haré con Xander.

—No disparamos a los leones de montaña para entretenernos —digo en cambio—. Sé que esto es una guerra, y gente va a morir en ambos lados, pero esos videos están mal.

Xander me mira en silencio. Cuando recupero mi equilibrio, retiro la mano de su hombro.

—Sólo hay *gente* de nuestro lado, Rave. Los Nahx no son personas, son como máquinas o algo así.

—No sabemos lo que son —digo—. Ellos respiran, ¿sabes?, y sangran.

—¿Esa cosa grasosa? Es una especie de lubricante o combustible o algo así.

Nada de lo que está diciendo me hace sentir mejor. Estar tan *arriba* como una nube y agitada por la paranoia tampoco ayuda. Necesito volver a mi litera sola e intentar dormir. Pero, otra vez, mi boca tiene algunas cosas más que decir.

—La tomaron como prisionera. Incluso en una guerra, no ejecutamos a los prisioneros de guerra así. Ella no se resistió ni se defendió. Ella... Ella...

Xander me mira como si yo hubiera perdido la cabeza. Curiosamente, también parece sorprendido.

—¿Ella? —dice, sacudiendo la cabeza—. Rave, o tienes que dejar de fumar esto o empezar a fumar mucho más —y entonces me deja sola en el largo pasillo, sacudiendo la cabeza de nuevo mientras camina—. Ella... Dios, eso es gracioso.

OCTAVO

Cada vez que el transporte aterriza en la ciudad, desciendo por la rampa con los otros, con el rifle levantado, convincentemente sin emoción, aunque estoy lleno de miedo. Odio la ciudad. Hay supervivientes ahí, humanos que no evacuaron pero de alguna manera sobrevivieron al asalto terrestre y las bombas incendiarias. Se arrastran fuera de sus escondites, y nuestro trabajo es dispararles dardos y dejarlos donde caigan. Pero cada día me escapo a un callejón oscuro o una escalera, y vacío mi rifle en alguna caja o pila de basura. Luego me acurruco en algún lugar oculto y espero a que los transportes regresen. Ocupo mi mente en la captura de recuerdos e intento ponerlos en su lugar. Pero la armadura y el jarabe negro los hacen resbaladizos y rápidos para escapar, como anguilas en un caudaloso río.

La muchacha humana se alejó flotando por el río. Lo recuerdo con bastante claridad. Y la sensación que tuve cuando pensé que podría haberla matado. Hago más que recordar eso. Lo revivo, mi corazón salta en mi pecho y hace que mis irregulares costillas duelan. Me ahogo en el tubo en mi garganta, pero no puedo quitarlo y desconectarme, no a esta altura tan baja. El jarabe calma las arcadas y mi ritmo cardíaco después de un momento, pero me deja mareado y confuso. Esto ocurre al menos una vez al día.

Las instrucciones han cambiado ligeramente. *Buscar humanos. Disparar dardos. Dejar donde caer.* Y dado que es una transmisión reciente, es fuerte, persistente. Tengo que concentrarme para resistir.

De alguna manera me las arreglo para no olvidar que rechazo esta misión. Aunque a veces todavía veo a los humanos como alimañas, cada día mi rebelión se repite. Si me descubren, me matarán, dolorosamente, y me dejarán en donde caiga. Me arrastro cuando oigo que los transportes regresan y me mezclo con un grupo de Novenos o Décimos, que son tan ingenuos que es poco probable que me noten.

Cuando volvemos, nos preguntan acerca de nuestros logros. No estaba preparado la primera vez, así que respondí cuarenta, el número de rondas que lleva mi rifle. La Segunda que me había preguntado me agarró por la garganta, pateó mis pies y golpeó mi nuca contra el duro suelo hasta que vi destellos flotando delante de mis ojos.

—Sin mentiras —me dijo ella con señas.

Después de eso reporté veinte o veinticinco, y una vez diez, pero eso hizo que me castigaran de nuevo porque no eran suficientes. Ya perdí la cuenta de cuántos días hemos estado haciendo esto. El invierno se asienta y cubre los cuerpos dejados en donde cayeron a la deriva en la espesa nieve blanca.

No me desconecto, así que no como ni duermo. Puedo percibir mi sensación de estar saturado de limo de babosa, del jarabe aceitoso que circula a través de mi armadura y que es reemplazado por la insensatez y la malicia. Sólo ver la nieve caer u oler los árboles dormidos evita que mi mente se disuelva en nada más que obediencia.

Desobediente. Defectuoso.

Octavo. NO. Obedecerá. La chica de cabello rizado en mi memoria me da fuerza.

Me acurruco en oscuras galerías, me escondo entre transportes abandonados o me meto en los escombros de edificios en ruinas. Mi mente gira. Algunos de los recuerdos a los que me aferro mientras espero no tienen sentido. Trato de aferrarme a ellos de cualquier forma, pero se alejan.

RAVEN

A medida que transcurren las semanas, la proyección pública de los videos se convierte en un evento casi diario en la cafetería después de las comidas. Tanto civiles como militares se reúnen para verlos, y cada día se suman más civiles voluntarios para entrenarse como combatientes. A pesar de esto, parece que no estamos más cerca de lanzar algún tipo de ataque, ni siquiera después de haber estado en la base durante dos meses. Es porque el invierno es demasiado duro, Kim explica a los que ella llama *alistados*, un variopinto grupo de renegados seudomilitares que ha ido reuniendo; sobre todo niños, como nosotros.

El invierno es implacable. No ha dejado de nevar durante semanas. Gigantescos amontonamientos de nieve sellan muchas de las salidas, y todos nosotros, civiles incluidos, somos asignados a los grupos de trabajo para mantener despejadas las otras salidas. Topher y yo nos encontramos una mañana fuera de las ventanas de observación, quitando a palazos la nieve que las cubrió durante la noche.

—Estoy cansado de esperar —confiesa, mientras ataca el cúmulo de nieve con una pala.

Me detengo y me apoyo en mi propia pala.

—¿De esperar qué? ¿Ir tras ese Nahx? ¿Cómo lo vamos a encontrar después de todo este tiempo? —Topher palea y palea, con el ceño fruncido, concentrado. De repente, arroja su pala lejos en la nieve.

—Necesito ir tras algo. Hacer algo —se deja caer hacia atrás en el montón de nieve, que se abre en una especie de trono para él. Se inclina hacia adelante y sostiene la cabeza entre sus manos—. Tucker quería ir a buscar a nuestros padres. Hablamos de eso antes...

—Si lo hubiera hecho, habría conseguido que lo mataran.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque consiguió que lo mataran, por supuesto! —yo también arrojé mi pala y me dejó caer a su lado. La nieve es tan suave y flexible como un viejo sofá. Si no fuera por el frío, podríamos estar sentados en la guarida del sótano de Topher y Tucker, jugando videojuegos y engullendo comida chatarra para calmar el hambre después de fumar hierba—. No somos prisioneros. En teoría, podríamos volver a Calgary.

Topher me mira por un segundo.

—¿Pero crees que eso sería un suicidio?

—No si se nos permitiera llevar armas, suministros. Si tuviéramos un vehículo, un jeep o algo así.

Estoy complaciéndolo otra vez. Hay maneras de hacer una misión como ésta más factible, pero no imagino a Kim apoyándola. Incluso con un vehículo que podría tomar días en remotas carreteras cubiertas de nieve. Hubiéramos tenido una mejor oportunidad si nos hubiéramos ido antes de que la verdadera nieve comenzara. E ir hacia el oeste en vez de hacia el este.

—¿Por qué ahora? —pregunto—. ¿Qué desató esto?

Topher exhala pesadamente y queda rodeado por una nube de niebla.

—Un video —dice, y pienso: *Estos malditos videos terminarán matándonos a todos*—. Un VMN que vimos ayer. Liam no sabe de dónde vino, pero muestra un Nahx que es aplastado con un coctel Molotov.

—Encantador —me levanto del trono de nieve y me deleito con la ironía de que ahora tengo que cavar con mis manos para sacar mi pala.

—Parecía que estaba en Crowfoot Park.

Me detengo, con las manos llenas de nieve.

—¿*Nuestro* Crowfoot Park? —Crowfoot Park era un punto de reunión para los chicos del *dojo* y otros clubes de karate. Celebrábamos duelos semi-ilegales de artes marciales allí algunos viernes por la noche. No era

exactamente *El club de la pelea*, pero algunas veces me desperté con un ojo morado.

—¿Sabes? El resbaladero de forma extraña y esa cosa para escalar de insectos... podía verlos en el fondo. Y la pared de roca en donde Tuck rompió su pulgar. Puedes echarle un vistazo.

Ajusto mi sombrero tejido y lo jalo para cubrir mis orejas, que estoy segura de que están a punto de congelarse como un gato de callejón.

—¿Y luego? Eso significa que hay supervivientes. Ya sabíamos eso.

—Sí, pero no sabíamos que los Nahx seguían allí. ¿Algún tipo de ataque terrestre secundario? Y hay humanos allí, luchando. Podríamos unirnos a ellos. Cada día que pasa... Si todavía están vivos... Carajo, Crowfoot Park está a una calle de mi casa. Ni siquiera lo saben... —lucha para recuperar su compostura, algo más que Tuck nunca haría. Él se rendiría a esto, al llanto, a la rabia, y la emprendería contra lo que lo estuviera molestando, por lo general sus propias debilidades, hasta que yo no pudiera soportarlo más y lo tomara en mis brazos y le dijera que todo estaría bien. Pero Topher se deja enredar. Y tal vez soy la única persona viva capaz de desenredarlo.

—Debería haberme ido hace semanas —dice—. Debería haberme ido tan pronto como... Es sólo que...

Miro fijamente la gran extensión blanca, ya sé lo que viene. Pero él está en silencio a mi lado. Después de unos segundos, por fin tomo valor para darme la vuelta y mirarlo. Él está encorvado y una mano con guante cubre su rostro.

—Toph...

Habla sin mirarme.

—No debería haberte hablado de Emily. Eso fue una putada.

No esperaba eso. No lo había mencionado después de esa ocasión en que estaba ebrio.

—Es verdad, ¿cierto?

—Sí.

—Y también hubo otras chicas antes de ella, ¿cierto? ¿Antes del campamento?

Vacila antes de contestar.

—Sí.

Tengo que cerrar los ojos para asimilarlo, como si las creencias fundamentales sobre lo que Tucker y yo teníamos tuvieran que reorganizarse en mi cabeza. Me inventé excusas por la forma en que actuaba con otras chicas a veces, diciéndome que no significaba nada, que él me amaba. Pero es claro que yo no reconocería el verdadero amor aunque me golpeará en la frente.

—Lo siento, fui un imbécil sobre lo tuyo con Tucker —Topher está prácticamente susurrando ahora—. Era porque... pasabas mucho tiempo con él y yo no... no podía... como... funcionar —su voz se rompe, encogiéndose hasta el lamentable grito de un niño—. Nunca supe qué hacer... sin él.

De repente, comienza a sollozar.

—Es tan difícil tomar cualquier decisión sin él —llora mientras habla, las lágrimas se congelan en sus mejillas—. Apenas sé cómo salir de la cama o vestirme. No puedo pensar. No puedo dormir...

Me arrodillo frente a él, me deslizo entre sus rodillas y lo abrazo.

—A veces me pregunto por qué estoy vivo todavía —dice, apoyando su rostro en mi hombro.

—Yo me he preguntado lo mismo —digo—. No embarres tus mocos en mi abrigo, ¿de acuerdo? —resopla una risita desesperada—. Todo va a estar bien.

Se separa y me mira como si me hubiera vuelto loca.

—No, no estará bien —dice, limpiando trazos de hielo de su rostro con el dorso de sus guantes.

—No, tienes razón. Sólo pensé que podía intentarlo.

Esta vez se ríe en verdad y limpia lo que estoy casi segura es un moco de mi hombro; deja su mano ahí por un momento.

Me siento sobre mis talones y lo miro. El sol de la mañana hace que sus ojos pardos parezcan dorados, como si estuvieran hechos de oro. Sus mejillas están rojizas por el frío. Un mechón de cabello oscuro ha escapado por debajo de su sombrero. Y necesita afeitarse. Respiro, recordándome que no es Tucker, aunque cada día que pasa se vuelve más difícil recordarlo, más difícil resistir el dramatismo de Topher. Tal vez si cerrara los ojos y cayera en

sus brazos, sentiría como ir a casa. Tal vez todos los trozos de Tucker que ambos llevamos combinados serían suficientes para reconstruir una especie de facsímil de él. Es una idea tentadora. Y por lo menos Topher nunca se ha mostrado muy interesado en Emily.

—Entonces el plan ha cambiado —trago saliva—. La venganza pasa a segundo plano. Lleguemos a Calgary de alguna manera. Busquemos a tus padres u otros supervivientes. Matemos algunos Nahx, para que valga la pena. ¿Trato hecho?

Cierra su mano con guante alrededor de la mía.

—Hecho —dice.

Cuando volvemos a la entrada del búnker, sacudiendo la nieve de nuestros abrigos, algo está sucediendo. Kim ha congregado a todos en la cafetería. A todos, sin excepción. Incluso las pocas personas de enfermería van en silla de ruedas. Los niños, a quienes rara vez veo, se aferran a los adultos, algunos de los cuales sé que no son su verdadera familia. Los niños van de la mano de gente demasiado vieja o demasiado joven para ser sus padres. Hay historias desgarradoras aquí, y no deseo escucharlas. El pensamiento de mi familia me mantiene despierto por la noche, cada noche, obsesionado con cosas que desearía haber dicho y hecho.

Al ver por primera vez a toda la población de nuestro refugio, me impresiona la futilidad de nuestra existencia. He visto las tiendas de comida. Este búnker nunca fue suministrado de manera adecuada. La comida se agotará antes que termine el invierno, incluso si se reducen las raciones.

Somos alrededor de doscientos cincuenta. Si pudiéramos sobrevivir el invierno, podríamos plantar en primavera, quizás aventurarnos en las tierras agrícolas abandonadas y ver qué animales sobrevivieron a la nieve. Cazar. Recabar. Fracturar, dejar que los huesos se regeneren, torcidos y débiles. Mantenerse en el lugar, justo como los videos de seguridad del gobierno aconsejaban. Esperar a que alguien, en alguna parte, de alguna manera, gane esta guerra por nosotros.

Envidio a aquéllos en la base que viven con esa esperanza. Cuanto más tiempo pasa, más encuentro que no tengo la fuerza para aferrarme a la idea de un rescate, o una victoria humana. Se siente inútil. Yo me siento inútil. Pero

tal vez se trata sólo de la impotencia de tener que esperar a que alguien más actúe. Una razón más para volver a Calgary, ver a quién podemos rescatar y a quién podemos matar, y si hay una salida de ahí, una manera de llegar a la costa.

La costa está a más de mil quinientos kilómetros de distancia sobre una cordillera que podría estar llena de Nahx.

Cuando todo el mundo está sentado, Kim se sube a una mesa vacía delante de la pantalla de video. Luce terrible, acorralada. Su cabello cae flojo y gris. Cerca, Liam permanece en pie, con los hombros levantados y los brazos estrechamente cruzados al frente, como si estuviera sosteniendo su propia cavidad torácica.

—¿Alguna idea de qué está pasando? —pregunta Topher, deslizándose sobre el banco a mi lado. Sacudo la cabeza mientras Kim empieza a hablar.

—Los Nahx mataron a mi esposo y a mi hija justo delante de mis ojos — dice.

Bueno, eso explica algunas cosas.

—Se redujo a qué lado de una cerca estábamos. Ellos estaban corriendo, delante de mí y de Liam, de hecho. Corrieron directamente hacia un par de Nahx que los mataron sin pensarlo ni un segundo. Liam me tiró al suelo y rodamos debajo de un auto. Apretó su mano en mi boca para evitar que yo gritara. Los Nahx vinieron hacia la cerca y pasaron justo a nuestro lado. Mi hijo. Mi héroe.

Liam, que espero que esté disfrutando de la gloria, en realidad tiene la cabeza baja. Uno de sus amigos le da palmaditas en la espalda.

—De este lado de la cerca o del otro —continúa Kim, y su voz se quiebra—. Podrían haber atacado fácilmente el otro —la prensa que la mantiene unida se está deshaciendo. Puedo verlo. Y creo que estamos a punto de descubrir lo que la ha abierto.

Sin decir otra palabra, ella baja de la mesa. Alguien pulsa un interruptor y la pantalla de video hace *clic*.

No hay sonido. La imagen es un mapa del mundo. Los países, el familiar mosaico de la política y las fronteras, se han ido. Los mares son azules, los continentes, grises. Es como un simple rompecabezas para niños, de formas

toscas y expresionistas. Por las bocinas emerge la voz de una mujer. Una vez que el volumen permite que todos podamos escuchar, es fácil saber que no se trata de alguien importante, ni tiene la habilidad oratoria que Kim posee. Está leyendo algo que alguien más ha escrito. Es la portadora del mensaje, no su creadora.

—... que en las últimas cuarenta y ocho horas, la Fuerza Internacional de Defensa Cooperativa ha tratado de negociar con... con las fuerzas invasoras, ahora conocidas como los Nahx.

Topher tiembla junto a mí. La mujer sigue leyendo, monótona, con firmeza, como una viuda drogada que lee un discurso elogioso en el funeral de su marido.

—Hasta la fecha, las pérdidas humanas han sido inaceptablemente copiosas, y la FIDC ha determinado que éstas no sólo continuarán, sino que aumentarán a menos que las hostilidades terminen. La avanzada tecnología de los Nahx y... su crueldad los convierten en un rival imposible de vencer.

El mapa comienza a cambiar. Manchas rojas comienzan a aparecer, como sangre de heridas de bala. Una barra de Alaska a Nevada, una mancha más hacia el este. El centro de Europa Occidental, el norte de la India, partes de África, todo empapado, rojo.

—Ésas son cadenas montañosas —le digo a Topher. Sus ojos están fijos en la pantalla. La voz de la mujer continúa. Su tono aumenta ligeramente, lo que hace que suene más joven.

—Los patrones de ocupación de Nahx han indicado una preferencia por un territorio arriba de los setecientos metros de altitud. Por esta, eh, razón, el FIDC, en acuerdo con las naciones que conforman las fuerzas, ha... —su voz se rompe en este punto, y hay varios segundos de silencio. Observamos en el mapa las zonas rojas que se extienden sobre el terreno en donde actualmente vivimos y respiramos, las Montañas Rocosas y las altas llanuras al este...— ha tomado la drástica y lamentable medida de entregar todo el territorio por encima de seiscientos metros a los invasores Nahx.

Exclamaciones se escuchan mientras el mapa deja de cambiar. Las manchas rojas se convierten en puntos fijos y grotescos, como quemaduras de tercer grado. Mi vaga comprensión de nuestra ubicación nos sitúa sin duda

dentro de la zona roja, por lo menos a ciento cincuenta kilómetros de cualquier frontera. En algún lugar de la cafetería, alguien, quizás un niño, comienza a llorar.

—Los perímetros de estos territorios se encuentran ahora fuertemente fortificados y patrullados. El FIDC y las Naciones Unidas trataron de arreglar la evacuación del territorio entregado, pero el comando Nahx no se comunicaría más allá... de puntos cardinales y mapas —la mujer está llorando ahora; puedo oírlo en su voz—. Si usted está escuchando este mensaje desde dentro de una de estas regiones... no tuvimos elección... ahora está sujeto a las reglas Nahx —hay una larga pausa antes de que termine—. Dios los bendiga —se oye estática en los altavoces y el mapa del mundo se desvanece. Alguien apaga la pantalla.

Topher ha puesto su cabeza sobre la mesa, pongo la mía junto a la suya. Nuestros ojos se fijan el uno en el otro.

—¿Qué Dios nos bendiga? —dice—. Dios nos ha jodido completamente.

La cafetería estalla. Los civiles reaccionan con toda la ferocidad que nosotros, los tipos militarizados, mantenemos contenida. Se escuchan gritos y acusaciones en al menos cinco idiomas. Y muchas lágrimas. Espero que Kim se quede para tratar de restaurar el orden, pero ella y Liam salen juntos, dejándonos rotos y sin líder.

No pasa mucho tiempo antes de que Sawyer nos encuentre, junto con Xander y Mandy. Emily se desliza a su lado uno o dos minutos después. Tengo que obligarme a hacer contacto visual con ella.

—¿Crees que alguien aquí sabe lo que esto significa? —pregunta Mandy.

—Tal vez no —respondo—. ¿Tú?

Ella luce mucho más tranquila de lo que podría esperar, viendo a los civiles reunirse en las mesas con voces ahora bajas, en tono sepulcral.

—Queda muy poco medicamento —dice Mandy—. Cosas como la hipertensión y las enfermedades del corazón podemos tratar de controlarlas con dieta, supongo, pero perderemos algunos. Hay un niño aquí con leucemia. Acababa de ser diagnosticado. ¿Gracioso, verdad?

Xander comienza a golpear su frente sobre la mesa mientras ella continúa.

—Por lo menos, quizá podremos evitar el peor de los virus estacionales,

ya que estamos aislados. Todo el mundo ha salido limpio en los exámenes de VIH y hepatitis C, y eso es bueno porque, tengo que decirlo, las reservas de condones disminuyen con rapidez.

—Dios mío —dice Xander a la mesa.

—La gente contaba con un rescate —dice Mandy—. Por eso todo el mundo ha estado tan tranquilo, supongo. Arrullados en una falsa sensación de seguridad por esos videos de mierda. *La pelea continúa. Los derrotaremos. Manténganse en donde se encuentren.* ¡Ah! Tendremos suerte si salimos de este invierno.

—¿Pero los Nahx vendrán aquí? —pregunta Emily.

Sawyer habla, por fin, con algo de la autoridad que mostraba antes de que Felix muriera.

—Esta cantera es bastante baja, aunque nos encontremos rodeados de montañas. Y estamos bajo tierra. Podríamos estar atrapados, pero tal vez aquí estemos a salvo.

Suspiro con impaciencia.

—Eso fue lo que dijiste sobre el campamento.

—De acuerdo, ¿y no crees ahora que deberías haberme escuchado?

—¿Para que muriéramos de hambre? ¡Y eso estaba incluso más alto que aquí!

—¡Podría haber funcionado! ¡Tal vez nunca nos hubieran encontrado!

—¡O tal vez sí!

La cabeza de Topher se levanta de golpe.

—¡Basta! ¡Paren, ustedes dos! —se vuelve hacia mí—. Es posible que los Nahx nos ignoren ya que estamos ocultos, pero yo no contaría con eso. Sin embargo, es irrelevante porque Calgary está en la zona roja, y ése es nuestro nuevo objetivo, ¿cierto?

—¿Nuestro? —pregunta Sawyer. Topher se vuelve hacia mí expectante.

—Hay supervivientes en Calgary, y también un montón de suministros, medicamentos, alimentos. Condones —añado, y no puedo evitar dirigir mi mirada hacia Emily—. Podemos llegar allí si tomamos los Humvee.

Sawyer habla con una voz más baja.

—No creo que Kim acepte.

Topher responde con la intensidad de su gemelo, escudriñando a nuestro pequeño grupo.

—Pero es una buena idea, ¿cierto?

Me vuelvo a mirar a Emily y Mandy, a Xander, cuyas expresiones perdidas también resumen mi actitud. El plan para lanzar una misión de rescate de regreso a Calgary ahora parece más descabellado que hace una hora, cuando lo concebimos. Sería como una última quimioterapia desesperada en un paciente terminal. Tal vez nos dé unos meses más hasta que la inanición, la enfermedad o los Nahx nos atrapen. Por lo menos, si nos quedamos aquí, moriríamos calientes. Ése no habría sido el caso en el campamento. Por otro lado, si queremos sobrevivir a largo plazo, irnos es nuestra única opción. Necesitamos empezar a buscar alimentos y medicinas.

Parece imposible. Pero es nuestra única esperanza ahora. Me duele la cabeza.

Topher se vuelve hacia Sawyer. Aunque las cosas han cambiado desde que llegamos al búnker, él sigue siendo nuestro líder.

—¿Estás dentro?

—Como si fuera a dejar que un montón de chiquillos de diecisiete años salieran por su cuenta.

—Tengo dieciséis —digo. Xander sonrío conmigo.

Sawyer busca en su chamarra y saca una licorera de bolsillo. Me la ofrece.

—Esto es perversión de menores —apunto mientras la abro—, deberías avergonzarte.

—No hay minoría de edad en el apocalipsis. ¿Podemos estar de acuerdo en eso?

El sorbo de vodka arde mientras pasa por mi garganta, pero la sensación instantánea que produce me hace ansiar otro.

—¿Cómo convencemos a Kim? —pregunta Topher, tomando la botella de mi mano.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? —dice Sawyer—. ¿Desde cuándo hacemos las cosas según las normas?

Al pasar la botella alrededor de nuestra mesa, me doy cuenta de que la cafetería se ha quedado en silencio, excepto por el continuo sollozo de un

niño pequeño. Miro alrededor a tiempo para ver a otra niña, mayor, una chica de piel oscura con una larga trenza, que se levanta y toca afectuosamente la cabeza de un niño que está llorando. Espero que diga *Ya, ya*, o algo así, pero en su lugar comienza a cantar “Bebé beluga”.

Cuando la madre comienza a cantar también, el niño se tranquiliza. Pero la pequeña niña sigue adelante mientras los otros a su alrededor se unen en coro, uno por uno. Los adultos cantan. Los niños cantan. Estoy bastante segura de que al menos un par de personas están cantando en francés, y Xander parece estar cantando en chino. Pronto, toda la sala está cantando. “Bebé beluga” es la canción más divertida e incongruente para entonar a miles de kilómetros del mar, pero la gritamos, riendo más allá de las lágrimas, y nuestras voces resuenan entre las paredes de hormigón, piedra y metal de nuestra tumba cubierta de nieve.

Yo canto también, porque lo necesitamos. Estamos aterrorizados. Traicionados e inseguros. Enojados y con el corazón roto.

Pero estamos unidos, por ahora. Y somos humanos, sobre todo. *Humanos*. No estoy segura de que eso sea suficiente.

OCTAVO

Supongo que debería estar agradecido de que haya sido un humano el que me encontró y no uno de nosotros, un humano con una pistola más adecuada para matar ardillas que para penetrar armaduras. Pero el hombre igual me asusta. Grita cosas violentas y llenas de odio y vacía su triste pistolita a quemarropa. Las balas rebotan en mi armadura, pero pican lo suficiente para molestarme.

Piensa ahora. Piensa. Mi instinto es matarlo, podría partirlo por la mitad, ciertamente podría dispararle un dardo, arrastrarlo de regreso hacia la calle y dejarlo caer en un montón de nieve. Ésa es mi misión. Ésas son mis instrucciones. Su incesante ritmo en mi cabeza es mucho más fuerte ahora que estoy con los otros. Más difícil desobedecer.

Desobediente. Defectuoso.

Telarañas. Copos de nieve. La chica humana de cabello dorado. Me levanto y apunto mi rifle.

El hombre tiembla mientras me mira y es incapaz de recargar su pistola.

—No, por favor... —dice.

Doy un paso hacia él. La misión es... la misión...

—*Correr* —le digo con señas. Parece que no entiende. Una parte de mí ansía apretar el gatillo. Está parado justo ahí. Podría aplastar su cráneo con una sola mano.

—*Correr, por favor.*

No se mueve. Busco en mi memoria alguna alternativa para no matarlo. ¿Puedo sólo alejarme? Él podría dispararme por la espalda, pero eso no me haría daño.

Me enfoco en la imagen de la chica, su cálido cabello del color de las pequeñas piñas de pino. Bajo mi rifle.

—*¿Lugar amigos?*

El hombre da un paso atrás, luego otro.

—*Amigos. ¿Estar solo?*

Entonces él da media vuelta y corre. Escucho un ruido en la siguiente calle. Pisadas fuertes, no humanas.

—*¡No! ¡Esperar, yo ayudar!*

No puedo detenerlo. Sale corriendo del almacén, derribando cajas y estantes a su paso. Escucho la puerta de la entrada abrirse de golpe, el chirrido del rifle de dardos y el golpe del cuerpo del hombre al caer sobre la acera helada.

Me digo que no había nada que pudiera hacer y me arrastro de regreso hacia mi escondite hasta que las pisadas desaparecen.

RAVEN

Las noches en la base son tranquilas ahora. Kim parece haber desaparecido. Ella y sus compinches, los otros oficiales, su hijo y sus amigos cercanos, a veces emiten órdenes desde el nivel de comando. Hacen cambios en las tareas de limpieza de nieve o en los turnos en la cocina. Ocasionalmente, se reorganizan los acomodos para dormir. Todo suena a un equipo de mando sin nada que ordenar. Si todavía están planeando un ataque contra los Nahx, dondequiera que estén, no lo han compartido con personas como nosotros. Topher, Xander y yo entrenamos a algunos de los otros civiles en combate cuerpo a cuerpo, más como una manera de pasar el tiempo que para cualquier propósito realista.

Sé qué tan dura es una armadura Nahx y cómo quema al tacto. Lo rápidos que son. Es más probable que nuestras tácticas de desarme y las técnicas deshabilitantes y neutralizadoras sean útiles con los otros humanos cuando nuestro sentido de comunidad comience a desmoronarse.

Casi nadie acude a las comidas cada vez más escasas de la cafetería. Desde luego, no hay música ni baile. Liam y algunos de sus amigos a veces proyectan los VMN en la pantalla grande, resollando y aullando su aprobación. Una noche, Emily me encuentra ahí, de espaldas a la pantalla, trabajando en una lista de cosas que necesitaremos si queremos hacer la misión a Calgary. Se inclina y examina con detenimiento la lista antes de sentarse.

—¿Sabes? —dice, jugando con su pequeño plato de comida. Miro el espacio entre nosotras—. No supe qué tan serio era lo tuyo con Tucker hasta...

—¿Que fue demasiado tarde? —pregunto. Pero encuentro que ni siquiera puedo sentir indignación. Debería odiarla, pero ¿qué sentido tendría?—. No es tu culpa. Ni siquiera fuiste la primera —decirlo en voz alta lo hace verdad.

Emily carga su cuchara con un guisante, lo tira hacia atrás, y lo mueve con precisión a través de media habitación, justo hasta la nuca de Liam. No puedo evitar sonreír mientras Liam se vuelve y mira hacia atrás.

—Xander me contó que Topher dice tu nombre mientras duerme —dice Emily, mientras coloca sobre su cuchara un tallarín cuidadosamente enrollado.

—Sólo está confundido, eso no significa nada —me pregunto si ella está planeando lanzarme el tallarín—. Puedes ir por él, si eso es lo que estás pensando.

Se encoge de hombros.

—¿No tenías algo con Liam?

—Al parecer, ya no.

Su tono es casual, pero puedo ver que es más que eso. Y en verdad siento lástima por ella. Supongo que cuando Tucker murió también estaba afligida, pero no podía decírselo a nadie. Y ahora ha sido rechazada por un cretino en el palacio de invierno de los condenados. Sacudo la cabeza mientras observo cómo apunta su cuchara. Algunas veces me sorprende mi capacidad de empatía y perdón. Tucker solía llamarla mi superpoder.

Emily lanza el tallarín enrollado con tanta habilidad que aterriza en la capucha de la sudadera de Liam. Ni siquiera se da cuenta. Emily me sonrío.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto.

—La paz —dice mientras se levanta. Me doy cuenta de que no ha comido nada—. No tiene sentido morir con rencor en tu corazón. Tu alma debería regresar al universo tan limpia y desnuda como cuando llegaste aquí —no lleva su plato con ella cuando se va. La observo: es sólo una chica como yo, creo. También tiene una familia, en lo profundo de Australia, que bien podría estar en otro planeta ahora. Dios.

Miro hacia atrás y me doy cuenta de que Liam se acerca, con expresión feroz en el rostro. Doy vuelta a la página en mi libreta y finjo que estoy comenzando a dibujar.

—¿Qué quieres? —espeta en cuanto llega a mi lado. Sus amigos se vuelven y caminan hacia nosotros, atraídos por su tono. Me resulta inquietante ver a Topher y Xander entre ellos.

—Nada —digo.

—¿Por qué estás arrojándome comida?

—No hice nada.

—¿Quién fue entonces?

Podría culpar a Emily, pero me parece un poco insensible dado que ella sólo trataba de reconciliarse conmigo, así que sólo me levanto para irme. Algo me dice que es hora de salir de esta situación. Estoy molesta con Topher y Xander por ser parte de la fiesta de testosterona de Liam. Y necesito pensar. Tal vez encuentre a Sawyer y podamos hacer una planificación adecuada.

—Era sólo un tallarín —meto mi libreta bajo el brazo—. No seas tan sensible.

Increíblemente, Liam da un paso hacia adelante y me empuja con fuerza por los hombros. Doy un paso hacia atrás, mantengo mi equilibrio con facilidad y siento cómo mi cuerpo adopta una postura defensiva: piernas separadas, rodillas ligeramente dobladas, brazos sueltos, pero listos, a los costados, como si estuviera a punto de comenzar una pelea seria de competencia.

Detrás de Liam, Xander ríe entre dientes.

—Vaya, amigo, en verdad no quieres meterte con ella.

—No te tengo miedo —dice Liam. Está ebrio, lo sé. Podría derribarlo y destriparlo como a un pez, pero quiero encontrar a Sawyer. Así que doy media vuelta para salir de ahí, y él se arroja sobre mí. Veo a Topher moverse hacia adelante en actitud defensiva al tiempo que mi instinto entra en acción. Mis dos brazos se lanzan hacia atrás y toman a Liam por el cuello. Curvo una pierna alrededor de sus rodillas y con un giro rápido, se estrella en el suelo.

—¡Maldita! —grita Liam—. ¡Maldita mestiza! —mi puño dispara hacia adelante y se estrella en su boca. No tiene los reflejos protectores de Topher.

La sangre brota de su labio.

Éste sería el momento de retroceder. Ya gané esta pelea, pero ahora estoy en llamas. Lo tengo acorralado en el suelo, ensangrentado y aturdido. Mi brazo se retrae para golpearlo de nuevo. Podría golpearlo hasta dejarlo inconsciente, casi sin esfuerzo, y *quiero* hacerlo. En serio. No había oído que alguien usara esa palabra en años, no desde que golpeé a un niño que le dijo así a mi pequeño primo político. Es como una maldición de un antiguo cuento de hadas que despierta a un monstruo. Podría matar a Liam.

Alguien me sostiene por detrás, me aleja de él, aprisiona mis brazos a los costados mientras forcejeo para liberarme.

—Basta, Raven —la voz de Topher vibra en mi oído—. Fue suficiente.

Exhalo, mientras me tiendo en sus brazos.

Ahora estamos rodeados de amigos de Liam y de algunos espectadores. Es una de esas escenas que me hacen ver realmente genial y a Liam realmente idiota. Siento un arrebato de arrepentimiento, no por su dolor, eso no me interesa, sino porque le permití que me afectara. Tengo la sensación de que pagaré por esto algún día.

Los amigos de Liam lo llevan al baño para limpiarlo. Xander va tras ellos, riendo entre dientes. El resto de la multitud se dispersa, el espectáculo termina.

Mientras tiro de los brazos de Topher, él me suelta y recupero mi equilibrio en el respaldo de una silla.

—¿Estás bien?

Doblo los dedos de mi mano derecha. Están un poco adoloridos, pero han visto peores.

—Estoy bien.

—No me refería a tu mano —deja pasar unos segundos—. Nadie más piensa en ti de esa manera.

Sólo sacudo la cabeza. Como una *mestiza*, quiere decir, como si eso fuera algo terrible. La palabra es bastante ofensiva, demasiado sé de la historia de mi padrastro, pero ¿qué tiene de malo ser mitad esto y mitad aquello de cualquier forma? Topher se refiere a que la mayoría de la gente piensa en mí como si fuera blanca. No creo que eso sea cierto, pero tampoco importa. Lo

que importa es que él piensa que es un cumplido. No me veo como una blanca. ¿Está diciendo que *actúo* como blanca?

Se podría pensar que en el fin del mundo yo podría escapar de esta mierda, pero supongo que no es así. En cuanto a Liam, no sabe nada sobre mí. Y tampoco me importa, si piensa que soy métis o nativa o negra. Puede besar mi redondo y moreno trasero.

—Me voy a la cama —digo. Topher me deja ir sin decir nada más.

Mandy no está en su litera cuando llego a nuestra habitación, lo que significa que quizás está en la enfermería... tal vez colocando una bolsa de hielo en la nariz de Liam.

Miro hacia el pequeño escritorio y me doy cuenta de que no está mi libreta. Debo haberla tirado cuando Liam saltó sobre mí. Ahora voy a tener que regresar por ella, y estaba tan ansiosa de tal vez conseguir dormir un poco.

La cafetería está desierta cuando regreso. Busco mi libreta debajo de las mesas, pero no está allí. Tal vez Topher la tomó. En verdad no puedo seguir buscándola ahora. Le preguntaré mañana.

Parada en el oscuro pasillo vacío, puedo oír el zumbido de los ventiladores y el débil crujido de las paredes y pisos en respuesta a las bajas temperaturas nocturnas. Un escalofrío pasa sobre mí. Hay grandes grupos de guardias asignados para patrullar las entradas de la base y las cercas perimetrales, pero la seguridad interna se limita a uno o dos civiles que hacen su ronda por los pasillos una vez cada hora. Si tengo cuidado, podría pasear por la base toda la noche. Tal vez estaba deseando dormir menos de lo que pensé. De repente, me siento completamente despierta.

Me imagino que si Liam y su pandilla pueden pasear por la noche cuando se supone que debemos estar en nuestros propios dormitorios o en las áreas comunales, entonces yo también. Hay partes de la base que parecen estar prohibidas, y si algo recuerdo de mi vieja vida, es que a veces el concepto nocturno de prohibido es tan difuso como las sombras. Por lo menos, en eso confío cuando entro de puntillas a través de la puerta marcada como ZONA RESTRINGIDA.

La tienda de armas sería el lugar obvio para empezar, dado que vamos a

necesitar armas para nuestra misión de regreso a Calgary, pero me atrae más el nivel de mando. Sé que sólo ciertas cosas se comparten ampliamente entre los habitantes de nuestro refugio. Topher ha especulado que se trata de moral, pero yo creo que se trata de control. Vemos lo que Kim necesita que veamos: los VMN, el anuncio de la rendición. Pero de seguro hay otras cosas que Kim y su círculo más cercano han descubierto en las transmisiones. Tal vez pueda averiguar algo sobre las condiciones en la costa o en Calgary. Quizás haya una base de datos con los nombres de los supervivientes. Podría buscar los nombres de mis padres.

Sobre todo, lo que necesitamos saber es exactamente en dónde estamos. Sin eso no podemos transitar por caminos sin marcas en las altas montañas. Supongo que si seguimos el amanecer hacia el este, al final encontraremos las colinas y luego las llanuras, y desde ahí podríamos llegar a Calgary. Pero podríamos terminar vagando por las montañas durante días tratando de encontrar una salida, y eso acabaría con todo nuestro combustible.

La ubicación es información clasificada, nos dijo Liam cuando llegamos. Debería haberme dado cuenta en ese momento de que esto nos mantendría a todos aquí, de la misma manera que mantendría a los invasores fuera. Había mapas sobre la mesa cuando Topher y yo hablamos por primera vez con Kim en el centro de mando. Tal vez uno de ellos tenía nuestra ubicación marcada. Es una débil esperanza, pero todas las esperanzas palidecen en estos días.

Me encuentro a medio camino de la larga subida al nivel de mando cuando oigo pasos a mis espaldas. Maldiciendo en silencio, me detengo, y me apoyo en la esquina del rellano entre las escaleras. Hay salidas de emergencia cada cinco niveles, pero tienen alarmas. Si tratara de salir por alguna de ellas, toda la base se enteraría. Y de cualquier forma, dan a las planicies rocosas. Hay una delgada escalera que desciende hasta el nivel de la entrada principal y sube hasta el de mando, pero no me apetece ser perseguida en la noche oscura y helada. Tal vez sea más fácil enfrentar a este reptil asqueroso.

Doy un paso adelante y pregunto hacia abajo, en las escaleras:

—¿Quién está ahí?

Oigo una risita silenciosa.

—Me imaginé que podrías ser tú.

Y yo debería haberlo sabido. Liam.

Aparece en el rellano debajo de mí, se ve hinchado y vagamente amenazador. Quizá yo podría escapar. Es bastante alto comparado conmigo, pero su rostro fue recientemente magullado y tal vez eso lo haga un poco lento al bajar. Pero ¿hacia adónde correría? ¿Afuera, a la nieve?

—¿Qué quieres?

—Nada —dice con calma—. Estaba subiendo para encontrarme con ma... con Kim. Tengo algo que enseñarle —levanta la mano y veo que tiene mi libreta—. Tal vez deberías venir conmigo. Puedes discutir por qué estás en un área restringida a esta hora.

—O... podría terminar de reventarte a golpes.

Sonríe y con su mano libre empuja hacia atrás su sudadera con capucha, revelando una pistola en una funda.

—Por Dios, Liam —digo, dando un paso atrás—, tranquilo.

—Camina.

Me giro y subo las escaleras con Liam detrás. Caminamos en silencio mientras me acostumbro a tener a alguien con una pistola a mi espalda. Más allá del pequeño instante en que la policía nos persiguió a través del parque, nunca me había ocurrido antes. No puedo decir que lo esté disfrutando.

Cuando llegamos al nivel de mando, Liam me señala una silla a través de una amplia ventana.

—Vigílenla —dice a un par de uniformados. Liam desaparece en el mando central y cierra la puerta tras de sí.

—Estás hundida en la mierda, Rave —dice uno de los guardias. Lo reconozco, es uno de los amigos de Liam. Entonces recuerdo algo que anoté en mi libreta: una lista de todos los que se han comprometido a ir a Calgary. Antes de completar este pensamiento, Emily, Mandy y Topher salen de la escalera, jadeando por el esfuerzo. Sawyer y Xander vienen detrás de ellos.

—¿Alguien conoce el camino a Mordor? —nos dice Xander sonriendo.

Sawyer no luce tan divertido. Me observa.

—¿Por qué sabía que serías tú la causa de que algún día me sacaran de la cama en mitad de la noche?

Me encojo de hombros. ¿Qué pueden hacernos? No hemos hecho más que

un plan tentativo para salir de esta trampa para ratones.

Kim no pierde tiempo cuando nos llama al centro de mando. Observo que en la larga mesa no hay ya mapa alguno.

—¿Una misión de rescate a Calgary? —pregunta ella, con tono fresco. Liam sonrío en la esquina como el maldito traidor que es. Kim abre mi libreta y lee—. ¿Un Humvee, la mitad de nuestras armas y las raciones de una semana? ¡Un Humvee! —grita—. Y suficiente combustible para llegar allá y regresar, supongo. ¿O piensan empujarlo de regreso?

—Encontraremos combustible en el camino —digo—. Podemos hacer un reconocimiento de un montón de terreno en donde ustedes no han puesto un pie en meses. Hay ciudades y granjas a lo largo del camino. Podríamos encontrar supervivientes y, ciertamente, suministros.

Kim enmudece un momento, así que continúo. No tengo nada que perder, me recuerdo:

—Usted sabe tan bien como yo que es probable que nos quedemos sin suministros médicos antes de que el invierno termine. Hay farmacias en cada pueblo, podríamos tomar la medicina. Y podríamos darle un informe completo sobre dónde buscar cuando regresemos.

Topher me lanza una mirada. Sé que él sabe lo mismo que yo. No es muy probable que regresemos.

—¿Y si no regresan? —pregunta Kim—. Los Nahx todavía están ahí afuera.

—No los hemos visto en semanas —señala Sawyer—. Ni siquiera sus transportes. Ya revisé todos los registros del puesto de observación.

—Un millón de cosas podrían salir mal.

Sorprendentemente, Liam se suma.

—Podríamos llevar algunos de los drones con nosotros, no ocupan mucho espacio. Y los enviaríamos de vuelta cargados de información antes de llegar a Calgary. Al menos así... bueno, haríamos que valiera la pena.

Parpadeo y sacudo la cabeza. ¿Acaba de decir *podríamos*?

Kim parece considerarlo.

—¿Quieres ir con ellos? —pregunta. Hay algo en su voz, ¿un tinte de orgullo? Se me congela la sangre. Ella también debe saber que esto es una

marcha a la muerte.

—Más que ir —dice Liam—, quiero comandar la misión.

Sawyer baja la cabeza y suspira.

OCTAVO

El transporte me deja en el complejo. Fuera del terreno plano, fuera de la ciudad, me demoro en el patio, mirando el cielo occidental, las colinas y las montañas más allá. Alguien me empuja con tanta fuerza que caigo hacia adelante sobre mis rodillas.

—*Adentro* —me dicen con una seña.

Me escondo dentro todo el día. Nos encierran toda la noche. Odio estar adentro. Muero por subir de nuevo a las montañas, como si hubiera dejado algo allí, algo importante.

Importante.

Estamos encerrados en la oscuridad, incapaces de dormir, sin luz para vernos unos a otros, así que ni siquiera podemos hablar. Por la mañana, cuando la luz entra, veo que alguien más se ha roto el cuello durante la noche.

—*Décimo* —una chica hace la seña al pasar por encima del cuerpo, como si eso lo hiciera aceptable.

Una noche, después de dos días y dos noches encerrados, me acurruco, en cuclillas, con los brazos envueltos alrededor de mis rodillas, y miro hacia una esquina. Por lo general miro hacia afuera, aunque no es que haga mucha diferencia, dado que la mayor parte del tiempo está demasiado oscuro. Pero es más seguro mirar afuera, es más fácil escapar de cualquier problema que se acerque en la oscuridad. Últimamente, el silencio de pesadilla es empañado con frecuencia por los sonidos de la violencia y los gruñidos amenazantes o

desesperados, y los siseos que acompañan todo eso.

Me he escapado de un ataque más de una vez. Alguien me rompió el dedo pequeño de la mano izquierda, sin ninguna buena razón que yo pudiera discernir. Sólo me arrebataron la mano y me rompieron el dedo. Yo les siseé y los empujé con la otra mano. Y luego los escuché alejarse. El dolor se desvaneció por la mañana, pero estaba herido. Mis sentimientos estaban heridos. Tan estúpido, ni siquiera sé qué hice para que me rompieran el dedo.

Sigo pensando que Sexta tal vez me encuentre aquí. Mi Sexta, quiero decir. Hay otros Sextos, pero no son muy amigables. Tampoco mi Sexta lo era, claro, pero...

Ah, está muerta. La vi morir. Ella murió y voló lejos con alas de sangre.

Morir. Morir. La seña para esa palabra ya no parece correcta. Es similar a nuestra seña para *detener*.

Morir. Detener. Detener antes.

Apoyo mi frente en la esquina y trato de enfocar mi mente en otra cosa. Desearía poder dormir. Podría soñar. Podría soñar a... alguien, una chica, no Sexta... Mi cerebro se está haciendo puré. Necesito toda la fuerza mental que tengo para aferrarme a algo.

Octavo. NO. Obedecerá.

Defectuoso.

Hago las formas en la oscuridad.

Desobediente.

Diente León.

Una chica humana. Sé que cuando pierda ese pensamiento, también podría dejar de escaparme del peligro en la noche. A veces no hay un solo ruido, pero cuando la luz regresa hay un muerto a mi lado. ¿Sólo mueren?, ¿no oponen resistencia cuando alguien viene a matarlos? Tal vez han olvidado la única cosa que los convierte en un ser separado.

La pared está fría. Puedo sentirla a través de los sensores de mi armadura. Me pongo en pie y estiro mis manos sobre ella, una a cada lado de mi cabeza. Tal vez me dejo llevar demasiado por un pensamiento, o un intento de un pensamiento, porque no me doy cuenta de que hay alguien a mi lado hasta que siento otra mano sobre la mía. Trato de sacudirla, pero los dedos se

entrelazan con los míos y aprietan con fuerza. Creo que estoy a punto de tener otro hueso roto.

Pero mi dedo no está roto. El que está a mi lado aprieta mi mano con fuerza, pero no dolorosamente. Está tan oscuro que no puedo decir si es un chico o una chica, pero no importa. Aprieto yo también. Se siente bien sostener una mano. Sexta me permitía sostener su mano en ocasiones, a regañadientes, cuando se cansaba de burlarse de mí.

Siento una cabeza caer y descansar sobre mi hombro, escucho un pequeño suspiro de aliento vibrante. Es un chico, ahora lo sé. Su cabeza está a la altura de la mía, y ninguna de las chicas es tan alta como yo. Él descansa su cabeza allí, en mi hombro, y se aferra a mi mano, respirando. Todo está tan callado que en medio de las respiraciones puedo escuchar su corazón. Después de unos minutos se mueve, pero no suelta mi mano. Podría arrancármelo con facilidad, tal vez incluso empujarlo tan fuerte que cayera, pero no lo hago. Mientras se aleja, lo dejo que me guíe.

Nos deslizamos a través de la habitación, pegados a la pared, con cuidado de no pisar a nadie ni tropezar con piernas o pies. Ambos tenemos luces, pero no nos atrevemos a usarlas. En la primera noche que pasamos en esta celda de espera, aquéllos que las encendieron fueron rápidamente el blanco de las palizas, o cosas peores. No estoy seguro de entender la lógica de esto. Es posible que haya alguna instrucción que yo no recibí. Y parece que otros sí saben lo que está sucediendo.

El otro, el chico, me lleva a través de una puerta y por un pasillo. No se supone que debamos salir de la celda, pero parece que no hay nadie para detenernos. Llegamos a una esquina donde una pequeña luz nos baña de un tenue resplandor rojo.

—¿*Rango*? —pregunto, ahora que por fin consigo verlo.

Inclina la cabeza hacia un lado y levanta la mano libre con la palma hacia arriba. Es la señal para hacer preguntas, pero sé en este caso lo que quiere decir, es algo como: ¿*Necesitas preguntar*?

—¿*Octavo*? —hago la seña, y él asiente, empujándome hacia adelante.

Octavo, como yo. Tal vez todos los Octavos piensan por sí mismos, se sienten solos y les gusta tomarse de las manos. Tal vez él sepa esto, y yo no.

Llegamos al final del oscuro pasadizo. El otro Octavo suelta mi mano, se vuelve hacia la pared y desliza sus dedos de arriba abajo, en busca de algo. Podría dar media vuelta y regresar corriendo a la celda. Si nos encuentran aquí, nos matarán. No sé dónde me lleva este Octavo o lo que quiere. Hay algo inquietante, un retazo de idea que me preocupa. Pienso en la chica humana, y un sueño que me despertó ahogado en la vergüenza. No puedo recordar en realidad qué fue lo que me hizo sentir tan avergonzado.

El otro Octavo encuentra un cerrojo. Oigo un suave *clic* y siento una ráfaga de aire frío. Una puerta se abre lo suficiente para deslizarnos a través de ella, y de repente estamos afuera, en una especie de pasaje. Salta por la barandilla y desaparece. Dudo hasta que veo, más allá de la barandilla, que el suelo está cubierto de nieve suave y fresca. Balanceo mis piernas y me dejo caer; aterrizo casi cinco metros abajo, cubierto de nieve hasta los tobillos.

Estoy dominado por tal sensación de placer y alivio que caigo de rodillas, y apoyo mis manos en la nieve. El olor es indescriptible. Tomo puños de nieve y los llevo hasta mi nariz, inhalo profundamente. Después de unos segundos siento la mano de Octavo en mi cabeza. Él está sobre mí, haciendo una pregunta.

—*Sentir feliz* —digo con señas. Él asiente y hace la seña de *repetir*, mientras apunta a su pecho: “Yo también”.

Gesticulando para que lo siga, se aleja. Obedezco, poniendo los pies en sus huellas marcadas en la honda capa de nieve. La oscuridad de la noche es tan profunda que apenas puedo verlo delante de mí, mucho menos hacia adónde nos dirigimos. Pero después de unos minutos llegamos a una valla alta. Parece algo que los humanos construyeron, frágil y mal diseñado. Cada puesto está coronado con una luz azul acuosa. El otro Octavo espera a que llegue hasta adonde está, luego coloca su dedo índice dramáticamente en la cerca y ésta crepita con electricidad. Su cabeza salta un par de veces. Sólo había visto a Sexta reír antes. En este caso no es tan malo. Se está riendo de la cerca, no de mí. La electricidad no es algo que nos detenga. La valla debe haber quedado de lo que sea que este lugar fuera antes de que nosotros llegáramos. Pero no sé por qué está todavía electrificada. Tal vez alguien pensó que evitaría escapes. Y es en este momento que me doy cuenta de cuál

es la intención del otro Octavo: quiere escapar. Aprieta un alambre de la valla y lo arranca con facilidad del poste de acero. Un par de chispas sisean en la nieve. Tira uno y otro, hasta que hay una brecha lo suficientemente amplia para pasar por ahí.

Retrocede, se vuelve hacia mí y mantiene una mano hacia abajo, con los dedos separados, como si estuviera sosteniendo algo grande y redondo. Luego gira la mano hacia arriba. Nunca he visto esta seña antes, pero como todos ellos, de alguna manera sé lo que significa. No es una que se necesite muy a menudo en nuestras vidas.

—*Libre*.

La repito, ahora como pregunta.

—*¿Libre?*

El otro Octavo asiente y me hace avanzar. Paso sobre el alambre doblado, mirando hacia atrás mientras él me sigue a través de la brecha.

—*Vuelta* —hace la seña cuando me alcanza. Obedezco sin pensar y le doy la espalda. Veo en nuestras sombras en la nieve que tiene uno de nuestros cuchillos en la mano, un cuchillo que debería haber regresado cuando nos encerraron. Podría herirme con él, pero más que sentir temor, me intriga su desobediencia. Es defectuoso, como yo.

Siento que presiona su cuchillo en mi nuca. Tal vez va a matarme. Parte de mí lo anhela, parte de mí preferiría estar muerto que... esto.

Escucho un fuerte *clic* y luego silencio.

Silencio. El perpetuo zumbido de las degradadas instrucciones de la misión ha cesado. Mis pensamientos se vacían tan rápido, me siento débil y me balanceo en donde estoy. El otro Octavo toma mi brazo para estabilizarme mientras me vuelvo hacia él. Sostiene un pequeño bulto de metal y alambres, no más grande que un escarabajo.

Fangosa muerte, él está más que defectuoso, está loco. Desconectar un transmisor nos matará a los dos.

—*Correr* —dice.

Lo hago, y espero que él me siga. Corro rápido, dando largas zancadas a través de los desfiladeros blancos. Después de unos segundos me encuentro en una carretera elevada. El viento la ha mantenido limpia de nieve. Mi

cerebro funciona bien, lo suficiente para darme cuenta de que esto significa que podría tomar cualquier camino y ellos no podrán rastrearme. Pero no estoy seguro de qué camino seguir, así que avanzo hacia la ciudad. Las montañas están más allá, y todavía siento cómo me llaman el aire y los árboles y la niebla que sé que encontraré allí.

El otro Octavo aparece al borde del camino, detrás de mí. A sus espaldas, apenas puedo distinguir que ha pisado mis huellas.

—¿*Juntos?*

Sacude su cabeza. Creo que debo haber cometido un error, o tal vez él tiene la intención de ir hacia el otro lado de la carretera. Es un plan razonable, menos posibilidades de ser atrapado.

—*Correr* —dice de nuevo.

Empiezo a correr hacia la ciudad. Encuentro un auto humano un centenar de metros más adelante, me detengo junto a él y miro hacia atrás. No entiendo lo que está pasando. En el desconocido silencio de mis pensamientos, estoy confundido, y el jarabe de lodo no está ayudando. Aumenta a través de mí, tratando de enfocarme, pero sin el zumbido de mis instrucciones de misión, no tiene adónde ir, nada con que trabajar. El otro Octavo todavía está parado donde lo dejé, en la carretera. Estoy a punto de saludarlo con la mano, o quizá volver cuando...

Un disparo suena. El otro Octavo lleva sus manos a la garganta y cae hacia adelante. Me sumerjo detrás del coche, dejo mi cabeza fuera apenas lo suficiente para ver lo que sucede.

Tres de alto rango se acercan por la carretera. Uno arroja algo debajo de Octavo, donde cayó, y éste explota en llamas.

Me encojo detrás del auto, con los puños presionando mi boca.

Como si pudiera gritar.

RAVEN

Salimos una semana después, todos excepto Emily, quien enfermó por algún tipo de insecto estomacal.

—Apuesto a que está embarazada —susurra Xander en tono conspirador cuando hacemos una revisión final de provisiones.

Liam escucha.

—No por mí —dice con tono fresco. Ver a estos dos chicos bromear sobre el destino de una chica, incluso una que no me cae particularmente bien, me produce un escalofrío. ¿Hubo un tiempo en que la gente era más considerada? Siglos atrás quizás. Ahora hay peleas a puñetazos por la comida y corren rumores de que alguien fue violado en el perímetro. A veces, cuando no consigo dormir, fantaseo que alguien intenta algo conmigo y lo mato. ¿Soy una desgraciada o este lugar me está transformando? Me siento realmente feliz de dejar la supuesta seguridad de nuestro refugio, de abandonar a todas estas ratas desesperadas en una jaula.

Antes de la invasión, siempre me pareció que la naturaleza estaba en contra nuestra, con el frío o la lluvia o las plagas. Ahora veo que nosotros hemos sido siempre nuestro peor enemigo.

Liam trae otros cinco voluntarios con él. Una chica llamada Britney, que creo que podría ser la nueva... lo que sea de Liam, un tipo llamado Dinesh, y tres chicos blancos cuyos nombres suenan todos igual. Estoy segura de que personas mayores se ofrecieron como voluntarios, pero Liam hizo la

selección final y de alguna manera se las arregló para elegir a otros adolescentes. No estoy segura de lo que esto dice de él. No está contento de que Sawyer sea mayor que él, eso está claro.

Estamos fuertemente armados. Kim me entrenó con una pequeña —pero según ella, muy poderosa— pistola, con la que mi puntería es un poco mejor. Parece potente, pero ¿con qué podría compararla? Sé que casi sacó mi brazo del hombro la primera vez que la usé. Sin embargo, tenemos pocas municiones. Tengo tres cargadores para la pistola. Cuando se agoten, me quedará mi cuchillo. Si pierdo eso, estoy muerta.

Además de las armas, nuestros paquetes son ligeros. Llevamos toda nuestra ropa y, si no encontramos comida en Calgary, estaremos muy hambrientos en el camino de regreso. Mandy rechaza una caja de agua embotellada para poder llevar en su lugar más suministros de primeros auxilios.

—El suelo está cubierto de nieve, Liam —le explica cuando él se queja—. Todo el mundo tiene una cantimplora, ¿cierto?

Liam hace todo un espectáculo para confirmar esto con todos nosotros y revisa lo que llevamos en nuestros equipos personales con tanta pedantería que estoy lista para estrangularlo.

Finalmente salimos, once de nosotros, en dos Humvee. Después de toda su fanfarronería sobre la preservación de combustible, es claro que Kim quiere que su hijo viaje con estilo y comodidad. Él y dos de sus amigos están equipados con lo mejor en accesorios militares que la base pudo proporcionar: chalecos antibalas, cámaras montadas en sus cascos para videograbar la misión, y armas, por supuesto.

Topher, con un uniforme improvisado, está en silencio, con la ballesta en el regazo y un rifle a su lado. Mis armas están enfundadas como me instruyeron, a pesar de que me resulta incómodo sentarme.

—Demasiados soldados sin experiencia sueltan sus armas por sorpresa —me dice Liam, como si él ya hubiera estado en alguna batalla—. Dudo que un Nahx te dé oportunidad de recogerlas y no creo que todo este asunto tuyo de Jackie Chan te ayude —me está incitando, pero no muerdo el anzuelo. Necesito concentrarme en mantenerme viva.

Ver un Nahx, sacar mi arma, disparar. Cuello, hombro o articulaciones de cadera. El pecho, la espalda y la cabeza son a prueba de balas, a menos que tengas proyectiles blindados, y no es el caso. Los videos nos enseñaron eso. Disparar es lo primero que debemos hacer, gritar, lo segundo, pensar más tarde, dice Topher, como si fuera una opción fácil. *Código negro* es la llamada de advertencia que acordamos. El escenario probable es que si tienes que usarlo, serán tus dos últimas palabras.

El viaje es lento, a través de caminos remotos llenos de nieve y autos abandonados, sorprendentemente intactos. No nos encontramos con los Nahx, pero vemos suficiente evidencia de su trabajo para alimentar las pesadillas de cien personas. La muerte está en todas partes. En cada parada para tomar un descanso, cada pueblo está lleno de cuerpos, la mayoría en perfecto estado de conservación. Hay algunos en descomposición, algunos bebés en sus cochecitos, por ejemplo, y perros con su correa, congelados y muertos de hambre. Algunos adultos y niños mayores también, que murieron de otras maneras. Vemos cuellos rotos, cráneos aplastados y algunos cuerpos tan deteriorados que no podemos saber qué causó su muerte.

En lugar de levantar nuestras tiendas especiales para invierno la primera noche, nos acurrucamos en los Humvee, temblando, y no sólo por el frío.

Llegamos a los límites de la ciudad cerca de la medianoche del segundo día. Los guardias vieron transportes de Nahx flotando y aterrizando al anochecer, y despegar una hora más tarde, así que nos mantenemos ocultos y nos acercamos desde la dirección opuesta; montamos nuestro precario campamento dentro de un granero abandonado. Comemos y sorteamos los turnos de vigilancia. De todas maneras dormiremos poco o nada, porque Liam quiere que nos movamos al amanecer. Mi suerte es mala y buena. Me toca primero a mí, pero con Sawyer.

Liam no nos dejará usar las cámaras.

El aire gélido de la noche me recorre mientras los demás duermen. Me estremezco, cierro mi chamarra y me pongo una gorra tejida; guardo mi arma y mi cuchillo en sus fundas. Las abrocho en su lugar y luego me pongo los guantes. Sawyer y yo tomamos direcciones opuestas alrededor del granero para empezar nuestra ronda.

Marcamos el ritmo y nos encontramos con el otro cada pocos minutos. Sawyer asiente a manera de saludo cada vez. Cuando esto se vuelve aburrido, comienza a contar largos y caóticos chistes, una línea a la vez. Tengo que ahogar una risa cada vez que llega al gran final, aunque apenas puedo recordar el comienzo. Eventualmente, él se queda sin chistes y seguimos la ronda en silencio.

Mi mente se desplaza aquí y allá mientras camino a través de la nieve. Pienso en mis padres otra vez. Podrían haber sobrevivido. No tengo forma de contactarlos a menos que consigamos algún tipo de comunicación adecuada. Trato de imaginar lo que están pasando, no por primera vez. Alguna vez un terapeuta me dijo que debía hacerlo. *Imagina cómo se sienten tus padres cuando haces estas cosas*, ella se refería a las peleas y a las drogas y a quedarme fuera de casa toda la noche con chicos cuestionables. *Imagínate lo preocupados que están*.

Mientras camino, tengo un momento tranquilo para pensar en eso. En realidad, nunca hubo tantas peleas fuera del *dojo*. Y las drogas sólo eran un poco de hierba. ¿Y qué tan cuestionables eran los hermosos hijos gemelos de un agradable médico? Es posible que todas las otras cosas que me dijo la terapeuta que me impuso el tribunal también sean una mierda. *TDA. Trastorno de déficit de atención. Problemas con el manejo de la ira...* etiquetas con las que a todos los terapeutas les encanta abofetear a cualquiera que sea como yo.

Combativa, voy a conceder que ésa era bastante precisa. Pero en cuanto al resto, tal vez nadie me conocía realmente, ni siquiera mis padres. Intenté imaginar su preocupación, pero lo único que veía era la decepción de que nunca podría ser como ellos, una amada profesora de inglés y un respetado activista métris. Tal vez imaginé la decepción, también.

Es difícil imaginar a alguien cuando no estás segura de que está vivo. De alguna manera, es más fácil imaginar a los que ciertamente están muertos. Pienso en Tucker, en su tumba, y en Felix y Lochie tendidos en la capilla. Paso junto a Sawyer, que finge ser un zombi. Pienso en Topher en su saco de dormir, con Xander resoplando a su lado. Tengo tanto frío y me siento tan cansada que me dan ganas de ir gateando hacia ellos y quedarme dormida. La próxima vez que paso a Sawyer, me estoy riendo de lo lamentable que soy. Él

bosteza y sigue caminando.

El bostezo es contagioso. De repente, mis párpados se sienten pesados, pegajosos, como si se hubieran adherido a mis globos oculares con pegamento. Tomo una respiración profunda en el aire frío de la noche y trato de despertar. El aire huele a heno y un poco a caballo desde el granero. También hay un tenue olor a quemado, como a carbón, tal vez procedente de la casa quemada.

El olor es un poderoso recuerdo, he oído. El más potente. Con ese leve aroma a carbón, el Nahx en la casa rodante flota en mi cabeza otra vez. Me duelen las muñecas y el corazón, y mi mente se agita como una tormenta. Siento que hay algo importante en lo que sucedió, pero no logro entenderlo. Me detengo, escucho. Puedo oír los pasos de Sawyer del otro lado del granero. Cerrando los ojos, recuerdo la perseverante marcha del Nahx balanceándose mientras me llevaba. No recuerdo haber sido levantada o puesta sobre el piso, pero recuerdo que me cargaba, recuerdo haber mirado su forma sombría, con las estrellas detrás. Era alto, con la espalda erguida, y *cálido*. Recuerdo la calidez.

Cuando abro los ojos, él está allí.

Una sombra apenas visible permanece en la oscuridad junto a la casa quemada y me mira directamente, un invasor Nahx con armadura de noche, a seis metros de distancia.

Estoy paralizada. *Código negro*, grita mi mente, pero nada sale de mi boca. Busco mis armas, en lo que mis pulmones intentan tomar el aire suficiente para gritar. Mi arma se pega en su funda y miro hacia abajo para liberarla; cuando vuelvo a levantar la mirada, el Nahx se ha ido.

—¿Rave?

Doy media vuelta con ambas armas levantadas. Es Sawyer, parado, con una manta para caballos colgada sobre sus hombros.

—Hey, soy yo, Sawyer.

Finalmente suspiro, mientras mi aliento alcanza mi corazón galopante. Debo parecer salvaje, porque Sawyer levanta las manos y se acerca poco a poco.

—Está bien, soy yo.

—Había un N-Nahx —tartamudeo, señalando hacia atrás con mi pistola—. Justo ahí, parado justo ahí.

Sawyer frunce el ceño, mira por encima de mi hombro y da otro paso hacia mí.

—Guarda tus armas, por favor —dice con tono firme, y yo lo hago, aturdida. Sawyer se estira y toca mi hombro. Su firme agarre me hace volver a mis sentidos.

—No hay nada ahí —dice, soltando mi hombro—. Si un Nahx hubiera estado allí, tú estarías muerta. Y yo también.

—Lo vi —insisto.

Sawyer da un paso atrás y me mira. Luego me gira y revisa mi espalda.

—¿Qué estás buscando?

—En los videos decía que los dardos a veces son municiones fallidas. ¿Sentiste algo? —busca en el suelo alrededor de mí.

—Él no tenía un arma —digo.

—¿Él?

—El Nahx —trato de recordar la forma de la sombra en la oscuridad.

Sawyer frunce el ceño por un momento. Creo que está a punto de decirme que lo imaginé, pero luego se encoge de hombros bajo su manta, saca su arma y le quita el seguro.

—Muéstreme el lugar donde lo viste —dice.

Lo llevo al lugar de la casa. Con su mano libre saca una pequeña linterna de un bolsillo en su pantalón y alumbrá tenuemente el suelo.

—No hay nada aquí —ilumina la nieve sobre el claro terreno—. Como desearía que ese imbécil te hubiera dado una cámara. ¿Estás *segura* de que viste algo?

No sé qué decir. Estaba pensando en el Nahx cuando apareció frente a mí. Estoy exhausta y paranoica, medio hambrienta y débil de frío.

—Tal vez... —empiezo. ¿Tal vez qué? Tal vez el Nahx que me capturó y me liberó al borde de la montaña, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, que me salvó la vida, ¿me siguió hasta aquí? Es absolutamente ridículo. Ni siquiera termino mi frase.

Sawyer pone el seguro a su pistola otra vez y la guarda en su funda, luego

mete la linterna en su bolsillo. Retrocede, recoge su manta del suelo y la pone con cuidado alrededor de mis hombros. Huele a heno y a caballo, pero no a carbón.

—Creo que estabas caminando dormida, Rave —dice, como si yo fuera una niña, pero no sé cómo discutir.

—Tal vez tengas razón —digo.

Nos dispersamos fuera del granero por la mañana y cubrimos nuestros rastros lo mejor que podemos. Tomamos lo que necesitamos para el día, y dejamos los Humvee y la mayoría de los suministros. Cuando el cielo se aclara, partimos. Veo a Topher y Sawyer caminando juntos, hablando en voz baja. Después de unos minutos, Sawyer se apresura hasta la parte delantera de la fila, y Topher vuelve hacia atrás hasta que está a mi lado, y sigue mi ritmo en un silencio pesado.

—Te contó Sawyer —digo por fin.

—Muchos de nosotros vemos cosas —dice—. Xander ve a su viejo perro.

—No estoy viendo cosas —digo—. Creo que fue el Nahx de la casa rodante. El que me dejó junto al fuego.

—¿Cómo pudo encontrarte?

—No lo sé. Tal vez nos ha estado siguiendo.

Topher se quita su gorra tejida, la guarda en su cinturón de armas y se rasca la cabeza bajo su diminuta coleta.

—Digamos, sólo como hipótesis, que lo que dices es verdad —concede.

—Bien.

—Eso sólo puede ser malo. Si este Nahx desarrolló algún tipo de interés en ti por la razón que sea, sus motivos sólo pueden ser hostiles.

—¿Por qué?

—Porque es un Nahx —dice Topher, exasperado—. ¿Qué clase de criatura trataría de aniquilar a una especie entera, destruir una civilización, y luego sentir un interés benevolente por una chica ordinaria?

En vez de protestar por haberme dicho *ordinaria*, dejo que la palabra cuelgue entre nosotros por un momento.

—Debería llevarte de regreso al establo, o a la base —dice Topher.

—¿Qué? ¿Para qué?

Se acerca a mí y se inclina para hablar en mi oído.

—Si hay un Nahx siguiéndote, incluso si eso significa que no te hará daño a ti, ¿cuál crees que sea su plan para el resto de nosotros?

Me estremezco. No había pensado en esto.

—Creo que deberíamos hablar con Liam al respecto —dice Topher.

—¿Con Liam? ¿Estás bromeando? Es un idiota.

—Pero es nuestro comandante en esta misión.

—Uf, Toph. No somos el ejército. En realidad, no es un comandante. Todo esto es pura actuación.

—Con armas reales y un enemigo extraterrestre real, debe mantenerse algún tipo de orden, ¿no crees?

Tiene razón. Pero que Liam sepa sobre el Nahx sólo puede ser malo. Él me enviará de regreso, me acusará de conspirar o algo peor. Sea como sea, no es probable que me deje continuar en la misión. Y no voy a dejar a Topher.

—Mira, olvídalo —digo.

—Raven...

—No, lo digo en serio. Olvídalo. No hay forma de que yo regrese a la base. Tenemos un plan: buscar a los supervivientes, buscar suministros. Ésa es la única cosa que me impide resquebrajarme por completo —echo un vistazo y veo a Topher con el ceño fruncido—. No le digas a Liam, por favor.

—Bien, pero mantente cerca.

Le doy un empujón amistoso.

—¿Por qué? ¿Estas asustado?

Suena como una broma, pero sé que es verdad. Ambos lo estamos. Me armo de valor para enfrentar lo que vamos a encontrar hoy. Y Topher no responde a mi broma; caminamos en un silencio tan persistente que se comienza a sentir melancolía.

—Tucker querría que te protegiera —dice finalmente.

Dios. Eso realmente no ayuda.

Lo primero que vemos es el cartel que nos da la bienvenida a Calgary. POBLACIÓN: 1.1 MILLONES ¡Y CRECIENDO!, proclama con orgullo.

Liam posa frente a la señal, con una sonrisa estúpida en su rostro. Varios de los otros soldados se ríen mientras lo videogrababan con su cámara. No me

parece muy gracioso, en especial cuando recorremos los escombros de casas y calles bombardeadas.

Dejamos las calles iniciales y marchamos colina abajo, en una autopista ancha que corta en la ciudad como un cañón. Altos muros de piedra se levantan a cada lado de nosotros y eso nos cubre un poco, pero todavía me siento horriblemente expuesta. El cielo es brillante y azul, y aunque no hay viento, hace mucho frío. La marcha rápida es todo lo que me impide congelarme en donde estoy. Después de unos minutos nos encontramos con algunos coches esparcidos desordenadamente por la carretera, como juguetes para niños.

Hay restos en cada auto, cada uno puntuado con precisión con un dardo en la frente, cada uno en perfecto estado de conservación. Liam abre el maletero de uno de los autos. Está lleno de cajas de comida, botellas de agua, ropa y mantas, provisiones para una fuga que nunca inició.

—¡Jason! —llama a uno de sus reclutas—. Cuando hayamos terminado, vuelve aquí y sube todo esto al auto que tenga más combustible. Y luego... síguenos.

—Anotado —dice Jason sin agregar lo que estoy segura de que todos estamos pensando: si salimos de ésta con vida.

Llegamos a un ancho túnel, donde la carretera viaja bajo las calles de la ciudad, y marchamos hacia ella, tras encender nuestras linternas. El túnel es oscuro y frío, a diferencia de nuestra casa subterránea, pero es plano y está sorprendentemente vacío. Caminamos a lo largo de la oscuridad, en silencio, salvo por el chapoteo de nuestras botas.

—¿Alguien sabe adónde lleva esto? —pregunta Liam—. Creo que no lo habían terminado la última vez que estuve aquí.

—Llega cerca de los terrenos de la Stampede, creo —responde Mandy.

—¿Qué más hay por ahí? ¿Algún centro comercial?

—No —responde ella—, pero hay un supermercado —cierra los ojos y señala alrededor en el mundo perdido que está imaginando—. Al oeste de los terrenos, bajo el paso superior.

Después de unos minutos la luz cambia, y pronto llegamos a una curva que conduce a la salida del túnel. Otro túnel serpentea en una dirección, y una

rampa sube hasta el nivel del suelo. Liam se vuelve y camina hacia atrás.

—Necesitamos revisar la tienda —dice, señalando hacia la rampa.

Sawyer lo detiene. Todos nos ponemos detrás de él.

—¿Qué? —dice Sawyer—. Estamos empezando al otro lado del río. Su vecindario —nos señala a mí y a Topher—. Tomemos el otro túnel. Va por debajo del centro.

Liam nos mira con desdén.

—La misión es buscar supervivientes, alimentos y suministros, no visitar amigos. Los lugares más propensos están aquí, en el centro de la ciudad, donde hay una densidad más alta. Es lo más alejado de las áreas incendiadas y hay un montón de lugares para esconderse. Podemos extendernos después a los suburbios cercanos.

Tiene toda la razón, y es irritante. El centro de la ciudad está plagado de profundos estacionamientos subterráneos en espiral y centros comerciales. Son propensos a llenarse de agua durante las tormentas, pero lugares perfectos para ocultarse durante un bombardeo. Lo más cercano que teníamos a refugios públicos en tiempos más pacíficos. Y para ocultarse de una especie que ha admitido que prefiere los lugares elevados, ¿qué mejor lugar que bajo tierra? Miro a mis compañeros de campamento. Ninguno de ellos parece capaz de formular un argumento.

Liam parece satisfecho.

—¿Voluntarios para explorar? —pregunta.

Mi mano se levanta de golpe.

OCTAVO

Observé al otro Octavo arder y aquéllos que le dispararon y quemaron, marchar rápidamente de regreso al complejo como si no hubiera ocurrido nada. Me tumbé en la carretera detrás del auto, mirando la flama que ardió caliente y azul. Octavo no se movía. No sé si lo mató el tiro en el cuello o el fuego, pero yo sabía que no se levantaría. En teoría, nuestra armadura es a prueba de fuego, pero eso era algo más, algo más que fuego. Terminaron con él. No iban a llevarlo de regreso. Me pregunto por qué no corrió. Debía saber que vendrían por él, que lo matarían. Era casi como si...

Me estremecí debajo del auto, y un rayo de luz apareció en mi mente, como si vislumbrara algo detrás de una puerta. Llevé ese rayo conmigo por el oscuro camino de regreso a la ciudad. Había humanos. Vi humanos. Vi algo tan hermoso que no tiene nombre. Pero me alejé. Es difícil concentrarse sin el zumbido de las instrucciones. Mi mente salta por encima del lodo con ideas que parecen venir de la nada. Hay más de una forma de ser libre, creo, mientras la imagen del otro Octavo ardiendo en el fuego azul pasa otra vez detrás de mis ojos. No tengo que hacer esto. Puedo irme.

Ser libre, hago la seña para mí. Ser defectuoso.

Muerto. Detenido.

Está tranquilo ahora. Creo que la misión está terminada. Los humanos están terminados. He estado en un rincón oscuro, entre una pared de ladrillo y una caja de metal grande por no sé cuánto tiempo. Tengo mucho miedo de

moverme.

Pongo mis manos sobre mi máscara para cubrir el día y tratar de ver el rayo de luz que vi cuando estaba en el auto. Intento abrir y mirar más allá, pero no puedo. Después de pocas horas se cierra y desaparece.

RAVEN

Al final, vamos cinco. Liam piensa que un equipo funciona mejor junto. O tal vez quiere deshacerse de nosotros. Como sea, Topher, Xander, Sawyer, Mandy y yo somos enviados para explorar el centro de la ciudad durante cuarenta minutos y volver para rendir un informe. Los demás nos esperarán en el túnel. Si no regresamos después de una hora, dos exploradores irán a buscarnos. Si *ellos* no regresan, la misión se va al garete, supongo.

Cuando salimos del túnel y emergemos cautelosamente a la luz del día, Sawyer suspira de manera teatral.

—Ahhhhh, ¿sienten eso?, ¿lo oyen? —dice—. Es el sonido del cretino más grande del mundo desvaneciéndose en la distancia —se inclina y habla directamente a la cámara que Liam, con gran reticencia, le permitió a Mandy amarrar a su casco—. ¿Escuchó eso, comandante?

Los cinco reímos todo el camino hasta llegar a la superficie. Salimos, como era de esperar, al sur del estadio. Montones de nieve se apilan contra las puertas de vidrio. Avanzamos para investigar, con la nieve hasta los muslos. Detrás de las puertas de vidrio hay una escena a la que ya debería acostumbrarme. Restos tanto preservados como en descomposición salpican las entradas y las anchas escaleras.

—Supongo que intentaron esconderse aquí —dice Xander.

Continuamos, pegados al lado oeste de las altas paredes del estadio. Cientos de autos están en un estacionamiento aparentemente interminable. La

mayoría de ellos, para variar la escena, están vacíos. Sawyer revisa el tanque de gasolina en algunos y comprueba su contenido.

—Hay mucho combustible aquí —dice—. Tenemos que pensar en cómo podemos volver a la base. Deberíamos haber venido aquí hace semanas.

—Estábamos esperando ser rescatados —digo—. “Manténganse en donde se encuentren”, ¿recuerdas? —parece casi gracioso ahora.

Al otro lado del estacionamiento, en una estrecha calle del paso elevado para peatones, como se prometió, está Shoppers, una de esas tiendas que afirman tener una gran sección de *artículos esenciales para la comida*. Las ventanas del frente están intactas, la puerta está cerrada y no hay cuerpos visibles a través del vidrio. Afuera hay dos cuerpos y, aunque sea difícil de creer, dos rifles y dos pistolas, todavía cargados.

Creo que hay algo indescriptiblemente triste en el hecho de que dos hombres pasen sus últimos minutos en la Tierra custodiando alimentos que nadie comerá, medicinas que nadie jamás usará. Entonces recuerdo que esta tienda podrá mantener los bienes vitales para la supervivencia de la base y en silencio agradezco a los dos guardias muertos, mientras que Sawyer y Xander toman sus armas.

—Vamos a ver esto y luego husmearemos un poco más lejos en la ciudad —dice Sawyer. Traquetea la puerta cerrada con llave—. Quédense atrás.

Un segundo después, una de las ventanas se derrumba con una ensordecedora cascada de vidrio. Pasamos a través de ella.

—Bien, formen parejas. Topher con Xander, Rave conmigo. Mandy, estás de guardia, tú tienes la mejor puntería. Revisen toda la tienda. Salidas, entradas, escondites, la bodega trasera, baños, todo. Si el equipo completo regresa aquí, necesitaremos al menos una hora sin interrupciones. Quiero conocer este lugar al derecho y al revés.

Sawyer y yo nos dirigimos a la izquierda, hasta el final de la tienda, mientras que Topher y Xander van a la derecha. Mandy se mantiene en pie con dos armas cargadas al frente de la tienda.

Sawyer me lleva por el primer pasillo, y observa indiferente las estanterías. Empieza a meter cosas. Lo miro, con las cejas levantadas.

—Fósforos —dice.

—También debemos buscar los medicamentos —digo, pensando en la lista que Mandy nos dio a todos—. Insulina, penicilina, sedantes, y, eh... baterías para audífonos y...

Sawyer levanta la mano para detenerme.

—De acuerdo, pero confía en mí con los fósforos.

Rápidamente guardo tantos como puedo en los bolsillos de mi pantalón. Luego, seguimos adelante.

Llegamos al final de la tienda. Hay dos puertas batientes a nuestra izquierda. Meto la cabeza a través de una y tomo nota de un almacén forrado de estantes llenos, y una gran puerta de cortina que da a la parte posterior de la tienda.

—Hay una salida allí, cerrada —digo y dejo que la puerta cierre con un crujido oxidado.

Volvemos y nos dirigimos hacia el siguiente pasillo. Parece ser comida tipo picnic en todos los colores y texturas y tamaños de tarros de vidrio y bolsas de plástico.

—Condimentos —dice Sawyer, dando vuelta al pasillo—. Dios, con lo que he extrañado la salsa Tabasco —mete una botella en su bolsillo.

Mientras seguimos por el pasillo, escucho un ruido detrás de nosotros. Me vuelvo a mirar, pero Sawyer no se percata de ello.

—¡Aceitunas! —dice. Cuando me vuelvo a él otra vez, está abriendo un tarro, luego mete pequeñas aceitunas negras en su boca.

Escucho el ruido de nuevo. Esta vez lo reconozco: es el crujido oxidado de las puertas batientes.

—Espera aquí —susurro y camino de puntillas hasta el final del pasillo. Me asomo y veo que la puerta se balancea. Todavía. Pero no hay nada ahí.

Regreso con Sawyer. Él está sonriendo y comiendo aceitunas mientras corro hacia él.

—¿Algo? —pregunta con la boca llena.

—Cuando regresemos, tendremos que poner guardias en esa puerta.

Llegamos al final del pasillo y volvemos al frente de la tienda. Miro hacia adonde dejamos a Mandy. No está ahí.

Mi garganta se cierra y tomo a Sawyer por la muñeca y lo empujo de

regreso al pasillo.

—¿Dónde está Mandy? —susurro.

Sawyer pone el frasco de aceitunas a medio comer en el estante, entre frascos de comida para bebé. Desenfunda sus dos armas, y sigilosamente, les quita el seguro dentro de su chamarra para amortiguar el sonido.

Desenfundo mi pistola y lo imito.

—Bajo el mentón —susurro, a través de los dientes apretados por el esfuerzo de no hablar. Sawyer asoma su cabeza por el extremo del pasillo y echa un vistazo. Maldice en voz baja mientras retrocede. Nos quedamos allí, esforzándonos por escuchar. Oigo pisadas crujiendo a través del cristal roto.

—¿Vimos algún escondite? —susurra Sawyer con una mirada irónica. Niego con la cabeza.

—¿Podemos entrar a la habitación trasera?

Justo entonces oímos pasos fuertes en el pasillo junto a nosotros. Siento un deseo desesperante de llamar a Topher, pero sé que no debo hacerlo. Sawyer cruza un dedo sobre sus labios y apunta hacia el fondo de los estantes. Me deslizo con cuidado hasta el suelo y me vuelvo para mirar por debajo del pequeño espacio entre el estante y el piso.

Hay cuatro juegos de botas Nahx. Me vuelvo hacia Sawyer, y la mirada que me devuelve es apologética. Apunta hacia mí y luego hacia la parte trasera de la tienda, en donde está el almacén. Sacudo la cabeza, *NO*. Apunta hacia su hombro con enojo. No está propiamente uniformado, pero si lo estuviera, ahí es donde se encontrarían sus insignias de teniente. Apunta hacia mí de nuevo, de manera contundente, y luego a la parte posterior de la tienda. Lo miro y supongo que mis ojos deben mostrar cierta aquiescencia. *Adiós*, dice con los labios. Levanta cuatro dedos, tres, dos, uno...

Me levanto de un salto y corro en una dirección mientras él corre en la otra, gritando maldiciones a todo pulmón. Entro de golpe a través de las puertas oscilantes cuando oigo cuatro disparos y luego un gemido y el zumbido de tres dardos.

Luego, silencio. *Sawyer está muerto*, pienso. Cierro con fuerza los ojos. Las lágrimas harían mi vista borrosa. Y la necesito.

Apoyo mi espalda contra la pared sucia. A mi izquierda veo una pequeña

puerta abierta y un baño detrás. No me esconderé en un baño otra vez. Lo que necesito es una salida. Me asomo detrás de un alto estante hacia la puerta de cortina que da a la parte posterior.

Está abierta ahora y un transporte Nahx está estacionado en el área de carga.

Mi corazón late con fuerza. ¿Cómo supieron que *estábamos aquí*? ¿*Por qué no los escuchamos*? No quiero considerar que pudo haber sido el Nahx de la casa rodante. Tal vez nos ha estado siguiendo todo este tiempo, llevándonos a una trampa. No puedo pensar en eso.

Me arrastro de regreso hasta la puerta batiente y me asomo para mirar a través de las sucias ventanas de vidrio. No hay Nahx en mi campo de visión. Ninguno de mis amigos tampoco. ¿Dónde están Topher y Xander? ¿Encontraron un escondite en el otro lado de la tienda? ¿Otra salida?

Corre, pienso. Éste no es momento de esconderse. Tengo que volver con los demás. Encontrar a Topher primero y largarnos de aquí. Esta misión es un desastre. Es casi seguro que Sawyer esté muerto y también Mandy, dado que no dio la señal. Los Nahx deben habernos visto cuando llegamos. Deben haber estado observando todo este tiempo.

Me deslizo con sigilo a través de las puertas batientes y las vuelvo a cerrar para que no crujan. Ahora estoy de regreso en la planta principal. Me asomo al pasillo donde dejé a Sawyer, pero está vacío. Me quedo quieta, esforzándome por escuchar algo. Al final del pasillo puedo ver otros dos transportes flotando en silencio fuera de la puerta de vidrio rota. ¿Cómo pueden estar en silencio? He oído el ruido de sus motores antes. Debe ser algún tipo de silenciador o eliminador de sonidos.

Me pican los ojos. Ahora sé que yo también estoy muerta; todos lo estamos. Me esfuerzo por seguir hacia la parte trasera de la tienda hasta que puedo asomarme por el siguiente pasillo.

El cuerpo de Sawyer yace allí, al final, con dos dardos en su pecho y un montón de frascos caídos y rotos a su alrededor. El olor a vinagre me provoca náuseas.

Por lo menos, pudo comer algunas aceitunas antes de morir, es la estupidez que aparece en mi cabeza. Después pienso en Topher, y cómo se

sentirá perderlo. Él no es perfecto, pero no merece esto. Debería estar buscando a sus padres, o de regreso en la base embarazando a alguna chica dispuesta a llevarlo a la cama. O en su búsqueda de venganza, en nombre de Tucker.

Camino de puntillas por el pasillo hasta el cuerpo de Sawyer. Está recostado sobre su espalda, con los ojos abiertos, sin mirar nada, con una pistola todavía aferrada en una mano. Mi mente se llena de amigos muertos: Felix, Tucker, Lochie, Mandy. Nunca volveré a verlos. Tal vez nunca volveré a ver a nadie. Saco uno de los dardos del pecho de Sawyer, rompo la punta afilada y lo guardo. Esto parece tener sentido. Le pongo el seguro a su pistola y la meto en mi chamarra.

De regreso, fuera de la vista de los transportes en las ventanas del frente, camino a lo largo del pasillo. Me toma una eternidad, ya que debo moverme como un fantasma para evitar que los fósforos traqueteen en mis bolsillos. Cada músculo se tensa por el esfuerzo de permanecer en silencio. Cuando llego al final del pasillo, oigo los pesados pasos de al menos tres Nahx. Están a pocos metros. Rápidamente, me tiendo en el suelo, boca abajo. En el último momento saco el dardo de mi bolsillo y lo meto debajo de mi cuello. Cierro los ojos y contengo la respiración. Espero que haya más de un equipo aquí. Con suerte, no tienen ninguna forma de comunicarse a quiénes han matado y a quiénes no. Ojalá no me disparen de nuevo para asegurarse, como lo hicieron con Felix.

Ahora sé el verdadero significado de la esperanza: es lo que te une a la tierra de los vivos. Si la pierdes, mueres.

Los pesados pasos dan vuelta por el pasillo. Se acercan lentamente y se detienen sobre mí. Uno de ellos empuja mi muslo. Tenso los músculos de mi cuello para mantener el dardo en su lugar. Todo dentro de mí está gritando, rezando para que no se den cuenta de que no hay venas negras en mi cuello. Cuento en silencio para evitar explotar. Se siente como si estuviera sosteniendo mi aliento para siempre. Por fin, los pasos se alejan. Sigo su sonido hasta el otro extremo del pasillo y exhalo suavemente cuando desaparecen. Me quedo allí acostada durante mucho tiempo. Se siente como una hora. Luego, me atrevo a abrir los ojos y moverme. Me arrastro por el

pasillo de nuevo, más allá del cuerpo de Sawyer, y echo un vistazo a la ventana delantera.

Los transportes se fueron.

Me paro y me muevo en el frente de la tienda, caminando en círculos, con dos armas cargadas y listas delante de mí. Detrás de un banco, cerca de la ventana por la que llegamos, encuentro a Mandy. Un dardo sobresale de su ojo. Su rostro es un laberinto de líneas oscuras. La sangre de plata aceitosa gotea por su nariz. La cámara de su casco está rota en el suelo.

Topher, pienso. Por favor, no estés muerto. No estoy preparada. No estoy dispuesta a perderlo también.

Me muevo al otro lado de la tienda, donde Topher y Xander comenzaron su búsqueda. Hay grandes contenedores abiertos llenos de frutas y verduras podridas y secas. Las pilas de cajas y montones de cubos vacíos proporcionan cierta cubierta. Me inclino detrás de una pila de bolsas de pan frito.

Silencio. Miro alrededor y tomo nota de los detalles de este lado de la tienda. Las ventanas están fuera de la vista. Las puertas de cortina que dan a la parte posterior están en el otro extremo. Si Topher y Xander estaban aquí cuando los Nahx llegaron, quizá no los vieron. Me deslizo por el suelo, agachada, para revisar detrás de cada cubo y pila de cajas. No me atrevo a llamarlos. Podría haber un Nahx por aquí todavía. Llego a la parte trasera de esa sección, donde grandes y altos refrigeradores cubren las paredes. Están llenos de cartones de leche. Una sección del aparador está vacía. La miro y sigo adelante, pero algo me detiene. Echo otro vistazo. Hay una cortina de plástico claro pero sucio en la parte posterior del refrigerador. *Un escondite.*

Abro el refrigerador con cuidado. Me agacho y me esfuerzo por ver a través de la cortina de plástico. Detrás de ella parece haber una pequeña habitación con pilas altas de cajas y cajas de leche. O lo que era leche, pienso. Tal vez son de yogur ahora.

Doy una última mirada detrás de mí, para comprobar que no haya algún Nahx. Lo último que quiero es llevarlos al escondite de Topher y Xander, si es que están aquí. Cuando me siento segura de que nadie está viendo, guardo mis armas y entro en el aparador, paso a través de la cortina de plástico y cierro con cuidado la puerta a mis espaldas.

La habitación es muy oscura. Me toma un momento que mis ojos se ajusten. No puedo ver movimiento, pero hay media docena de lugares donde podrían esconderse. ¿Un Nahx se escondería aquí?, me pregunto. Lo dudo.

—¿Topher? —murmuro finalmente.

—¿Raven? —es el sonido más hermoso que jamás haya escuchado.

Los encuentro detrás de una pila de cajas de crema batida.

Xander está acurrucado en una esquina, con una pistola apoyada en cada rodilla. Topher está encerrado a su lado, con su ballesta cargada.

—Esconderse o correr, ¿eh? —dice.

Nunca había deseado tanto abrazar a dos chicos. Siguiendo el impulso, agarro a Topher y lo beso en la cabeza. Xander inclina su cabeza, amablemente, y le planto un beso a él también.

—¿Tenías una pistola? —pregunto, mirando la ballesta de Topher. Él sacude la cabeza. Saco la pistola de Sawyer y se la entrego.

—¿Mandy y Sawyer? —pregunta Topher mientras mete la pistola en su cinturón.

—Muertos —respondo. Topher baja la cabeza entre sus piernas y suspira con pesadez. Xander se ve aturdido. Se vuelve y mira la pared.

—¿Los transportes se fueron? —pregunta Topher, levantando la vista.

—Los que estaban en el frente sí, pero había uno también en el fondo, y un montón de Nahx vigilando la puerta de atrás.

Miro a los dos chicos, el terror y la desesperanza en sus rostros. ¿Qué estamos haciendo aquí? Esta incursión fue idea de Liam. Por derecho, debería estar muerto bajo un mostrador con un dardo en el ojo. Debería estar tirado entre un montón de tarros rotos.

—Voy a asesinar a Liam cuando volvamos —dice Xander.

—Yo también —digo, y no me molesto en recordarle que Topher y yo fuimos los que preparamos el plan suicida para regresar a Calgary—. ¿Dónde está la otra puerta?

Topher señala una pared. En la oscuridad, apenas puedo distinguir el contorno de una puerta. También tiene una pequeña ventana.

—¿Han revisado?

—No hace poco —responde Topher—. La última vez había cuatro Nahx

vagando por allí.

Tan silenciosamente como puedo, me levanto y me muevo hacia la puerta. La ventana redonda es tan alta que tengo que voltear una caja de plástico y subirme sobre ella para ver. Me asomo por un microsegundo, pero no percibo movimiento en el almacén del otro lado.

—Está despejado —digo.

—¿Segura? —pregunta Topher.

No estoy segura. Y lo dejo claro con un encogimiento de hombros casual que parece adecuado para el juego mortal que estamos jugando.

—¿Cuánto tiempo creen que podamos quedarnos aquí? —pregunta Xander.

—Hasta que encuentren la puerta —dice Topher.

Me bajo de la caja y me reúno con los chicos en el suelo, detrás de la crema batida.

—Pueden salir por el frente —digo.

—¿Y si nos oyen o nos ven? Están a sólo treinta metros de distancia.

—Van a tener que ser distraídos.

Topher toma mi muñeca.

—¡No! ¡De ninguna manera! Podemos esperarlos afuera.

—No lo creo —libero mi muñeca—. Están buscando en el área, se están instalando. Estoy segura de que saben bien que somos un grupo de reconocimiento y esperan a que llegue el resto —Topher comienza a protestar, pero lo detengo—. Cosa que sucederá —continúo—, si no regresamos a informarlo. Ése era el trato, ¿recuerdan? Los otros vendrán después de una hora y hemos estado aquí unos cuarenta minutos. Tienen que regresar al túnel antes de que más gente caiga en esta trampa.

La cara de Topher se endurece.

—Raven, no. Tú puedes regresar al túnel, burlarlos de alguna manera.

Está buscando un resultado más aceptable que el que Sawyer me ofreció a mí. Veinte minutos más de mi vida parecen mucho para morir por ello, pero supongo que si eso me permite ayudar a Xander y Topher a escapar, habrán valido la pena.

—No voy a dejarte ir —dice Topher.

—Yo iré —dice Xander.

—¡No! —Topher y yo decimos al mismo tiempo.

—No, está bien —dice Xander—. No tengo que salir por el almacén. Si vuelvo a la tienda a través del refrigerador de la leche y llego a la salida del frente, puedo hacer suficiente alboroto para sacarlos del almacén trasero. Podré escapar si salgo al estacionamiento y me quedo abajo. No me atraparán. Y ustedes podrán salir por atrás y reunirse en el túnel. Entonces todos nos largamos de aquí.

Topher y yo guardamos silencio por un momento.

—Ése es un plan *terrible* —dice Topher.

—Es *mejor* que el de Rave —apunta Xander.

—No hemos revisado la puerta —atajo—. Quizá no se abra por dentro.

Topher me lanza una mirada asesina. Se levanta y se acerca a la puerta, intenta mover la manija, que da vuelta con un *clic* sorprendentemente sonoro. Todos nos encogemos por el miedo a ser escuchados. Topher mira a través de la ventana redonda y suspira.

—Nada —dice—, es posible que ni siquiera estén en la parte de atrás. ¿Cómo sabemos que el último transporte no ha despegado?

—No lo sabemos —digo—. Escucha, por esta puerta y al otro lado del almacén hay una puerta al área principal. Podemos escapar de aquí sin que nos escuchen. Hay una posibilidad de que todos podamos llegar hasta esa puerta y atravesemos la ventana del frente sin que ellos lo noten. Sólo necesitamos mantener el silencio. Tal vez ni siquiera saben que estamos aquí. Todos podemos ir juntos.

—Prefiero eso, tengo que admitirlo —dice Xander.

Topher piensa por un momento.

—Está bien, es un mejor plan. Nos mantenemos juntos. ¿Todos listos?

—No —decimos Xander y yo al unísono. Pero nos levantamos y preparamos nuestras armas. Lenta y silenciosamente, Topher abre la puerta.

Salimos al almacén. Topher cierra con cuidado la puerta detrás de nosotros y nos conduce por una pared, detrás de un estante lleno de brillantes y coloridas cajas de galletas. Xander toma una y la mete bajo su chamarra.

Avanzamos poco a poco a lo largo de la pared. Todavía puedo oír el

zumbido del transporte fuera del área de carga, pero hasta ahora no hemos visto señales de algún Nahx. Es posible que ya hayan abordado y estén listos para salir. O bien, podrían estar esperándonos fuera de las puertas abatibles.

Nos volvemos, y Topher levanta la mano para detenernos. Se asoma más allá de la estantería y la inclina hacia atrás con un gesto. Levanta tres dedos.

Tres Nahx, creo. Tres rifles de dardos. Si corremos, seremos objetivos móviles y será mucho más difícil que nos alcancen. Tal vez uno de nosotros logre regresar con los demás para advertirles. Por otra parte, quizá los Nahx ya los encontraron en el túnel y les insertaron pulcramente un dardo en la frente.

Topher se mueve de nuevo hacia adelante. La puerta batiente está a pocos metros de distancia, pero para alcanzarla tenemos que pasar detrás de una estantería a otra y luego cruzar hacia la puerta, arriesgándonos a ser vistos. De hecho, ni siquiera es un riesgo. Es casi un hecho, *nos verán*.

Topher se vuelve hacia nosotros. Una mirada a su rostro es suficiente para saber lo que está pensando. Ya he visto esa mirada antes, en el rostro de Sawyer.

No, digo con los labios. *No, no, no*, pienso. Tiene que haber alguna otra manera de salir de esto. Los tres necesitamos tener alguna oportunidad de salir de aquí. Ya he olvidado cuál era el plan de Xander y cuál era mi plan. Todo lo que quiero es tomar a Topher y Xander por la muñeca y arrastrarlos hasta un lugar seguro. Éstas son las personas que quedan en mi vida. Que quedan en el mundo, tal vez. Eso es todo.

Tengo la sensación de que voy a empezar a reír, y aprieto mis labios para reprimir la risa. Topher mira de nuevo detrás de la estantería, y antes de que pueda detenerlo, se mete a través de la abertura y detrás de la otra estantería. Se queda allí por un momento, pero no pasa nada. Comienza a ser real para mí que los Nahx que están en el área de carga no saben que estamos aquí. Si lo supieran, nos estarían buscando. Tal vez tengamos oportunidad de salir de esto con vida.

Topher está detrás del estante y nos llama. Empujo a Xander hacia adelante. Él se asoma, toma un respiro y se avalanza hacia el otro estante.

Topher lo empuja hacia atrás, y ambos se agachan por un momento.

Todavía no hay reacción de los Nahx afuera. Topher me llama en silencio. Lo miro. Su rostro está lívido y mira con ojos salvajes. Detrás de él, Xander tiembla, asustado como un niño pequeño en la oscuridad. Topher me llama de nuevo. Sacudo la cabeza.

Topher me mira y me dice en silencio, con sus ojos, que conoce mi plan y no lo aprueba.

Ve, dibujo con los labios. Su rostro se estruja. Sacude la cabeza. *Lo siento*, añado. Luego, empujo mi estante.

Cajas y latas se estrellan. Les dirijo a Topher y Xander una mirada final que dice: *Si no corren ahora, todo habrá sido en vano*. Xander toma el brazo de Topher y corren. Los veo atravesar las puertas batientes justo en el momento en que los Nahx aparecen dentro del área de carga. Corro de regreso, vuelvo a ocultarme en el refrigerador y cierro la puerta. Mi esperanza es que los Nahx no sepan de la cortina de plástico, y que yo pueda escapar de esa manera. Es mi única esperanza.

Empujo cuantas pilas de crema batida y leche puedo. El olor es tan terrible que casi vomito, pero logro no desmoronarme hasta que puedo volver a pasar por la cortina de plástico. Pronto me encuentro dentro del pequeño armario de leche una vez más, chorreando porquería maloliente. Me estiro y trato de abrir la puerta de vidrio. No se mueve. Detrás de mí veo la gran puerta empujando contra las pilas de leche y crema, y el cañón de un arma de dardos. Saco mi pistola de mi chamarra, le quito el seguro y disparo directamente hacia el vidrio, que estalla alrededor de mí.

Con los oídos zumbando, ruedo por encima de los vidrios rotos y salto entre la comida podrida.

¿Correr o esconderse? ¿Correr o esconderse? Podría encontrar un lugar donde esconderme entre los exhibidores de frutas y verduras. Tal vez enterrarme bajo los plátanos podridos. O podría correr por mi vida, de regreso al exterior y a través del estacionamiento, pasar el estadio y bajar la rampa hacia el túnel. Tengo medio instante para decidir. En ese instante escucho el rugido de los motores de los transportes activados a su máxima potencia afuera. Ya dejaron de esconderse. Y yo también.

Elijo correr.

OCTAVO

Creo que voy a morir. Ver al otro Octavo arder me hizo pensar que es una posibilidad, y ese pensamiento es una especie de consuelo, porque no puedo imaginar otra forma para que esto termine para mí. Podría esperar o tratar de averiguar cómo acelerarlo. O podría regresar a las montañas, de vuelta a las agujas de pino donde el aire es lo suficientemente delgado para no usar la armadura. Podría pensar con más claridad entonces, tomar una decisión en una u otra dirección. Mientras tanto, me balanceo sobre los pies y me estiro para apoyar la mano izquierda en la pared.

Puedo oír los transportes acercándose. A veces vuelan en silencio, pero sin los amortiguadores de sonido, su ruido es inconfundible, agresivo, como si cortara a través del cielo tranquilo. Vuelan así sólo cuando ya han sido vistos, cuando están en búsqueda de humanos que saben que están siendo perseguidos.

El transporte aúlla. Podría unirme a la cacería, atrapar al humano tal vez. Para eso fui instruido, ¿cierto? Pero el silencio en mi cabeza me confunde. No tengo instrucciones. No tengo arma. Guardamos nuestras armas antes de que nos encerraran. Y escapé. Soy libre. O defectuoso. Mi cerebro no parece estar funcionando muy bien.

Me pregunto si puedo hilar cinco pensamientos seguidos.

Uno, doy vuelta en dirección al ruido. Hay un ligero zumbido en mi mente, como algo que no estuviera amarrado de manera correcta o una puerta

que se abre con el viento. Es más como el recuerdo de un zumbido, algo grabado en mi transmisor perdido. *Disparar dardos humanos*, me dice. Pero no quiero hacerlo.

Dos, mi rango es Octavo. Es un rango bajo, pero aun así intenté hacer lo que se me dijo. Me arrastro fuera del callejón, hacia la calle vacía.

Tres, debería tener a alguien conmigo, un Compañero. Ella voló lejos. Murió. Se detuvo. Pensar en ella hace que me duela la quijada. Sigo los sonidos de los transportes, no están muy lejos. Tal vez sea una mejor opción que estar solo.

Cuatro, telarañas y atardeceres. ¿Qué tiene eso que ver? Necesito un arma. Necesito encontrar un arma. Un edificio grande y redondo se levanta frente a mí. Veo los transportes sobrevolándolo.

Cinco, mi misión es... algo sobre una chica humana. La veo por un instante.

Está corriendo.

RAVEN

Me lanzo a través de la ventana rota del frente, quedo completamente en el aire y aterrizo en el pavimento como a tres metros de la tienda. No me detengo a mirar detrás de mí. El estacionamiento y los autos con los que puedo cubrirme están justo al otro lado de la calle. Mi mente trabaja casi tan rápido como mis piernas. El resto del equipo de esta misión está en el túnel, bajo tierra. Si estos Nahx son un poco como espero que lo sean, no nos seguirán bajo tierra. *Si consigo regresar al túnel.*

Oigo un fuerte ruido detrás, pero no me vuelvo para mirar. Una sombra oscurece el cielo, un transporte. Se precipita sobre mí. Me echo al piso, ruedo bajo un auto y sigo rodando hasta que estoy a tres autos de distancia. El primer auto explota en una nube de llamas y humo. Me quedo tirada ahí por un instante, mientras reviso todos mis miembros y huesos. Nada parece estar roto, aún. Todavía puedo hacerlo. La sombra del transporte se desliza sobre el pavimento junto a mí y luego se aleja. Inhalo profundamente, salgo de debajo del auto y salto; comienzo a correr antes de que esté completamente en pie.

Un viento salvaje se levanta y lleva nieve y escombros por todas partes. Lo agradezco, aunque convierte mi piel expuesta en hielo. La nube de nieve podría ayudar para ocultarme de los transportes o incluso de los Nahx en el suelo. Arriesgo a mirar detrás de mí. No parece que ninguno me esté siguiendo a pie. Tal vez ese transporte era el del área de carga.

Mientras corro, reviso el cielo. El estadio se cierne delante de mí. Si logro

llegar, estoy casi a salvo. Quedarme cerca de la pared me protegerá un poco del transporte. ¿Dónde están Topher y Xander? ¿Siguieron este camino? No veo ninguna señal de ellos. La imagen de Sawyer y Mandy envenenados por dardos estalla en mi mente, y no puedo separarla de los rostros de Topher y Xander, la última vez que los vi, antes de empujar el estante. Eso fue hace sólo unos minutos, pero ya se siente lejano. Mi mente está jugando trucos con el tiempo. Siento como si hubiera estado corriendo por siempre.

Llego a la pared del estadio y me detengo por un momento, mi respiración se acelera y cada inhalación congela mis pulmones un poco más. Observo alrededor. El estacionamiento está despejado, sin contar el humo que todavía sube del auto que explotó. El viento se ha calmado un poco. No puedo ver el transporte Nahx.

Doy media vuelta y comienzo a correr por un lado del estadio, manteniéndome tan cerca de la pared como es posible. Hay una ligera curva que me aleja un poco de la entrada del túnel, pero sigo. Necesito llegar a algún lugar desde donde pueda correr hacia el túnel en línea recta, sin tener que esquivar los autos estacionados. Eso significa que necesito atravesar el estacionamiento.

Salto sobre una forma oscura por una de las puertas, y después me doy cuenta de que es un cadáver en un traje de nieve jaspeado. Entro por una puerta durante un segundo y doy otra mirada alrededor. Despejado hasta el túnel, creo; todo está despejado. Puedo ver la entrada del túnel que me llama. Es oscura y profunda y segura. Reúno mi energía para hacer la carrera más rápida de mi vida. Reviso a la izquierda, a la derecha, sobre mí.

Cuando miro hacia abajo, hay dos Nahx saliendo de la entrada del túnel.

No, no, no, pienso. *Estoy imaginando cosas*. Parpadeo un par de veces. Miro de nuevo y me doy cuenta de que no son Nahx, sino Topher y Xander. Me ven y saludan con la mano. Les hago una señal para que se alejen. Luego miran hacia arriba. Un transporte se cierne sobre sus cabezas.

—¡Vamos! —grito.

Xander toma el brazo de Topher y lo jala de regreso al interior del túnel. Cuento con el hecho de que los Nahx no pueden oír lo que pasa fuera de sus transportes. No tengo manera de saber si es así, sólo espero. Tanta esperanza,

y no sé de dónde proviene.

Regreso adonde no creo que el transporte pueda verme e intento pensar. No está lejos de la entrada del túnel. Yo sé que podría correr de un lado a otro, y esto podría evitar que me disparen un dardo, pero lo que golpeó ese auto no era un dardo, e imagino que uno de éstos no tendría que golpearme directamente para matarme.

Saco mi pistola. Por supuesto, sé que una bala no puede penetrar en el transporte, pero me hace sentir mejor. Echo un rápido vistazo hacia arriba y lo veo todavía flotando.

—Maldita sea.

Hasta este momento había estado bastante confiada en que podría regresar al túnel. Bueno, salvo por el auto explotando, que fue un poco como el peor momento. Regreso a la puerta e intento pensar. Cuando me inclino hacia atrás, la puerta de vidrio se mueve. Doy media vuelta y la empujo. Está abierta.

Sin pensarlo ni un milisegundo, salto adentro. Hay restos humanos esparcidos por toda la extensa entrada de concreto y subiendo las escaleras. Es difícil de creer, pero nunca había estado en este estadio. Siempre sentí que ver deportes era inútil, en particular el fútbol americano y el hockey. Siempre me parecieron peleas sangrientas hasta la muerte, como los gladiadores o algo así, pero ahora que lo pienso, supongo que las artes marciales también lo son. Me pregunto si por eso los Nahx nos matan. Entiendo que querían nuestro planeta, lo han dejado muy claro, pero ¿por qué matarnos a todos? ¿Qué clase de amenaza somos? Tal vez sea un juego para ellos.

Me muevo rápidamente a lo largo de los pasillos curvos alrededor del estadio. Si esto es como creo, tendrá salidas uniformemente espaciadas a lo largo de la curva. Rápido formulo un plan para circunnavegar hasta el otro extremo del edificio. Si los Nahx piensan que estoy tratando de entrar en ese túnel, nunca dejarán de mirarlo. Así que tendré que dejar de intentarlo, al menos por este camino.

Si abandono el estadio justo del lado opuesto a la entrada que da al túnel, debo salir al lado del río. Puedo subir la cerca y caminar sobre el hielo de regreso hasta adonde el túnel se encuentra con la autopista. Es un plan

bastante sólido. Bueno, podría conseguir que me maten, pero es todo lo que tengo.

Mientras camino, estoy atenta a las puertas de vidrio a mi izquierda. No puedo ver rastro de los Nahx o sus transportes. Es una buena señal. Tal vez sólo están esos tres transportes alrededor. Todavía no me explico qué están haciendo aquí, pero al menos me da la sensación de que podría tener una oportunidad, aunque remota, de salir viva de esto.

Paso tres puertas, cuatro, cinco. De repente, me doy cuenta de que no tengo forma real de saber cuál es la salida del túnel, ya que el estadio es básicamente redondo. Maldigo en voz alta, luego casi me disculpo con los muertos que me rodean. Estoy tratando de no mirarlos. Hay muchos niños entre los restos, y bebés en los brazos de sus padres muertos.

Dos puertas adelante encuentro lo que he estado esperando: un mapa del estadio y las calles circundantes. El mapa muestra que la entrada del túnel está al sur del estadio y que la entrada por la que llegué es la llamada E. Ahora estoy en la J. Necesito llegar a la A. Eso me llevará justo al otro lado de donde entré.

Las calles al oeste del estadio se disponen en una red ordenada de líneas rectas. Cada una está etiquetada con un nombre o número. Trato de retener en la memoria algunos de los nombres. He caminado estas calles antes, pero se siente como si hubiera sido otra vida. Si hay señales en las calles, podrán ayudarme a encontrar mi camino en el caso que deba correr por ahí en lugar de tomar el río. *Norte, luego este, luego sur, me digo. Mantente cerca de los edificios. Mantente agachada.* Plan de respaldo. Puedo hacerlo.

Dejo el mapa y continúo avanzando por el estadio, manteniendo la pared exterior a mi izquierda. La entrada A aparece frente a mí. Estoy a segundos de empujar a través de la puerta cuando algo bloquea la luz del día gris. Me quedo allí, paralizada por un segundo. ¿Cómo lo supieron? El fondo de un transporte comienza a descender en el patio exterior de la entrada. No me tomo otro instante para pensar. Giro y subo las escaleras.

Tropezando con cuerpos y otros escombros, me lanzo hacia arriba tres peldaños a la vez, con las piernas ardiendo por el esfuerzo. En la parte superior de las escaleras empujo a través de otra puerta y me encuentro con

un muro de oscuridad. Detrás de mí oigo una explosión. El transporte acaba de bombardear las puertas de entrada. Claramente, esto ya no es una misión de sigilo para ellos.

Dejo que la puerta se cierre detrás de mí, y lo último de la luz desaparece. Doy un paso adelante, luego otro. Después de cinco pasos, doy uno más hacia abajo, luego otro. Coloco la pistola bajo el brazo y saco una de las cajas de fósforos del bolsillo de mi pantalón. En mi estado apenas puedo sacar una varita de la caja, mucho menos encontrar una manera de encenderla. Finalmente, por el tacto, siento el extremo duro del fósforo y la superficie rugosa áspera. Intento encender cinco fósforos antes de que por fin uno arda.

La pequeña llama me envuelve en un círculo de luz. No puedo ver más allá de metro y medio delante de mi rostro. Hay restos en las filas de asientos a ambos lados de mí. Me inclino para mirar uno más de cerca. Todos tienen la telaraña negra, pero no hay señal de algún dardo, y me pregunto cómo mataron a estas personas. Tal vez fue una especie de gas. Parece que son muchos.

El fósforo se consume y quema mis dedos. Lo dejo caer. Detrás de mí, oigo pasos subir las escaleras. Sin pensarlo en realidad, me deslizo a lo largo de la fila después de un cuerpo y me siento en el primer asiento vacío que encuentro. Luego levanto la capucha de mi chamarra y me dejo caer en el asiento. Sintiendo los restos en el asiento a mi lado, jalo el cuerpo por encima de mí, de manera que el cadáver vestido me cubra como una manta protectora.

Por encima, las puertas se abren. A través de los ojos desenchajados veo el estadio llenarse de luz de un reflector. Cuatro Nahx comienzan a caminar por las escaleras. Contengo la respiración una vez más. Puedo ver la luz ardiendo alrededor del estadio. No puedo creer lo grande que es, y los cientos, no, miles de muertos aquí. ¿Cómo hicieron esto?

Los pesados pasos Nahx golpean las escaleras de concreto, pasan a mi lado y siguen descendiendo. Desde donde descanso la cabeza, inmóvil, puedo verlos al fondo de la larga escalera, por encima de la pista de hockey sobre hielo. Giro la cabeza para comprobar detrás de mí, lenta y cuidadosamente, tratando de no dejar que la desafortunada persona que está encima de mí se

deslice y haga ruido en el suelo.

Uno de los Nahx, parado al final de la fila, mira hacia mí. Me congelo. No se mueve, pero sigue mirando fijamente en mi dirección. Sus compañeros de abajo están haciendo ruidos y desde el rabillo del ojo puedo ver su luz girando en el estadio. Contengo la respiración, deseando que el Nahx al final de la fila se mueva. Pero no lo hace.

Por un momento salvaje y optimista, creo que tal vez se trata del mismo que me perdonó en la casa rodante. Tal vez me perdone otra vez. Me aferro a esta ilusión hasta que a un tiempo levanta una linterna, me baña con su brillante luz y apunta con su rifle.

Me estrello con el suelo mientras dos dardos se clavan en el cadáver por encima de mí. El gemido de la recarga del rifle es todo lo que puedo escuchar mientras me arrastro por la fila y me deslizo como una serpiente. Un dardo golpea en la parte posterior de un asiento a centímetros de mi cabeza. Pongo otro fardo muerto sobre mí y salto hacia las escaleras, ruedo hacia abajo y golpeo la barrera en el fondo. Ni siquiera miro adónde voy. Mientras otro dardo silba a un lado de mi oreja, salto sobre la barrera hacia la oscuridad.

Aterrizo con fuerza sobre mi costado, y mi cabeza se estrella contra el suelo de concreto helado. Músculos y huesos arden de dolor. Jalo la pistola de mi chamarra y disparo indiscriminadamente hacia la luz que está por encima de mí. Después de cuatro disparos oigo un ruido fuerte, y un rifle de dardos aterriza a pocos metros de distancia. Balanceo mi pierna hacia arriba y lo pateo; se pierde dando vueltas en el pasillo oscuro. Entonces la luz cae hacia mí, con el Nahx sosteniéndola. Aterrizo encima de mí y sin esfuerzo golpea el arma fuera de mi mano, que se va traqueteando en la oscuridad.

Me lanzo por mi cuchillo, pero el Nahx se mueve rápidamente, me embiste y lo arranca de mi mano. Siento una llamarada de dolor en mi hombro. Con mi mano libre aprieto su garganta, sintiendo la zona débil debajo de su barbilla. Su agarre se debilita por un segundo, y eso es todo lo que necesito. Muevo las piernas hacia arriba y las envuelvo alrededor de su cuello, apretando mis músculos abdominales hasta que logro quitármelo de encima. Su cabeza cae sobre el concreto haciendo un gratificante golpe.

Momentáneamente libre, uso mi brazo sano para arrastrarme lejos, hacia

abajo, en la oscuridad profunda del pasillo. No tengo idea de qué hay en el otro extremo, pero si me quedo en *este* extremo, todo lo que voy a encontrar es la muerte. El dolor en mi hombro me llena de una extraña energía, como si un gancho debajo de mi clavícula tirara de mí. Miro hacia atrás, al estadio débilmente iluminado, y veo al Nahx moviéndose otra vez. Se vuelve hacia mí y sin siquiera levantarse se lanza por lo menos tres metros por el suelo para encajar un cuchillo en mi tobillo.

Gritando, pateo con mi otra pierna y mi bota golpea su cara blindada, lo que hace que un dolor vibrante suba por mi pierna, pero a él apenas parece tocarlo. Cuando arranca el cuchillo, pateo con esa pierna y el cuchillo también sale volando. Sostiene mi pantorrilla y me jala por el concreto. Con el hombro contraído, intento levantar mi propio cuchillo, pero su puño rompe mi antebrazo. Más allá de cualquier posibilidad, consigo tomar el cuchillo... pero ahora mi brazo está entumecido e inútil.

De repente, las lámparas de los otros Nahx en el estadio se centran en mí, bañando a mí y a mi atacante en su luz. Sostiene uno de mis brazos apretado en su puño. Mi otro brazo descansa inútilmente a mi lado. Puedo sentir la sangre en mis pies. Con las rodillas, el Nahx clava mi cuerpo y mis piernas al suelo. Grito obscenidades y me retuerzo como un gato atrapado, pero nada cambia. A medida que se cierne sobre mí, puedo escuchar el zumbido de su aliento, o lo que salga de su cabeza. Detrás de él, en la luz, veo a los otros Nahx acercándose, chapoteando a través de charcos de agua sucia, con sus rifles levantados. Ahora estoy realmente muerta. Se acabó.

Entonces, en algún lugar del estadio, suena el distintivo sonido de un disparo de un arma humana. Es uno de los nuestros. Escucho una voz gritar mi nombre.

No hagas esto, Topher, pienso. Corre. Escóndete.

Los otros Nahx que nos estaban mirando dan media vuelta y corren, llevando sus lámparas con ellos. En la penumbra, puedo ver a mi atacante levantar el puño acorazado sobre mi cabeza; sé perfectamente que puede aplastar mi cráneo con facilidad. Todo lo que puedo hacer es mantener los ojos abiertos. Todo lo que veo es una nube negra. Con mi última molécula de fuerza retrocedo, y su puño se encuentra con mi caja torácica en lugar de mi

rostro. Puedo escuchar cómo se rompen mis costillas y grito cuando aplasta mi pulmón. Mi vista se nubla y siento vagamente el cuchillo, que todavía está aferrado en mi mano. Mi hombro ruge de dolor cuando intento mover el brazo. El Nahx levanta su puño otra vez.

Dos cosas parecen suceder a la vez. Siento que mi cuchillo sale de mi mano, y al mismo tiempo aparece en la garganta del Nahx, justo en el punto débil del que hablaban los videos. Él se sacude, agarrando su cuello. Se oye un fuerte siseo, y luego su peso se hunde sobre mí, aplastando mis costillas rotas y forzando a salir mi último aliento. A pesar de mis mejores esfuerzos, las estrellas flotan frente a mis ojos, y veo una sombra por encima de mi cuerpo antes de desaparecer en la oscuridad.

TERCERA PARTE
INVIERNO

“Hay algo en el desinteresado y abnegado amor de un animal que llega directamente al corazón de aquel que con frecuencia ha probado la miserable amistad y la frágil fidelidad del hombre.”

EDGAR ALLAN POE, “El gato negro”



OCTAVO

Está gravemente herida. No sé qué hacer. Un brazo no parece encajar ya en ella, y su sangre se está derramando, no estoy seguro por dónde.

Pequeña humana preciosa, por favor, no morir.

La cargo y corro, corro con mi mente llenándose con la idea del sol en su cabello y el olor de las agujas de pino y el caudaloso río. Pero ahora su olor es agudo y amargo, a sangre y miedo y otras cosas. Lágrimas. Lágrimas. El olor es poderoso, aterrador. Me tropiezo con ella. A mitad del pasillo, encuentro un rifle de dardos y lo levanto; lo arrojó sobre mi hombro.

¿Adónde voy? A la luz, a la ciudad. Lejos de los demás, de mi gente. No me vieron salir. Los distrajo un humano con una pistola.

En ese momento, como si mis pensamientos se hubieran derramado de mi cabeza hacia el mundo, escucho al humano detrás de mí. Me está gritando. Una bala golpea mi espalda y otra la parte superior de mi cráneo. Sigo corriendo, subo un tramo de escaleras. Cuando llego a la parte superior y giro para mirar al humano, algo se corta en mi hombro de adelante hacia atrás, entre las placas de la armadura. El dolor se siente familiar, caliente y áspero. Giro y tengo que recuperar el equilibrio. En la penumbra del final de la escalera veo al humano, con su arma levantada. Él también me parece inquietantemente familiar.

—¡DEVUÉLVELA! —grita.

No puede referirse a esta pequeña humana. Ella es mía, ¿cierto?

Por favor, no morir. No poder morir.

Puedo correr mucho más rápido que el humano con el arma, incluso con su flecha atravesando mi hombro, incluso cargando a la chica. Corro y corro y corro. Hacia la calle, lejos del humano, lejos de mi gente, corro hasta que ya no puedo escuchar el grito humano o sus pasos detrás de mí, hasta que el cielo se calla, hasta que encuentro una torre alta. Mi mente zumba de nuevo, como si hubiera algo que olvidé hacer, o algo que no debía haber hecho, o algo se hubiera soltado y traqueteara dentro.

¿Quién era ese humano que nos perseguía? Miro hacia abajo a la humana rota en mis brazos. Ella es lo único que mantiene mi mente atada dentro de mi cabeza.

Su corazón está latiendo rápido ahora, pero también con fuerza. Hay sangre en su rostro y en sus piernas, pero ya no está brotando. Me aferro a ella, con mi mano envuelta alrededor del agujero en su pierna. Su sangre rezuma entre mis dedos. Está enroscada en mis brazos cuando encuentro las escaleras y comienzo a subir.

RAVEN

Siento el movimiento, un movimiento ascendente. Siento que me levantan, pero no es un viaje placentero. Es calmante, sin embargo, como si me mecieran, y me desconecto. Cuando regreso, el movimiento no ha cambiado, pero ahora puedo ver. Hay una luz brillante balanceándose sobre mí y bailando entre paredes gris oscuro. Veo el número 18 y un momento después, el 19. Luego la conmoción del dolor me hace cerrar los ojos de nuevo.

La tercera vez que despierto, el balanceo continúa. Esta vez soy capaz de distinguir que los números, que ahora llegan al 31, están en puertas. Parpadeo y mi visión se aclara aún más. Alguien me está cargando. Con horror me doy cuenta de que es un Nahx.

Intento moverme, pero me sujeta con firmeza, con mis brazos inmovilizados a los lados. El esfuerzo causa un dolor incomparable, y siento que mis ojos se vuelven hacia el interior de mi cabeza mientras mi intento de gritar por ayuda se convierte en un gemido de agonía. El Nahx me abraza con más fuerza, y seguimos adelante, hacia arriba... 35, 36, 37. El movimiento es hipnótico, y aunque trato de resistirme, cierro los ojos una vez más.

Un ruido me despierta, un ruido estremecedor, desgarrador, como de un animal, un perro que ha sido golpeado hasta la muerte. Me toma un minuto completo darme cuenta de que soy yo la que está haciendo el ruido.

Mis sentidos vuelven, uno por uno. Oído... sobre mis propios gemidos inhumanos, escucho a alguien moviéndose cerca, chasqueando, sonidos de

puertas que se abren y cierran, algo que se desgarran, algo que vibra. Olfato... todos los olores desagradables imaginables me asaltan... ¿el olor metálico de la sangre, la leche agria, la orina? ¿Me volví a orinar? Y carbón, levemente, más como un recuerdo del olor que un aroma real.

Gusto... hay bilis en mi boca, y sangre bullendo a través de mis gemidos. Empujo eso con mi lengua hacia afuera y gotea abajo de mi barbilla.

Tacto... dolor, como si estuviera en llamas. Un clavo en mi pantorrilla, un cuchillo en mi pecho, todo mi costado derecho se siente como si estuviera colgando, pendiendo como una tira de carne. Mi cara se siente espesa y desencarnada, como si flotara sobre mí, palpitante de sangre. El gemido amenaza con convertirse en un grito. Envuelvo mi boca alrededor de una palabra familiar, para intentar capturar el grito antes de que me destruya por completo. Sale como un gemido.

—Topher... Topher... ayúdame... por favor...

Vista... abro los ojos y sólo percibo la oscuridad al principio, pero ésta se disuelve poco a poco desde los bordes, hasta que puedo distinguir los detalles borrosos en una habitación. Hay ventanas doradas y brillantes, y formas oscuras, muebles bajos modernos a lo lejos. *Un penthouse*, pienso. Es como una palabra en un antiguo idioma extranjero, tan lejana a lo que mi vida ha sido durante los últimos meses que casi me hace reír. Es el remate de la broma más larga en la historia del humor. Estoy en un maldito *penthouse de lujo*. Me estoy muriendo en el departamento de algún contador calvo y excéntrico.

Paso mi mano sana por mi rostro con delicadeza. No se siente como un rostro; mi cabello está enmarañado en mi frente y mi mano termina ensangrentada. Cierro un ojo, luego el otro. Parece que ambos funcionan. Con mi lengua confirmo que todos mis dientes están todavía en su lugar. Siento debajo de mi... piel. Estoy recostada sobre una especie de sillón de piel. Creo que lo estoy ensuciando todo de sangre.

Un riachuelo bulle de nuevo en mi garganta y toso, envía un espasmo de dolor a través de mis costillas y mi hombro.

—Mamá... —las lágrimas se mezclan con la sangre en mi rostro.

Una sombra aparece sobre mí.

Reacciono instintivamente y me lanzo fuera del sillón, sobre el duro suelo; aterrizo con un espasmo de dolor que viaja desde mi cráneo hasta los dedos de mis pies.

El Nahx se inclina sobre el sillón tras de mí, pero me arrastro hacia atrás con el brazo herido apretado sobre mi pecho.

—No... no...

Es tan grande, tan alto, como un horrible gigante de un cuento de hadas. La mano que extiende hacia mí es metálica, segmentada y lo suficientemente grande para aplastar la vida que me queda. ¿Me trajo aquí para matarme en privado? De alguna manera, eso es un millón de veces más aterrador que ser golpeada hasta morir en el estadio, frente a todos esos cadáveres.

Se arrodilla en el suelo mientras me deslizo hacia atrás, dejando un rastro de sangre en los azulejos. Mi hombro está en llamas y no parece conectado conmigo, como si mi brazo fuera a caerse. Me recargo en la pared y me envuelvo con mi brazo bueno, enroscándome protectoramente.

Mi visión se desdibuja de tal forma con las lágrimas que apenas puedo verlo mientras se arrastra detrás de mí. Levanta sus manos, con las palmas hacia mí.

—Por favor... —mi voz sale entre mocos, lágrimas y sangre—. Por favor, no me mates... —debo estar imaginando que sacude la cabeza. Una mano se adelanta y presiona mi cuello. Cierro los ojos, tomo su muñeca con mi brazo sano. Por lo menos será rápido, creo.

Su mano se mueve con suavidad, hasta que presiona sobre mi hombro inútil. Intento retirarla, pero es demasiado fuerte. Un dolor nauseabundo brota desde mi columna hasta las puntas de los dedos de mis pies y me hace lloriquear.

—No... no...

Su otra mano de repente toma mi codo y tira. El grito de dolor que vacía mis pulmones es extraño, como un ejército de almas en pena. Parece que va a arrancarme el brazo en seguida. Justo cuando mis ojos comienzan a volverse hacia el interior de mi cabeza, siento una sacudida y oigo un aterrador estallido mientras el hueso de mi brazo se desliza de regreso al cuenco del hombro. El alivio instantáneo es casi alucinógeno. Rayos de luz flotan detrás

de mis párpados, y me encuentro resbalando de lado hacia el piso.

Cuando abro los ojos, está sentado sobre sus talones, observándome. Con la luz dorada de la ventana iluminándolo, noto algo que no había visto antes. Tiene una flecha corta sobresaliendo de un hombro. Una flecha de ballesta. La reconozco, es inconfundiblemente una de Topher.

Trato de señalarla. Y mi movimiento parece llevar su atención a ella por primera vez. La alcanza y tira de ella. Se mueve unos centímetros y luego se detiene. Hace un sonido siseante cuando la punta de flecha se atasca en su hombro.

Quiero decirle algo, decirle que debe cortar las plumas y sacarla desde atrás, pero no consigo que mi boca trabaje. Veo que se pone en pie y se acerca a la ventana. Sujeta la cortina con una mano, agarra la flecha con la otra y jala. El primer tirón la deja sólo a mitad del camino. Con la luz que entra desde la ventana, puedo ver la forma de su silueta en la sombra mientras sus hombros se levantan y caen rápidamente. Jala otra vez la flecha. Esta vez sale con un ruido húmedo como de algo que se rasga. Se le escapa un brutal siseo y cae sobre sus rodillas, tirando la cortina de la ventana junto con él. Lo observo mientras se arrodilla allí, con la frente apoyada en el vidrio, mirando la puesta del sol afuera durante unos minutos. *Si es una máquina, ¿cómo puede sentir dolor?*, es lo que pasa por mi cabeza. Porque lo parece, claramente está sintiendo dolor. Hace una bola con la tela y la sostiene sobre su hombro. Cuando la quita, puedo ver que está manchada de algo oscuro, como sangre o aceite.

Arroja la cortina y la flecha, y gira su brazo, como si estuviera probándolo. Luego se queda mirando la puesta del sol un poco más, casi como si hubiera olvidado que estoy ahí. La luz comienza a desvanecerse, y es más difícil verlo. Se está convirtiendo en una sombra delante de mis ojos. Todo lo que puedo ver es que extiende su mano izquierda, como si estuviera buscando algo.

Hago un balance de mi condición. Mi hombro está de vuelta en su lugar, pero estoy bastante segura de que el antebrazo está roto. La sangre está formando un charco alrededor de mi tobillo y mi respiración es un poco desigual. Creo que tengo las costillas rotas y también me duele un lado del

rostro. No hay nada roto allí, no creo que lo esté, pero apuesto a que no luce muy bonito. He padecido lesiones antes, de karate y otros deportes, pero nunca así de graves y nunca tantas al mismo tiempo. Trato de suspirar, pero el aire sale como un gemido.

El Nahx se vuelve y me mira. Se levanta y camina hacia mí. De alguna manera, más allá de todas las cosas factibles, me arrastro sobre mis pies y hacia la puerta, ignorando el dolor punzante en mi tobillo y el tintineo de mi brazo roto. Él salta hacia atrás sobre el sillón y me encuentra en la puerta.

—Por favor, déjame ir —le pido. Mi voz es poco más que un murmullo—. No se lo diré a nadie —apenas puedo respirar. Mi pulmón izquierdo se siente como si estuviera siendo exprimido con un par de alicates.

Se aparta del camino mientras abro la puerta que conduce a un largo pasillo. Sin mirar atrás, doy tres pasos y me detengo, tambaleante, con la cabeza embotada de un repentino calor. Él me atrapa cuando caigo.

—No me lastimes —consigo decir cuando me recuesta en el suelo y se sienta de nuevo sobre sus talones. Sacude la cabeza, con las manos en alto y las palmas hacia adelante. No me lo imaginé esta vez. Realmente negó con la cabeza.

—¿Puedes entenderme?

Asiente, inclinándose sobre mí.

Me estiro y con mi mano sana presiono el agujero en su hombro. Su espesa *sangre* se filtra a través de mis dedos.

—¿El chico, el que te disparó con la flecha? ¿Lo mataste?

Sacude la cabeza.

—¿Escapó?

Asiente.

Cierro los ojos por un momento, sintiendo cómo aparta mis dedos de su hombro sangriento. Cuando abro los ojos, me retira un mechón de la frente. Me contraigo, repelida.

—¿Estuviste en la casa rodante? ¿Eras tú?

Asiente lentamente. Y tal vez estoy escuchando cosas, pero creo que suspira. Cuando se acerca hacia mí, me vuelvo a alejar; retrocedo y me apoyo en la pared. Se sienta sobre sus talones de nuevo, con las manos sobre sus

muslos.

¿Ha estado siguiéndome todos estos meses? Mis dientes castañean, enviando escalofríos de dolor al costado de mi cabeza. ¿Qué es lo que quiere de mí? Tengo que irme. Tengo que huir tan rápido como pueda, encontrar a Topher y regresar con los otros a la base. Y luego tengo que ir adonde esta *cosa* no pueda encontrarme.

El pasillo está casi completamente oscuro, salvo por la débil luz del crepúsculo que fluye a través de la puerta abierta del *penthouse*. El Nahx se arrodilla allí, frente a mí, aunque por lo que sé sus ojos podrían estar cerrados. Trato de echarle un buen vistazo, pero está demasiado oscuro y mi visión empieza a nublarse de nuevo. No parece tan grande, arrodillado, pero su armadura y su máscara, si eso es lo que son, todavía parecen absorber la escasa luz. La armadura emite un chasquido apagado cuando se mueve, y su respiración es un zumbido bajo, a medio camino entre una avispa enferma y el ronroneo de un gato.

El rostro en su máscara parece vagamente humanoide, con grandes, vidriosas y reflejantes formas de ojos negros, un pico donde estaría la nariz, y una especie de rejilla sobre la boca. Me recuerda una máscara de gas de la segunda guerra mundial. No hay signos de movimiento en las placas segmentadas que recuerdo, ninguna señal de las espinas afiladas en su rostro. Tal vez eso es algo que sucede durante un ataque, o cuando está asustado. ¿Y por qué estaría asustado ahora? Podría matarme, si quisiera, con un dedo.

Ni su casco, ni su máscara, ni el resto de su armadura lucen brillantes o nuevos. Están sucios y hay marcas y abrasiones como cicatrices cerradas por todas partes, incluyendo una marca en forma de estrella en su pecho. ¿Es posible que sea su piel? ¿Eso cicatriza? Considero el agujero de la flecha en su hombro. El *sangrado* parece estar disminuyendo, aunque no *luce* como sangre.

¿Qué es el? ¿Qué es lo que quiere? Las posibilidades son demasiadas para contemplarlas todas.

Me doy cuenta de que he mantenido la cabeza erguida. Siento espasmos en el cuello y me recuesto, diciendo la primera palabra que viene a mi mente.

—Tuck... —entonces las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos. Miro

fijamente al techo oscuro y me entrego a él, gritando todo el horror que no he dejado salir por completo desde el día en que lo enterramos. El Nahx me observa por un momento, luego se levanta y abre la puerta para que una débil luz alumbre el pasillo.

¿Quién sabe cuánto tiempo estuve allí? Tal vez me desmayé por la pérdida de sangre, o tal vez dormí, exhausta, pero cuando desperté, estaba recostada sobre una cama, con una muñeca encadenada a un poste.

OCTAVO

La miro con la tenue luz de algunas velas que encontré y dejé que ardieran en la pequeña mesa junto a la cama. Se siente como si no fuera correcto tocarla mientras duerme, pero quiero intentar curar sus heridas. Parece que sé algunas cosas sobre curar heridas, aunque no entiendo cómo. Me concentro en ella, en sus detalles, su olor. Sin ese esfuerzo, me perdería a mí mismo.

Ella se contrae y jadea. Antes incluso de acercarme, se queja y tira de sus ataduras.

—No... Uhh, no... Desátame, por favor...

Mientras me arrodillo al lado de la cama, ella se aparta lo más lejos que puede, con el brazo encadenado extendido. La velocidad y la fuerza de sus emociones son un poco sorprendentes para mí. Ella está llorando y se muestra furiosa al mismo tiempo.

—¡Desátame, pedazo de mierda! ¡Hijo de puta! —y entonces cierra los ojos y se aleja de mí, acurrucándose; su tobillo sangrante deja una franja de sangre en la sábana. Me muevo al otro lado de la cama para verla a la cara, pero ella se aleja otra vez. Me muevo hacia atrás y se aleja. Finalmente, desesperado, sujeto su cabeza y la volteo hacia mí. Ella gruñe algo que no entiendo bien, luego me escupe.

—*No hacer daño* —le digo con señas.

Columpia una pierna hacia arriba y la enreda alrededor de mi cuello. Antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, ella me tira a la cama y

aprieta mi cuello entre sus rodillas. Mientras las separo, me golpea con fuerza en el hombro lesionado y luego en un costado de la cabeza. Me caigo hacia atrás en el suelo y mi casco golpea el borde de una silla.

—¡No te atrevas a tocarme! —grita.

Me paro y doy dos pasos atrás, mi cabeza palpita y mi hombro me pica. Me enfoco ahora. Esto va a ser más difícil de lo que pensé. En realidad, no pensé en absoluto. Sólo la cargué y corrí. Parecía una buena idea en ese momento. Ahora me tomo un momento para reconsiderar mis opciones.

Podría dejarla, dejarla morir.

No, no puedo hacer eso. No después de encontrarla de nuevo. Eso tiene que significar algo.

Podría esperar que sus heridas no sean tan graves como creo que son.

Estoy bastante seguro de que lo son.

Podría tratar de encontrar a su gente.

Ellos me matarían. O peor aún, mi gente la mataría. Podría intentar noquearla, como lo hice en la casa rodante.

Ah, no. Todo menos eso. Piensa.

Puedo dominarla. Soy mucho más fuerte que ella, a pesar de su espíritu de lucha. Pero la sola idea me hace sentir enfermo. Habrá gritos y llanto. Y el olor de su miedo ya casi me ahoga.

—*Por favor* —hago la seña pero, por supuesto, ella no conoce las señas.

Su rostro está empapado en sangre, mocos y lágrimas. Levanta su brazo lesionado para limpiarlo, pero creo que los dos huesos de su antebrazo están rotos. Ella jadea y gimotea cuando su mano flota de manera antinatural.

Hay un baño en la habitación de al lado. Voy allí para tomar las toallas, y cuando vuelvo ella se ha arrastrado hasta el poste de la cama y está mordiendo la atadura de su muñeca. Su boca ya está ensangrentada.

—*Detener, detener* —hago la seña.

Dejo caer las toallas e intento apartar sus dientes. Ella gira la cabeza y muerde mi mano. Dura. No hay forma de que ella pueda morder el guante de la armadura, pero igual lo siento. Podría romper su mandíbula tratando de apartarla de mí. En vez de eso, le pellizco la mejilla con fuerza. Grita y me suelta. Un moretón rojo brillante florece en su rostro. Mis huellas dactilares.

—*Lamentar. Lamentar. Repetir lamentar.*

—¿No puedes hablar? ¡No sé lo que significan esas señas! —gruñe a través de sus dientes ensangrentados.

Por supuesto que no entiende. Podría tratar de enseñarle algunas, pero no tengo tiempo. Su pierna todavía está sangrando, su pantalón y su bota ahora están empapados de sangre. El dolor de su brazo debe ser insoportable.

Arrodillándome de nuevo a un lado de la cama, me estiro con una de las toallas. Creo que tal vez ella está demasiado cansada para moverse, porque aunque se tensa, me deja limpiar un poco de la sangre de su boca.

—¿Qué quieres de mí?

Pongo las toallas en la cama.

—*Arreglar.*

—¿Qué significa eso?

Apunto hacia su brazo. *Roto.* Esta seña es obvia. *Roto.*

—Mi brazo está roto. Sí, lo sé.

Volteo la seña de *roto* al revés y la hago otra vez, hacia atrás.

—*Arreglar. Roto. Arreglar. Roto.*

—¿Quieres arreglar mi brazo?

Ahhh, gracias. Asiento con la cabeza. Señalo a su pierna y subo uno de mis dedos.

—¿Primero mi pierna?

Mi mente se inunda de un alivio vertiginoso. Puedo hacer esto si logro hacer que me entienda. Descanso mi frente en la cama, asintiendo, tratando de mantener mis pensamientos de remolinos de vapor. Cuando levanto la vista, ella me está mirando fijamente, con los ojos bien abiertos, hinchados y rojos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asiento.

Ella luce enferma cuando comienza a hablar, y el poco color que quedaba se drena de su rostro.

—¿Tú me hiciste esto? ¿En el estadio? ¿Fuiste tú quien me golpeó?

RAVEN

Se tambalea, como si lo hubieran golpeado. Sostiene ambas manos con las palmas hacia arriba y sacude la cabeza una y otra vez, lentamente al principio, luego más rápido. Supongo que es un no. Levanta las manos y deja caer su cabeza en ellas, y la sostiene allí, todavía de rodillas junto a la cama. Mi mente de pronto vuelve al video de la chica Nahx que está siendo decapitada. Es espantosamente vívido, casi como un sueño consciente. Debo jadear, porque levanta la vista con rapidez.

Una oleada de calor comienza en mis pies y se dispara por mi cuerpo, sobre mi estómago y mi pecho. Mi cuello y mi cara se tornan dolorosamente calientes, y no puedo evitar gemir. Se lanza hacia adelante, toma una vela de la mesa de noche y se inclina para mirarme de frente. La vela parpadea en su antifaz.

—Me siento enferma —murmuro.

Quizás esto represente una especie de tregua para ambos. De inmediato se acerca a la atadura de mi muñeca. No sé qué hace, pero se abre. Justo cuando me ayuda a sentarme, me vomito encima. Ni siquiera pestañea, supongo, pero jala una toalla de la pila de la cama y me limpia tanto como puede. Dejando a un lado la toalla, coloca su mano con guante en mi frente. Se siente sorprendentemente suave, casi como carne, pero fresca.

—Tengo fiebre —asiente y me acuesta de nuevo en las almohadas. Llevo mi mano recién liberada a mi frente. Está tan caliente como una acera bajo el

sol, casi como si pudiera quemarme.

Se vuelve y desata mi bota; mi pierna entera se estremece de dolor cuando la retira. Los pantalones del ejército que llevo son lo suficientemente flojos para que pueda subir la pierna hasta la rodilla, pero la ropa térmica que visto debajo, empapada de sangre, está demasiado ajustada. Saca un cuchillo de alguna parte de su armadura. Me estremezco al verlo y también cuando lo usa para cortar la tela y dejar al descubierto la gravedad de la herida. Parece que el cuchillo entró directamente entre los dos huesos de mi pierna y atravesó por completo mi pantorrilla de adelante hacia atrás. Está hinchada y sus colores son como un caleidoscópico. La sangre que sigue brotando es roja, mezclada con pus amarillo brillante.

—Eso parece muy doloroso —el Nahx se vuelve hacia mí, e imagino una expresión perpleja en la inclinación de su cabeza—. Sólo estoy tratando de relajar el ambiente —mis palabras están empezando a arrastrarse.

Me recuesto y dejo que la habitación nade alrededor de mí. Cuando miro de nuevo, él tiene un tazón de agua jabonosa y otra pila de toallas, además de tiras desgarradas de tela más delgada, tal vez de una sábana. Lavar la herida implica el tipo de dolor que quizás enloquecería a alguien, pero ya estoy bastante delirante, así que río durante la mayor parte del tiempo, cuando puedo evitar gemir. Tal vez el dolor es lo suficientemente serio para perderme de nuevo, porque la próxima vez que miro mi pierna, está envuelta en jirones de sábanas limpias.

Los siguientes minutos pasan en la bruma mientras él me ayuda a sentarme y me quita todas mis capas de abrigos y suéteres. Cuando me recuesta otra vez, con sólo mi sostén y una playera de algodón encima, las sábanas frescas calman los gritos de mi piel quemada. Se inclina hacia adelante, vacilante, con delicadeza, y levanta el costado de mi camiseta. Mis costillas son de color berenjena y están hinchadas como un pastel recién salido del horno. Pasa los dedos por el moretón, y aunque su tacto es estrictamente suave, descargas de dolor se disparan a través de mí.

En este momento pienso que la fiebre debe haber aumentado de manera peligrosa. La luz del día se ha ido por completo; la escena se ilumina sólo por la luz de las velas. Cuando giro la cabeza de lado a lado, las velas forman

rayas en mi visión, como estrellas fugaces. Mi boca está tan seca como las cenizas del bosque quemado donde...

—¿También fuiste tú? —pregunto, luego recuerdo que él no está al tanto de mis pensamientos, así que agrego—: Por el río, ¿dejaste que nos alejáramos flotando?

Él asiente, tirando de mi camiseta de nuevo hacia abajo. Se acabó la tortura en esa área por ahora. Cuando pincha mi mejilla magullada, veo que mis palabras se ponen gruesas como salchichas crudas. Mis labios se sienten inflados.

—¿Has estado siguiéndome?

Después de un segundo, se encoge de hombros. Hay una pequeña parte de mí que está indignada por esta respuesta, ¿cómo puede no saberlo? O me ha seguido o no lo ha hecho. Pero mi parte febril entiende por completo. A veces un camino es algo por donde tú fluyes, no algo que trazas. Su camino me condujo a él. Eso es un poco delirante.

Trato de mirarlo en la oscuridad, pero parece más la ausencia de sí mismo que algo sólido. Es como la negación de una persona, el espacio que queda cuando alguien se pierde. ¿Cuántas personas él...? No puedo terminar este pensamiento porque mis ojos se llenan de lágrimas.

—*Tuck...* —murmuro—. *Tucker...*

Y Lochie, Felix, Sawyer y Mandy. Y Dios sabe quién más. Mis padres, los padres de Tucker. La familia de Xander. Millones, miles de millones. Toda nuestra historia compartida, buena y mala. Perdida. Es difícil reconciliar a este único alien amable con ese nivel de destrucción.

—Sólo seguir órdenes... —me escucho murmurar. Retuerce sus dedos delante de su boca y yo debo estar volando tan alto como una cometa, porque entiendo esta seña inmediatamente.

—¿Decir? ¿Hablar? Explicar.

—Sólo seguir órdenes, ¿cierto? —digo, en una ola de lucidez—. Podría contarte todas las veces que ha sido así en nuestra historia. ¿Por eso tú haces lo que haces? ¿Caminar por ahí con un rifle que crea maniqués humanos? ¿A cuántos de nosotros has despachado?

Se aleja de mí, mirando hacia la oscura ventana. Lo oigo tomar una

respiración profunda y retumbante, dentro y fuera. Sus manos encuentran mi antebrazo roto. El disparo de dolor hace que vea un destello rojo en mis ojos. Saca una pequeña lámpara de algún lugar e ilumina mi brazo. Puedo ver una protuberancia elevada e hinchada allí, pero ningún hueso salido, y ya es algo.

—Realmente va a doler, ¿cierto? ¿Si lo arreglas?

No me mira cuando asiente. Se para, y veo que tiene el grillete en su otra mano.

—No, por favor, no iré a ninguna parte, lo prometo. Apenas puedo sentarme.

Él vacila, pero deja aparte el grillete y me mira, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Entonces —mi voz es como dos hojas de lija crujiendo juntas—, ¿debemos hacer esto del brazo con gritos o sin gritos?

Hace un círculo con el pulgar y el índice. *Cero*. Supongo que eso significa sin gritos.

—Tal vez si tuviera algo que morder... —mueve su cabeza hacia atrás dos veces, como si asintiera al revés, y sostiene la mano que mordí antes.

¿En verdad? ¿Está haciendo bromas? Supongo que reiría si pudiera, o sonreiría, si mi rostro no estuviera tan destrozado. La fiebre está empezando a hacer que todo parezca que ha sido decorado con chirriantes serpentinas y brillantina, como si estuviera en una fiesta de fin de año.

—*Esperar* —me dice con una seña inconfundible. Desaparece por unos instantes y vuelve con varios utensilios de cocina, algunos para morder y algo con forma de férula. También tiene, misericordiosamente, una botella de *bourbon*.

En realidad, no me gusta el *bourbon*. No me opongo a beber un poco, pero el vino y la cerveza robados son mis venenos habituales. Los prisioneros averiados de extraterrestres hostiles no están para elegir, supongo. Destapo la botella y bebo un trago. Siento cómo quema a través de mi garganta. Me imagino que quizá se sentirá igual de mal, si no es que peor, en su camino de regreso.

Mientras bebo, él moja un paño y lo presiona sobre mi frente humeante. Me pregunto si sabe lo que significa la fiebre. ¿Cuánto puede saber sobre la

atención médica humana?

—Creo que mi pierna está infectada —digo—. ¿Sabes lo que eso significa?

Asiente lentamente.

—Necesito antibióticos. ¿Puedes buscar algo? ¿Después de lo del brazo?

Retuerce sus dedos delante de su boca:

—*Explicar.*

—Antibióticos. Medicina —adormecida recito las palabras que Mandy nos hizo memorizar a todos—. Eritromicina, penicilina, amoxicilina... cipro... flox... fluox... flux... pequeñas píldoras en un tarro.

Él salta, desaparece en el cuarto de baño y regresa segundos después con puñados de botellas de píldoras, que vierte sobre la cama. Sostiene cada una bajo la linterna y me la muestra. Trato de recordar los nombres que aprendí de Mandy y los que he oído en casa. Las píldoras de mamá y las de Jack, la montaña de píldoras diarias que el padre de Jack traía consigo cuando nos visitaba. Entonces tengo que apartar ese recuerdo, porque me distrae demasiado de mi propia situación de vida o muerte, y me concentro en las letras pequeñas de las etiquetas.

—Antidepresivos, creo —digo, revisando uno—. Para la ansiedad, para la presión alta, para el colesterol. Vaya. Este lo tenía todo difícil —empujo las píldoras a un lado—. Ninguna sirve, lo siento —el Nahx las empuja al suelo y se alejan rodando. Golpea su antifaz.

—*Buscar. Yo. Buscar.*

Luego señala las píldoras.

—Puedes buscar después de los gritos, sí —bebo otro sorbo de *bourbon* e intento no toser, pero fallo. Aprieto mis costillas lastimadas y gimo.

Por encima de la fiebre, el *bourbon* está haciendo su magia. Supongo que aún sentiré todo el dolor, pero tal vez no importe tanto. Meto la botella en el pliegue de mi brazo útil y exclamo:

—Creo que ya estoy lista.

OCTAVO

Desearía que hubiera alguna manera de que yo pudiera apagar mi oído. Sus gritos serán... Escucharlos en el estadio casi acabó conmigo. Apenas podía pensar. Todavía estoy resentido de eso, pero verla de nuevo ha agudizado mi mente un poco. Por lo menos, recuerdo que soy un rebelde y un desertor; eso es útil. Y recuerdo casi todo sobre ella. No estoy muy seguro de lo que ha estado ocurriendo desde la última vez que la vi, o cómo la encontré de nuevo. Tal vez eso volverá cuando me calme un poco.

Luego, está el humano que nos persiguió. *Devuélvela*, gritó. ¿Ella le pertenece? Por un momento, cuando la levanté, pensé que me pertenecía, pero eso ya no me parece correcto, o no como yo pertenecía a Sexta. Ese otro ser humano podría estar buscándola, y no sé si ella estaba huyendo de él. Tal vez él la trataba como Sexta a mí.

Ella dijo su nombre. Topher. O Tucker. No estoy seguro de lo que escuché. No tengo manera de preguntarle.

Necesito pensar, enfocarme. Hay demasiado lodo moviéndose a través de mí. Hace que me confunda.

—¿Vamos a hacerlo? —pregunta.

Me arrodillo junto a la cama.

Ya he colocado un hueso antes, uno de los míos, creo. Eso parece estar detrás en mi mente, pero entiendo el principio de ello. Reviso un poco la ruptura primero. Sólo se ha desplazado uno de los huesos. Veo el otro, parece

estar completo. Eso es bueno. Pero tendré que ser cuidadoso, dudo que sus huesos sean tan fuertes como los míos.

Encontré una cuchara de madera en la cocina. Se la doy y ella la aprieta en su boca, pero luego la saca.

—Espera.

Destapa la botella y bebe varios sorbos grandes, jadeando. Luego devuelve la cuchara a su boca y asiente. Tengo que apartar los ojos del miedo en su rostro.

Pequeña humana, no querer hacer daño.

Debería haberla tomado cuando... la primera vez que la vi, en el río, o la segunda, en ese pueblo. Podría haberla llevado a las montañas conmigo. Nada de esto habría sucedido.

Sostengo su brazo. Ella aprieta los dientes y gruñe. Y lo hago, lo arreglo. Separo su brazo y lo vuelvo a juntar sobre el sonido de sus gritos.

Cuando termino, cierra los ojos y se estremece y me deja limpiar las lágrimas de sus mejillas.

Dulce y lenta muerte fangosa. Necesito sentarme.

RAVEN

El tiempo transcurre, o el sueño pasa. El problema es que se trata de un mismo tiempo que se repite. Una y otra vez el Nahx en el estadio vuela hacia abajo sobre mí. A veces me despierto gritando, y el dolor se dispara a través de mi caja torácica, sólo para hundirme otra vez en el sueño febril. A veces el sueño progresa más allá de lo que realmente sucedió. Muero en algunos. En otros me convierto en un Nahx como él y me vuelvo contra Topher cuando trata de rescatarme; lo aplasto con mis puños blindados. En un sueño, Topher mata al Nahx, luego me toma en sus brazos, me baja hacia el suelo y besa la sangre de mi boca. En otro, Topher es el Nahx, y es Tucker quien me rescata y me abraza. En algún momento, mis sueños se degradan en los sueños gordos, mal ajustados y deformes de la fiebre, sin más peleas ni besos.

A veces *mi* Nahx está ahí cuando abro los ojos y a veces no. Una vez despierto para encontrarlo metiendo en mi boca algo caliente y salado con una cuchara. Trago, dolorosamente, y siento el calor hundiéndose en mí. Pero la siguiente vez que despierto, estoy vomitando todo de nuevo. Mi Nahx aparece con un paño y me limpia la cara y el cuello.

—¿Qué eres? —pregunto, parece que más de una vez. Hace señas, pero no las entiendo. A veces sólo se encoge de hombros. Si alguna vez me da una respuesta coherente, no soy lo suficientemente consciente para procesarla. En el delirio, le doy mis propias designaciones: monstruo, demonio, asesino, extraterrestre, máquina.

Y entre sueños me recuerdo mi propia designación: *Rage*, Rabia, la luchadora, la soldado que no se rinde. Ni a este Nahx, ni a nadie. Y tampoco a la muerte.

Sueño con fuego. Mi piel está en llamas. Siento el calor que se levanta de mí en ondas. Pone paños húmedos sobre mi cabeza y mi pecho. El dolor en mi pierna se apodera de mis pensamientos por un momento, hasta que no puedo encajar una sola idea. Yazco en silencio ignorante, sin oír, sin ver, flotando sobre una cama de cuchillos y brasas ardientes y fuego.

No sé cuántos días transcurren. Veo la luz del sol y la oscuridad casi en igual medida. Y veo al Nahx, a mi lado a veces y otras veces en las sombras, en la esquina de la habitación. Si grito de dolor, no tarda en aparecer, y una vez que me mira y revisa mi herida, lo observo sacudir la cabeza. ¿Piensa que voy a morir?, me pregunto. ¿Se está preparando? ¿Y por qué le importa?

Una vez me despierto en la noche, o siento que estoy despierta, y veo a Tucker parado junto a la ventana, observando el cielo oscuro. Haré que se vuelva, que me mire, pero continúa mirando hacia afuera en silencio. En esto se convierten los muertos, pienso, sombríos centinelas que no ven ni oyen nada, que vigilan las estrellas. Tal vez si muero, volveré con Tucker.

Otra noche, después de unos días de flotar en este mundo febril, me pierdo. Sólo toma un momento. Un minuto estoy consciente y tras un breve parpadeo de lucidez, mi fiebre ha llegado a algún lugar más allá de la vida y la recuperación. Es una especie de vestuario psíquico donde me despojo de todo lo que me hace ser quien soy para poder entrar en un mundo donde sólo los espíritus desnudos pueden acceder. Dejo ir la ira. El coraje hacia mis padres, hacia Tuck y Emily, hacia mí. El coraje hacia el Nahx. Los dejo ir a ellos también, a mis padres, a Tuck, a Emily, a todos ellos. Incluso a Topher, aunque es difícil soltarlo. Sus dedos se enganchan a los míos, pero al final la gravedad de lo que espera es demasiado fuerte. Él desaparece. Dejo ir la rabia, y luego todo se esfuma. Me salgo de todo. No tengo forma, ni tamaño, ni memoria, ni nombre. Todo lo que tengo es lo inmediato, lo que siento y veo. Siento calor. Veo fuego. Veo una sombra moverse en el fuego.

Luego, nada.

OCTAVO

Ella despierta gritando. Mi primer instinto es mantener las manos sobre los oídos.

Las píldoras no funcionan. Ella va a morir. Todo lo que puedo hacer ahora es observar.

No está bien. Podría dejarla. Regresar con mi gente. Nadie lo sabría.

Debería dejarla.

Debería.

Dejarla.

Pero no puedo. Me arrodillo junto a su cama y busco su abrasadora mano. Ella se aferra a mí, pero débilmente. A medida que su grito disminuye, su temblor se extiende hasta mis dedos y mi brazo, dentro de mi mente.

Hermosa humana. No dejar.

Me ahogo. Mi garganta se convulsiona alrededor del tubo. El grueso líquido fluye a través de mí. De repente, estoy enojado, tan enojado por el calor en ella, el fuego que la está matando. Podría aplastarlo, romperlo, matarlo, matar...

Humana. Muchacha valiente, poner bien. Por favor. Deber. Obedecer.

Piensa. Intenta pensar.

Si ella muere, saltaré de la terraza. Estamos en el piso cuarenta. La caída me mataría, ¿cierto? No podría sólo alejarme de ella si no se recupera. No puedo volver a la misión. Cierro los ojos y pienso en ese otro Octavo

quemado en el camino y desearía intercambiar mi lugar con él, o haberme quedado con él. No quiero estar solo. Y nadie me extrañaría.

Desaparecido. Importante.

¿Sexta? ¿Deber hacer? Decir hacer. Necesitar hacer.

Ah, mi mente está averiada, mis recuerdos escapan. Ella es tan transparente como una nube. Su cabello reposa en húmedos bucles alrededor de su cabeza. Su rostro todavía luce negro y azul e hinchado. Huele a muerte, lágrimas, desechos, jabón, agujas de pino. Es más bella que una telaraña o un diente de león. O un copo de nieve.

Un copo de nieve.

La terraza.

Nieve.

La puerta de la terraza ha estado abierta durante horas, para dejar entrar el frío aire de la noche. La llevo afuera. Una gruesa capa de nieve se extiende alrededor de nosotros.

Hay un pequeño giro en mis pensamientos. Podría saltar sobre la barandilla con ella en mis brazos, pero ella nunca elegiría eso. Ella escogió la vida antes. Ha elegido la vida una y otra vez. Quiere vivir.

Se suponía que debía poner un dardo en ella.

“No tienes que hacer esto”, dijo.

Sí, yo recordar.

Puedo simplemente alejarme.

Pero no poder, bonita Diente León. No poder alejar.

“Por favor, no me mates”, dijo. Sacudí la cabeza. Le dije que no lo haría.

Hice una especie de promesa.

Nunca podría matarla. Nunca podría dispararle un dardo. Todo menos eso.

Ella se hunde en mis brazos. Sobre el viento que sopla alrededor de mis sensores de audición, ya no puedo oír el latido de su corazón.

Por favor, no matar, chica humana.

Mientras la recuesto, sus brazos se desploman por encima de su cabeza. Los muevo, haciendo alas para ella en la espesa nieve.

Ángel.

La palabra se arrastra por detrás de la puerta, se burla de mí con la posibilidad, luego azota la puerta detrás de sí misma.

Sexta era un ángel verde y vacío en la hierba, con alas de sangre negra. Éste es un ángel de hielo brillante, con copos de nieve en su cabello.

Nunca supe su nombre.

RAVEN

Cuando el sueño comienza, hace frío y está oscuro. Pero a medida que la luz se filtra, veo que estoy flotando en el lago, con copos de nieve cayendo alrededor. Giro mi cabeza hacia el muelle y veo a Tucker allí, parado. O a Topher. Ya no puedo distinguirlos. Trato de moverme, nadar a la orilla, pero el agua es gélida. Estoy entumecida, paralizada. Y asustada, aterrorizada. Porque hay algo debajo del agua que viene por mí. Puedo ver las ondulaciones cada vez más cerca, más cerca.

En el muelle, Tucker grita, pero algo en su voz está mal. Está demasiado triste, demasiado oscuro, demasiado tenso. Así es como sé que es Topher quien grita. Salta al agua y nada hacia mí, cuando la desconocida ondulación se acerca desde la otra dirección. Floto, desnuda, incapaz de moverme o gritar. Algo emerge de las ondulaciones en el agua. Un Nahx, *el* Nahx. Me alcanza cuando Topher se sacude en el frío. El Nahx me toma en sus brazos y me sostiene. Me dice cosas.

—Yo llevar cualquier parte.

No estoy segura de cómo tiene una voz. No tiene labios. Quiero ir a la orilla, al muelle, a Topher. Pero Topher está ahogándose. Trato de decirle al Nahx. Intento pedirle que salve a Topher, pero mis propios labios están entumecidos e hinchados. Mis manos no pueden moverse para hacer las señas.

Por favor, por favor.

Topher se hunde en el agua oscura, dejando burbujas en la superficie.

Relajo mi cuerpo mientras el Nahx me suelta y se hunde, buscando a Topher en la oscuridad. El frío penetra mi cráneo y mi cerebro.

Tucker, nunca te recuperaré. Te has ido. Como el mundo, el que nunca aprecié en realidad. Era imperfecto, pero era todo lo que teníamos.

Topher, amarme sólo te haría daño. Todo lo que podemos ser es compañeros en el dolor y la venganza.

¿Mamá? ¿Puedes perdonarme?

¿Jack? ¿Puedo empezar a llamarte papá?

Una mano con armadura se cierra alrededor de mi muñeca y me jala hacia la superficie. ¿Quién eres?, digo. Me vuelve a rodear con sus brazos, me aferra con fuerza, y juntos nos hundimos en el fondo del oscuro lago.

Despierto, el agua del lago me asfixia, me ahoga, pero cuando toso sólo sale aire frío. Abro los ojos. Estoy acostada afuera, medio desnuda en el frío, en un charco de agua, nieve derretida y lágrimas. Es de día, el sol me golpea y me siento casi normal. Entumecida y fría, muy fría, pero normal.

En medio del resplandor, veo al Nahx arrodillado a pocos metros de distancia, con la cabeza apoyada en las manos en el suelo frente a él.

—H-hey.

Su cabeza se levanta de inmediato.

—Tengo un poco de frío.

Se lanza hacia mí y me levanta.

La enfermería apesta a vómito y cosas peores. Sigue más allá, a lo largo del pasillo, y me deja en el amplio sillón de piel en la sala de estar.

—*Esperar* —me dice. Como si yo pudiera ir a alguna parte en mi condición. Apenas consigo enfocar la mirada.

Vuelve con pilas de toallas y mantas limpias. Me envuelve en una manta, me seca la cabeza, las manos y los pies, sosteniendo los dedos de las manos y los pies durante algunos segundos más. Sus manos son anormalmente cálidas.

Todavía me duele mi costado, pero ya no está el dolor agudo en todo mi cuerpo. Mi pierna se siente un poco entumecida, pero no demasiado dolorida. Mi brazo roto está entablillado y vendado, pero se siente casi normal. Yo estoy sedienta y mareada, y también algo...

—Necesito ir al baño —grazno—. Necesito...

Inclina la cabeza hacia un lado.

—Por favor —digo—, necesito orinar. ¿Orinar? —impotente, muevo una mano sobre la manta gruesa y agarro mi entrepierna. El Nahx asiente y, deslizando su mano detrás de mi espalda, me ayuda a ponerme en pie, envuelta con la manta.

Me balanceo por un momento y él se mueve para levantarme, pero lo rechazo.

—Ayúdame a caminar —digo. Camina conmigo, que cojeo lentamente por el estrecho pasillo, y abre la puerta de una pequeña habitación. Hay un destello de luz, y un segundo después una vela, en un adornado candelabro, ilumina un inodoro y un lavamanos. Hay una cubeta de agua en el suelo, al lado del inodoro.

Cuando me quito la manta, miro mi cuerpo y me doy cuenta de que sólo llevo mi playera, convertida en harapos ensangrentados, y unos calzoncillos de hombre empapados. De repente, me siento horriblemente avergonzada. El Nahx señala el inodoro y la cubeta, y luego se queda allí, mirándome.

—¿Puedo tener algo de privacidad? —pregunto. Se vuelve.

—Me refiero a privacidad real...

Me mira de nuevo, luego se aleja y desaparece por el pasillo. Después de usar el inodoro y jalar de la cadena, me siento sobre la tapa cerrada y uso el resto del agua de la cubeta para lavar mi cuerpo lo mejor que puedo con una mano.

Salgo, saltando sobre una pierna, vistiendo nada más que la manta envuelta alrededor de mí. Dejé mi ropa interior en el lavamanos. El Nahx se encuentra en medio de la sala, observándome con cuidado. El esfuerzo de saltar pronto me provoca un tropiezo. Él me sostiene y me deja en una silla. Lo miro.

—¿Hay ropa limpia? —pregunto.

Él desaparece en una habitación y regresa con un par de pijamas de hombre. Se vuelve educadamente, mientras lucho por ponérmelas. Mis músculos están indistintamente rígidos y flojos como fideos, todo mi cuerpo está desequilibrado.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

Se inclina hacia atrás sin darse la vuelta, con los cinco dedos hacia fuera. Luego cierra el puño y lo abre de nuevo, esta vez con tres dedos.

—¿Ocho días? —no puedo creerlo. Parece imposible. Pero ¿por qué mentiría?— ¿No puedes hablar? —pregunto. No recuerdo si ya discutimos esto antes. Tal vez debería haberlo hecho, pero estaba ocupada muriendo—. ¿Tienes algo como una voz?

Sacude su cabeza.

—Ya puedes voltear —se gira y me ayuda a sentarme en el sofá bajo, luego se inclina sobre una rodilla delante de mí—. ¿Puedes quitarte la armadura? No estamos en una batalla ahora.

Sacude su cabeza y, poniendo ambas manos en su pecho, cierra los puños con fuerza.

—*Aplastar.*

—Oh. ¿Nuestra atmósfera es mala o algo así?

Asiente. Y después esperamos en un silencio incómodo mientras me mira y me quedo mirando sus extrañas botas segmentadas.

—¿Tienes un nombre? —pregunto cuando finalmente la espera se vuelve demasiado incómoda, incluso para mí.

Me mira por un momento, y veo la luz del día brillando desde la ventana y reflejándose en las lentes negras de su máscara. Me pregunto si hay ojos detrás del antifaz o si la máscara es todo lo que él es. ¿Ya hemos hablado de esto también?

Señala el segundo dedo de la mano izquierda.

—¿Dedo? —pregunto—. ¿Tu nombre es Dedo?

Él mueve la cabeza hacia atrás un par de veces, y se escucha un pequeño gruñido en su respiración. ¿Está riendo?

Se acerca al librero y golpea teatralmente con el dedo los libros. Uno, dos, tres... Todo el camino hasta diez. Luego vuelve a tocar el octavo libro.

—¿Ocho?

Sacude la cabeza, tocando el libro.

—¿Octavo?

Asiente.

—¿Te llamas Octavo? Ése es un nombre raro. ¿Octavo qué?

Señala el cielo y dibuja un círculo con su dedo.

—¿Sol? ¿Luna? ¿Octava Luna? —estoy jugando adivinanzas con un extraterrestre que me ha dejado inconsciente con un golpe y me ha visto orinarme en mis pantalones por lo menos dos veces. Claramente, no soy muy buena en ello. Él no está satisfecho con *Octava Luna*. Dibuja un círculo en el cielo, luego mueve su mano y dibuja un semicírculo, mueve su mano otra vez y dibuja una delgada luna creciente.

—¿Ciclo lunar? ¿Cómo los meses? —asiente con entusiasmo—. Como el octavo mes. ¿Agosto?

Me mira por un momento, sin moverse, luego asiente.

—Augusto... —digo, probando. Aunque tengo la sensación de que no es exactamente lo que él estaba tratando de decirme, parece encajar con él de alguna manera. Es muy imponente e imperial. Como Augusto, el emperador que miró a Roma arder. Pero no, creo que ése fue otro tipo. Casi me río al pensar en las clases. ¿Historia antigua? *Nosotros* somos la historia antigua ahora. Somos la civilización muerta. Esta cosa se encargó de eso.

—Tengo mucha hambre —digo. Él empieza a levantarse, pero lo detengo—. Espera.

Se arrodilla de nuevo, con las manos apoyadas en una rodilla levantada.

Lo examino cuidadosamente por primera vez con la cabeza despejada, libre de dolor. Es extraordinariamente alto; incluso arrodillado, me mira hacia abajo. Sus hombros son anchos y, a la luz del día, puedo ver una pequeña marca en la armadura segmentada en el punto donde sacó la flecha de Topher. Parece, de alguna manera, curada, como una cicatriz, aunque no sé cómo puede haber una cicatriz en la armadura. Hay una cicatriz similar, más grande pero quizá más antigua, en su pecho. Me pregunto, otra vez, si ésta es su piel.

Piel o armadura, parece absorber toda la luz circundante, y eso hace que resulte difícil enfocarlo. Las duras placas cubren su cuerpo entero, y se mueven y ondulan cuando él avanza. Su pecho sube y baja. *Parece* que está respirando, pero el zumbido de esto es más mecánico que vivo.

Mi corazón late con fuerza, me doy cuenta de repente, y estoy asustada,

horriblemente asustada de él. Veo al Nahx cayendo sobre mí en el estadio, veo este Nahx, Augusto, sacándome del baño en la casa rodante colgando de mis muñecas hasta que casi las rompe. Pienso en él con su rifle apuntando a mi cabeza, con los diminutos y agudos picos que temblaban en su rostro. ¿Puede este dulce Augusto ser el mismo Nahx, transformado de alguna manera? ¿Reformado? ¿O esto es un nuevo juego perverso? ¿Cuántos de los míos mató con ese rifle antes de que se compadeciera de mí? ¿Fue él quien mató a Sawyer y a Mandy? Estoy tan enferma que quiero mirar hacia otro lado. Quiero irme lejos. Vuelvo la cabeza hacia la puerta, la ventana, tratando de encontrar una manera de salir. Tal vez podría levantarme y bajar por esos interminables escalones y atravesar la ciudad, encontrar el túnel de nuevo, de alguna manera, y luego volver al granero, encontrar a los demás. Pero eso fue hace días, he estado perdida por más de una semana. Habrán regresado a la base y habrán dicho a todos que estoy muerta. Si quiero sobrevivir, y volver a la base, dependo de él. Cualesquiera que sean sus planes para mí, estoy a su merced. Esto hace que mi estómago se revuelva. No quiero nada en este momento más que esconderme de él.

Estoy colgando la cabeza, incapaz de mirarlo más, cuando hace un ruido, como un ronroneo.

—¿Qué? —digo, levantando la vista. Señala su propio pecho, luego el mío. Cuando no reacciono, lo repite y levanta una mano con la palma hacia arriba, como si quisiera hacer una pregunta.

—¡Ah! Raven —digo. Asiente y apunta hacia el cielo, haciendo un movimiento con la mano—. Sí, en inglés es el nombre de un pájaro, uno negro.

Asintiendo con la cabeza, él extiende muy lentamente una mano, y toca con suavidad mis rizos de oro húmedos, sacudiendo la cabeza. Debo estremecerme, porque retira rápido su mano.

—Preferiría que no me tocaras —digo.

Él asiente lentamente y gira su cabeza hacia la pared.

Por alguna razón, mientras se levanta y entra en la otra habitación, me ruborizo de vergüenza. Tal vez debería haber dicho: *No es nada personal*. Pero por supuesto que lo es.

Mientras está en la otra habitación, me levanto e intento poner el peso en mi pierna lesionada. El dolor se dispara hasta mi cadera y aunque no es exactamente soportable, se acerca. En unos días, tal vez una semana, podría salir de aquí. Necesitaré ropa. Un pijama de hombre no va a servir, y aunque mis recuerdos son bastante nebulosos, estoy casi segura de que cortó mi ropa en pedazos cuando estaba tratando mis heridas o...

Me pica la piel cuando recuerdo los calzoncillos de hombre con los que desperté. No los llevaba cuando fui atacada, lo que significa que él me desnudó en algún momento.

El inicio de un grito arraiga dentro de mí. Lo atrapo y presiono mis labios antes de dejarlo salir. No necesito verlo ahora, y no quiero que vea cómo la idea de estar inconsciente, medio desnuda, con él cernido sobre mí, amenaza con deshacerme. Necesito concentrarme.

Concentración. Necesito ropa de invierno. Voy a husmear por cajones y armarios.

Encontrar una especie de bolso, empacar algo de comida. Tal vez tratar de robar un arma. Entonces me iré.

Me siento otra vez en el sofá y me apoyo sobre las almohadas. Mis ojos arden con lágrimas frustradas.

Es un plan ridículo. Me congelaré o moriré de hambre, ¿y adónde iría? La base está a cientos de kilómetros de aquí. Supongo que podría tratar de encontrar supervivientes humanos, los que esperábamos que estuvieran escondidos en los estacionamientos laberínticos bajo la ciudad. Pero no recuerdo haber visto ninguna evidencia de ellos.

Tal vez podría esconderme sola. Tal vez en algún lugar cerca de esa tienda, donde todo salió tan horriblemente mal. Hay suficiente comida ahí para mantener a una persona viva hasta la primavera. Si salgo en primavera, podría caminar por las montañas y dirigirme hacia la costa.

Más de mil quinientos kilómetros.

Limpio mi rostro. Esto no es como esperaba. Esperaba que Topher y yo nos marcháramos, matáramos a algunos Nahx y escapáramos juntos, que nos dirigiéramos hacia el oeste como hicieron Lewis y Clark. O algo así. Eso era una estupidez, ahora lo sé. Quizá Topher está muerto. Que este Nahx no lo

haya matado no significa que uno de los otros mil millones no lo haya hecho.

Este pensamiento me hace sollozar y sollozar hasta que me duelen las costillas. Topher no puede estar muerto. ¿Cómo pude haber sido tan estúpida para encariñarme tanto con él? ¿O con alguien en este mundo? Todos vamos a morir. A través del destello de las lágrimas, veo al Nahx, Augusto, que regresa con un tazón humeante. Lo pone sobre la mesita de café y se arrodilla a mi lado otra vez. Pone su mano en mi brazo.

—Por favor, no me toques.

Se sienta, toma el tazón y me lo muestra. Se crea o no, es verdadero caldo de pollo. ¿Cuáles eran las probabilidades?

—Lo comeré después. ¿Puedes dejarme sola?

Regresa la sopa a la mesa, dudoso, y finalmente camina por el pasillo hasta el dormitorio y cierra la puerta.

Incluso en el estado en el que estoy, me doy cuenta de que él no ha tratado de retenerme. Tal vez también sabe lo desesperanzado que es eso.

Se siente como si esos momentos en que tenía tanta esperanza fueran de otra vida ahora. Pero si me tomo un segundo para valorarlo, tal vez no era tanta después de todo. Era sólo débiles destellos, como satélites explotando contra un cielo oscuro. Tenía la esperanza de compensar a mamá y a Jack, de encontrarlos de nuevo. Esperaba que pudiéramos escapar de los Nahx, que Topher pudiera ayudarme a olvidar a Tucker, o convertirse en él, incluso, sólo tomar su lugar de la manera en que parecía destinado a hacerlo. ¿Qué evidencia tenía de que eso fuera posible? Todo lo que tenía era esperanza. Tantos diminutos puntos de esperanza.

Ahora ni siquiera tengo eso. Este Nahx se llevó todo.

Apenas puedo mirarlo. Su tacto hace que se erice mi piel. La idea de que él se sentó y me vio tumbada en nada más que ropa interior durante más de una semana me horroriza. Estaba tan delirante que él pudo haber hecho cualquier cosa... mirarme, tocarme...

Tal vez piensa que debería de estar agradecida con él por salvarme la vida, pero no lo estoy. Lo odio.

Sí.

Lo odio. No importa si me salvó. Soy un soldado. Lo vigilaré, aprenderé

sobre él y su especie. Y luego, lo mataré.

Tal vez si estuviera más segura de que puedo hacerlo, me sentiría menos humillada.

AUGUSTO

Augusto es mi nombre ahora. Todavía soy un rebelde y un desertor.

Sigo siendo un idiota sentimental, de mente débil, estúpido.

Defectuoso. Desobediente.

En el momento en que la humana tenga la fuerza, hará todo lo posible para matarme. No es que no lo merezca por las cosas que he hecho. Pero dudo que ella pueda hacerlo. Lo que me asusta es su intento, lo que yo podría hacerle tratando de defenderme.

La habitación donde no murió huele a veinte cosas diferentes, la mayoría no muy agradable. Rompo las sábanas de la cama y luego otra cubierta, pero descubro que el colchón también está empapado. Llevo todo el desorden a la terraza y lo arrojo por encima de la barandilla; lo observo navegar hacia abajo y aterrizar con un satisfactorio golpe. Mi mente se relaja lo suficiente, por un instante, para pensar lo divertido que sería lanzar cosas sobre la barandilla por el resto del día. O prenderles fuego y tirarlas durante toda la noche. ¿Quién de mi gente piensa como yo? Eso es ridículo.

Soy muy bueno para romper las cosas, eso no ha cambiado. Augusto puede romper cosas, como puertas y cerraduras. Tengo terrible puntería con mi rifle, pero no lo necesito. Ella está allí, indefensa. Podría romperle el cuello como si fuera un tallo de diente de león. Aplastarla como si fuera un frágil pájaro bebé y arrojar sus miembros sobre la barandilla también.

La sola idea me provoca náuseas. Extiendo la mano izquierda y encuentro

la fría pared de ladrillo de la terraza. Incluso alejarme ahora mismo la mataría. Está demasiado débil para sobrevivir sola.

Regreso a la habitación y recojo las pilas de toallas del suelo. Las enrolló y las pongo fuera de la puerta del patio, donde se abren y revolotean en el viento, como gigantescos copos de nieve. Aunque menos bonito. Los copos de nieve son tan bonitos. Pensar en ellos me provoca una delgada rebanada de alegría, y me siento ligero como el aire por un instante. Aunque también me hacen pensar en la chica humana. ¿Y por qué no? Está en la habitación de al lado, planeando formas de librarse de mí.

Tal vez debería decirle que puede irse. Tal vez ella lo creería. Tal vez si me concentro mucho, podría dejarla ir. Podría volver con mi gente. Podría rogarles para que me arreglen. Podrían encerrarla en lo profundo de mi mente, con los ángeles y los otros casi recuerdos.

Augusto. Ella me dio un nombre. No es lo que intentaba decirle. Los nombres de los meses humanos no significan nada para nosotros, pero usamos su luna como parte de nuestro proceso. Soy del octavo ciclo lunar. Octavo. Como todos los demás. En realidad, no es un nombre, sino un rango. Los rangos significan mucho para nosotros, pero supongo que nada significan para ella.

Augusto. Octavo Ciclo de la Luna.

Ella me dijo que no tenía que ser quien soy. Me ha dado ya más de lo que Sexta me dio. Todos lo que los Sextos me dieron alguna vez fueron órdenes. Y misterios. Preguntas que no contestarían.

¿Cuánto tiempo ha pasado? He estado parado en medio del dormitorio con una toalla húmeda en la mano por lo que parece horas. El sol se pondrá pronto. Podría observarlo desde la otra habitación. Pero me odia tanto que duele estar en la misma habitación. Ya debería estar acostumbrado. Estúpido defectuoso Octavo, pensé que si yo le salvaba la vida, tal vez no se sentiría tan repelida. Ella podría estar agradecida. Si Octavo hubiera salvado a Sexta...

No Octavo. Augusto. Augusto es incluso más estúpido. Augusto tiene sentimientos como un humano. Estúpidos sentimientos que lo hacen una vergüenza. Sentimientos repugnantes y perversos que lo hacen no querer

dejarla cuando sabe que debería de hacerlo.

Debería dejarla.

Una vez pensé en dejar a Sexta. Pensé en alejarme de ella mientras caminábamos bajo una fuerte tormenta. Dejé que mi mano se cayera de su hombro como un experimento, y ella volvió su cabeza. *Quedarte junto*, hizo las señas. Eso fue lo más parecido al afecto que alguna vez mostró. Ése fue también el momento en que me di cuenta de que para alejarme de ella tendría que matarla. Y que no podía matarla porque la amaba.

En realidad, el amor no está permitido. Se supone que debemos de sentirnos protectores de las chicas, y que ellas deben de guiarnos y enseñarnos, porque son más experimentadas. Lo sabía. Hay otras cosas que Sexta sabía y yo no. No estoy seguro de si se suponía que ella debía explicármelas, si estaba esperando el momento adecuado, o si olvidó o se negó a hacerlo porque me odiaba. Se suponía que debía de sentirme unido a ella, y dependiente de ella. Y así lo hice. Así es como se supone que los compañeros trabajan.

¿Pero amor? No deberían de haberme importado los nombres que ella me dio. Y la violencia es sólo parte de cómo somos. Tal vez debería haberme defendido, hubiera podido aplastar sus dedos mientras dormía o arrojarle brasas ardientes. Pero no podía hacerle daño, y eso la hizo pensar que yo era débil y estúpido. Lo cual la hacía enojar, y más proclive a la violencia o a la mezquindad. Me daba nombres, me dejaba comer cosas que me enfermaban. Se reía de mí cuando los humanos me asustaban con sus armas. Ella se habría reído si me hubiera visto permanecer alrededor de su cuerpo sin vida, caminando de un lado a otro, con mi garganta convulsionada alrededor del tubo. Se habría reído si hubiera visto cómo me estremecía cuando me desconectaba, en lo más alto de la montaña, después de que ella no se levantó. Cómo me acosté al lado del fuego y lloré por ella hasta que mi cabeza dolió como si estuviera abierta otra vez. Habría estado disgustada conmigo.

Y ahora, qué conmocionada estaría: he capturado una pequeña mascota humana, la he cuidado hasta que recuperó la salud, y no puedo dejarla ir como debería. Ella se burlaba de los humanos con sus gatos y perros, de

cómo perdían el tiempo volviendo por ellos cuando trataban de huir. Destrozó un perro una vez, delante de la familia que gritaba, antes de dispararles un dardo a todos en silencio. También destrozaría esto, a pesar de mí, y luego reiría mientras yo estuviera afligido. Ángel de alas de sangre, Sexta, ella era algo serio, ahora que lo pienso. Si todavía estuviera viva, creo que podría romperle el cuello para proteger a la pequeña Diente de León que se encuentra en la habitación de al lado.

Supongo que eso significa que ya no amo a Sexta.

Cuando me atrevo a asomarme en la otra habitación, veo que la chica se ha quedado dormida en el banco, llena de mantas. El tazón está vacío. Lo más silenciosamente posible, lo recojo y lo llevo a la terraza orientada al oeste. Lo dejo caer sobre la barandilla y espero a escuchar el golpe sordo que hace cuando se encuentra con la nieve profunda, cuarenta pisos por debajo de nosotros. Podría haberlo lavado, pero eso es algo que un ser humano haría. Hay un montón de tazones y platos en la cocina. No los estoy lavando. Tal vez la deje cuando me quede sin tazones. Tal vez arranque el tubo de mi garganta y espere que la pesadez del aire presione la vida de mis pulmones. No nos levantamos después de eso, según sé. Si ella todavía me odia cuando los tazones se agoten, lo haré.

El cielo se vuelve rosa y naranja. Los colores de este mundo son desgarradores. La congoja es algo que no debería comprender. ¿Por qué debería sentir el dolor de perder un planeta que nunca fue mío? Debería de estar feliz, orgulloso de lo que hemos logrado. Se supone que odio a estos vulgares humanos. Se me ha dicho cómo son. Despilfarradores. Crueles. Desorganizados y mezquinos. Débiles y estúpidos. No merecen un mundo tan encantador. Se supone que los veo como una plaga.

Pero amo tanto a la chica humana que me duele el pecho.

RAVEN

La mañana siguiente me saluda con un dolor de cabeza, un dolor de cabeza que te encoge hasta las pelotas, habría dicho Xander, además de los dolores en mi cuerpo. Hay un tazón con cereales secos en la mesa junto a mí, y un vaso de agua. Alineados ordenadamente junto a varias botellas de píldoras de prescripción. Leyendo las etiquetas, creo saber por qué los únicos recuerdos que tengo de mi enfermedad se sienten como sueños alucinógenos.

Oxicodona. Percocet. Un par de diferentes antibióticos. El Nahx debe haberme dado esto todo el tiempo. No me extraña que tenga dolor de cabeza, estoy bajando la cantidad de opiáceos. Perfecto. Tomo la colección de frascos y tiro todo en un pequeño basurero que encuentro bajo la mesita lateral. No necesito sumar un problema de drogas.

El *penthouse* está callado.

—¿Hola? —grito. No hay respuesta.

Mi cabeza palpita cuando me paro e intento poner mi peso sobre mi pierna herida. Se siente peor que ayer, pero tal vez se deba a que está pasando el efecto del pesado cóctel de drogas. Lo que necesito es alguna aspirina o ibuprofeno, pero la búsqueda hará que el dolor empeore. En segundos mi mente otra vez está lanzando maldiciones silenciosas contra el Nahx. Es difícil pensar en algo más con mi cabeza martillando así, pero no me pasa desapercibida la importancia de que me encuentre sola. Podría irme ahora, huir. Bueno, alejarme cojeando. Casi río de la idea mientras doy dos pasos

tentativos y el dolor se dispara desde mi pie hasta mi cadera.

Una agonizante eternidad después, estoy en el baño del pasillo, pero el gabinete de los medicamentos está vacío, y mi cara hinchada y magullada me hace una mueca en el espejo biselado. Bajo los moretones, mi piel luce terrible, de un color caqui apagado en lugar de mi normal marrón dorado, y mis pecas parecen insectos tristes que se arrastran por mis mejillas. Mi afro luce como se esperaría de alguien que ha estado en la cama por más de una semana: encrespado, aplastado, desequilibrado, pero no tengo ni la energía ni las herramientas para arreglarlo.

Enfocarme en mi reflejo sólo empeora el dolor de cabeza. En lugar de soportar el largo viaje hasta el otro dormitorio para buscar analgésicos, cruzo a la cocina. Es un lío fascinante. Todos los platos están fuera de los gabinetes y se encuentran esparcidos por el mostrador. Otra pila de botellas de píldoras cubre el escurridor. Ninguna es de analgésicos. Las toallas y las sábanas están amontonadas, algunas rotas en tiras. Y hay cajas y latas de comida en todas partes, no sólo en los gabinetes, sino en la barra de desayuno, en la parte superior de la estufa. No estoy dispuesta a abrir la nevera. No estoy segura de querer saber qué pestilencia se esconde allí después de... ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que un humano vivió aquí? ¿Seis meses?

Un humano aparte de mí, quiero decir.

El Nahx ha estado creando un pequeño tesoro, al parecer. ¿Planea mantenerme aquí para siempre? Mis ojos caen sobre el juego de cuchillos. Hay uno que parece bastante filoso. Si yo tuviera algún tipo de funda, podría guardarlo conmigo, pero es difícil ocultar un arma en este pijama de hombre. En las calcetas, tal vez... podría guardar uno en mi calceta.

Hay un leve ruido detrás de mí, y doy media vuelta sin pensar, con el cuchillo levantado en mi mano, lo más cerca que puedo de una postura defensiva.

Es sólo él, el Nahx, Augusto. Lo reconozco por el estado desgarrador de las placas de su armadura, la suciedad, los arañazos, la cicatriz en forma de estrella en su hombro. Él no parece reaccionar a mi cuchillo más allá de inclinar la cabeza lentamente hacia un lado. Desliza el rifle de su hombro y lo pone en la barra de la cocina.

—No vuelvas a asustarme —digo—, a menos que quieras terminar fileteado.

Antes de que yo pueda siquiera parpadear, me quita el cuchillo de la mano, con tanta facilidad como si se lo hubiera entregado como un regalo. Doy un paso atrás mientras pone su palma en el mango del cuchillo. Levanta el cuchillo por encima de su cabeza y lo golpea con fuerza en el dorso de su mano.

—¡No! —tapo mi boca con la mano.

Hay un fuerte silbido cuando la hoja se parte en dos. Me la muestra antes de arrojarla.

Retrocediendo, lo miro extender la mano. Señala el empalme en su armadura sobre su muñeca, dobla su mano hacia arriba y hacia abajo para mostrarme las placas de apertura y cierre. Señala su codo y la cicatriz en su hombro. Puntos débiles.

Ahora estoy acorralada contra el mostrador mientras él avanza. Giro para alcanzar el bloque de cuchillos, pero él llega antes que yo y lo empuja con fuerza contra el suelo, donde se estrella y se aleja. Un cuchillo largo y afilado permanece en su mano. Él lo gira y extiende el mango hacia mí. No me muevo, pero él asiente de manera alentadora, extendiendo el cuchillo, invitándome a tomarlo.

Se lo arrebato y lo sostengo, apuntando a su garganta. Retrocede la cabeza un par de veces y se adelanta.

—No te acerques más —digo.

Da otro pequeño paso, hasta que su cuello se encuentra presionado contra el filo de la hoja. Siento cómo se encaja entre las placas. Si le diera un fuerte empujón, le atravesaría la garganta. Quiero hacerlo. Después de todo lo que he visto hacer a estos monstruos, en verdad quiero. Y creo que me está desafiando.

Retiro el cuchillo y lo aprieto contra mi pecho.

—Aquí sólo hay un asesino.

Sisea abruptamente y se aleja de la cocina, cruza la sala de estar y sale por la puerta del pasillo. Después de que sus pasos se desvanecen, noto que dejó su rifle.

Amarro con torpeza una toalla alrededor de mi cintura, hago una especie de funda para el cuchillo, y lo guardo ahí. No puedo saber cuándo regresará por su rifle, pero en tanto puedo verlo de cerca. Es de color gris mate, metálico, igual que él. Incluso huele un poco como él, vagamente químico y ahumado, como el carbón. Es mucho más pesado que cualquier rifle que haya sostenido jamás, tan pesado que cargarlo sería difícil para cualquiera, salvo para los más fuertes soldados humanos. Pero los Nahx son muy fuertes. Lo sabemos.

Durante meses he querido ver de cerca una munición de dardo. Los únicos que he visto estaban gastados, y completamente vacíos, sin un rastro de la toxina para estudiarla, según un video que vi. Con la torpeza que me da el brazo vendado, apoyo el rifle en la barra de desayuno y pruebo algunos interruptores y palancas. Cuando giro algo, se escucha un fuerte chirrido y un segundo más tarde un dardo golpea la puerta de un armario.

Avanzo cojeando para inspeccionarlo, pero oigo al Nahx golpeando de nuevo por el pasillo. No debe haber estado muy lejos. De regreso en la puerta del frente, estoy tan sorprendida por la velocidad con la que cruza la sala de estar que sin querer disparo el rifle. Él atrapa el dardo en el aire y lo lanza a través de la habitación. Sus manos cortan el aire cuando arremete hacia mí.

—*Romper, ROMPER.*

Reconozco ésa. Y me señala mientras tropiezo hacia atrás, deslizando su pulgar a través de su garganta.

—*Matar. Romper.*

—¡No! —arrojo el rifle por el suelo, me tiro en cuclillas en la esquina, me acurruco para protegerme.

Deja de moverse, se queda quieto, sin contar su respiración. Después de un momento en que lo miro por debajo de mi codo, ardiendo con rabia, de tan asustada que apenas puedo moverme, él levanta las manos, con las palmas al frente y sacude la cabeza. Se agacha lentamente, recoge el rifle y lo desliza a sus espaldas.

Se deja caer sobre una rodilla y hace algunas señas. *Romper* me vuelve a decir, y apunta hacia mí, levanta una mano como un medio encogimiento de hombros.

—¿Tú romper?

—No, no estoy herida —pero estoy temblando y luchando por no hacerlo. Es el síndrome de abstinencia, me digo. Frío, temblores, náuseas. Tal vez sea la prolongada infección. No creo que ayer me hubiera asustado de esta manera, pero estaba drogada.

El Nahx palmea su rifle.

—*Lastimar* —él hace la seña con firmeza. Es una advertencia, no una amenaza.

—No volveré a tocarlo. Sólo quería saber cómo funcionan los dardos.

Inclina la cabeza hacia un lado de nuevo, recuperando el rifle. Con un *clic*, saca uno de los dardos. Lo sostiene.

Nunca he visto un dardo tranquilizante de veterinario en la vida real, de hecho, pero éste se parece un poco a los que he visto en los documentales sobre animales. Es como la versión futurista, y tal vez sea sangre corriendo en mis oídos, pero parece que zumba.

—*No. Tocar. Lastimar. Matar.*

—De acuerdo, no lo haré —me sorprende cuántas de sus señas parezco conocer ya. Son intuitivas y vagamente lo recuerdo hablando conmigo mientras yo estaba medio consciente. Supongo que absorbí algo de eso.

Golpea su palma en su pecho y se levanta, sosteniendo su mano abajo, para mí.

—No necesito ayuda.

Retrocede mientras lucho para levantarme. Entonces nos vemos a la cara, él imponente sobre mí, yo pequeña, indefensa, adormecida por las drogas, doblada por el dolor. No creo que hubiera mucha pelea si llegáramos a eso. Tengo el pequeño cuchillo... ya es algo. Y tengo mi odio, mi miedo, mi rabia.

—¿Sigues usando ese rifle? ¿A eso sales en el día? ¿A encontrar supervivientes y matarlos?

Sacude la cabeza. Quiero que se vaya ahora, para poder sufrir en paz. Mi cabeza está ardiendo, palpitando tan fuerte que veo estrellas. Pero trato de pensar como un soldado, o una superviviente, intento ignorar el dolor y lo asustada que estoy. Tengo que... ¿hacer que se preocupe por mí? ¿No es así

como funciona en el cine? Pero ése no es mi estilo. Y quizá no haría ningún bien de todos modos.

—¿Por qué llevas el rifle por ahí si no lo usas?

Suelta el aliento, como si estuviera pensando en ello.

—*Ver bien.*

Resoplo una risa, asfixiando el pensamiento de lo humano que es. Así que quiere estar armado por razones de moda, como un hombre. Pero mientras él se mueve para dejarme, mi mente se desplaza hacia otro pensamiento. No creo que haya dicho que su rifle *se vea bien*, creo que dijo que *se ve correcto*, como si en el mundo exterior él tuviera que verse como el resto de ellos.

—¿Augusto?

Se vuelve en la puerta.

—¿Hay... otros... como tú? ¿Allá afuera?

Asiente.

—*Tú quedar. Poder herir.*

Una advertencia, no una amenaza.

Hacemos una pausa en ese punto, mientras asimilo esa realidad. Entonces, hay algo de secreto en lo que está sucediendo aquí, en lo que está haciendo conmigo. Tal vez debería sentirme reconfortada porque me protege de otros de su clase, pero también hay algo horrible en ser la consorte secreta de un monstruo. Tal vez lloraría, si no pensara que mi dolor de cabeza se transformaría de un dolor que encoge las pelotas a uno que pare el corazón.

—Ya no puedo tomar esas píldoras que me encontraste —digo, volviéndome a mirar por la ventana, a la nevera, a cualquier parte excepto a él—. Me harán enfermar. Necesito unas que vienen en frascos blancos más grandes, no las pequeñas amarillas. ¿Podrías buscarlas para mí?

Da un paso adelante y abre el angosto armario junto al lavabo. Está repleto de medicinas, banditas, protector solar. Un montón de ibuprofeno. Quien vivía aquí estaba bien provisto.

Augusto confía en que yo determine las dosis con estas píldoras, supongo. Se vuelve hacia la puerta y se aleja. Desaparece en el pasillo.

AUGUSTO

Los humanos tienen fotografías. No tengo ninguna seña para eso, pero el sonido de la palabra juega claramente en mi cabeza.

Fotografía. Dibujo la forma en el aire, un rectángulo o un cuadrado. Hay una extraña familiaridad con este peculiar hábito humano, como si esto fuera algo de las partes ocultas de mi mente. Pero también hay algo malo acerca de las fotografías que encuentro. Sus formas están apagadas, o el color. Y estos objetos preciosos son tratados de manera tan descuidada: están arrumbados en los cajones, pegados detrás de imanes en las puertas, fijos a las paredes. Si tuviera una fotografía de la chica humana, creo que la guardaría en algún lugar seguro. Tal vez las que los humanos abandonaron no son las más apreciadas. Tal vez se llevaron ésas consigo cuando corrieron.

Para los seres humanos, los recuerdos pueden mantenerse dentro de la mente como pensamientos, o fuera como objetos. Tengo pocos recuerdos para guardar como pensamientos, y ningún objeto. Ojalá hubiera tomado algo de Sexta después de que ella... murió. O lo que sea que haya pasado. ¿Pero qué? Podría haber tomado su rifle, supongo, o su cuchillo. Al menos eso me ayudaría a recordar lo violenta que era. A veces, cuando pienso en ella, todavía echo de menos su hombro firme. Tengo que seguir recordándome que eso está mal. Es como el recuerdo de las instrucciones de la misión zumbando en mi mente. Todavía escucho su eco algunas veces, todavía pienso que debería dispararle un dardo a un humano si me encuentro con uno.

Pero no veo humanos, no vivos, por lo menos. La ciudad está en calma. De vez en cuando encuentro rastros del paso de mi especie y ocasionalmente escucho el gruñido de un transporte lejano, pero hasta ahora no me he encontrado ninguno. No sé qué haré si eso sucede. Ellos querrían que yo vaya con ellos, pero no puedo dejar a la humana, Raven. Moriría sin mí. O los otros la encontrarían y le dispararían. O se quedaría sola en una ciudad muerta.

Las calles humanas vacías se extienden como un laberinto alrededor de la alta torre adonde la llevé. Mi búsqueda de ellos se ha convertido en algo compulsivo. Sé que es otro eco de las directivas: buscar, buscar humanos, sacarlos de escondites y dispararles dardos a todos. No dejar a nadie en pie. Pero si encuentro uno, creo que podría resistirme. Ése es mi plan: encontrar otro humano, capturarlo y traerlo con ella. Hacerle entender que ella necesita ayuda. Entonces podría dejarla, como quiere. Debí haberla entregado al humano que me disparó con la flecha. Fue un error no hacerlo, puedo verlo ahora. El fango dentro de mí hace que cada emoción sea urgente y catastrófica. Es tan difícil pensar en momentos como éste y sin el enfoque de las instrucciones, sin Sexta para guiarme...

Cometo errores. He cometido muchos errores.

He buscado durante días y no he encontrado un solo ser humano vivo.

Ella está durmiendo cuando vuelvo a nuestro refugio en el cielo. Tengo otras botellas de píldoras, espero que sean las correctas. Y tengo mantas gruesas que tomé de las camas dos pisos abajo. Hay seres humanos con dardos todavía acostados en algunas de las camas. Dejo sus mantas en su lugar; se siente incorrecto molestarlos y, de cualquier forma, las instrucciones eran dejarlos en donde cayeran. Tomo mantas sólo de las camas vacías, seguro al saber que los seres humanos con dardos significan que este edificio ya fue procesado. No hay razón para que ninguno de mi especie vuelva por aquí.

Supongo que si toda su gente se ha ido y toda mi gente se ha ido, entonces nosotros dos podríamos quedarnos aquí indefinidamente. Hay un montón de comida para ella, y aunque la elevación es baja, podría recargar si lo necesitara, si fuera rápido en eso. Podría protegerla y cuidarla hasta la

primavera. ¿El verano? ¿Y luego qué?

Algo viene a continuación, y aunque no sé lo que es, estoy seguro de que no es bueno para mí, para ella, para los dientes de león, los copos de nieve o las telarañas. ¿Cómo podría ser bueno algo de esto?

RAVEN

El pasillo fuera de la puerta es de aproximadamente un metro y medio de largo. Lo sé porque paso por ahí varias veces al día. Hay cuatro *penthouses* en este piso. Augusto rompió las cerraduras y abrió las puertas de todos, y mientras mi pierna mejora, entro y salgo a mi gusto, a veces me detengo para practicar un kata de karate con mi sombra en las paredes. La puerta de la escalera también fue arrancada de sus bisagras. Por lo general, bajo cojeando unos cuantos escalones y los subo una vez al día también, en mi intento por recuperar la fuerza de nuevo en mi pierna y pulmones. Quiero seguir adelante, cada día, quiero completar el viaje hasta la calle de abajo, de vuelta al estadio y al túnel, hacia mis amigos humanos. Lejos de él.

Pero sé que irme en este momento sería un suicidio. Aunque algunos días incluso el suicidio parece preferible a... lo que esto sea.

Contando los ocho días que floté en fiebre, he estado aquí poco menos de tres semanas. Ahora veo rara vez al Nahx, Augusto. Me deja comida, por lo general fría, aunque a veces, si despierto cuando la trae, se mete de nuevo en la cocina y vuelve unos minutos después con un tazón humeante. No estoy segura de cómo lo calienta. Curiosamente, cuando termino de comer, tira los tazones por el balcón. Una vez salí cojeando con mi tazón, comí, y lo llamé cuando terminé. Cuando apareció, le di el tazón vacío, expectante. Lo sostuvo sobre la barandilla y lo dejó caer, con lo que casi podría asegurar que fue un suspiro.

—*Romper* —dijo. Fue la primera seña después de varios días.

No se comunica mucho. No me toca ni se acerca a mí salvo para revisar mis heridas. Pero aprendo algunas señas.

Una de ellas, en la que agita dos dedos delante de su pecho, es útil. Parece que significa *repetir*.

—*Repetir. Hablar* —hace las señas cuando no escucha algo que dije. Pero también la usa para *más* o *muy*.

—*Repetir frío* —dijo una noche cuando llegó con un montón de mantas nuevas. Hace frío. Sin electricidad, el departamento no tiene calefacción. El sol que brilla en todas las ventanas lo mantiene lo suficientemente caliente durante el día, pero por la noche la temperatura baja hasta cerca del punto de congelación. Me envuelvo entre las mantas y tiemblo hasta quedarme dormida. A veces despierto por la noche y lo encuentro cerca, arrodillado o en pie, sin mirarme nunca, pero su cuerpo irradia calor. Él no parece dormir. Creo que está tratando de mantenerme caliente en la noche. Es algo repugnante tenerlo tan cerca de mí mientras duermo, pero estoy tan cansada y fría que lo tolero.

Así es como aprendo su seña para *triste*. Una noche un sueño de Tucker me arrastra fuera con un sollozo, mientras las lágrimas fluyen por mi cara. Augusto se inclina para revisarme.

—¿*Sentir rota?* —pregunta. La seña significa *dolor*, por lo que he aprendido. Él se preocupa por el dolor persistente en mis costillas y pierna.

—Sólo triste —digo.

Él dibuja un dedo por su cara, como una lágrima.

—*Triste*.

—Sí, triste. Tuve un sueño triste.

Él dibuja un remolino en su frente, y unas pocas células en mi corazón se estremecen ante la idea de que él haya compartido su palabra para *sueño*. Lo dice de nuevo.

—*Sueño triste*.

Algo acerca de la forma en que él afirma para sí mismo mientras me deja hace que mi aliento se detenga en mi garganta. ¿Sueña? ¿Sus sueños son tristes? Tengo la horrible sensación de que él conoce una especie de tristeza a

la que sólo puedo aspirar. Tengo gente con la que puedo regresar, después de todo. ¿Qué tiene él? Sabe que lo odio. Sé que se odia a sí mismo. Giró todos los espejos y todas las piezas de arte reflectante a la pared, como un vampiro o algo así. Ni siquiera le gusta su sombra. Una vez se paró en el umbral del vestíbulo mientras hacía mis vueltas diarias. La luz del sol que fluía detrás de él esbozaba su forma en la pared. Lo miré observarla por un instante y luego salió rápidamente de la luz.

Él hizo una seña una vez, después de que me vestí con algunos pijamas floreados térmicos que encontró para mí. Creo que pudo haberlo hecho de manera inconsciente; no estaba dirigido a mí en realidad. Me miró y llevó su mirada hacia otro lado, haciendo una forma con su mano.

—*Bonita* —entendí su significado, porque lo hizo de nuevo una noche mirando la puesta de sol, añadiendo la seña de repetición.

—*Repetir bonito*.

Cuando vio su sombra, hizo este signo hacia atrás con un movimiento de su cabeza, negándolo. Él piensa que es feo. Yo podría haber estado de acuerdo con él una vez, pero ahora creo que tal vez eso es un poco injusto. Él es lo que es, no es diferente de un sapo o una hiena, o alguna de las otras ofertas menos atractivas de la naturaleza. Claro que no es algo a lo que quieras acercarte, pero ahora estoy acostumbrada a él. Ya no se me sale el corazón cada vez que lo veo, aunque todavía no me gusta cuando me toca o se acerca a mí. Trato de ser civilizada. Si lo soy, puedo ganar su confianza y tal vez conseguir que revele cosas que no debería. Si soy civilizada, es menos probable que me traicione. Así que lo hago porque mi vida depende de ello. Pero con toda esta rabia incrustada en mí como una garrapata obstinada e hinchada, incluso la civilidad es un desafío.

Todos los días fantaseo con irme. Me imagino marchando a través de las montañas, sola, decidida, con una corteza de hielo formándose en mi cara y mis pestañas congelándose. A veces mis ensoñaciones terminan con Topher, que me encuentra, con uno corriendo al encuentro del otro en cámara lenta. A veces, terminan conmigo muerta en la nieve. Es difícil decidir qué final me gusta más.

Augusto tiene otras señas, la mayoría relacionadas con mi cuidado. Usa

todos los días *hambrienta* y *cansada*. Solía utilizar mucho *asustada* un puño cerrado frente a la boca— al principio, cuando se acercaba a mí para revisar mi pierna o mis costillas. *Asustada*, hacía la seña y sacudía su cabeza, trastornado. *No estar asustada*. Ya no necesita usarlo. Me vuelvo cuando él atiende mis heridas, no me asusta. Y aquí arriba, en las nubes, no hay nada que temer.

Llego al final del pasillo, me duele mi pierna buena por el peso extra que todavía le cargo. Una brisa húmeda sopla por la escalera. Estoy a punto de comenzar el difícil viaje de bajar dos o tres escalones cuando escucho pasos que se acercan. Me congelo y camino lentamente hacia atrás. Quizá sea él, pero si no... Escucho, tensa. Suena como un conjunto de pasos. Debe ser él.

Asomándome por encima de la barandilla, miro hacia el abismo profundo y estrecho en el centro de la barandilla. Puedo ver su mano izquierda, bueno, la mano izquierda de *alguien*, que se arrastra por la barra de metal. Por alguna razón, espero, sin bajar ni retroceder mientras llega hasta el rellano debajo de mí. Se detiene cuando me ve.

—Hola —digo. La escalera oscura hace difícil verlo, sombrío. Su armadura hace clic mientras responde el saludo con la cabeza. Carga una gran caja de cartón—. ¿Qué tienes ahí?

Lleva la caja hasta mi nivel y la coloca en el piso. Mete la mano, hurga un poco y luego saca un pequeño oso de peluche rosado. Está usando un pijama de flores muy parecido a el mío. Me lo entrega.

Al principio, no sé qué decir. Siento una mezcla de diversión y repugnancia cuando miro la pequeña cara rosada del oso. Tiene una sonrisa ancha y brillantes ojos de botón azules, además de una pequeña nariz roja de fieltro. Cosido al frente, en la parte superior del pijama, hay un nombre: Lucy. No sé si es del oso o de la niña que lo amó. De repente, siento una oleada de nauseabunda rabia ascendiendo en mi interior.

—Esto pertenecía a una niña, ¿sabes? —digo. Puedo decir que Augusto percibe el tono acusador en mi voz. Da un pequeño paso atrás—. La niña está muerta, ¿verdad?

Pasa un segundo antes de que se encoja de hombros.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? Todos los niños están muertos.

Todo el mundo está muerto. Ustedes los mataron a todos —sacude su cabeza.

—*Yo no.*

—Pero tú eres uno de ellos. Uno de los que mataron a todos aquí. ¿No es así?

Su asentimiento apenas se percibe, diminuto. Sacudo el pequeño oso de peluche frente a su rostro.

—Esto es saqueo de piratas, un saqueo vikingo. No robes más en mi nombre, no quiero cosas que hayas robado de niños muertos.

Me estiro hacia adelante y dejo caer al oso en el abismo; lo observo mientras navega hacia abajo y desaparece en la oscuridad. Cuando me vuelvo, Augusto me está mirando, inmóvil salvo por la cada vez más pronunciada caída de sus hombros. Miro hacia abajo y veo que la caja está llena de suéteres, calcetines gruesos y guantes. Cosas que necesito desesperadamente. Luchando por ocultar el deseo en mis ojos, me vuelvo y lo miro desafiante.

Se mueve tan rápido a veces que me quita el aliento. En un instante toma la caja y desaparece en el pasillo. Lo busco apresuradamente, lo más rápido que puedo, y lo veo entrar en el *penthouse* en el que hemos estado viviendo. Cuando llego, está en el balcón vaciando el contenido de la caja sobre la barandilla.

—¡No! —digo, pero él lanza la caja vacía y se inclina para verla caer—. Estás comportándote como un estúpido. ¡Basta!

Se abre paso más allá de mí y recoge las mantas que hacen mi cama, la ropa extra que he amasado, las zapatillas, los calcetines, incluso una novela romántica cursi que me dio y que he estado leyendo en secreto, y lleva todo el montón a la terraza.

—¡Augusto, no, por favor! —pero él levanta la pila sobre la barandilla. El viento atrapa algunas cosas, y las lleva hacia arriba, lejos, antes de que caigan flotando, fuera de la vista.

Hace una seña que se parece a *triste* pero invertida, y añade una mano para marcar la pregunta.

—¿*Contenta?*

—No, no estoy contenta. ¿Por qué hiciste eso? Me congelaré.

Cruza los brazos y se apoya en la barandilla. Me siento frustrada y las lágrimas pican la parte de atrás de mis ojos. Es el tipo de cosas que los bravucones solían hacer en la escuela: tirar mis manoplas por la ventana del autobús o soltar mi sombrero en un charco de lodo. La gente decía que hacían estas cosas porque yo les caía bien. La idea es aterradora. Prefiero recordar que hicieron estas cosas hasta la primera vez que de un golpe mandé a uno de ellos al suelo, aunque ahora no tengo ninguna posibilidad de derribar a Augusto. Incluso para barrer sus piernas, por debajo de él, tendría que tomarlo por sorpresa y eso no es probable, dado que me está mirando, enfurruñado. Mi mente funciona a ritmo lento. No sabía que yo pudiera molestarlo así, lo suficiente para que se ponga tan testarudo, tan ajeno a su habitual atención impasible a todas mis necesidades.

El viento sopla a través de mi pijama. Mis pies descalzos duelen en el frío concreto del piso de la terraza. Envuelvo mis brazos alrededor de mí y miro por encima de la barandilla. Abajo, la ropa y las mantas están esparcidas sobre autos y bancos de nieve. Ahora es el mejor momento para probar mi poder sobre él, supongo.

—Baja y trae eso. Ahora mismo.

Sacude la cabeza.

Empiezo a temblar, a pesar de mi desesperado deseo de evitarlo.

—¡Tienes que hacerlo! Me congelaré esta noche.

Vuelve la cabeza, con los brazos cruzados, todavía desafiante.

—*Ir tú* —hace la seña despectiva con una mano.

—¡No puedo! No puedo bajar todos esos pisos y regresar. ¡Baja y tráelo!

No reacciona en absoluto. Al parecer, es mejor en este juego de lo que yo pensaba.

—Puedo morir de frío, ¿sabes? ¿Eso es lo que quieres? —me vuelvo y dramáticamente piso con fuerza de regreso hacia el relativo calor del *penthouse*; me estremezco cuando estalla el dolor en mi pierna. Toda mi ropa de cama no está, sábanas, mantas, edredones, todo. Toda la ropa extra con la que me abrigué cada noche, y todo lo que había estado guardando para el momento en que me fuera de aquí. Esto no es un juego. Tal vez ni siquiera sabe qué tanto daño me hará. Podría matarme esta misma noche si hace el

suficiente frío. Ya estoy temblando, y el sol ni siquiera ha tocado el horizonte todavía. Peor aún, todas las provisiones que reuní para mi escape se han ido.

Detrás de mí, escucho que la puerta de la terraza se cierra. Me desplomo en el sofá y me abrazo las rodillas, bajo la cabeza y oculto mi rostro, hasta que sé que está arrodillado delante de mí.

—¿Sabes lo mal que se siente depender tanto de ti? —digo entre mis rodillas—. Mi vida está en tus manos. Tengo que fingir que me agradas, porque si cambias de opinión, o te aburres de mí y te vas, estoy muerta. Eso es repulsivo.

Lo oigo suspirar y moverse, su armadura chasquea. Un poco más lejos, pienso. ¿Qué importan sus sentimientos de cualquier forma? Es un asesino.

—¿Y si eso no es suficiente? No sé lo que eres, o lo que crees que quieres. Sea lo que sea, tengo que darlo, si quiero vivir. ¿Cierto? —levanto la mirada hacia él. Está sacudiendo la cabeza, con ambas palmas levantadas a sus costados—. Sólo vete —digo, pero antes de que pueda levantarse, lo detengo—. No, espera. Tengo una mejor idea —se sienta sobre sus talones, expectante. Abro el cuello alto de mi pijama y dejo mi cuello expuesto—. Si me quieres muerta, hazlo ahora —me inclino hacia adelante, presiono mi cuello desnudo contra él—. Vamos, termina con esto.

Exhala con brusquedad, casi como si gruñera, y retrocede. Cuando nos miramos, me doy cuenta de que he conjurado algunas lágrimas de alguna parte y ni siquiera estoy segura de que sean reales. Al limpiarlas comienzo a sollozar, y segundos después estoy llorando en verdad. Acurrucada en el sofá, tiritando de frío, lloro frente a este monstruoso extraterrestre que tiene mi vida en sus manos ensangrentadas. Cubro mi rostro de nuevo porque creo que tal vez ya lloré lo suficiente para demostrar mi punto, pero no estoy segura de que pueda detenerme. Después de unos segundos siento sus manos calientes en mis pies.

Y a diferencia de lo que normalmente haría, no me aparto.

AUGUSTO

Su piel es fresca y suave. Fría, de hecho. Sin todas sus mantas y ropas podría helarse esta noche. Sé que esto no es lo que ella quiere en realidad. No es lo que yo quiero tampoco, sin embargo, siento algo que me tira de allí, me obliga a dar media vuelta y correr, bajar las escaleras, tres escalones a la vez, y salir a las calles, lejos de ella, porque parte de mí quiere que este tormento termine.

Es agotador ser el objeto de su odio, su desdén, su disgusto. Estoy tan cansado. Entre ella y Sexta, el esfuerzo de ser la única criatura en este planeta que incluso se preocupa marginalmente de vivir o morir me ha agotado. La dejaré. Es algo que debía haber hecho hace semanas. Siento el lodo aceitoso borboteando, borrando mis propios pensamientos, pensando por mí.

Sería más fácil si ella me mirara; así podría decirle algo por lo menos, tal vez un adiós.

Abre ojos, Diente León, por favor.

Siento el dolor en mi pecho antes de que me dé cuenta de que lo estoy golpeando.

Por favor, por favor, por favor.

Sus pies son tan delicados, tan delgados y bonitos. A veces, cuando la miro, pienso en cosas indecibles, cosas que me hacen querer... ser cualquier cosa menos lo que soy.

Hago un ruido, con mi respiración, como un silbido, y retiro mis manos

de su piel fría. Ella me mira.

—*Sentir. Sentir. Repetir sentir, siempre.*

Se desliza hasta el final del sofá, lejos de mí.

—*No asustar.*

—No lo estoy.

Está mintiendo. Puedo oler la adrenalina que fluye a través de ella.

—*Sentir, siempre.*

—De acuerdo, ya entendí —dice, imitando burlescamente mi último signo, lanzando su mano hacia arriba, hacia las estrellas—. “Lo sientes mucho. Siempre lo lamentarás” —limpia las lágrimas de su cara—. Ahora ve a buscar mi ropa y las mantas. Aquí hace frío.

Por supuesto. Por supuesto que lo haré. Mi cuerpo está hirviendo por la vergüenza. Trato de bajar mi temperatura a algo más cómodo, pero no lo consigo. A pesar de que el clima es muy frío, yo estoy ardiendo. Tengo que luchar para evitar las náuseas en el tubo de mi garganta mientras me tambaleo hacia la puerta.

—Augusto.

Me vuelvo hacia el sonido de su voz.

—Jamás vuelvas a tocarme, ¿de acuerdo? Lo digo en serio. Mi pierna está curada. Mis costillas están bien. Yo puedo quitarme la férula del brazo. Así que sólo... no me toques. No te acerques a mí. Ni siquiera me mires. A menos que en verdad vayas a matarme, guarda tu asqueroso tacto para ti.

Antes de que pueda detenerme, le hago una serie de signos, una terrible maldición que aprendí de Sexta.

—*Morir lodo y dolor, defectuoso rango bajo.*

Me arrepiento de inmediato y espero que ella no haya entendido.

—Sí, vete a la mierda tú también —dice, añadiendo su propio signo, y dos de los míos—. Vete a la mierda, pervertido, *repetir siempre.*

Fuera de la puerta, fuera de su vista, descanso mi mano izquierda en la pared y me paro allí, tratando de hacer que mis pensamientos fluyan de manera correcta otra vez. El líquido insensibilizador me está revolviendo. Quiero romper algo, pero ya he roto casi todas las cerraduras y pateado casi todas las puertas de este edificio. En vez de eso, descanso mi cabeza en mi

mano, inhala y exhala, mientras los espasmos en mi garganta disminuyen.
Dentro del departamento, puedo oírte llorar.

Es la peor cosa que haya escuchado jamás.

RAVEN

Las mantas regresan, y toda la ropa. Incluso el libro vuelve, húmedo pero sin daños. Trae también dos tazones que milagrosamente sobrevivieron a la caída, y un montón de tazones más que supongo que encontró en otro departamento. No me mira mientras entrega estas cosas.

Más tarde, después de haber comido lo que me dio y que él ha desaparecido, encuentro el oso de peluche en el baño. Está en dos pedazos, con la cabeza desgarrada. No estoy segura de si esto es una especie de advertencia para mí, una admisión de culpabilidad o un descuido de su parte. Mojo mi cabeza en la cubeta de agua, la uso para lavar mi cara y debajo de mis brazos antes de tirarla en el inodoro.

No vuelve a aparecer esa noche y, a pesar de las pilas de mantas, el frío es un castigo que no esperaba. Tiemblo y doy vueltas en la cama, arropándome una y otra vez bajo las mantas. Cuando por fin me quedo dormida, sueño que me arrastro hasta su cálido regazo y lo hago envolver sus brazos alrededor de mí. Él respira en mi oído y susurra cosas vívidas, violentas y aterradoras. Me despierto en la oscuridad, paralizada por el miedo y el frío. Y me hace falta. Me hace falta su calidez, su sombra protectora.

Ausente *Augusto*. El que perpetuamente parece que está a segundos de matarme, sólo por costumbre. Ojalá no hubiera sabido su nombre o los detalles de su personalidad que he ido reuniendo durante estas semanas. Cómo ama las puestas de sol y la nieve que cae. Cómo revisa mi respiración

cuando duermo. A veces finjo estar dormida y contengo la respiración, sólo para molestarlo. Si sabe que estoy haciendo esto, ya no lo hará. No come ni duerme. Nunca se sienta y rara vez se arrodilla. A veces, en especial después de haber dicho algo imperdonable, se apoya contra la pared o el marco de la puerta, siempre con la mano izquierda.

Yo le digo cosas imperdonables, le digo que es un asqueroso si lo sorprendo mirándome de noche, lo acuso de asesino cuando mi mente no deja de visitar la escena de la muerte de Felix. Dejo que el veneno brote de mí en forma de palabras, algunas veces ni siquiera estoy segura de que pueda controlarme. Mis padres fueron inteligentes al llevarme a entrenar artes marciales durante todos esos años, y mis profesores tenían razón: la ira necesita ser controlada. Es como si con mi cuerpo débil y herido, mis palabras fueran la única salida que tengo.

Pero cuando puedo manejarlo, todavía finjo civilidad, y es trágico cómo ninguna cantidad de veneno parece cambiar su actitud hacia mí. Puedo ver que está triste y frustrado, pero su trato siempre es amable, indulgente incluso. Así que intento que responda preguntas.

—¿Cuál es el veneno que usan en los dardos? —pregunto un día, cuando lo encuentro en el pasillo, apoyado en la pared. Se encoge de hombres—. ¿Cuáles son tus planes para mi planeta?

—*No tener planes.*

Su palabra para *planes* es como tres líneas dibujadas sobre su oído derecho.

—Tu gente —digo—, ¿qué planes tiene tu gente para mi planeta?

Sólo sacude la cabeza y se aleja. Lo hace con el cincuenta por ciento de las preguntas que hago. Al principio esto me enojaba, pero ahora creo que quizás está cansado de decirme que no lo sabe. Me recuerda a la escuela, las lecciones para las que no había hecho la lectura previa, y cómo a los profesores les gustaba ponerme a mí y los demás holgazanes en su lugar, así que nos hacían preguntas que ellos sabían no podríamos responder. Di “No sé” las veces suficientes y empezarás a sonar como “Soy un jodido idiota”.

Dejo que Augusto se acerque a mí sólo para poder estudiar su armadura, y ya no me importa si decide salir mientras duermo, o abandonarme. Sé que,

incluso si él me ayudara, es casi imposible que vuelva a ver a los otros. Topher piensa que estoy muerta. Lo vio, creo. Recuerdo vagamente que estaba cerca en el estadio. Desde su punto de vista, aquel Nahx me mató, me golpeó hasta la muerte. Ese Nahx que no era Augusto. Este Augusto dice que no era él. No tengo manera de estar segura de que no está mintiendo. No lo recuerdo muy bien. En mi mente, el atacante y el salvador se mezclan como si fueran uno, se mezclan y giran juntos en el dolor y el terror hasta que siento náuseas sólo de pensar en ello.

Sabe qué tan enojada estoy con él, con su especie, con todo el mundo. Y lo intenta. Como si el oso de peluche decapitado no fuera suficiente, comienza ahora un desfile de regalos y ofrendas, cada uno más inesperado o inapropiado que el anterior. Hay más de un centenar de departamentos en este edificio, y él está saqueando todos, uno por uno, en busca de alguna baratija que pueda sosegarme. Es una búsqueda bastante triste y conmovedora en realidad, el tipo de cosas de las que alguna persona enferma podría escribir un poema algún día, pero tiene poco efecto en mí. Aunque el día que encuentra una caja de chocolates belgas sin abrir es un buen día. El día que aparece con un brazalete de diamantes de alguien más es un mal día. Muy malo. Pero él permanece estoicamente durante los veinte minutos en que yo le cuento una historia inventada acerca de un hombre que compró el brazalete para la mujer que amaba, tal vez para su cumpleaños, su aniversario o el día de San Valentín, sólo para ver después cómo era asesinada por los Nahx, y luego sucumbir él mismo al veneno de un dardo en su corazón.

—¿Sus cuerpos seguían allí? —pregunto de manera acusadora—. ¿Se la quitaste de la muñeca?

Entonces me arrebató la pulsera y la arroja por el balcón. No lo veo por un día y una noche después de eso. Otra noche fría, temblando, preguntándome si alguna vez volverá, luchando por no arrepentirme de las cosas que he dicho. Sólo lo necesito, me recuerdo; no me preocupo por él. Una vez que vuelva a las montañas, de regreso a la base, podría cortar su garganta sin pensarlo dos veces. Mis dedos se deslizan alrededor del cuchillo escondido en el forro debajo del sofá.

Todavía puede sorprenderme, sin embargo. Un día, mientras dormito en el

sofá y la luz del sol de la tarde entra a través de las puertas corredizas, arroja algo sobre las mantas. Abro los ojos y cierro los dedos alrededor de un pequeño libro encuadernado con tapa dura. Se detiene mi respiración cuando veo lo que es: un libro ilustrado del poema de Edgar Allan Poe, “El Cuervo”, “*The Raven*”, en su idioma original. Él permanece allí, en silencio, mientras observo el libro por unos momentos.

—¿Puedes leer? —pregunto. Él asiente lentamente. Estoy bastante sorprendida—. ¿Puedes? ¿Ya leíste esto? —asiente de nuevo.

—*Triste. Repetir triste.*

—Es triste, sí. Muy triste —lo abro y hojeo una página o dos. Mientras leo, estoy vagamente consciente de que da un paso adelante, luego otro. Se arrodilla frente a mí.

—*Cero repetir siempre.*

—¿Repetir? —pregunto, imitando su seña.

Le da un golpecito al libro en mi regazo. Es lo más cerca que ha estado de mí desde que las mantas volvieron.

—*Cero repetir siempre.*

Mi mente lo traduce esta vez a: *nada otra vez para siempre.*

—¡Ah! ¿Nunca más?

Asiente con firmeza, satisfecho.

—*Triste* —dice antes de pararse y desaparecer en la cocina.

La piedra fría dentro de mí se rompe para él entonces, un poco. Lo que debe pensar de esta terrible historia de un hombre atormentado por el recuerdo de su amor perdido, Lenore. De toda la literatura humana, tenía que leer esto, este deprimente y fatalista verso de melancolía. No puede haber sido bueno para él. El hecho de que parecía entenderlo bien me dice algo sobre él. Lo veo entonces como ese miserable infeliz, acurrucado en su solitaria cámara, incapaz de soltar lo que es, lo que ha hecho y todo lo que ha perdido. Me trago un sollozo, aplasto las mantas sobre mi boca para que no me escuche.

Todo este tiempo pensé que yo era la persona más triste del mundo, cuando en realidad quizá lo sea él. Se necesita una hora de intensa concentración para que finalmente me convenza de que merece toda la

tristeza que siente. Que las cosas que pienso de él y su dolor deben ser sólo mi imaginación. Que no sé nada de su vida antes de que me rescatara en el estadio. Que no me importa. Que sólo lo necesito hasta que encuentre a Topher de nuevo. Que entonces Topher no fallará su disparo y pondrá una flecha en su cuello, y será el final de esto, el final de Augusto, el Nahx.

Entonces no pensaré en él *nunca más*.

Llega el día en que puedo caminar hasta la planta baja y subir, cuarenta pisos. Sudo y jadeo, pero no hay ninguna tensión discernible en mis pulmones o mi pierna convalecientes. Retiré la férula hace una semana, y mi brazo se siente fuerte también, mientras golpeo y esquivo a mi sombra en el pasillo. Me siento fuerte. Lo suficiente para salir, tal vez, pero quizá no lo suficiente para luchar contra él si intenta detenerme.

Hemos estado aquí cinco semanas. Augusto todavía me trae cosas casi todos los días. Comida, sobre todo, aunque ahora preparo mi propia comida y elijo mi ropa. Le he mostrado que la ropa caliente me hace feliz, por lo que la ha apilado por todo el departamento. Hasta el momento todo es ropa interior. No he descubierto una manera de expresar mi deseo de ropa para salir sin revelar mi intención de dejarlo. Después de todo este tiempo, todavía no estoy segura de que me deje ir.

Recuerdo a un proveedor de equipo de campamento en las afueras de la ciudad. Tucker y yo compramos allí nuestros sacos de dormir. Será una caminata de media hora, una hora, cuando mucho. Si me envuelvo en un montón de suéteres y el día es propicio, lo haré sin problemas. Mi plan es irme pronto, pero no tengo una fecha ni un plazo fijo. Quiero esperar el momento adecuado, y entonces escapar. No quiero que perciba mi impaciencia. Sentirme menos dependiente de él suaviza el odio de alguna manera. No quiero que sepa que me iré, darle tiempo para que intente detenerme, porque tendría que matarlo. Todavía hay cuchillos afilados en la cocina. Sé exactamente dónde están todos, además del que oculté bajo el sofá donde duermo, y otros envueltos entre la pila de ropa que he acumulado. Cuando él no está mirando, he estudiado su cuello, donde la armadura es más débil. Sé que podría hacerlo, si lo tomo por sorpresa, pero ya no quiero hacerlo tanto como una vez lo quise. Él me salvó la vida y, aunque nunca le

pedí que lo hiciera, merece al menos esa consideración.

Mi estado de ánimo mejora con mi recuperación, pero el suyo no. A menudo lo encuentro en el largo pasillo, apoyado en la pared, sosteniendo su cabeza en su mano izquierda. En ocasiones lo encuentro de otra manera, apoyado en la derecha, con la mano izquierda extendida, como si estuviera buscando algo. Una vez, incapaz de ayudarlo, pregunté qué pasaba.

—*Cansado* —dijo, dejando caer su mano izquierda. No creo que se refiera a la falta de sueño. Creo que se está cansando de mí y de mi veneno. ¿Quién podría culparlo?

Un día, para mi asombro, me trae una computadora portátil que funciona. Hay dos computadoras en el *penthouse* y varias en los otros departamentos, pero ninguna de ellas funciona. No hay energía eléctrica y eso es parte del problema; por lo menos las portátiles deberían haber tenido algo de batería, pero no fue así. Por eso me sorprende tanto cuando veo que ésta enciende, como si nada hubiera pasado. Al ver la pantalla de inicio con los archivos del propietario, el icono de la batería completa y los cuadros de notificaciones apareciendo, me siento llena de nostalgia por un mundo que se siente de siglos pasados, no sólo de meses.

Observo el icono inalámbrico parpadeando, una barra de señal débil. De alguna manera, se ha conectado a una red. Esto podría ser... Cierro rápidamente la computadora.

—Gracias —digo con tranquilidad—. Jugaré con ella más tarde, tal vez. No quiero agotar la batería.

Asiente ligeramente y se aleja, ignorando, espero, lo que me ha dado.

Más tarde ese día, después de verlo pasar su mano izquierda por la pared del largo pasillo y desaparecer en la escalera, paseo con la computadora alrededor del departamento, en busca de una mejor señal. No me extraña encontrarla en la terraza orientada al oeste. Hay varios edificios altos en mi línea de visión e, incluso, en la distancia, lo que parece una torre de telefonía celular. Según Kim, muchas de ellas están equipadas con celdas solares y conectadas al sistema de transmisión de emergencia.

—Maldición... —murmuro. Es increíble lo que ignoras de este mundo hasta que todo se va al infierno.

Miro mi reloj que curiosamente se mantiene en buen estado todavía, después de todo: son las tres de la tarde. Cierro entonces la computadora. Sé que mis posibilidades de recibir algo son mejores al mediodía. Tal vez mis posibilidades de enviar cualquier cosa sean mejores también entonces. ¿Qué enviaría? ¿*Mayday*? ¿S.O.S? ¿Alguien vendría?

Pasa un tiempo antes de que consiga salir con la computadora a la terraza al mediodía. Por alguna razón, Augusto acecha hasta después del mediodía durante tres días, después de pasar arrodillado junto a mí todas las noches. Tal vez porque el clima ha estado particularmente frío, o tal vez tiene sus propias razones. Me esfuerzo por no mostrar frustración. Finalmente, al tercer día por la mañana, intento llevarlo fuera del *penthouse* con la promesa de mi fugaz felicidad.

—Me encantaría tener algo más de ese chocolate —digo.

Es embarazoso lo rápido que reacciona. En segundos ha huido, prácticamente corre y escucho sus pesados pasos metálicos resonando por las escaleras. ¿Por qué es tan rápido para tratar de proporcionarme las cosas que quiero cuando de seguro sabe que lo que más deseo es dejarlo? Empiezo a preguntarme si él es en verdad lo que me mantiene aquí. ¿O mis heridas? Tal vez estoy demasiado asustada para salir por mi cuenta.

Tomo la computadora y la llevo a la terraza. El sol se aproxima a su vértice en el cielo, todavía bajo en el horizonte austral, pero es un día brillante y lo suficientemente cálido para no necesitar calcetines o pantuflas.

Si hay alguna señal, debería ser fácil encontrarla. Voy a racionar el tiempo de la batería. Diez minutos para buscar una señal, enviar mensajes o descargar información. Veinte para ver archivos o cualquier otra cosa que haya encontrado. Media hora al día. De esta manera, si se trata de una batería en buen estado, deberá durar una semana o dos. Tal vez no estaré aquí por mucho tiempo, pero siempre tengo que planear para lo peor.

Siento un pequeño escalofrío. Ése es el tipo de cosas que Topher diría. *Planea para lo peor*. Esto es lo peor, Topher. Estoy a cientos de kilómetros de ti, como prisionera. ¿Tenías un plan para esto?

Coloco la computadora sobre una mesa de vidrio y metal, y encuentro la señal fácilmente. Es una red no segura llamada NKV82. Aunque ya sé lo que

voy a encontrar, me conecto. Se abre de inmediato un directorio de archivos de video. Nahx asesinando. Están ordenados por número de vistas. El más popular tiene más de veinte millones. ¿Veinte millones? Entonces debe haber muchos supervivientes. Lo que Kim esperaba de las zonas costeras podría ser cierto después de todo. Es extraño pensar en lo aislados que hemos estado, en cómo nuestras conexiones humanas dependen tanto de la tecnología que sin ella somos como naves perdidas flotando en un mar sin sol y sin viento.

Me detengo entonces, por un momento, y considero retroceder. Tal vez haya otra señal, alguna que no esté dedicada a estas películas *snuff* de extraterrestres. Tal vez haya algún tipo de red de búsqueda y rescate con la que pueda iniciar sesión. Recuerdo la vez que vi videos como éste, lo enferma que me hicieron sentir, pero tengo curiosidad de averiguar si sigo sintiendo lo mismo. No puedo permitirme perder tiempo pensando en ello. Por lo menos, si estos videos tienen comentarios, debería comentar sobre el más popular. Decirle a la gente en dónde estoy. Tal vez alguien pueda enviar ayuda. Hago clic en el archivo superior. A medida que el video se carga, sorprendentemente rápido, y comienza a reproducirse, lo reconozco de inmediato. Se trata de aquél en donde la Nahx es decapitada. Mi primer instinto es la repugnancia, pero luego descubro que no puedo apartar la vista. La forma en que la chica Nahx mira hacia arriba antes de perder la cabeza me hipnotiza. Hago una pausa en el video y veo ese momento una y otra vez. Hay algo muy familiar en su postura, en los cambios sutiles en la posición de su cabeza y hombros. Algo que reconozco. Resignación. Creo que estoy llorando.

El video termina y me devuelve a la página del directorio. Olvidé revisar si había comentarios. Hago clic de nuevo para volver, y el video comienza de nuevo. Una vez más, me parece que no puedo dejar de verlo. Mis pies descalzos comienzan a doler a causa del frío. Una y otra vez la chica Nahx es burlada, empujada, pateada. Una y otra vez, ella gruñe hasta que siento que puedo entender exactamente lo que está diciendo: no es una amenaza, es una súplica. *Por favor, no matar.*

Tal vez, si pudiera haber hablado, ella habría dicho: *Sólo ir.*

Una y otra vez el machete cae y su cabeza rueda en un chorro de sangre.

Por favor, no matar. Resignación. Por favor, no...

Una sombra cae sobre la pantalla. El machete cae. Siento que Augusto toma un puñado de mi cabello justo cuando la cabeza de la chica Nahx se desprende.

Grito mientras me arranca de la silla por el cabello. Me suelta tan pronto como caigo en los azulejos.

—¡No te acerques a hurtadillas, y no verás cosas que no te gustan! —gruño, acorralada entre la mesa y su forma oscura. Me duele el cuero cabelludo en donde me jaló.

Sus hombros se elevan y caen, su aliento gruñe cuando toma la computadora y la arroja sobre la barandilla. Segundos más tarde, oigo que se estrella tristemente contra el techo de un auto. Odiándome por no haber conseguido enviar una llamada de auxilio, trato de deslizarme más allá de él, pero se acerca a un lado y me bloquea. Sus manos están en puño y levantadas frente a su pecho.

—No me asustas —lo pateo débilmente con una pierna—. No te atreverías a golpearme.

Sus puños se derrumban sobre la mesa, que estalla en un millón de fragmentos de vidrio. Levanto los brazos sobre mi rostro. Mientras él se ocupa de arrojar los enmarañados restos metálicos de la mesa sobre la barandilla, intento arrastrarme lejos. Hay vidrios rotos por todas partes. Se agacha y me levanta como un juguete, me lleva de regreso al departamento.

—¡No me toques! ¡Bájame! —lo pateo y lo rasguño mientras él me empuja hacia el sofá. Mis manos vuelan hacia atrás y toman un florero en la mesa del sofá. Lo balanceo y lo aplasto sobre su cabeza; al romperlo, me baño en más vidrio—. ¿Ves? ¡Los dos podemos jugar ese juego! —antes de que pueda saltar del sofá, me sostiene de nuevo y sujeta mis brazos a mis costados. El vidrio tintinea en el piso mientras me retuerzo en sus brazos.

Mientras me carga, pateo y golpeo con mi pie una de las fotografías que él había volteado hacia la pared. Se estrella contra el piso en otra lluvia de vidrio. Se mueve hacia el pasillo, que está lleno de arte. Arrastro mis piernas a lo largo de la pared y hago caer cada pieza, y todo el tiempo lo insulto, lo escupo, lo muerdo como una víbora atrapada.

Cuando consigo liberar un brazo, agarro uno de los espejos ornamentados que él había volteado y lo agito frente a su rostro.

—¿Es a esto a lo que tienes miedo? ¿Monstruos? ¿Mutantes?

Lo golpea y se rompe contra la pared. Me deslizo hacia abajo, pero él me sostiene antes de llegar al piso.

—¡Basta! ¡Detente! ¡Me estás lastimando! —entonces mis palabras se disuelven en un grito sin palabras mientras me lleva entre sacudidas hasta el dormitorio, mis pies todavía siguen raspando las pinturas de las paredes. Patea la puerta abierta, y veo la habitación donde estuve peleando entre la vida y la muerte por primera vez desde que salí de la bruma inducida por la fiebre. La cama está ahí, sin su colchón, y la mayor parte de la evidencia de mi enfermedad ha desaparecido. Arranco otro espejo de la pared, y se estrella en el suelo. Augusto me presiona sobre la base de la cama, y aprieta mis muñecas que no paran de retorcerse en una de sus manos. En su otra mano veo los grilletes que saca de alguna parte de su armadura.

—¡No! ¡Augusto, no puedes! ¡No, por favor, no! —giro y me retuerzo, pero logra sujetar una de mis muñecas al poste metálico de la cama. Muevo mi otro puño a su cabeza y golpeo dolorosamente mis nudillos contra la dura armadura—. ¡Déjame ir! —grito, y otras cosas peores, hasta que las lágrimas fluyen por mis mejillas. De alguna manera ha logrado refrenar mi pierna buena también. La vergüenza y la traición que se acumulan en mí se convierten en una terrible rabia. Podría matarlo ahora mismo. Podría matarlo por esto. Pateo mi pierna herida alrededor hasta que me sostiene por el tobillo e intenta sostener mi pie frente a su rostro.

—¿Es eso? —gruño—. ¿Los pies son tu fetiche? ¡Vete a la mierda, perverso! ¡Degenerado! —arranco mi pie de su empuñadura y le doy una patada. Retrocede, el vidrio roto cruje bajo sus botas, sostiene las palmas de sus manos hacia afuera, como si pudiera saltar hacia adelante y arrojarme todo su... lo que sea... todo lo que ha mantenido dentro todo este tiempo y está a punto de derramarse. Como si fuera a matarme después de todo, o algo peor. O está tratando de tranquilizarse, tal vez. Es difícil decirlo. Es difícil ver a través de las lágrimas que salen de mis ojos—. Eres repugnante. ¡Te odio! —gimo entre sollozos, tirones y arañazos a las ataduras. Da otro paso atrás.

Tomo las cosas del buró y se las arrojó: velas, un reloj despertador, la lámpara. Retrocede y se cubre con ambas manos su cabeza—. ¿Te sientes mal ahora? ¡Deberías sentirte mal, idiota! ¡Te odio! ¡Te odio *repetir siempre!* ¡Desearía que estuvieras muerto!

Nos quedamos en silencio por un momento, mirándonos. Hace un pequeño movimiento, como si pudiera avanzar hacia mí, y yo reúno saliva en mi boca y le escupo. Echa la cabeza hacia atrás otra vez cuando mi saliva rocía su pecho, y retrocede hasta que su espalda se encuentra presionada contra la pared, junto a la puerta. Antes de que pueda rogarle que se detenga, da media vuelta y corre por el pasillo.

—¡Regresa! ¡No me dejes así! ¡Augusto, por favor, no me dejes! ¡Vuelve!

Sobre mis gritos sollozantes escucho el abrir y cerrar de la puerta principal.

AUGUSTO

¿Qué.

Acaba.

De suceder?

Caigo de rodillas en la parte superior de la escalera, rasgando mi garganta. No puedo respirar. No puedo respirar.

La puerta hacia el techo está abierta. Me arrastro hacia la luz del sol, atragantándome, jadeando. Necesito desconectarme. Ahora. Algo está funcionando mal. No puedo respirar. Mi mente se está fragmentando, destrozándose como el vidrio. Vidrio. Vidrio. Había tanto en el piso. Sus pies estaban desnudos. Sus pies.

Algo burbujea dentro de mí, y me siento como si pudiera vomitar, aunque sé que no es posible. Pero el tubo de respiración se contrae todo el camino, de regreso hacia mi boca. Toso violentamente y el tubo se desenrolla y las serpientes vuelven abajo, a mis pulmones y mis entrañas, me llena de grueso lodo, aclara mi mente por un segundo, hasta que logro recuperar el aliento.

Descanso allí, sobre mis manos y rodillas, e intento aferrarme a mis pensamientos resbaladizos. El jarabe quiere apartarlos, convertirlos en enojo, voltearme contra las alimañas, los humanos, la chica...

¿Qué pasó? Ella estaba viendo algo, un video, una chica. Una chica que es asesinada. Una de nosotros.

Como Sexta. Mi chica. Desearía que ella estuviera aquí. Ella sabría qué

hacer, pero está muerta. Se formaron alas de sangre alrededor de su cuello.

La orilla del techo está a sólo unos metros de distancia. Lucho por avanzar y tropiezo adelante, con la cabeza colgando de lado. Debajo está la terraza de la habitación. Puedo oírla gritar y llorar por encima del viento, o tal vez lo imagino. Podría bajar, son menos de cinco metros. Podría saltar y estar con ella en cuestión de segundos, desatarla y pedirle que me perdone. No tengo una seña para *perdonar*, pero inventaré una.

Ni siquiera sé qué significa la mitad de esas palabras, esas cosas que me dijo.

Hay otra orilla detrás de mí, al otro lado del techo, sin una terraza debajo. Cuarenta y un pisos. La caída tal vez me matará. Quizá. ¿Qué creo más? ¿Que me perdonará alguna vez, o que la caída me matará? ¿Qué quiero más? ¿Perdón? ¿O muerte?

O puestas de sol. O telarañas. Agujas de pino.

Copos de nieve.

Dientes de león.

Los escurridizos pensamientos se alejan, se resbalan. Apoyo mi cabeza sobre la orilla hasta que imagino que puedo escucharla otra vez. Grita mi nombre. No puedo dejarla allí. Aférrate a ese pensamiento. No puedo olvidar que está ahí abajo, atada, sola. Si yo muero, ella muere. De hambre, de frío. Atada a una cama como...

¿Qué hice?

¿Cuánto tiempo he estado aquí arriba? Parece que el tiempo ha pasado. El sol está besando las montañas, la luz cambia de dorada a índigo. Me paro y mido la distancia a cada orilla, muevo mis pies ligeramente hasta que la distancia es justo la misma.

El orbe anaranjado del sol se sumerge detrás de las montañas nevadas y atrapa mi mente por un segundo, lo suficiente para que piense con más claridad lo que he hecho éstos últimos días.

Puedo hilar cinco pensamientos juntos, creo. Intentarlo, por lo menos. Es importante.

Uno, ella no me ama. Nunca lo hará. *Cero repetir siempre*. Nunca más. No importa lo que le traiga o cómo me preocupe por ella. Nunca podré hacer

que me ame. Es embarazoso pensar en el gran esfuerzo con que he estado intentándolo.

Dos, la amo de manera tan absoluta que apenas puedo pensar en nada más. Eso se siente como algo que no podré olvidar, pase lo que pase.

Tres, ella morirá si la dejo. Aférrate a eso, es importante.

Cuatro, no ha nevado en seis días. Eso no es relevante en realidad, lo entiendo, pero es verdad. El hecho de que incluso recuerde la última vez que nevó es algo para celebrar en este momento.

Cinco, puedo estar a su lado en segundos. Y ella me odia y piensa que soy un monstruo, y lo soy. Pero no importa. Haré lo que ella quiera, sea lo que sea, dejaré que me odie, que abuse de mí, que me mate incluso. No importa. Eso me hace un tonto sentimental, tanto como un pervertido y un degenerado. Defectuoso, estúpido, débil...

Mi cabeza se aclara. Hay absoluta claridad. Doy un paso hacia la orilla del techo, apenas consciente de la dirección que elegí.

RAVEN

Lo peor de encontrarte atada es no saber cuándo o cómo va a terminar.

Grito su nombre y le suplico que regrese, suplico y grito y lloro hasta que todo mi amor propio se ha esfumado. Entonces lloro por Topher, y hasta por Xander y Emily. Mis padres. Lloro por cualquiera que nunca me habría hecho esto. Y lloro por los muertos, Sawyer y Felix y Tucker y la pequeña niña cuyo osito de peluche está decapitado en el baño. Y después lloro por la computadora portátil destrozada allá abajo, revivo la mesa de vidrio explotando y la chica Nahx perdiendo su cabeza, a la deriva entre el agotamiento y la sacudida del despertar una y otra vez.

Cuando mi brazo y mi pierna están entumecidos y doloridos, y los dedos de mi mano libre sangran por tirar las ataduras, revivo el jarrón que se estrella sobre la cabeza de Augusto, los espejos y las fotos en la pared. El sol se hunde en el horizonte. A través de las ventanas de la terraza fluye luz dorada. Vuelvo la cabeza y miro por el pasillo, donde los escombros de los marcos de cuadros rotos forman largas sombras, y el vidrio roto brilla dorado en el suelo, como estrellas distantes.

Dios mío, el vidrio en el suelo.

Hay vidrio roto por todo el piso, y estoy descalza. Algo dentro de mí se agrieta y forma una telaraña, como un parabrisas, y todos los pequeños fragmentos tintinean para unirse a la destrucción. Ésta no es la primera vez que me desmorono, pero es la primera que no estoy segura de querer recoger

todas las piezas y repararlas. Porque en alguna parte entre los fragmentos está el trozo de mí que odiaba tanto a Augusto que soñaba con matarlo. Que me daba placer cuando me burlaba de él. Ésa que lanzó insultos y maldiciones a pesar de que sé que le quemaban como ácido. ¿Qué clase de persona sería tan cruel y desconfiada con alguien que salvó su vida? Nunca ha hecho otra cosa que tratar de ayudarme y hacerme feliz.

—Augusto... —lloriqueo—. Regresa, por favor...

Tirando de las ataduras, levanto mi pie libre hacia atrás y lo giro con torpeza. Hay un pequeño corte en uno de sus flancos, nada serio. Retuerzo el otro pie. Se siente bien.

El tiempo pasa. El sol toca las cumbres y las cañadas nevadas. Las centellantes estrellas del pasillo se apagan. Estoy tan avergonzada que en realidad anhelo la oscuridad. Si alguna vez regresa, no quiero que me vea así. Si alguna vez vuelve, la chica a la que solían llamar *Rage*, rabia, la luchadora, la soldado furiosa y perdida se ha ido. Alguien más tomó su lugar, alguien que nadie reconocería.

Sobre las montañas aparece la primera estrella. Quizá sea Venus, pero no importa; cierro los ojos con fuerza y formulo un deseo, murmurando:

—Por favor, que vuelva...

Afuera, en la terraza, escucho que algo golpea sobre el piso de concreto. Se abre la puerta corrediza.

Con la puesta de sol desvaneciéndose detrás de él, sólo veo su silueta. Camina hacia mí y se arrodilla junto a la cama.

—*Lamentar. Repetir lamentar. Siempre.*

—Yo también —consigo decir, aunque mi corazón se aloja en mi garganta.

Se estira hacia arriba y hace clic en mi atadura de la muñeca, que se suelta, y luego repite lo mismo con mi tobillo. Me deslizo hacia atrás, lejos de él, y caigo al suelo. Cuando da vuelta a la cama, estoy arrinconada en la esquina de la habitación, frotando la sensibilidad recuperada en mi muñeca y mi tobillo.

—*Pero. Donar.*

Es la primera vez que lo veo usar esa frase. Quizá, no la última. Puedo

perdonar, lo perdono, pero mi boca no funcionará.

Baja su cabeza y lentamente se arrodilla frente a mí, luego cae hacia adelante hasta que su frente está en el suelo, con ambas manos en la parte superior de su casco. Es una impresionante muestra de remordimiento, debo admitirlo. Ni siquiera las apasionadas disculpas de Tucker fueron nunca tan exhaustivas, tan viscerales. Pero la ira de Tucker nunca fue tan explosiva tampoco. Quiero decir, por lo menos, nunca rompió una mesa frente a mí.

—Fue por el vidrio roto, ¿cierto? ¿No querías que me cortara los pies?

Mueve ligeramente la cabeza, asintiendo con la cabeza en el suelo.

—¿Por qué te enfadaste tanto? ¿Conocías a esa chica? ¿La del video?

Golpea el pulgar con la mano izquierda. No estoy segura de lo que esto significa. Cuando yo no respondo, él hace otras dos señas familiares.

—*Sentir roto.*

—Estoy bien, en realidad no me lastimaste.

—*Yo... yo... sentir roto.*

Se sienta sobre los talones. Con la cabeza baja, sin mirarme, hace lentamente una seña con una mano. La traduzco sin esfuerzo en mi cabeza.

—*Tú hacer triste. Repetir, repetir triste.*

Esto se siente como un ataque más que una admisión. Me estiro hacia adelante y levanto su barbilla para que pueda verme, hago sus señas mientras hablo, deslizo mi pulgar a través de mi garganta.

—Tú me haces sentir como si estuviera matándome.

Saca su barbilla y gira su cabeza ligeramente, apenas lo suficiente para saber que ya no está mirándome.

—*Repetir yo. Repetir. Siempre.*

No podría odiarlo ahora aunque lo encontrara torturando cachorros. Todo lo que quiero es poner mis brazos alrededor de él y decirle que todo va a estar bien. Pero, por supuesto, me doy cuenta de que es lo último que necesita. Porque sería una mentira, y nadie necesita eso.

—Subiste al techo, ¿cierto? ¿Cuando me dejaste?

Asiente, todavía mirando a lo lejos.

—¿Ibas a saltar?

Cae lentamente hacia adelante otra vez, esta vez acunando su cabeza en el

piso, en el pliegue de su codo derecho. Su mano izquierda se adelanta hasta que sus dedos con armadura apenas tocan mi pie. No lo alejo. Siento una extraña conexión con él ahora que sé que el suicidio ha estado en su mente también. No estoy segura de que me hubiera dado cuenta de lo mucho que ha estado en mi mente hasta hace unos segundos.

—No creo que debamos seguir cerca —sacude su cabeza—. Tengo que volver con mi gente, de regreso con mis amigos de alguna manera —asiente lentamente.

Apretar mis ojos cerrados no hace más difícil ver la realidad de mi situación, de nuestra situación. Por más que necesitemos librarnos uno del otro, no es posible. No por un tiempo.

—No creo que pueda encontrar el camino de regreso sola. Está muy lejos.

Pasa un largo rato antes de que vuelva a asentir, con la cabeza todavía acunada en su brazo.

Es lo más difícil que he tenido que preguntar a alguien. Más difícil que pedirle a Xander que nos ayudara a poner el cuerpo de Tucker en el suelo.

—¿Vendrás conmigo?

Asiente de inmediato esta vez y suelta un largo y gruñido suspiro.

—Es un largo camino. Más de trescientos kilómetros.

Sigue asintiendo, pero aprieta los dedos de su mano lejos de mi pie.

Nos sentamos allí hasta que empiezo a temblar por el frío. El sol ya se ha sumergido muy por debajo del horizonte a esta hora, y la habitación está oscura, salvo por el persistente crepúsculo.

—Augusto...

Se levanta rápida, mecánicamente, y mirando a través de la habitación y hacia la puerta, se inclina y me sujeta con facilidad en sus brazos. Como no forcejeo, puede cargarme, como un novio a su novia, y me lleva por el pasillo largo y oscuro. El vidrio cruje bajo sus pies mientras camina.

Me mete en el sofá y dobla mantas alrededor de mí, siempre con la mirada esquiva. No quiere verme. Cuando termina, tomo una de sus manos y murmuro, como si estuviera compartiendo un secreto.

—Hay un lugar, un tiempo tal vez, o un universo, donde podemos ser amigos, ¿cierto?

Él hace su seña para *bonito*. No sé por qué. Y asiente.
Más tarde, en la oscuridad, lo oigo barrer el vidrio roto.

AUGUSTO

A amigos.

No en este mundo, sin embargo. No en este universo, en otro lugar. Pero supongo que eso es suficiente. Es más de lo que merezco después de haberla asustado tanto.

Cuando sale el sol, tengo una sorpresa para ella. No era tan difícil de conseguir, y finalmente supe cómo darle algo que estoy seguro de que va a amar, sin tener que robarlo de un humano muerto. Le doy un codazo para que despierte. Mientras se mueve, me muevo hacia atrás. Sé que no le gusta que la toque.

—Hola —dice, abriendo los ojos. Se sienta un poco y mira a su alrededor, por la ventana—. Un buen día para una caminata, ¿eh?

Asiento, el sentimiento feliz en mi mente hace que concentrarme sea fácil. Hago la seña de su nombre.

—*Raven*.

—¿Sí? —responde con una sonrisa. Ah, es hermosa.

Hago un gesto, me levanto y camino hacia atrás.

—*Seguir* —digo.

Ella parece entender. Con la manta envuelta todavía alrededor de ella, me sigue por el pasillo hasta el cuarto de baño. Sostengo la puerta abierta para ella. El vapor perfumado emerge.

—Eso es... ¿agua *caliente*? ¿Un baño caliente?

Asiento. Estoy empezando a sentirme un poco mareado.

—Vaya, Augusto, no sé qué decir. ¿Cómo hiciste esto? Es asombroso...

Ella está sonriendo tan brillantemente que casi duele mirarla. Ésta es la felicidad que he estado buscando desde siempre. Dulce Diente de León con una sonrisa en su rostro. Es demasiado para soportar. Doy media vuelta y extiendo mi mano izquierda hacia la pared.

—¿Estás bien?

—*Bien. Feliz. ¿Tú?*

—Muy feliz, gracias. Voy a bañarme ahora.

Creo que olvidé cómo moverme. La sonrisa se desvanece de su rostro.

—No estarás esperando ver, ¿cierto?

—*No. No. No. No. Lamentar. No.*

Salgo y cierro la puerta detrás de mí. Estúpido Augusto. Eso fue en verdad estúpido.

Cuando sale envuelta en su manta, con el cabello en una toalla, ya hice una pila de ropa nueva en el sofá, cosas que busqué durante toda la noche. Me quedo allí y observo su reacción mientras ve las ofrendas. Ropa interior térmica, un buen abrigo, pantalones para la nieve, guantes impermeables...

—Botas —dice, y luego, por alguna razón, se ve triste. Cubre su boca.

No estoy muy seguro de qué hacer o decir. Estoy tratando de no mirar su muslo desnudo, que se asoma debajo de la manta. Huele fenomenal, exquisito, como una mezcla de flores silvestres y abejas y *su* olor, pero limpio y nuevo. Tan humana, tan una parte de su hermoso planeta. Me acerco sin pensarlo siquiera. Ella da un paso atrás.

—*Lamentar.*

—No, está bien —olfatea—. En verdad, estoy bien. Voy a vestirme ahora, ¿podrías...?

Salgo por la puerta principal y la cierro detrás de mí.

En el pasillo lucho por no imaginarme la manta deslizándose, a ella tirando la toalla de su cabeza, los mechones dorados de Diente de León surgiendo de nuevo y cayendo sobre sus hombros. Diente de León es aún más hermosa en mis pensamientos, si eso es posible.

Mi mente se abre y veo cosas, misteriosas pero familiares, que sé que

vienen de atrás de la puerta. La sensación abrumadora de verla feliz la abrió de nuevo, y veo a otros como yo, cientos de otros alineados, algo casi recordado sobre verme en un espejo, una hilera de espejos. Mi corazón salta en mi pecho cuando la puerta se desliza para cerrarse, la astilla de luz se desvanece.

Estoy arrodillado, con todo mi cuerpo apoyado en la pared cuando ella me encuentra.

—¿Estás bien?

Está completamente vestida con la ropa que recolecté para ella, de color negro y gris oscuro, porque tendremos que mantenernos en las sombras, una ajustada gorra negra que tira y amarra debajo de la barbilla, un pañuelo negro sobre su boca y nariz, chamarra impermeable, guantes, pantalones de nieve atados a las botas. Ella es muy pequeña, comparada conmigo, pero si otro la mirara desde lejos, podría parecerse a uno de nosotros. Ésa es la idea. Si somos vistos, no demasiado cerca, los otros podrán ignorarnos. Verla me hace sentir mejor sobre salir al mundo.

Me libero de la inquietud de la visión y me levanto.

—*Bien siempre. ¿Tú?*

—Estupendo. ¿Cómo me veo?

Te ves lista para dejarme, Diente de León. Pero ella no sabe todas las señas para eso, así que sólo digo:

—*Bien.*

RAVEN

Él sugiere, es decir ordena, que duerma una siesta al mediodía.

—*Dormir ahora, por favor.*

—No estoy tan cansada.

Luego hace una larga serie de señas. Nunca había visto la mayoría de ellas, pero el significado es claro de alguna manera.

—*Dormir ahora o tú estar cansada y yo tener cargar noche.*

Ríe conmigo, inclinando la cabeza hacia atrás, mientras me acurruco en el sofá. Cuando despierto, el departamento está oscuro y callado. La luz de la luna se filtra desde la terraza cuando me siento y jalo las botas, dando una última mirada alrededor.

Si éste fuera otro mundo y yo fuera otra persona, este lugar sería un sueño hecho realidad, un *penthouse* de un millón de dólares en las nubes. En la oscuridad todavía parece casi como si pudiera serlo, aunque sé que a la luz del día es más un lío. Pilas de ropa por todas partes, paquetes de comida desechados en cada superficie. Ninguno de los dos somos muy buenos para el trabajo de casa. Después de todo, ha estado lanzando los platos sucios sobre la barandilla. Básicamente destrozamos el lugar, como un par de ocupantes ilegales drogadictos. Y entonces siento una punzada de culpa. ¿Y si el dueño, el calvo, el contador soltero, sobrevivió de alguna manera y se encuentra en un campamento de refugiados o algo así? ¿Y si, cuando todo esto haya terminado, regresa y encuentra este desorden? Tal vez debería dejarle una

nota. Me pregunto cómo podría explicar lo que pasó aquí.

—¿Augusto? —digo entonces, repentinamente incómoda en la oscuridad. No hay respuesta. Volverá pronto, me digo. Siempre regresa, pase lo que pase.

Sigo a tientas mi camino hasta el baño, enciendo una vela y lo uso por última vez. Hurgando entre los cajones, colecto unos cuantos cepillos de dientes y un poco de crema dental. Tomo un poco de desinfectante de espuma y algo de protector solar.

No puedo evitar sonreír frente al surtido de productos para el cuidado de la piel, el aceite para el cabello y el champú que Augusto reunió durante estas semanas. Lo imagino recorriendo los estantes de las tiendas y tomando cualquier botella o caja con una modelo que se pareciera vagamente a mí. Tengo suficientes productos de cabello africanos para durar dos apocalipsis. Me gustaría poder llevarlo todo, pero un frasco de manteca de karité tendrá que ser suficiente. Por ahora, me tomo un tiempo para peinar adecuadamente mi cabello, en rizados planos, que serán cómodos bajo mi gorra. Creo que me he ganado el derecho a un poco de mimo.

Cuando termino, meto todo en un pequeño estuche, lo llevo a la sala y lo guardo en mi mochila, que, después de todo, todavía conservo. Ha pasado a través de todo conmigo y apenas tiene un mal aspecto. Sacudo la cabeza y miro las estrellas a través de la ventana.

—¿Augusto? —digo a mi reflejo. Parece que todavía estoy sola. Reniego con la cremallera de mi mochila, siempre ha sido un poco terca. Cuando miro hacia atrás, a mi reflejo, hay una gran sombra detrás de mí, justo dentro de la puerta.

—¡Dios! No me asustes.

Un segundo después me doy cuenta de que no es él.

Me lanzo al piso y deslizo mi mano bajo el sofá, en busca del cuchillo que metí entre su forro. Mi mano palpa alrededor mientras la sombra se mueve hacia mí. Sólo tengo suficientes células cerebrales para darme cuenta de que tal vez es una chica Nahx antes de que mi mano se cierre sobre el cuchillo. Ella le da a la mesa de café un empujón con su pie, y se desliza a través de la habitación.

—¡AUGUSTO! —grito, balanceando mi pierna alrededor de las suyas, y se estrella contra el suelo frente a mí. Tengo que tomar una decisión en una fracción de segundo. Podría saltarle encima e intentar clavar el cuchillo en su cuello, o podría correr.

Ah, correr o pelear. De cualquier manera, mis posibilidades son básicamente inexistentes.

—¡AUGUSTO!

La chica me toma del tobillo, como hizo el Nahx en el estadio. Lanzó mi otra pierna hacia atrás y la golpeo con fuerza en la cabeza. Tal vez ésta no es tan robusta, porque parece que logro aturdirla. Tomo el cuchillo, con un salto me pongo en pie y con otro paso sobre ella, en mi camino hacia la puerta.

Aviento la puerta abierta y me lanzo hacia el pasillo. Veo de reojo a la chica Nahx ponerse en pie antes de que la puerta se cierre. El pasillo está casi completamente oscuro, y no tengo una linterna. De hecho, no tengo nada más que el cuchillo en la mano. Ni siquiera tengo ese abrigo fantástico. Todo lo que llevo son los pantalones de nieve, las botas y un par de suéteres. Maldición, ¿dónde está Augusto?

Corro por el pasillo, arrastrando mi mano a lo largo de la pared para encontrar el camino. Cuando llego a la escalera, volteo hacia atrás para ver a la Nahx que sale del *penthouse*. *Dios mío, estoy muerta*, pienso, y todavía tengo cabeza para recordar que los Nahx no suelen viajar solos. Quienquiera que sea esta Nahx, su compañero, un chico, tal vez mucho más grande y fuerte que ella, está cerca.

Salto por el primer tramo de escaleras; mis tobillos duelen cuando aterrizo. Luego me deslizo por el pasamanos al siguiente nivel y hacia el pasillo. Por suerte, Augusto ha abierto todas las puertas de este nivel también. Nunca me sentí más agradecida por esta particular peculiaridad. Corro a medio camino por el pasillo, jalo la bufanda de mi cuello y la arrojo a un departamento. Luego regreso y salto con rapidez detrás de la puerta del primer departamento. No estoy segura de que los Nahx se guíen por el olor, pero desde hace mucho lo sospecho. Tal vez ahora lo descubra de una vez por todas.

El departamento en el que me encuentro es similar al *penthouse*, pero más

pequeño. Corro a la cocina primero y me tomo un segundo para armarme con otro cuchillo afilado. Luego me lanzo a la recámara que tiene un baño, y cierro la puerta. Me meto en el sanitario y derribo la puerta de vidrio corrediza.

Y a esperar.

No transcurre mucho tiempo antes de que escuche que se abre la puerta principal. No se me escapa la ironía de todo esto. Estoy encogida en un baño otra vez, con un cuchillo en cada mano. Caray, tal vez pueda hacer que ésta se enamore de mí también.

¿Enamorarse? ¿Acabo de pensar eso? ¿En verdad pienso que Augusto está enamorado de mí?

Escucho pasos metálicos que se acercan por el piso de madera en el pasillo.

Por supuesto que Augusto está enamorado de mí. Claro que lo está. ¿Qué demonios he estado pensando?

—Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios —murmuro, sin saber si estoy entrando en pánico por la chica Nahx que viene por el pasillo para matarme, o por el chico Nahx que está ahí fuera, en la ciudad, enamorado de mí. ¿Cómo dejé que esto pasara?

La puerta del dormitorio se abre. Tomo una decisión precipitada y estúpida. Esta chica estará esperando que me quede escondida, como lo hice cuando Augusto me encontró, pero voy a salir súbitamente. Tan callada como puedo, deslizo la puerta de vidrio y salgo del baño. Un rayo de luz de luna a través de una ventana es toda la iluminación con la que tengo que trabajar, pero es suficiente para guiarme de vuelta hasta la puerta del sanitario. Dudo que pueda abrir lentamente la cerradura sin hacer ruido, así que decido hacerlo rápido... ¡*Clic, bang!* Abro la puerta.

La Nahx está inclinada, mirando debajo de la cama, con su rifle sobre la colcha. Apenas tiene tiempo de girar la cabeza antes de que yo salte sobre su espalda, rebote sobre la cama, enganche un pie a través de la correa de su rifle, y luego me lance contra la puerta corrediza, con los brazos cruzados delante de mi rostro. El vidrio estalla a mi alrededor, y aterrizo en mis rodillas; mi cara se golpea contra la barandilla. Esto dolerá mañana, pienso,

mientras giro para ver a la Nahx trepando por la cama hacia mí.

Se mueve lentamente al principio. Estoy segura de que sabe que mi única salida es hacia abajo, pero estoy contando con que su agresión tenga lugar en el último minuto. Mis otros encuentros con Nahx han ido desde un lento acecho hasta culminar en un duelo mano a mano de alta velocidad. Perdí la pista de hacia adónde se fue su rifle. Ella no lo tiene y yo no lo tengo, eso es todo lo que sé. Baja de la cama. Me agacho y empuño mis cuchillos. Con un chasquido, ella saca su propio cuchillo. La hoja pulida resplandece a la luz de la luna.

—Oh, mierda —digo.

En realidad no me importa si se entera de lo asustada que estoy. Bravuconear no me llevará a alguna parte en este momento. Tengo una oportunidad de terminar esto a mi favor. Intento enmarcar mi plan en palabras dentro de mi cabeza. Deberían ser palabras muy familiares para mí, el prodigio de artes marciales que soy, pero casi no puedo pensar. El vidrio cruje bajo las botas de la Nahx.

—¡¿AUGUSTO?! —grito a la noche.

Algo sobre usar el impulso de mi enemigo para hacer algo. No tengo ni la más remota idea. Sube a la terraza y, con la velocidad del rayo, se abalanza hacia mí. Dejo caer los cuchillos, me arrojo hacia abajo y sujeto sus tobillos. Golpea en la barandilla mientras ruedo sobre mi espalda y, todavía sosteniendo sus tobillos, pongo los pies debajo. Luego, con las rodillas temblando por el esfuerzo, empujo hacia arriba. Ella hace un gruñido desagradable mientras la arrojo por encima de la barandilla. Una de sus manos se apresura y se aferra al metal. Se balancea, colgada de una mano.

Maldición. Esto es como una de esas escenas de película donde el chico bueno ayuda estúpidamente al malo para que no caiga a una muerte segura. El segundo que me lleva pensar esto es suficiente para que ambas nos demos cuenta de dónde está el rifle de dardos: justo debajo de la barandilla, justo frente a ella. Arroja su cuchillo antes de que sus dedos se cierren sobre el rifle. Esta vez ni siquiera pienso. Me balanceo y pateo, limpiamente golpeo su mano derecha que la mantiene en la barandilla. Ella deja escapar un salvaje silbido mientras cae.

Miro por encima de la barandilla mientras desaparece debajo de mí, y algo pasa zumbando cerca de mi oído.

La infeliz realmente disparó ese rifle de dardos mientras caía treinta y nueve pisos.

Me desplomo de rodillas sobre la terraza; los pantalones de nieve amortiguan un poco el impacto. Algo fluye por mi rostro. Levanto la mano y encuentro la sangre que gotea de un corte en mi ceja. Y siento frío, también. Ahora que la adrenalina está pasando, me doy cuenta de lo mordazmente frío que está aquí afuera. No llevo sombrero, guantes ni abrigo, y acabo de romper la ventana. Me esfuerzo por levantarme. Apoyada sobre la barandilla, veo a la chica Nahx tirada, una mancha oscura en la carretera muy por debajo. Tropiezo de nuevo en el departamento y me siento en la cama.

Ahora debo decidir qué hacer. ¿Puedo ir a buscar a Augusto, arriesgándome a encontrar a la pareja de esta chica, o me oculto por un tiempo y espero que Augusto me encuentre? ¿Esconderme o pelear? ¿Esconderme o correr? ¿Esconderme o buscar?

Y luego está todo el asunto de Augusto enamorado de mí. No estoy tan segura de esto como lo estaba hace unos minutos, cuando la muerte estaba tan cerca. Ahora creo que tal vez fue sólo mi cerebro retorciéndose en el calor del momento. Él se preocupa por mí, se preocupa por mi supervivencia, pero ¿me ama? Creo que es posible que me ame tanto como Topher, lo cual equivale a decir que no me ama, en realidad. Él siente una obligación conmigo, una atracción perversa, y una buena confusión hormonal clásica causada por la pena y el miedo, y por ser un chico. Sí, eso tiene más sentido. El dolor y el miedo nos convierten a todos en imbéciles.

Ojalá Topher estuviera aquí para poder decirle que matar a un Nahx no se siente tan bien como pensábamos. De hecho, me siento fatal del estómago. Estaba loca y decidida a dispararme, por cualesquieran que sean las razones de los Nahx, pero una parte de ella debía ser como Augusto, un ser pensante. No puede ser el único que piensa como él. ¿A ella le gustaban los atardeceres también? ¿Los copos de nieve? ¿Tenía miedo de su propio reflejo? Él también se condujo alguna vez como ella. Entró en esa casa rodante planeando matar lo que fuera que se encontrara allí, pero cambió de idea por

alguna razón. Si él pudo cambiar de opinión, ¿no pueden todos? La fuerza de esta revelación me marea. Me recuesto en la cama y miro el oscuro techo. Si hice que Augusto cambiara de opinión, entonces ¿por qué no puedo... hacer algo...? Incluso salvar al mundo.

¿Por qué mi vida tiene que ser tan complicada?

AUGUSTO

Encuentro al chico en el cuarto piso. Se gira hacia los sonidos de mis pasos en la escalera, detrás de él. No podemos mostrar emoción, se supone que no debemos sentir ninguna, pero podría decir que se sorprende de verme.

—¿*Rango*? —pregunta.

—*Sexto* —miento.

Mi mente escupe algo del procedimiento. Algo que Sexta puede o no puede haberme dicho.

—*Separar. Yo comenzar arriba, tú abajo. Encontrar mitad* —aunque nunca busqué estar en un rascacielos con ella, sé lo que esto significa. Hay una chica en el último piso; la Compañera de éste está arriba, justo donde estaba Diente de León. Ahora mismo. Y no puedo moverme por el miedo de que ella le dispare a Diente de León y todo esto termine.

Demasiado tarde recuerdo que yo también debería haber pedido el rango del chico. Es un rango alto, tal vez un Tercero. Su armadura es brillante.

—¿*Hacer tú*? —pregunta, con impaciencia, porque he estado allí mirándolo como un torpe Duodécimo.

—*Preparar* —respondo—. *Buscar antes aquí.*

—¿*Compañera*?

Muerta. Pienso en la forma que dejó en la hierba aplastada, las alas de sangre. *Muerta* ya no parece la respuesta correcta.

—*Arriba* —digo, en un raro momento de inspiración—. ¿*Rango*?

—*Tercero* —chasquea—. *Venir.*

No tengo tiempo para pensar o hacer un plan. Me paro detrás de él cuando se vuelve, sostengo su cabeza y pateo sus pies por debajo. Me han hecho esto tantas veces que ya soy algo así como un experto. Su cuchillo destella en la oscuridad mientras cae. Mantengo mis manos en su cabeza y giro hasta que oigo un crujido, luego empujo su cuerpo hacia abajo, por las escaleras. El cuchillo tintinea sobre el hormigón. Me detengo, lo levanto y lo miro por un momento.

Matar a sangre fría a uno de mi especie es más fácil de lo que pensé. Ya había matado al que estaba atacando a Diente de León en el estadio, pero fue diferente: un momento de rabia y terror, alimentado por el lodo que se agolpaba dentro de mí. Este chico de cuello roto en las escaleras fue una elección racional. Me pregunto ahora por qué no maté a Sexta ese día bajo la lluvia.

Matar. Muerto. Detener. Detenido.

Debería irme. Este Tercero no se preocupaba por mí, y menos aún por los humanos. Pero no puedo sacudir mi sentido de lealtad hacia él. Giro su cuerpo sin vida. Con el cuchillo remuevo el transmisor de la parte posterior de su cuello, luego lo dejo caer y lo aplasto bajo mi bota en el piso de concreto. Por lo menos ahora, si alguna vez despierta, tal vez será libre como yo.

Diente de León está sentada en la oscuridad cuando la encuentro, en nuestro departamento, envuelta en una manta, con un cuchillo afilado en cada mano; el olor del miedo flota alrededor de ella. Miedo y abejas y flores silvestres. Su cabello está firmemente retorcido en su cabeza, pero algunos rizos como plumas salen en las orillas. Ya no es un diente de león, sino un pájaro. Un pájaro asustado. Un pájaro audaz y desafiante.

—*Raven.*

—Maté a... uno de los tuyos —dice. Hay una marca sangrante en un lado de su rostro.

—*Yo también.*

—¿Qué te harán si lo descubren?

Paso mi pulgar a través de mi garganta, y luego le doy su abrigo.

Le doy el cuchillo que tomé del chico y apunto al lugar exacto bajo mi barbilla. Quisiera explicarle que sus hojas están especialmente diseñadas para cortar a través de mi armadura. Nunca me explicaron *por qué*.

—Lo sé —dice, deslizando el cuchillo en una funda que ha atado a su pantalón.

—*No temer* —digo.

No quiero decirle que hay una posibilidad de que uno o ambos se levanten.

—No lo haré.

Me estiro y desabrocho uno de los bolsillos del abrigo. Luego deslizo dentro una pequeña pistola que encontré, y dos cartuchos de municiones en el otro bolsillo. Toco mi barbilla de nuevo.

Cuando salimos del edificio que ha sido nuestro hogar durante tanto tiempo, pasamos junto a los cuerpos de mis dos colegas, uno flácido en las escaleras, uno torcido y estallado en la nieve.

El comienzo de nuestro viaje no es tan feliz como esperaba. Pero estamos juntos.

RAVEN

No estoy segura de por qué no me enojé con Augusto por dejarme sola y a merced de un Nahx en la oscuridad. Quizá por fin me di cuenta de que nada de esto es culpa suya. Nada de esto es mi culpa tampoco, ahora lo sé. Nada que cualquiera de nosotros pudiera haber hecho lo habría cambiado. Yo no podría haberlo sabido, y él no tiene poder o influencia con los suyos. Ni siquiera estoy segura de cómo lo sé ahora, sólo lo sé. Está claro que es un subalterno, un soldado raso. Está ausente sin permiso, es un desertor, y estoy segura de que eso no es bueno para ninguno de los dos.

Ambos estamos corriendo ahora, pero sólo uno de nosotros tiene adónde ir. Mientras nos movemos a través de las calles oscuras, me pregunto qué será de él cuando nos separemos. Me pregunto, y me pregunto, y empiezo a preocuparme y obsesionarme, y luego me reprendo y recuerdo que él no es mi problema. Camina ligeramente detrás de mí, con el rifle levantado en una mano y la otra descansando en mi hombro. Me libero de cuando en cuando, pero siempre encuentra su camino de regreso. Eventualmente, lo ignoro. Está acostumbrado a caminar así, o quiere que parezcamos una pareja normal de Nahx, o lo que sea. Es irritante, pero al menos no habla todo el tiempo como Xander.

Incluso en la noche puedo ver que estamos caminando a través de una pesadilla. Concentro mis ojos en mis pies, para no tener que ser testigo de la devastación que me rodea. Después de una hora de caminata, empiezo a

darme cuenta de que una pequeña voz en la parte posterior de mi cabeza ha estado contando, a pesar de mis esfuerzos, cada uno de los humanos muertos que encontramos. Me doy cuenta cuando el número ya alcanza los quinientos. Muchos están tan cubiertos de nieve que parecen formas indistintas de pelusa blanca. Pero yo sé lo que son.

La oscuridad sigue siendo profunda cuando llegamos al estadio. Se eleva sobre nosotros como amenazantes acantilados contra el cielo estrellado. Siento un deseo perverso de entrar, de examinar el lugar donde peleé con el Nahx, donde Augusto me rescató. No estoy segura de lo que espero encontrar. Mis manchas de sangre, tal vez. El cuerpo de ese Nahx. ¿Lo mató Augusto? Nunca se lo he preguntado. ¿O lo hice yo? El atacante y el salvador se revuelven juntos otra vez. Augusto me sostiene del brazo cuando tropiezo en la nieve.

—¿Sentir rota?

—Todo bien, sólo me resbalé.

Me digo que lo que sucedió en el estadio no importa. Y es así. Todo lo que necesito es un escolta para regresar a la base, de vuelta a la seguridad, y entonces Augusto ya no importará, ni lo que hizo o por qué.

Damos una vuelta por el estadio, manteniéndonos cerca del muro. No hemos hablado sobre de dónde salieron esos dos Nahx. Augusto no parece muy preocupado al respecto, y no parece haber alguna señal de que hubiera más Nahx detrás de ellos. Tal vez eran una patrulla de rutina o algo así. Cuento con que Augusto sabrá si es probable que encontremos más. Cuento con él para detectar los transportes, pues pueden volar en silencio. Cuento con él para todo. Si escapara, ¿me seguiría? ¿Me dejaría hacer algo tan estúpido?

Cuento con que la respuesta sea no.

Augusto me entrega una pequeña linterna cuando llegamos a la entrada del túnel. Duda cuando comienzo a descender por la rampa, pero me sigue hacia abajo, con la mano en el hombro.

El túnel está oscuro y frío, y huele a combustible y humedad, algo que no noté la última vez que estuve aquí. Mi linterna, y una que Augusto sujetó a su rifle, proporcionan un pequeño punto de luz para guiarnos. Camino por

delante y siento el ritmo dudoso de Augusto a la zaga, casi como si no quisiera estar aquí abajo conmigo.

—¿Es demasiado bajo para ti? Prefieres el terreno elevado, ¿cierto? — dirijo mi linterna mientras asiente—. ¿Vas a estar bien?

Con su dedo dibuja un círculo, que interpreto como *Seguir adelante*. Es extraño lo familiares que muchas de estas señas son para mí ahora.

Si es algún tipo de máquina, pienso mientras camino, entonces ¿por qué lo harían?, ¿para que no pueda hablar? Seguramente ésa es una limitación en la que sus creadores pensaron. Quizá podría preguntarle sobre eso más adelante. Tal vez ahora no es el mejor momento. Pienso en las semanas que pasamos en el cómodo *penthouse* cuando pude haber aprendido a comunicarme mejor con él, cuando podría haberle hecho todas las preguntas posibles. Pero en vez de eso, yo hervía de rabia, lo evitaba porque me daba miedo y asco, o perdía el tiempo tratando de atormentarlo. Todos esos años de esfuerzo que puse en tratar de contener y canalizar mi rabia a través de las artes marciales y la filosofía se fueron al diablo, supongo, cuando esto era importante. Pensar en ello me hace querer patear algo.

Caminamos a través de un charco fétido y pronto estamos mojados hasta los tobillos de un líquido sospechosamente aceitoso. Me retracto de lo que dije sobre el parloteo. Es espeluznante estar aquí abajo sin nada que escuchar, salvo mis pensamientos. Para llenar el silencio empiezo a charlar y espero que a Augusto no le moleste.

—Solía temer a la oscuridad, ¿sabes? —algo estúpido para hablar, pero el eco de mi voz en las paredes mojadas proporciona un poco de ambiente—. Supongo que en un mundo sin electricidad es una fobia bastante agobiante. Después de todo, la oscuridad es algo natural. Como la muerte —sus pies resuenan detrás de los míos—. ¿Por qué no hay electricidad, es a propósito? ¿Ustedes bombardearon las centrales eléctricas? Espera, ¿fue como uno de éstos, como les llamaban, PEM? ¿Un pulso electromagnético? Los locos antiterroristas solían hablar de eso. Ustedes les enseñaron, ¿eh? La manera de incitar el terror. Matar a todos. Eso es bastante aterrador.

Caminamos en silencio durante varios minutos durante los cuales mi rostro arde. Ni siquiera sé si es por la ira o la vergüenza. Dios, si tenemos que

caminar de regreso a la base, nos tomará semanas. Voy a perder la cabeza, dividida entre el resentimiento y la necesidad, entre sentir pena por él y desear que esté muerto. Y desear que yo esté muerta también. Cuando ya no puedo evitar un suspiro tembloroso, él da un apretón en mi hombro. Incluso a través de mi abrigo y los suéteres puedo sentir su mano caliente, anormalmente caliente, como una plancha o una tetera. Si no fuera por las gruesas capas de ropa, se sentiría como si pudiera quemarme.

Me detengo y dirijo la luz de mi linterna hacia él. En la oscuridad, sus placas blindadas desaparecen como sombras, así que apenas lo veo. Deja caer su mano de mi hombro y baja el rifle, inclinando su cabeza hacia un lado.

—¿Eres una máquina? —lo he preguntado antes, pero ésta es una de las preguntas frente a las que se alejó—. Contesta esta vez.

Hace una seña con la mano, moviendo los dedos como si presionara botones o palancas.

—Máquina, correcto. ¿Entonces? ¿Eres una máquina?

Suspira y, después de un momento, se encoge de hombros.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo puedes no saberlo?

Se estira y da un golpecito en mi hombro.

—Tú. ¿Máquina?

—No, yo no lo soy. Soy un ser humano, por supuesto. Levanta la mano para formular una pregunta, sin ninguna otra palabra. De alguna manera sé que está preguntando: “¿Estás segura?”. Camino, incapaz de encontrar la respuesta correcta a eso. Un momento después, su mano aparece de nuevo en mi hombro. ¿Es tan extraño que él no sepa lo que es? Si alguien me hubiera preguntado hace un año cuál era mi propósito y por qué estaba aquí, no habría tenido ni una pista. Me habría encogido de hombros como la adolescente malhumorada que soy, renuente a hacer mis deberes, tumbada en una silla para perder más tiempo haciendo explotar zombis espaciales, mientras poco a poco me convertía en una. Fuera del *dojo*, ¿era menos una máquina descerebrada que Augusto? Y dentro del *dojo* todo lo que siempre quise fue una victoria para mí. Augusto era parte de una misión al menos, parte de un ejército invasor que tenía un objetivo compartido, una estrategia y un plan de operaciones.

Zombis del espacio. Eso es gracioso.

Sacudo su mano fuera de mi hombro, pero un minuto después está ahí otra vez. Me pregunto cómo nos veremos desde lejos, si parecemos dos Nahx caminando por su trabajo de librar a la Tierra de la escoria humana. Me imagino uniéndome a esta misión, disparando dardos y arrasando con una civilización. Sé que se necesitaron miles de años para construir, pero tal vez no era tan grande de todos modos. Quizá merecemos lo que tenemos. Y podría gustarme ser una Nahx. Siempre he preferido usar colores oscuros.

Como si supiera lo que estoy pensando, me aprieta el hombro otra vez.

Con nada más que el círculo de luz delante de nosotros, le resulta fácil a mi mente conjurar otras imágenes. Imagino a Augusto estirando la mano izquierda, apoyándola en la pared, en los muebles, buscando algo que no está allí. Algo, o alguien. Alguien. Pienso en la manera en que los Nahx caminaban en esos videos borrosos, unos con su mano en el hombro de otros. Ése en donde la cabeza se desintegra. Y esa chica que la perdió tuvo a alguien apoyado en ella también, alguna vez, me imagino.

En verdad odio este túnel. Está oscuro y húmedo y me pone sentimental y estúpida.

—¿Quién era? —le pregunto a Augusto, cuando ya no puedo resistir—. ¿A quién buscas? Cuando estás trastornado o adolorido, te estiras a la izquierda. ¿A quién estás buscando? ¿Alguien con quien solías caminar así?

Aprieta mi hombro con fuerza y me jala para que me detenga.

—No importa —digo rápidamente—. Olvídalo, no es mi asunto.

Vuelvo la linterna hacia él y puedo ver que está mirando más allá de mí, aunque su mano todavía está sobre mi hombro. No sé por qué me mantengo hablando. Es como si hubiera un puente que necesitamos atravesar y que debo atraer hacia nosotros si queremos llegar adonde vamos.

—¿Era una chica? ¿La chica con la que viajabas?

Asiente, con la mirada todavía distante. Mi linterna ilumina su perfil, que en su falta de detalle, parece apabullantemente humano. Una barbilla fuerte, el rastro de una nariz, incluso unas leves cejas en un ceño siempre fruncido. Suspira entonces, un largo suspiro de gruñido que resuena por el túnel.

—¿La amabas? —no sé qué diablos le está pasando a mi boca. Parece

estar actuando sin ninguna conexión con mi cerebro o lo que podrían ser cosas sensibles que preguntarle. Transcurren varios largos segundos antes de que vuelva a asentir, lentamente.

Apenas me tomo el tiempo para procesar que esta criatura, que puede o no ser una máquina, ha admitido amar a alguien.

—¿Dónde está ella?

Quita su mano de mi hombro y la lleva a través de su garganta.

—*Morir.*

Pone su mano en mi hombro y lo aprieta, luego deja caer su cabeza, que queda colgando. Y me da un pequeño empujón. Apunto mi linterna hacia el frente y camino, parpadeando, parpadeando, y pensando en Edgar Allan Poe.

Cero repetir siempre. Nada otra vez para siempre. Nunca más.

—Mi novio también murió —digo unos minutos después, sólo porque creo que él merece saberlo. Me detiene, golpetea su hombro donde Topher le disparó con la flecha, y sacude la cabeza.

—No, ése no era mi novio. Él era Topher, un amigo. Su hermano, Tucker, era a quien yo amaba. Pero murió. Fue asesinado por... uno de ustedes, un Nahx. Hace tiempo.

—¿*Ver Topher?* —pregunta golpeando ligeramente su ojo y su hombro. Es linda la forma en que le ha dado una seña al nombre, como si nada.

—Lo estamos buscando, sí.

—*Ver Topher repetir.*

—Espero que sí. Espero volver a verlo. Es un buen amigo —lo digo con convicción, aunque ya no estoy segura de saber qué es la amistad. Tal vez sólo llame a Topher amigo porque es de la misma especie que yo.

Augusto me mira por un momento, luego asiente y, agarrándome el hombro, me empuja hacia adelante una vez más.

Frente a nosotros, veo una forma oscura en el túnel. Apunto mi linterna hacia adelante y allí, cuidadosamente estacionada, sobre los dos carriles, en medio de la carretera lejana, está una camioneta rojo brillante de estilo antiguo. Y estoy segura de que no estaba la última vez que caminé por aquí. Me separo de la mano de Augusto y corro. Con sus ruidosos pasos detrás de mí, llego hasta la parte trasera de la camioneta y salto para mirar la caja de

carga trasera.

Está llena de recipientes con combustible. Botes llenos, descubro cuando sacudo uno. Suficiente gasolina para conducir cientos de kilómetros.

—¡Sí! ¡Sí! —salto hacia abajo y abro la puerta del conductor. Milagrosamente, la luz se enciende. En el asiento hay un sobre blanco. Tiro de mis guantes y lo abro con dedos temblorosos, mientras trepo al asiento del conductor. Augusto aparece en la puerta abierta, pero lo ignoro.

Hay un mapa dibujado a mano en una hoja de papel blanco. *Comienza en el campamento*, dice. Conozco el camino de la ciudad al campamento. El mapa muestra el camino desde allí hasta la base. La base secreta. Nadie que no sepa en qué campamento estábamos podría utilizar este mapa. Es brillante.

También hay una carta. De Topher.

Querida Raven,

te he estado buscando desde hace tres días y Liam dice que no podemos esperar más. No puedo creer que estés muerta. No lo creeré. Perseguí a ese Nahx por kilómetros, pero era demasiado rápido y lo perdí. Por favor, perdóname por haber permitido que te llevara. Por favor, perdóname por no buscarte hasta el final.

Estoy perdiendo la cabeza por no saber lo que fue de ti, y soy un idiota al esperar que sigas viva. Pero deseo que lo estés y que regreses aquí y encuentres esta camioneta, este mapa y esta carta. Xander hizo el mapa. La ruta se mantiene principalmente a través de tierra baja y carreteras secundarias, por lo que debería ser más segura. Encontramos la camioneta en un estacionamiento. Sólo junta los cables y se encenderá. Como es tan vieja, el arranque es simple. Debe ponerse en marcha. Rezo para que así sea.

Espero que nos encontremos de nuevo. Te extraño, Raven, y prometo que nunca te olvidaré.

Por favor, regresa a mí.

Toph

La leo una y otra vez para asegurarme de que no imaginé las partes más sorprendentes. La parte en donde dice que nunca me olvidará. La parte en donde dice *regresa a mí*. Augusto permanece ahí estoicamente, mirando hacia el túnel mientras leo la nota una última vez, antes de doblarla y guardarla en mi bolsillo junto a la pistola. Luego pongo mi frente en el volante y resisto el impulso de gritar.

¿Regresa a mí? ¿A MÍ? Hay una sensación de inevitabilidad: Topher tomaría el lugar de su gemelo con tanta facilidad, al final, como si se pusiera en sus botas. Me pregunto si será tan sencillo para mí.

Mi corazón late con tanta fuerza en mi pecho que me duelen las costillas. Jalo de la bufanda alrededor de mi cuello para aflojarla, y respiro profundamente.

Después de unos minutos siento la mano de Augusto en mi hombro.

—¿Sentir rota?

Por una vez, no tengo lágrimas en los ojos. Creo que estoy demasiado conmocionada para llorar.

—Estoy bien —digo, una mentira más de los millones que ya he dicho—. Es emocionante, significa que puedo conducir. Por lo menos parte del camino. Llegaré en un día o dos, en lugar de semanas.

Augusto asiente con la cabeza. Su mano aparece para formar una pregunta, pero no sé a qué se refiere.

—Lo siento, yo...

Golpetea en su pecho y con la otra mano forma una pregunta.

—¿Yo?

—¿Qué pasa contigo?

Augusto se estira más allá de mí y señala el asiento del pasajero.

—¿Yo?

Quiere saber si todavía quiero que venga. Como si fuera a dejarlo aquí solo en el túnel, como si yo fuera ese tipo de persona.

Como si eso no fuera exactamente lo que yo tendría que hacer.

—Por supuesto, Augusto. Quiero decir, si tú quieres. Aún es muy peligroso allá afuera, ¿cierto?

Asiente y mira hacia el túnel de nuevo. Luego cierra con suavidad la

puerta del conductor y camina alrededor de la camioneta. Me inclino y abro la puerta del pasajero para él.

—Sube.

Duda en la puerta. Me doy cuenta de que nunca lo he visto sentarse. Se ha arrodillado y se ha sentado sobre sus talones, pero nunca lo he visto sentarse en el suelo o en una silla. Además, es muy alto. No estoy segura de que vaya a caber. Inclina la cabeza y lo oigo respirar hondo. Yo también respiro y noto que la cabina huele a cigarrillos y cerveza. No es mi olor favorito, pero lo soporto.

Augusto, sin embargo, que vivió con mi olor cuando estaba muriendo, durante una semana, al parecer prefiere no hacerlo. Cierra la puerta, camina hacia la parte de atrás y entra hábilmente sobre la caja de carga de la camioneta, en donde se acurruca entre las latas de gas.

Bajo la ventanilla y me inclino para mirarlo.

—¿Estás seguro?

Asiente y apaga su linterna cuando enciendo el motor, tras deslizar un cable contra el otro. La camioneta ronronea maravillosamente, y los faros brillan al frente, iluminando el túnel húmedo, la salida y los pensamientos en mi cabeza que se arremolinan como una ventisca.

Estoy casi allí. Voy a regresar con Topher, con otros humanos, a un lugar seguro, un lugar en donde Augusto me dejará y nunca nos veremos de nuevo. Me concentro en el camino, presionando mis labios para que ese último pensamiento no me destroce.

AUGUSTO

Ella conduce hasta que comienza a cabecear, cuando la oscuridad del día siguiente ya se está acercando. Ahora que estamos lejos de la ciudad, creo que es seguro viajar de día. Más seguro, incluso, porque puedo ver los transportes en el cielo aun si vuelan en silencio. Hasta ahora no hemos sido molestados, pero no puedo contar con que continúe así.

Estacionamos el vehículo bajo la cubierta de algunos árboles cuando la luz se desvanece. Ella está callada, apagada. El tiempo que pasó bajo el árbol donde paramos nuestro viaje hoy, más temprano, está pesando mucho en ella, aunque no estoy seguro de entender por qué. Se arrodilló allí en la nieve y lloró un poco. Me paré a un lado, sin querer entrometerme. Creo que tal vez su chico está enterrado bajo el suelo. Los humanos entierran a veces a sus muertos, como semillas que esperan crecer en algo más, una flor, un árbol. Como si enterrarlos cambiara su destino. Es triste y divertido para mí. Dejé a Sexta donde cayó porque... bueno, porque ya no soportaba mirarla más.

Diente de León se sienta en la camioneta hasta que termino de hacer una fogata. Es peligrosamente frío, y creo que vale la pena el riesgo de que se vea el humo. Este tipo de frío puede matar humanos, lo sé, lo he visto. Podría mantenerla caliente, con sólo permanecer cerca, pero a ella no le convence la cercanía, no la mía, por lo menos. El calor del fuego distorsiona su bello rostro, sentada frente a mí. Extraigo una lata de algún tipo de comida de mi mochila. Ella come sin pronunciar palabra, luego se acurruca y duerme.

Quisiera que volviera a hablar conmigo, como en el túnel, cuando me preguntó acerca de mi vida y compartió cosas suyas. Me molestaron las cosas que preguntó y las que dijo, pero eso era mejor que este silencio. Cuando duermo, me siento solo y atado al mismo tiempo. Estoy con y sin: con y sin ella; con y sin mi propia gente; con y sin Sexta; con y sin razón para seguir viviendo.

Pero sus preguntas también me ponen nervioso. Todo eso que ella quería saber sobre nuestros dardos, nuestros planes, cosas que yo no podía responder. Y me habló de amar a Sexta como si eso fuera algo normal para alguien como yo. Quiere saber quién y qué soy, quiere que se lo diga, pero creo que ella sabe más sobre eso que yo.

Mañana llegaremos a nuestro destino y todo esto habrá terminado. Estaré por mi cuenta otra vez. No hay vuelta atrás en esta ocasión.

Mi mente entra y sale de foco. Pienso en anotar la ubicación de su refugio y reportarlo cuando regrese con los altos rangos. Sé que está mal, pero parece encajar. Es lo que corresponde pensar, aunque nunca lo haría, nunca podría traicionar a Diente de León de esa manera. Pienso en arrancar mi tubo respiratorio. Pienso en seguirla cuando regrese con su gente y esperar que ellos... ¿qué? ¿Me acepten? ¿Me toleren como ella? Pienso en dispararle mientras duerme y luego vagabundear por la nieve hasta encontrar algo de dónde saltar o algún lugar para sentarme y pensar. El temor de mi último momento con ella me ha infundido tanta confusión que apenas puedo encadenar dos pensamientos. Pero al menos son *mis* pensamientos. El zumbido de las instrucciones es un débil recuerdo. Si cambiaron, si hubo nuevas, no podré saberlo. De todas formas, me he dado nuevas instrucciones. Salva la vida de *esta* humana. Eso es lo que importa.

Metó las latas de comida que ella rechazó en la mochila. Mientras reorganizo las cosas, encuentro un libro delgado y descubro, o recuerdo, que puedo leer. “El cuervo”, se llama.

Ah, cierto, ése es su nombre. Raven, cuervo. No va con ella. Diente de León le queda mucho mejor. No es sólo su belleza, o su nube de cabello de sol. Me recuerda las pequeñas flores brillantes que crecían por todas partes durante el verano, incólumes frente a la destrucción que mi pueblo ha

causado. Como si se negaran a ser conquistadas. Pero supongo que los cuervos también son así. Y los humanos. Esta humana en particular.

Leí el libro del cuervo y luego lo volví a leer. ¿Por qué los humanos leen cosas como ésta? ¿Son masoquistas enamorados del dolor? Tengo que resistir el impulso de arrojarlo al fuego, de tan miserable que me hace sentir. Me pregunto si hay algo escrito en este planeta que sea más triste.

Deslizo mi mano en su bolsillo mientras duerme y saco la carta que la inflamó tanto que su cuerpo flotaba con endorfinas. No debería leerla, de alguna manera sé esta regla de privacidad que los humanos atesoran tanto. No es parte de mi cultura, porque nosotros no tenemos secretos, pero lo entiendo. Esto no me impide leer la carta del chico que me disparó, Topher. El chico que ama a Diente de León. Al que ella ama, aunque no estoy seguro de que ella lo sepa.

Mi cabeza empieza a doler mientras leo. Estamos a una baja altura para mí. El altímetro en mi manga lee seiscientos metros, cerca de ciento cincuenta metros por debajo de lo sano para mí. Pronto mis músculos y huesos también dolerán. Tal vez, moriré, jadeando por el aliento, mientras la sangre ahoga mis pulmones. Creo que eso es lo que pasa. Tal vez Sexta me lo explicó alguna vez.

La carta me traspasa. No puedo dejar de leerla, y me parece que es más triste que el libro del cuervo. Después de leerla innumerables veces, no creo que él la ame tanto como yo, pero supongo que a ella no le importa. Yo nunca habría dejado de buscarla, si fuera él. Nunca me habría apartado de su lado. El otro en el estadio tendría que haberme matado primero a mí, antes de que la tocara. Este Topher es estúpido y débil como todos los humanos. Podría aplastarlo como un caracol sobre una roca y comer sus restos.

Nos han dicho que no comamos restos humanos, aunque algunos ignoran ese consejo. Personalmente, me mantengo alejado de los humanos, vivos o muertos. Excepto por Diente de León. No puedo alejarme de ella.

Cuando la miro, ella me está observando y en su rostro hay una máscara de horror. Todavía tengo la carta en mi mano.

—Devuélvemela —dice mientras se sienta. El fuego arde en sus ojos—. ¡Es mía!

No sé por qué lo hago. Estoy tan herido y enojado en ese momento, por ninguna buena razón. Ella no me pertenece. No estamos unidos como Sexta y yo. Nada me debe. Nada me ha prometido. Nada es lo que merezco.

Arrojo la carta al fuego.

—¡No! —llora. La sostengo por sus muñecas antes de que pueda lanzarse por ella. El fuego consume el papel rápidamente, en un destello de llamas y humo. Ella mueve sus muñecas hacia atrás, lejos.

Sigue un silencio tan profundo y largo que en verdad tengo miedo de que me mate con el cuchillo que le di. Me quemo, estoy tan caliente que sumerjo las manos en la nieve profunda a mi lado. Por fin, habla. Y su voz es baja y golpeada e hinchada de furia.

—Tú... despreciable... horrible... ¡MONSTRUO!

Asiento.

—Sí. Sí —tiene toda la razón, toda la razón.

—¿Cómo pudiste hacer eso?

La hice llorar de nuevo. Me odio tanto ahora mismo que si arrojarme al fuego sirviera de algo, lo haría.

—Puede que nunca vuelva a verlo —solloza. Me aparto y cubro mis ojos con mis manos—. ¡Mírame! ¡Mírame!

—*Lamentar. Lamentar. Siempre lamentar.*

—¡Deja de decir eso! No puedes hacer cosas horribles y esperar ser perdonado sólo porque dices que lo lamentas. Tienes que dejar de hacer cosas horribles. Deja de estropear las cosas, deja de lastimarme.

Me golpeo en el pecho.

—*Por favor, por favor, por favor. Lamentar, lamentar, lamentar.*

—¡Calla! —grita, aunque no he hecho ningún ruido. Me levanto y camino hacia los árboles, lejos de ella. El olor a agujas de pino me da unos segundos dichosos y me olvido de por qué está enojada, pero luego me grita.

—¡Podría no volver a verlo! ¡Podría estar muerto!

Sigo caminando, entrando y saliendo por entre troncos y ramas, hasta que el resplandor del fuego es sólo una lejana mancha en la distancia. Ella no me sigue ni me llama. Podría seguir adelante. Estará a salvo, aquí, en medio de la nada. Y en todo caso, si mi gente la encontrara en una hora o un día, si ella se

congelara o muriera de hambre, o si fuera devorada por un lobo, yo nunca lo sabría. Siempre podría fingir que sigue viva, que podremos estar juntos de nuevo. Podría soñar, como ese chico, Topher. Como ella sueña con estar otra vez con él. Dice su nombre mientras duerme.

Quemé su carta. ¿Por qué lo hice?

Soy un monstruo. ¿Cómo pude hacer eso? Quiero que ella sea feliz. Eso no podrá suceder mientras yo esté cerca. Ojalá pudiera preparar un baño caliente para ella de nuevo, o encontrar algo de esa comida dulce que tanto le gusta. Pero puedo darle sólo una cosa que la hará feliz. Puedo llevarla con seguridad de regreso con el chico humano. Puedo hacer eso, lo haré. Mi cabeza ahora late tan fuerte que apenas puedo enfocar mis ojos cuando doy media vuelta y regreso con ella, al fuego. Ella se sienta, con los brazos envueltos alrededor de sus piernas y la mirada fija en las llamas.

—*Decir.*

—¿Qué quieres que te diga?

Me agacho sobre una rodilla frente a ella y meto otro tronco a la fogata. Ella mira hacia otro lado. Atravieso el fuego y levanto su barbilla, así que ella me está mirando ahora.

—*Yo prometer tú ver Topher repetir.*

Ella repite la seña de *prometer*, como una flecha sobre la boca.

—No sé qué significa eso.

¿Cómo puedo explicar una promesa? En nuestras señas significa algo más, como *yo obedeceré* o *yo triunfaré*, pero sé que entre los humanos significa algo diferente. Es menos formal, más personal, procedente de un lugar más cálido, e implica algo sobre un futuro compartido. Cómo lo sé es un misterio.

—*Palabra bien. Siempre.*

—¿Hablar bien? ¿Como la verdad? ¿Promesa? ¿Por qué iba yo a creer una promesa tuya? —sacude la cabeza, se recuesta otra vez junto al fuego y jala la manta sobre ella—. Si alguna vez encontramos a Topher, es muy probable que él te mate. Ésa es mi promesa.

Topher puede intentarlo, pienso. Tal vez lo deje.

Prometo intentar no defenderme cuando él venga por mí.

RAVEN

Hay dos tipos de silencios con Augusto. Está el silencio inherente en el hecho de que no habla. El silencio cotidiano que casi alcanza la sociabilidad algunas veces. El silencio que nunca me ha asustado ni enervado, que nunca se ha sentido como castigo o perversión, que es natural. Parece que está ofreciendo todo lo que puede, sin esconder nada, y es casi suficiente.

Luego está este tipo de silencio, el que cuelga sobre mí como la sentencia a un confinamiento solitario. Cuando mirarlo se siente como espíarlo. Cuando a pesar de su tamaño parece encogerse hasta ser casi invisible, cuando gira su cabeza lejos de mí, del sol naciente, de su sombra en la nieve. Este tipo de silencio haría que una tumba parezca viva.

Su remordimiento es impresionante, como siempre. Y por un momento al abrir los ojos, cuando siento que me despertó pinchando mi pie con un palo largo, me pregunto para qué. Entonces recuerdo la carta y las llamas. Al menos no quemó el mapa, me digo. Topher escribirá otras notas.

Patea nieve sobre las brasas humeantes de la fogata y acomoda los paquetes en la cabina del camión. Mientras me desenredo de la manta, me estiro y lucho por ponerme en pie, él mira fijamente el camino de tierra por el que llegamos, y luego los árboles, en la otra dirección.

—*Yo ir ahora* —dice mientras me acerco.

Miro dentro de los árboles y lo visualizo caminando lentamente por la nieve, sin rumbo, por siempre, o hasta que la tierra se agote, o él se agote. Tal

vez podría alcanzar el Océano Ártico o el Golfo de México, el Atlántico, el Pacífico. Me pregunto si puede nadar.

—No te vayas —digo. Siento las palabras *Tenemos más tiempo* formándose en mi garganta. ¿Pero por qué diría eso? Miro fijamente los restos del fuego, la carta de Topher ahora convertida en polvo entre la madera carbonizada y las cenizas. Sé por qué Augusto la quemó. Él cree que me ama. Está celoso. Debería estar enojada, furiosa, pero es tristeza lo que siento—. Ven conmigo, Augusto —digo—. Está bien.

—¿Sí?

Dios. ¿Qué voy a hacer con él?

Se agacha sobre la parte de atrás de la camioneta mientras conduzco, con el rifle en una mano y la otra agarrando el borde. La marcha es exasperantemente lenta sobre caminos helados llenos de nieve. Paramos para cargar nuestro último bidón de gasolina cuando, por el mapa, que he marcado con cuidado con un lápiz rojo que encontré en el camión, estimo que todavía estamos a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia.

—Podríamos quedarnos sin gasolina —digo.

—*Caminar* —dice, encogiéndose de hombros.

—Podría estar lejos.

—*Yo cargar tú.*

Me aparto para que no pueda ver la sonrisa en mi cara. Estúpida cosa extraterrestre robótica. Es muy difícil mantenerme enojada con él.

Como temía, el combustible se agota en una amplia extensión sin árboles a la vista. El camión tose y se sacude, y yo elevo una oración silenciosa, aunque sé que es inútil. El motor chisporrotea, y siento lágrimas en las comisuras de mis ojos por no saber qué tan lejos o cerca estamos. Después de rodar a una parada, desdoble el mapa y lo observo en mi regazo hasta que el balanceo me dice que Augusto saltó de la parte de atrás. Golpetea en la ventana. Todavía mirando el mapa, la abro.

Detrás de él, en el horizonte, no hay puntos de referencia, no hay señales que indiquen o siquiera sugieran en dónde estamos. La última parte del mapa está representada por un camino sinuoso de un poco más de quince kilómetros que recuerdo que me hizo sentir bastante enferma cuando salimos

de la base, hace una eternidad. Hemos estado conduciendo por una carretera recta y ancha desde el amanecer. No hay señales de carreteras sinuosas. Ninguna de las salidas parecía la correcta. Pero tal vez la pasé. Golpeo el volante con frustración, una y otra vez, más y más fuerte, hasta que Augusto se estira a través de la ventana y toma mis manos para detenerlas. Las sostiene. Suavemente al principio, pero luego las aprieta hasta que empiecen a doler. Me suelta en cuanto las jalo.

—*Prometer* —dice.

Me gustaría decirle que se meta su promesa por el culo, pero ¿qué lograría con eso? En cambio, abro la puerta y salgo a la nieve. El clima es mucho más cálido de lo que esperaba, aunque está nublado. Mi reloj me dice que es media tarde. Tenemos un par de horas de luz solar a lo sumo. No estoy segura de si debemos acampar aquí por la noche, en la camioneta, o continuar caminando, con la esperanza de encontrar algún refugio o cubierta antes de que oscurezca. Sin tener idea de lo lejos que tenemos que ir, es difícil tomar una decisión así, pero Augusto parece tener sus propias ideas. Saca el paquete más grande de la cabina y lo desliza sobre su hombro, luego se vuelve hacia mí con mirada expectante.

—¿*Cargar*?

Río.

—Creo que voy a caminar, gracias.

Simplemente coloca su mano izquierda sobre mi hombro derecho, girándome con suavidad y empujándome hacia adelante por el camino. Y entonces ya estamos caminando otra vez. Minutos después me detiene y jala la capucha, la bufanda y la gorra sobre mi cabello, escondiendo los bucles errantes que escapan de los moños.

—¿Me parezco a ti ahora? —digo, sosteniendo mis brazos fuera para la inspección.

Vuelve la cabeza hacia el lado que más le favorece.

—*Más bonita* —hace la seña para *bonita* con su mano levantada sobre su cabeza. A pesar del viento frío, mi cara se quema cuando doy media vuelta y sigo caminando. Después de unos segundos, su mano cae sobre mi hombro con la sutileza de una mariposa. Caminamos penosamente por el brillante

sendero de hielo. Imagino que desde el cielo debemos parecer dos hormigas, hormigas determinadas, buscando en vano su hogar. Espero que desde el cielo nos parezcamos dos Nahx, haciendo lo que los Nahx hacen.

Después de una hora, el plano blanco da lugar a algunos árboles esparcidos y luego a un bosque a cada lado de la carretera. Se detiene y me hace beber de una botella que de alguna manera guarda en su armadura. El agua está tan caliente que es como beber té sin sabor. Después de otra hora, me entrega un paquete de fideos asiáticos secos, que sabe que amo. Los mastico con gratitud mientras caminamos.

Otra hora más tarde la intensidad de la luz y la dirección del aire cambian, y empieza a nevar. Los copos de nieve gruesos y maduros caen, acallando el viento, absorbiendo los sonidos de nuestros pasos hasta que parece que estamos caminando en el vacío silencioso del espacio, con las estrellas girando alrededor de nosotros. Una ligereza repentina se asienta en mí, y camino diez pasos antes de que me dé cuenta de que Augusto ha quitado su mano de mi hombro.

Echo un vistazo y lo veo de pie junto a la mochila, con los brazos extendidos y el rostro girado hacia el cielo, mientras copos de nieve como plumas caen sobre él. Es casi como si estuviera rezando. Aunque me siento como una intrusa, no puedo dejar de ver. Sus hombros se elevan y caen con profundas respiraciones que gruñen. Después de largos minutos él baja lentamente sobre sus rodillas y presiona sus manos en la nieve fresca. Ahora sí soy una verdadera intrusa. Cuando me vuelvo, algo pasa por mi oreja y aterriza en la nieve delante de mí. Una bola de nieve.

Detrás de mí, Augusto se encuentra de rodillas delicada, inocentemente, con las manos cubiertas de nieve, dobladas delante. Las levanta como diciendo: *¿Qué?*

—Ya veo. *¿Así tiene que ser, entonces?* —me agacho y formo una bola de nieve. La temperatura es lo suficientemente cálida para que la nieve sea agradable y pegajosa, y pronto tengo un buen proyectil redondo. Augusto ni siquiera se estremece cuando la envío a casi un metro a su izquierda. Mientras me inclino para formar otra bola, él envía volando con precisión la suya. Me giro y ésta se desintegra en mi espalda.

Lanzo un contraataque. Éste vuela tres metros encima de su cabeza. Ahora Augusto está riéndose de mí, inclinando su cabeza hacia atrás y temblando.

—¿Ah, sí? —digo, mientras reúno otro puñado de nieve—. ¿Qué tal un ataque a quemarropa? Corro hacia él antes de que tenga la oportunidad de ponerse en pie y aplasto la nieve en su cabeza. Cuando trata de escapar, balanceo mi pierna y barro sus pies. Cae hacia atrás en la nieve.

—¡Oh! ¡Lo siento! ¿Estás bien?

Se queda allí un segundo, como un ángel caído, una silueta negra sobre fondo blanco.

—¿Augusto?

Disparando hacia arriba, me arroja más nieve. Salto sobre él, lo empujo hacia atrás y aterrizo sobre su pecho, con mis rodillas apretando sus brazos hacia abajo.

Es difícil decir cómo sé que está riendo mientras paleo nieve en su cabeza. Él mueve la cabeza hacia atrás y se sacude y no se esfuerza mucho por escapar. Pero de repente se retuerce hacia arriba, y me encuentro sobre mi espalda. La nieve es lo suficientemente profunda para formar un cojín alrededor de mí, como una cama de plumas ultrasuave. Arrodillándose a mi lado, me rocía nieve desde la cabeza hasta los pies.

No estoy segura de lo que está sucediendo. Deberíamos de estar moviéndonos para llegar tan lejos como podamos antes de que anochezca, pero el tiempo parece haberse detenido. Es como si hubiéramos sido expulsados del mundo con todo su horror y entrado en un sueño. La nieve que cae me hipnotiza. Casi puedo sentir cómo baja mi presión arterial mientras deja caer la nieve entre sus dedos.

—Te gusta la nieve, ¿verdad? —digo mientras soplo copos de nieve de mis labios. Asiente y recoge otro puñado—. ¿Por qué?

—*Hacer sentir repetir feliz* —dice con señas, rociando mis rodillas.

Me siento muy feliz en este momento también. La nieve es comfortable debajo de mí, y el aire es frío y fresco. Los gordos copos de nieve que caen me hacen cosquillas en el rostro y decoran la armadura de Augusto hasta que luce como una tarjeta de Navidad postapocalíptica. Toda la animadversión

que he sentido por él se derrite junto con los copos de nieve en mis párpados. Volviendo mi rostro hacia el cielo, es fácil olvidar la devastación que nos rodea o que su gente robó mi mundo. Es fácil olvidar las semanas que pasé odiándolo y cómo alguna vez me aterrorizaba. Es fácil olvidar cómo quemó la carta de Topher. No por qué, sin embargo.

—*Tú hacer yo repetir feliz.*

—Pensé que te hacía sentir muy, muy triste —digo. No cruelmente, espero, pero su respuesta me tranquiliza.

—*Contento. Triste. Contento. Triste* —luego dibuja una espiral en su frente. Sentado sobre sus talones, mira hacia la distancia. Un gran copo de nieve desciende y cae sobre su rostro, alrededor de donde podría estar su ceja. Me siento y lo sacudo.

—¿Puedes sentir eso? ¿Los copos de nieve que caen sobre ti?

Asiente.

—¿Alguna vez te quitas la armadura? Quiero decir, sé que no eres una máquina, ¿verdad?

Él sacude la cabeza.

—*Respirar aquí doler pecho* —señala hacia las montañas a lo lejos y continúa—. *Montañas, respirar mejor.*

—¡Oh! ¿Dónde el aire es más delgado? —eso explica que los Nahx prefieran las regiones altas, una explicación tan simple para algo que nos atormentó tanto.

Augusto asiente otra vez, mirando las montañas. Otro copo de nieve aterriza cerca de su nariz. Lo sacudo también. Luego me quito uno de los guantes y pongo mi mano en un costado de su cabeza. Se gira y presiona su cabeza en mi mano, como lo haría un gato. Corro mis dedos de la parte superior de su cabeza a su barbilla. Su armadura parece estar pulsando caliente y fría, algunos copos de nieve se derriten y otros no. Su aliento se agita profundamente, como el ronroneo de un tigre.

Su mano izquierda se levanta con lentitud y permanece allí por un momento, suspendida en el aire, antes de descansar en mi hombro. Segundos después, la desliza sobre mi rostro.

Nos sentamos así, mientras los copos de nieve caen sobre nosotros,

durante varios minutos. Augusto ronronea con suavidad, mientras yo tengo cosas atrapadas en mi garganta. Palabras. Cosas que debo decir y cosas que quiero decir y un montón de otras cosas ridículas.

La mano de Augusto se desliza debajo de mi rostro, poco a poco, y se detiene, curvada, alrededor de mi pecho. Con mi abrigo y toda esta ropa encima, es posible que no sepa lo que está haciendo. Por lo menos eso creo hasta que él aprieta, suave pero definitivamente de manera intencional. Siento que mi cara se calienta.

—Augusto, yo...

Retira su mano como si se hubiera quemado, se congela allí por un instante, luego se pone en pie y regresa adonde dejó la mochila.

—Está bien. En verdad —digo poniéndome en pie cuando pasa junto a mí—. Espera.

Se detiene en el camino mientras lo alcanzo, de frente a nuestro destino, sin girar para mirarme a los ojos. Doy un paso delante de él, y su mano cae sobre mi hombro, y me empuja con un poco de brusquedad. Caminamos en silencio, de regreso en ese silencio que se siente como castigo, aunque no he hecho nada malo. Caminamos hasta caer la noche, sin encontrar aún la sinuosa carretera que anuncia la base oculta. Me detiene entonces y me siento, y tomo un poco de agua y comida mientras él mira en la oscuridad.

—Entonces, supongo que sólo tenías curiosidad... ¿O te equivocaste...? —pregunto cuando ya no puedo soportar el silencio. Tal vez debería estar más enojada con él, pero si soy honesta, creo que tal vez quería que me tocara de esa manera. Quizá.

Se arrodilla frente a mí, descansando sobre sus talones.

—*Lamentar. Lamentar. Lamentar.*

—Acepto tu disculpa.

—¿*No asustar?*

—No. Si pensara que ibas a lastimarme, te hubiera dado un puñetazo en la cara.

Deja caer la cabeza, impresionantemente arrepentido, como de costumbre.

—En verdad, no es la gran cosa. No eres muy viejo, ¿o sí?

—¿*Hablar?* —hace la seña con la mano en alto en señal de pregunta.

—Quiero decir, no eres todavía un hombre. Eres joven, como yo. Sólo un chico, ¿cierto? —siempre me ha parecido joven y, de alguna manera, a los otros chicos que conozco. ¿Por qué más arrojaría los platos sucios por el balcón?

Él se encoge de hombros y asiente, como prueba, si alguna vez hubo, de que es un adolescente, que desconoce y sabe al mismo tiempo.

—Bueno, de todos modos, los chicos hacen cosas así todo el tiempo. No es exactamente el comportamiento aceptado, pero tampoco es el fin del mundo. Los chicos son unos tontos a veces. Necesitan crecer —tengo que reprimir una sonrisa mientras recuerdo el primer movimiento de Tucker sobre mí, sin ser invitado y bastante desorientado, pero no exactamente desagradable. Y la vez que Xander trató de pellizcar mi trasero y terminó en el piso del *dojo* con mi rodilla en su cuello. Y Topher, la noche que llegamos a la base. Pero eso no fue tan gracioso.

Tampoco sé si puedo reírme de que Augusto haya puesto su mano sobre mí de esa manera. No creo que ese gesto sea sólo un asunto hormonal o que se estuviera pavoneando para mí. ¿Con quién querría pavonearse, de cualquier forma?

La peor parte, la parte que me hace morder mi sonrisa, de cara hacia el horizonte congelado, mientras mi corazón salta en mi garganta, es que siento que si él tratara de tocarme de nuevo, podría permitírselo.

AUGUSTO

La noche cae, pero seguimos avanzando. La guío con suavidad, con un poco de presión sobre su hombro, dejándola caminar por delante, pero dirigiéndola cuando comienza a serpentear. Hace más y más frío; se encoje cuando el viento se eleva y camina con los ojos cerrados, casi dormida en pie. Al final, sólo cae. En un paso aterriza certero y directo, y deja una pequeña huella, segura; al siguiente se desploma. La atrapo, con un brazo envuelto alrededor de su pecho, y la levanto. Ella murmura algo pero no se resiste cuando pongo su cabeza en mi hombro y presiono sus manos congeladas sobre mi pecho.

Su temblor me recuerda lo enferma que estaba, cómo estuvo a punto de morir y yo junto con ella. Gimotea en mis brazos, y me doy cuenta de que se ha quedado dormida. Produzco tanto calor como puedo y la abrazo; continúo caminando, buscando en la oscuridad las altas y rocosas colinas que describió, la entrada al paraíso que busca.

Mi mente se está desmoronando otra vez. Quiero parar ahora, salir del camino e irme con ella a las altas montañas, para ocultarme de los humanos y de mi gente.

Avanzar, seguir avanzando.

El chico humano es la meta. La promesa.

Un pie delante del otro.

El frío de la noche disuelve las nubes, las estrellas se asoman y el ancho paisaje helado se vuelve plateado a la luz de la luna. Miro hacia abajo a su

rostro dormido, que descansa sobre mi hombro. Incapaz de resistir, me inclino, respirando profundamente, inhalando su calor adormecido. Ella huele a... alguna cosa... frágil e impermanente, como una telaraña o un copo de nieve. Como un humano, una comprensiva chica humana.

Puedo cargarla por siempre y evitar que se congele indefinidamente. Yo lo haría. Pero su comida se acabará pronto si no encontramos algo. Pasamos por el último pueblo hace horas. Podría dar la vuelta y llevarla allí de regreso, pero le prometí que encontraría al chico humano. Prometí.

Mareado por tenerla en mis brazos otra vez, trato de no tropezar. Intento concentrarme en el viaje, en el camino por delante de nosotros, no en el olor de ella o sus pestañas congeladas, intento ignorar las imágenes desconcertantes y tentadoras que su cercanía atrae a mi cerebro medio ahogado.

Trato de olvidar que el final de este viaje es también el fin de nosotros.

RAVEN

Me despierto en la oscuridad, bañada en calor, acurrucada, con mis manos y rostro descansando en algo que irradia calor. Es tan cómodo que no quiero moverme. Estoy más caliente de lo que siento que haya estado en semanas, meses, desde que dejamos la base para ir a nuestra malograda misión de regreso a Calgary. Disfruto de la breve ilusión de que de alguna manera he llegado de vuelta a la base antes de darme cuenta de que estoy acurrucada en el regazo de Augusto.

Está sentado, con las piernas cruzadas, en un cortavientos excavado en la nieve, con los brazos sobre mí, mi cabeza apoyada en uno de sus muslos, mis piernas estiradas con los pies metidos debajo de su otro muslo. A la luz de la luna, veo su rostro sobre mí, con la cabeza colgando. Miro por un momento mientras sus hombros se elevan y caen con sus respiraciones. Es hipnotizante mirarlo de esta manera. La luna detrás de él crea una especie de halo azul que se refleja en las pocas partes brillantes de su armadura. Su respiración es ruidosa y lenta. En medio de sus respiraciones, en la quietud silenciosa, escucho algo más, una especie de ruido de golpeteo muy débil. Conmocionada, muevo mi cabeza levemente, con cuidado de no molestarlo, y presiono mi oído contra su abdomen.

Su corazón. Puedo oír el latido de su corazón.

Él tiene corazón.

Por un instante me siento tentada por el ritmo, tentada a entregarme a la

comodidad de su calidez, a su devoción desinteresada, a renunciar a mi frágil humanidad a cambio de su monstruosa seguridad, la firmeza de sus brazos. Él podría protegerme en este aterrador mundo nuevo. Tal vez él sea el único que en verdad podría protegerme.

—Augusto —susurro. Él toma aliento y gira su cabeza para mirarme—. ¿Estabas dormido?

—*Pensar* —responde. Luego apunta hacia la distancia.

—¿Tus pensamientos estaban lejos? ¿Qué estabas pensando?

Levanta sus brazos y los apoya sobre sus rodillas. Después de un momento, levanta la mano izquierda y la suspende en el aire durante unos segundos antes de dejarla caer otra vez. Me deslizo fuera de su regazo y lo veo de frente.

—Nunca te había visto sentado.

—*Sentir roto* —dice mientras torpemente se acomoda sobre sus rodillas. Golpea la armadura sobre su cadera.

—¿Te duele sentarte? ¿Por tu armadura? —asiente un poco y luego mira hacia otro lado—. Gracias, entonces, por mantenerme caliente.

—*Feliz*.

Pero no luce contento. Se ve miserable y derrotado, con sus hombros caídos, mientras gira la cabeza y mira hacia un lado. Sigo su mirada y distingo sombras oscuras y escarpadas al norte de nosotros. Tienen las tapas planas y cortas que recuerdo.

—Creo que ésas son las colinas.

Asiente lentamente. Su mano izquierda sube por un segundo y luego cae de nuevo. Está pensando en ella.

—¿Cómo murió? —pregunto—. La chica a la que amabas. ¿Qué le ocurrió?

—*Topher* —hace la seña después de un segundo.

En algún lugar debajo de toda mi ropa y suéteres y abrigos, siento un pequeño hormigueo.

—¿Topher? ¿En la ciudad, dónde me encontraste? ¿Topher la mató?

Augusto sacude la cabeza. Lo veo inhalar y exhalar lentamente.

—*Repetir, Topher* —dice.

Usa repetir para decir *lo mismo* a veces. *Igual*. Alguien como Topher.

Me imagino que oigo un estruendo, una avalancha que se agolpa en los acantilados sobre nosotros.

—¿Se veía como Topher? —murmuro. No puedo conseguir que mis cuerdas vocales funcionen. Mi voz brota como un crujido de papel en un cajón—. ¿Alguien que se parecía a Topher la mató?

Augusto asiente.

Cierro los ojos y calculo, pero no puedo pensar. No puedo contar las semanas y los meses desde que encontramos a Tucker con un dardo Nahx en su espina dorsal. Se siente como si hubiera sido hace mucho y como si hubiera sido ayer.

—¿En el ve-ve-rano? —tartamudeo—. ¿Era verano? ¿El final del verano?

Augusto se estira hacia mí. Bloqueo su brazo con tanta fuerza que la grieta de su armadura hace eco en la nieve, y el dolor me sube desde el brazo hasta la cabeza, en donde la verdad explota como un fuego artificial.

—Tú lo mataste, ¿cierto? ¿Mataste al que mató a tu novia? —estoy en pie, retrocediendo.

—*Detener. Detener.*

Miro hacia abajo la marca entre nosotros, donde nos acurrucamos juntos. Mi cerebro se vacía de todo, excepto los pocos bits de información que necesito juntar como piezas de rompecabezas. Pero no puedo hacer que mis pensamientos me obedezcan. Me agacho y sostengo mi cabeza en mis manos, gimiendo mientras el recuerdo de la búsqueda de venganza de Topher me llena como veneno, como un alucinógeno. Siento que voy a vomitar.

—¿Has estado siguiéndome todo este tiempo?

—*No. No saber.*

—¿Cómo podrías no saberlo?

Sisea mientras me vuelvo y doy dos largos pasos en la nieve, rompiendo a correr. Creo que todavía estoy en la dirección correcta, aunque está oscuro y no sé dónde estamos. Ir en la dirección correcta ya no importa, sólo quiero huir de él.

Apenas consciente de sus pasos que crujen en la nieve detrás de mí, golpeo mis espinillas en una roca o algo así y caigo de cara. Aterrizo con

fuerza sobre mis codos. Consigo arrastrarme hasta ponerme en pie, cegada por las lágrimas y tropiezo hacia adelante. Me desvíó en la oscuridad, y el suelo desaparece debajo de mí. Mientras caigo, pienso en Tucker, en su tumba.

Aterrizo boca abajo. Mi barbilla se estrella contra algo duro y pruebo el sabor de mi sangre en la boca. Cuando doy vuelta, siento el dolor que se dispara a través de mis costillas. Mientras lucho para tomar aliento, miro arriba y veo algo oscuro cayendo hacia mí. Esta vez no voy a resistirme, me digo. Esta vez voy a dejar que me mate. Pero cuando mis ojos se enfocan, veo los grilletes en su mano.

—¡No! —pateo y pego en su hombro, dejándolo fuera de balance—. ¡No te atrevas! —pateo su mano, y los grilletes salen volando en la oscuridad.

Él sisea y gruñe mientras salta por mí, y yo me alejo. No puedo escapar. Es demasiado rápido, demasiado fuerte, demasiado determinado. Él aterriza encima de mí y mantiene fijas mis piernas.

Ni siquiera estoy segura de cómo sucede. Todo lo que oigo es el anillo de acero sobre el cuero. Hay un destello de la luz de la luna y las estrellas en algo metálico, y mis músculos se mueven, se enrollan y saltan por voluntad propia, al parecer. Cuando la quietud y el silencio regresan, estamos enganchados juntos, presionando un cuchillo en la garganta del otro. Estoy vagamente consciente de que atacé primero, aunque sólo por un milisegundo. De alguna manera soy empujada contra una roca o árbol, o hielo, empujada hacia atrás y mantenida en mi lugar por un Nahx con un cuchillo.

—Adelante —digo—. Si es lo que quieres.

Las placas de su rostro pulsan y revelan las puntas afiladas ocultas debajo. No mueve su cuchillo. Tampoco yo. Pero él retira una mano y comienza a hacer señas con tanta firmeza que silban en la noche fría.

—*Mirar. ¡Escuchar!*

—¿Desde hace cuánto tiempo me conoces? ¿Cuánto tiempo has sabido quién soy? ¿Quién era Tucker? —puedo sentir las placas de la armadura en su cuello bajo la hoja de mi cuchillo.

—*Escuchar. Por favor.*

—Tú mataste a Tucker —digo en la nube de niebla entre nosotros, aunque por supuesto que sé que él sabe—. Estaba huyendo. Podrías haberle permitido escapar —ni siquiera sé cómo consigo decir esto. Si hubiera sido al revés, habría perseguido al asesino de Tucker hasta que él o los dos nos desplomáramos por agotamiento. Pero no necesito perseguirlo. Lo tengo. Tengo mi cuchillo en la garganta justo como lo planeé desde el momento en que lo conocí. Si hubiera sabido entonces quién era él, lo habría hecho.

Empieza a hacer signos, rápida pero claramente, como si lo estuviera enunciando para asegurarse de que entiendo.

—*Tú matar yo, tú morir. Tú congelar.*

—Tal vez valga la pena.

—*Yo morir rápido. Tú morir lento.*

—No importa.

Pone su mano sobre su cabeza por un momento, luego comienza a hacer señas de nuevo. Se toma su tiempo, sus dedos fluyen, casi como una danza, pero gruñe.

—*Tú morir rápido. Yo morir lento* —toma el cuchillo de mi garganta y hace señas con ambas manos, incorporando el cuchillo en las palabras de alguna manera, dándole poder, presentándolo como un desafío mientras hace las formas alrededor de mi brazo extendido y la hoja en su propia garganta. Es una palabra nueva, una que no había visto antes, pero su significado es lo suficientemente claro.

—*Elegir.*

Estoy paralizada, noto que él no suelta su cuchillo mientras su cuerpo se relaja de su postura defensiva. Eso es porque si elijo una muerte rápida para mí, él hará que suceda. Una muerte rápida para mí, y una muerte lenta, solitaria, con el corazón destrozado para él. ¿Cuánto tiempo tardaría? ¿La apresuraría de alguna manera? Y si yo escogiera la otra, ¿me dejaría clavar el cuchillo en su cuello, aunque eso significara que yo me congele aquí? He estado asumiendo que él nunca me dejaría ser el arquitecto de mi propia muerte, que cuando yo llegara a eso, él pondría fin a cualquier impulso estúpido e imprudente, pero tal vez eso finalmente cambió. Tal vez se haya cansado de mí, aunque tal vez no sea suficiente para dejar de hacerme una

oferta, sea lo que sea.

—*Por favor* —dice.

—¿Por favor qué?

Se baja a sus rodillas, lo suficientemente despacio para que yo pueda mantener el cuchillo en su cuello. Arrodillado, me mira mientras mete su propio cuchillo en una funda de su armadura. En su largo suspiro triste, casi percibo otro ruido, como un gemido, como si hubiera superado su mutismo con una pequeña vocalización, una expresión de... ¿qué...? ¿rendición? ¿Resignación? Casi espero que diga que puedo irme. Él mantiene sus manos a sus costados por un momento, con las palmas hacia arriba, luego hace señas:

—*Por favor, dejar dar vida.*

—¿La vida de quién?

—*Tú. Por favor. Elegir.*

Sus manos caen sobre sus rodillas y se quedan quietas. Sus hombros caen, su cabeza se inclina hacia un lado. De pronto, parece cansado, exhausto.

—¿Por qué ibas a atarme antes?

Se encoge de hombros.

—*Mente estar rota.*

Rota, como mi brazo, mis costillas, como todas las cerraduras de todas las puertas del edificio de departamentos. Como el mundo. ¿Hay algo en la Tierra que no esté roto? Fuimos amigos, Augusto y yo, por sólo unas pocas horas al parecer. Ahora eso está roto también.

Alejo mi mano con el cuchillo de su garganta y empiezo a hablar, con la sensación de que sus palabras están saliendo en realidad de mi boca. Todavía podría encontrar mi camino a la base si lo mato, pero no quiero hacerlo. Y un día tendré que decirle a Topher por qué no lo hice.

Tal vez si puedo explicarlo, puedo dejarlo ir.

—¿Estabas caminando con ella, la chica? —pregunto—. Patrullando o cazando, o lo que sea que hacen...

Asiente, sin mirarme. Necesito continuar. Necesito saber cómo fueron los últimos minutos de Tucker antes de dar otro paso de vida sin él.

Señala la cicatriz en el pecho. No la que Topher hizo sino la otra, la más

descolorida. Golpea con fuerza y se agacha, agarrándose con una mano, estirando la otra.

—¿Te disparó a ti primero? ¿Y luego a ella? —Tucker podía recargar la ballesta tan rápido como Emily. Había practicado durante días. En... entre... otras cosas.

Augusto levanta la vista, inclina la cabeza hacia atrás y señala los huecos entre la armadura de su cuello.

—Una flecha le atravesó el cuello. Eso la mató —como lo suponíamos. Como Augusto me mostró alguna vez. Hay una debilidad en el cuello.

No responde. No asiente ni reconoce. Se inclina hacia adelante y entierra sus manos en la nieve.

—Y tuviste miedo porque estabas perdido. Perdido sin ella. Ella cuidaba de ti, ¿verdad? No sabías qué hacer.

Sisea un suspiro largo y tembloroso.

—¿Lo perseguiste?

Todavía inclinado sobre la nieve, corta una mano contra su pecho duro.

—*Lamentar.*

Creo que no puedo decir nada más. La muerte de Tucker corre detrás de mis párpados cerrados como la peor clase de película de terror. Me pregunto si habrá chillado mientras corría, si estaba gritando. Me pregunto si supo en esos últimos momentos que iba a morir. ¿Pensó en mí? ¿En Topher? ¿O sólo en sí mismo? Los minutos avanzan. Veo a Tucker caer de cara. El suave mantillo de agujas de pino y hojas de sauce amortigua su caída. Oigo el chirrido de la pistola de dardos. Siento el puñetazo del dardo en la base de mi cuello y el escozor amargo del veneno Nahx corriendo por mis venas y por mis ojos.

—¿Fue doloroso? —pregunto por fin—. ¿Sufrió?

Sacude la cabeza.

—¿Fue doloroso para ti?

Después de un momento, contesta, con señas fluidas y claras, aunque una es nueva para mí.

—*Tucker tener máquina cuadrada.*

—¿Una máquina cuadrada?

Dibuja un cuadro frente a su rostro, señalando sus ojos.

—*Imagen. Máquina. Yo romper mesa antes.*

Oh. Dios.

—¿Un video? Tenía un video. ¿En su teléfono?

—Sí.

—¿Un video de él matando a tu... a la chica? ¿A la chica que amabas?

—Sí.

Así que...

La verdad, por fin. Tucker no estaba buscando comida cuando dejó mi litera esa noche, sino la gloria. ¿Por qué haría eso? Sabía que yo odiaba los videos, que pensaba que eran estúpidos.

Pero a Emily le gustaban. No estoy segura de por qué eso cambia todo, pero lo hace. Tucker filmó el ataque contra Augusto y su compañera, y lo estaba viendo otra vez cuando Augusto lo capturó. Tal vez lo vieron ambos cuando Tucker murió. Y entonces el pobre Augusto destrozó el teléfono.

Levanta una mano de la nieve y la pone sobre su pecho sobre la cicatriz, sobre su corazón, si es como yo por dentro.

Vuelvo a imaginar la escena, esta vez desde el punto de vista de Augusto, y me destroza. Sangrando de su pecho y con un terrible dolor, con su única compañera asesinada delante de él, un chico humano bajo un árbol, perdido y asustado y solo en un planeta lleno de gente que lo quiere muerto. Con un video reproduciendo el momento en que su vida se derrumbó. No puedo imaginar el dolor.

Yo no podría matarlo ahora como no podría matarme, matar a Topher o a mis pobres padres, que se esforzaron tanto por mantenerme fuera de aprietos, que perdonaron tanto y de todos modos me perdieron. Tucker nunca será vengado, no por mí. Dejo caer el cuchillo. Suena como una campana cuando golpea el hielo a nuestros pies.

El mundo, que pudo o no haberse detenido mientras resolvíamos esta catástrofe, comienza a moverse nuevamente. Siento una sacudida bajo mis pies que me desequilibra, mientras las cosas que han seguido ciclos entre lo aterrador y lo familiar tantas veces se convierten en una mancha borrosa y se asientan en lo familiar otra vez. Hay una especie de finalidad en eso. Confío

en él ahora, y eso ya no cambiará. La confianza es suficiente para que continuemos.

Augusto se yergue y da dos pasos antes de volverse hacia mí, con su mano extendida. Me estiro, sus dedos se cierran alrededor de los míos y caminamos así, tomados de la mano como dos niños, de regreso adonde dejamos las mochilas, mientras el cielo se aclara a nuestro alrededor. Su mano pulsa caliente en la mía y aprieta hasta el filo de que sea demasiado, hasta el precipicio de lo doloroso. El escozor y el calor suben por mi brazo, mi hombro y mi cuello. Me pregunto si no es consciente de su propia fuerza o si me aprieta así de manera intencional y si hay algún mensaje tácito en ello.

Si está enfadado conmigo, por fin, supongo que lo merezco. Enojado, harto, exhausto, frustrado... no es como si fuera una sensación nueva para mí el hecho de inspirar tales emociones. Pero esta vez decido darme un pequeño descanso. Tengo el derecho de llorar y sentirme amargada y resentida. Y él también. No hay respuestas fáciles, ya no. Quizá nunca las hubo.

La mañana despunta y un cielo azul florece sobre nosotros, creando un País de las Maravillas en las rocas escarpadas y colinas que están al frente. Pero el día pasa en silencio. Augusto suelta mi mano sólo para darme agua o comida. Abro la boca sólo para beber o comer. ¿Fue hace unos días que le dije que podríamos ser amigos en un tiempo o universo diferente? No estoy segura de que lo dije entonces, pero ahora creo que me gustaría ser su amiga. Se siente seguro caminar de la mano con él, es la primera vez que me siento segura en lo que parece ser desde el inicio de los tiempos. Sé quién es y lo que hizo, pero eso fue en otro lugar. Tal vez *éste* es el universo en el que podemos ser amigos.

Ya está anocheciendo cuando llegamos al helipuerto en el borde del cañón, que emerge de la neblina de hielo como un espejismo. Augusto considera en silencio el helicóptero dormido, escondido bajo lonas de camuflaje y una gruesa capa de nieve. Se vuelve y me mira, y pone la mochila entre nosotros.

Respiro profundamente, agotada tras un largo día de caminata y emociones fuertes. Me siento tan frágil como el cristal, una réplica de cristal manchado de mí.

Antes de que todo esto sucediera, nunca había dicho un verdadero adiós. Cierro los ojos e imagino a Sawyer, en el supermercado, la expresión en su rostro, el silencio que compartimos el segundo antes de que diera su vida por mí. Tucker y yo nunca tuvimos esa oportunidad. Se escapó de mi litera mientras yo estaba dormida, tomó su ballesta y se fue al bosque, y nunca más volvió. Pero así es la muerte. De alguna manera es un mejor adiós, porque al menos cierras un ciclo y no te preguntas que ocurrió por siempre. Mis padres, si viven, deben pensar en mí, como yo en ellos. Topher se pregunta si estaré bien o habré muerto. ¿Qué pasó en su cabeza cuando vio que Augusto me llevaba lejos? Ese tipo de despedida es una tortura que no termina.

Nunca volveré a ver a Augusto. Nunca sabré lo que le pase, ni siquiera si vive o muere. Si se une a su especie y se reincorpora al saqueo de nuestro planeta. O si escapa y se oculta en alguna parte, solo, en el exilio, hasta que... ¿muera? ¿Puede morir? Todavía hay muchas preguntas sin respuesta, pero no queda tiempo.

—Tengo que caminar hasta la base —digo, luchando por mantener mi voz—. Hay un sendero estrecho, y la entrada está un poco oculta. Es una base secreta.

Augusto asiente ante este último hecho.

—No puedes decirle a tu gente dónde estamos.

Sacude la cabeza. Detrás de él abre la mochila que ha estado llevando y mete mi mochila, más pequeña, dentro. Luego, con cuidado desliza todo sobre mi hombro. Es pesado. Se toma tiempo para ajustar la correa y me entrega una linterna, que guardo.

—*Ir ahora* —dice al fin. Se ajusta su rifle a sus espaldas y da un paso, como si pudiera alejarse así sin más.

—Augusto.

La luz se está desvaneciendo, y él está haciendo eso cuando su sombra se distingue menos en la escasa luz. Es una sombra que se vuelve hacia mí, expectante.

—¿Adónde irás?

La sombra se encoge de hombros.

—¿Qué vas a hacer?

—*Ve tú cero repetir siempre.*

Es como ser apuñalado con tres témpanos afilados y perfectos: *Verte nunca más*. Ni siquiera estoy segura de que Tucker pudiera haber sido tan bellamente lastimero. Ni siquiera si estaba buscando la mejor interpretación de su vida. Augusto no tiene nada que ganar conmigo. Sólo está siendo honesto.

—No, tal vez no. Ven, toma, quiero que tengas esto —busco en la bolsa que está colgada sobre mi hombro y encuentro el delgado libro, “El cuervo”, y mi lápiz rojo.

“Para Augusto”, escribo en la portada. “Cuídate, Raven.”

No tengo el corazón suficiente para escribir “con amor”.

Augusto ronronea suavemente mientras lee la dedicatoria, antes de guardar el libro en algún lugar de su armadura.

—*Triste* —hace la seña primero en su rostro, después lo repite en el mío, siguiendo la pista de la sola lágrima que no puedo contener. Se mueve para marcharse otra vez.

—¿Volverás con tu gente?

Sacude la cabeza.

—¿Por qué no?

Hace una nueva seña, como una pequeña jaula con su mano, y luego la voltea boca abajo. El significado es claro.

—*Ser libre.*

—Eres libre, Augusto. No lo olvides.

—*Tú hacer yo libre.*

Casi suspiro.

—No, tú lo hiciste.

Asiente con la cabeza, aunque tengo la sensación de que no me cree. O quizá leí mal sus señas. Es posible que quisiera decir: “Me hiciste prisionero y ahora soy libre”.

De repente tengo tantas cosas que quiero decirle, cosas que debería haber dicho antes. Y preguntas que hacer, aunque no estoy segura de cómo las respondería. Ni siquiera sé por dónde empezar, pero tengo que sacar todo esto ahora, porque si no lo hago, nunca podré dejarlo.

—Augusto, sólo... por favor, no te hagas daño, ¿De acuerdo? Sé que piensas que no hay nada en el mundo para ti. Yo sé eso. Y sé que eres mucho mejor de lo que se espera de ti... Sé cómo te sientes acerca de...

Casi digo: “de mí”, pero ¿cuál sería el punto?

—... cosas. Sé que eres diferente. Y debes serlo —estoy divagando sin sentido. Me avergonzaría si no fuera tan miserable. El problema es que no puedo imaginar un futuro para él que no implique desesperación o muerte, muy probablemente ambos—. Encuentra un lugar donde esconderte, Augusto. Sólo aléjate de todo esto. Eso es lo que yo haré.

—¿*Topher*?

—Con otros humanos, sí. Vamos a resguardarnos aquí. ¿No le dirás a nadie?

—*No. Siempre.*

—No lo harás... no te harás daño, ¿cierto?

—*Prometer.*

Es tan sincero sin expresiones faciales o un tono de voz; creo en su promesa. Dejando que mi cabeza caiga en mis guantes, suelto un suspiro tembloroso. De pronto, siento su mano en mi hombro izquierdo otra vez.

—No sé por qué has sido tan amable conmigo —digo, mirándolo.

Dibuja un pequeño remolino en su frente, que yo interpreto como: “Estoy confundido”. Pone su otra mano en mi hombro y lentamente me atrae hacia adelante. Camino hacia él como en un sueño, un paso, dos, tres, hasta que estoy presionada contra su pecho y su esternón queda al nivel de mis ojos. Luego envuelve sus brazos alrededor de mí y me aprieta tan tiernamente que mi corazón parece contraerse en mi caja torácica para expandirse después como un pájaro que descubre sus alas.

—Augusto —susurro, porque no puedo pensar en algo más que decir. Él me sostuvo antes, me cargó como a una niña, pero esto es diferente. Le rodeo la cintura con los brazos y poso mi cabeza en su pecho, dejando que mis lágrimas corran por su armadura, que es tan cálida como un termo con agua caliente. Él deja caer su cabeza y la apoya sobre la mía. Lo siento deslizarse mi capucha hacia abajo y tirar de la gorra de punto. Sus dedos se curvan en los desenredados rizos de mi cabello, su respiración vibrante y zumbante entra y

sale. Siento su dolor casi tan agudamente como el mío y desearía que hubiera algo que hacer al respecto. Quiero decirle que podremos estar juntos de nuevo algún día, que todo estará bien, que él me hace muy, muy feliz.

Pero sólo una de esas cosas es verdadera.

Nos mantenemos así algún tiempo, a medida que la luz del día se desvanece. Finalmente, es él quien retrocede. Me enjugo las lágrimas en mis guantes.

—Gracias por salvarme la vida —digo. No puedo creer que no le haya dicho esto antes. Cuando pienso en algunas de las cosas que dije...

Hay detalles en su lenguaje que estoy empezando a comprender. Cosas que ya nunca entenderé por completo. Oposiciones importantes, como la interpretación del *yo*, como *mi*. La diferencia entre felicidad y placer.

—*Yo placer* —dice. Después de un momento, añade—: *Decir adiós* —lo intento pero no puedo. Mi boca se abre, pero nada sale. Augusto toma mis hombros una vez más, me gira y me empuja con delicadeza frente al camino hacia la base. Avanzo un paso, dos, tres, antes de voltear para ver que se está alejando, desapareciendo entre las sombras más allá de las montañas. Lo observo hasta que pone ambas manos sobre su cabeza. Entonces su imagen es tan pequeña que apenas puede distinguirse.

AUGUSTO

Camino hasta que la oscuridad me cubre, hasta que estoy seguro de que si miro hacia atrás, no podré verla, aunque ella no se ha movido del lugar en donde nos separamos. Si mirara hacia atrás, podría ver el lugar vacío donde estaba, la carencia de ella. Esto es lo que quiero evitar.

La veré nunca más.

Después de la batalla en la ciudad, Sexta me advirtió acerca de muchas cosas. Eso fue cuando todavía sentía alguna responsabilidad por mí, antes de que la decepcionara y la frustrara tanto que dejó de preocuparse por lo que me pasara. Me advirtió que no me desconectara por debajo de los mil doscientos metros, de acuerdo con las medidas humanas, porque no podría respirar. Y que nunca me desconectara en donde los humanos pudieran verme. Me advirtió acerca de los Undécimos y Duodécimos, que estaban en su mayoría perdidos, defectuosos, y no podía confiarse en ellos. Y me advirtió sobre las chicas humanas. Escuché obedientemente, observando sus manos hacer las señas que yo conocía pero que apenas usaba. De todas las cosas que me dijo, muchas de las cuales he olvidado, recuerdo esto: “Las chicas humanas te interesarán. Sentirás cosas sólo con verlas. Confundirás tu devoción hacia mí con sentimientos hacia ellas. Éste es un truco humano. Ellas te engañarán con su simpatía para que las dejes ir, para que las dejes vivir. Rangos más altos que tú han sido destrozados porque no fueron capaces de disparar un dardo a una chica humana. Mantente concentrado y alejado de

ellas”.

Así que. Ya está. Le fallé una última vez.

Me duele todo. Mi interior duele. Partes de mí que ni siquiera tienen una herida real. Como mi mente, mis recuerdos, tal como están, la parte que se resiste a todo lo que se espera de mí. Me pregunto si esas partes están muriendo ahora que ella se ha ido para siempre. Me pregunto si puedo volver a ser un soldado, un asesino, regresar con mi gente y retomar mis deberes ahora que ella ha sido arrancada de mi vida.

Si ella me hacía rebelarme, seguramente su ausencia me hará obedecer, acatar. Pero preferiría padecer un millón de dolorosas muertes fangosas que regresar a esa vida sin dicha. No me importa si todo fue un truco. Soy libre.

En la oscuridad la idea que me capturó una vez, dos veces, tantas veces que me avergüenza demasiado admitirlo, incluso para mí, me lleva de nuevo. Tiro mi brazo hacia atrás y lanzo mi rifle lejos hacia la noche. Escucho apenas el golpe cuando cae en la distancia. Sin él, me siento tan ligero como la niebla que se levanta de la nieve fresca.

Mi mente vuelve a ese atardecer en el techo, cuando me quedé allí mirando al vacío mientras ella me gritaba, gritaba y gritaba y lloraba, encadenada a la cama. Hay algo tan burdo en eso, tan indescriptiblemente vil, algo que no entiendo bien. Cómo me perdonó, nunca lo sabré. Cómo me perdonó por algo, por todo, no fue porque yo lo mereciera.

¿Se enteraría si rompo mi promesa? De la misma manera que yo nunca sabré si ella vive o muere, nunca sabrá si desenfundo mi cuchillo y lo hundo entre las placas de la armadura en mi cuello.

Lo haría. Me gustaría hacerlo. Pero no estoy seguro de que pueda morir en realidad. Y si yo no puedo morir, tal vez Sexta no lo esté tampoco. Tal vez ella sigue en este mundo, en algún lugar, buscándome, esperando algún día juzgar mis errores de nuevo.

CUARTA PARTE
PRIMAVERA

“Los límites que dividen Vida y Muerte son, en el mejor de los casos, borrosos e indefinidos. ¿Quién podría decir dónde termina una y comienza la otra?”

EDGAR ALLAN POE, “El entierro prematuro”



AUGUSTO

El tiempo pasa, copo de nieve tras copo de nieve, amanecer tras amanecer.

Tengo miedo de que si desconecto y purgo mi cuerpo del aceite espeso que me mantiene despierto, su recuerdo se desvanezca. O peor aún, olvidé la promesa de dejarlos en paz, a ella y sus amigos. Prometí no revelar su ubicación a mi gente. ¿Y si lo olvido?

Así que, en vez de eso, me paseo por los árboles, escondiéndome de la luz del día como un... no sé... ¿un vampiro? Eso estaba en uno de los otros libros que dejé en la torre. Merodeo en mi habitación en el tronco de un árbol temiendo al cuervo que me dirá *nunca más*.

Raven. Nunca más. Como si necesitara recordarlo. Miro el libro a veces, pero las palabras nadan en mi visión. Creo que olvidé leer.

Nunca más.

Deja de nevar y empieza a llover. Me imagino que las gotas de lluvia que resbalaban por la armadura sobre mi nariz son lágrimas. Sólo recuerdo haber llorado una vez, después de perder a Sexta. Entonces no estaba seguro de lo que estaba sucediendo. Pensé tal vez estar muy enfermo o muriendo, tan mal me sentía. Pero al cabo de un tiempo la sensación se volvió familiar, y la familiaridad se cristalizó en una palabra, y supe lo que es *llorar*. Al principio sentí vergüenza, porque pensé que eso era para los humanos y los niños, pero después se sintió bien, como si las lágrimas estuvieran drenando la malicia fuera de mí. Fue entonces cuando empecé a resistirme, antes de ver a Diente

de León por primera vez. ¿Fue ésa la razón por la que no le disparé en el río? ¿Porque recordé cómo llorar? ¿Fue realmente el dolor de perder a Sexta lo que me liberó?

Ironía. Una palabra que no sabía que conocía salta fuera del lodo en mi cerebro y jadea en la orilla durante unos segundos, como un pez moribundo. Ironía. ¿Qué uso posible podría tener saber eso, y especialmente en mí? ¿Por qué recordar estas cosas inútiles ahora?

Es mucho lo que recuerdo mientras vago por el bosque oscuro. Las partes rotas de mi cerebro al final se han reparado. Pero la batería de la armadura se está agotando. Ya no me mantiene completamente despierto. A veces me encuentro dormitando en pie, con la espalda apoyada contra un árbol. Ya no amarra mis pensamientos en nudos. Las imágenes se escabullen y danzan detrás de mis ojos. Recuerdo estar en la gran nave con los otros. Recuerdo que era más pequeño, y comía, y las inyecciones que me hacían dormir sin sueños. Recuerdo haber despertado tan lleno de odio por los humanos, que atacué al que me despertó y apreté su garganta hasta que otros me apartaron.

No recuerdo haber sido castigado.

Un *humano* me despertó, eso lo recuerdo con claridad. No sé cómo puede ser. ¿Un humano en la gran nave? Tal vez lo recuerdo mal. Los fragmentos de la historia en mi cabeza parecen tan inverosímiles. Nos estamos preparando, pero ¿para qué? Una gran batalla se aproxima, pero ¿contra quién? De seguro, no contra los humanos. Se han ido. Y de todos modos, incluso contra los vivos, no sería una gran batalla.

Estoy empapado en líquido aceitoso, pero su poder está disminuyendo, junto con mi fuerza. Una vez, cuando me arrodillo para mirar el nido de un pájaro caído, olvido por un instante cómo levantarme. Como un bebé. Creo que Sexta podría haberme advertido sobre esto también. Si me quedaba en la armadura durante demasiado tiempo, si dejaba que las celdas de energía se agotaran, empezarían a apagarse mis sistemas secundarios primero. Hablar, caminar, pensar. Se está haciendo difícil pensar. Sé que tengo un cerebro orgánico también, un cerebro propio que puede pensar por sí mismo, pero ha sido contenido e infiltrado por el lodo durante tanto tiempo que no estoy seguro de que aún funcione correctamente.

Por primera vez, reconozco esto como algo robado de mí, como una terrible violación. Mi mente fue hurtada, mi historia. Trato de recuperarla, pero no puedo decir qué partes son reales y cuáles imaginadas.

A veces hago señas para mí mismo.

Sentir muy, muy triste.

Cuando recuerdo hacerlo y me siento a salvo, me paro bajo el sol, si las nubes se despejan. Pero la energía solar es sólo un pálido respaldo. Debo recargar correctamente, desconectar y recargar. Pero estoy asustado.

Asustado.

Tengo miedo de olvidarla. Olvidar mis promesas. Oigo los transportes a veces, y me escondo mientras se precipitan en bajos y cuidadosos patrones. Están buscando, pero ¿qué podrían estar buscando? Siento que debería saberlo.

Recargar. Comer y dormir, diría Sexta. Comer y dormir, como un humano.

Comer. Dormir.

Hago los nombres de la chica humana con mis dedos. *Raven. Diente de León.* Una y otra vez, hasta que me duelen las manos.

El tiempo ha pasado. La luna se ha hinchado y encogido. Los Primeros, Segundos, Terceros y Cuartos han comenzado su segundo año.

Si ese chico... Su nombre se ha ido, algo sobre una flecha en el hombro... Si él estaba allí esperando a Diente de León, ella...

Ella... Diente de León... Ella tiene otro nombre, ¿no? Un punto negro en el cielo brillante. Algo sobre la memoria.

Un transporte zumba por encima de las montañas. Buscando. Alguien debe advertir... a ella... la flor... y el pájaro.

La lluvia se desliza por mi cara. Giro mi cuerpo lejos del sol poniente y serpenteo en la oscuridad.

Necesito desconectarme, quitarme esta monstruosa armadura durante unas horas. Para recargar, comer y dormir.

Como un humano.

RAVEN

La primavera llega a la base como un cortejo fúnebre. Lo primero que exige es excavar tumbas para aquéllos que no sobrevivieron el invierno. Ahora que el suelo se ha descongelado, nuestros amigos pueden descansar con más dignidad que simplemente ser apilados en la nieve, fuera de la salida norte. Un hombre con diabetes murió, como se predijo, y el niño con leucemia. Hubo dos suicidios. Un infarto. Y una anciana murió mientras dormía, junto a su bisnieto quien descansaba a su lado. Alguien se sobrepasó con el licor casero. Tal vez un accidente, tal vez no. Y gente murió en dos funestas misiones de recolección en las ciudades cercanas.

Aquéllos que no recibieron un dardo de los Nahx son enterrados primero, porque sus restos se descompondrán. Me apunto como voluntaria para cavar, dado que tengo una espalda fuerte y un corazón frío. Veo estas muertes no con resignación, sino con determinación. Permanecer aquí es un suicidio lento; la comida se terminará en algún momento y todos sucumbiremos como tiburones en un tanque demasiado pequeño. Ahora sólo hay una esperanza. Durante los meses desde mi regreso he negociado diariamente con Liam sobre un éxodo a la costa. Ahora que la primavera está aquí, se convierte en una idea real y no sólo en algo sobre lo cual discutir en los oscuros pasillos. Prefiere esperar, armarse, esquivar y engañar a los Nahx que están ahora tan ausentes como los mitos. Sólo las venas grises en la cara muerta de Britney nos los recuerdan. Su encuentro con ellos fue lo último que cualquiera de

nosotros ha sabido. Podemos esperar para siempre una oportunidad de venganza.

Tuve la mía, por supuesto, y la dejé ir, como copos de nieve en el viento. Ahora no quiero desperdiciar todo lo que *él* me dio, todo lo que me entregó, sólo para dejarme morir de hambre en una cueva. Le debo eso. Se lo debo a todos los que nunca perdieron la esperanza en mí. Tucker, mis padres, incluso Topher. Topher quien vio cómo era llevada por un Nahx y nunca se dio por vencido.

Y Augusto. Me trajo de regreso de una muerte cierta. Mi vida es su vida.

Liam ahora comanda la base, ya que Kim murió hace dos meses en una incursión por comida y medicina. Liam, cuyo estado mental es cuestionable en el mejor de los casos; muchos de sus amigos murieron en esa misión. A Kim la enterramos primero porque, por la razón que sea, el Nahx que la atrapó eligió romperle el cuello en lugar de dispararle. El cadáver de Britney es tan bonito y delicado como lo era ella en vida. La enterramos junto a Kim, y dejamos a Liam allí sentado en el barro; su rostro es una máscara.

Topher me jala detrás de uno de los camiones y nos abrazamos, respirando el sudor de cavar toda la mañana, el olor húmedo y podrido de la primavera, y las agujas de pino, los árboles volviendo a la vida a nuestro alrededor. Hacemos esto algunas veces. Caer en los brazos del otro no como amantes, sino más como amigos. La primera vez fue la noche que llegué a la base, cuando Topher salió corriendo con los pies descalzos y me cargó hasta el interior, donde nos derrumbamos juntos en el suelo, sollozando. Él con alivio, yo con algo por completo distinto.

Muchas veces desde entonces hemos caído juntos de esta manera, cuando ya no podemos soportar el mundo arruinado que nos rodea. Nos cerramos en un círculo privado de consuelo y arrepentimiento. Nunca dura mucho tiempo. A veces nos besamos, pero la mayoría de las veces no lo hacemos.

—Te amo, Raven —miente, murmurando en mi oído. Presiono mis labios en su boca porque no quiero que diga más, como a veces hace. Se mantiene diciendo cosas dulces, cosas cada vez más desesperadas, anhela quizá que algo cambie entre nosotros. Pero eso no pasará y no puede saber por qué. Mi corazón está en otra parte, se quedó allá afuera, en la nieve, en la parte

superior de la ruta oculta; ahora se descongela y se derrite en la tierra blanda con todo lo demás. O tal vez se dirige hacia otros humanos escondidos, tratando de no recordarme. O murió. Tal vez esté muerto.

Quizás. Ojalá.

No le he contado a nadie sobre Augusto. Todos en la base consideran mi regreso como un milagro. La historia que conté fue que el Nahx que Topher vio cargándome se desplomó por la herida de su flecha, unos minutos después. Me arrastré dentro de un pequeño supermercado, sola traté mis heridas y me recuperé hasta que fui lo suficientemente fuerte para regresar al túnel. Encontré el camión. Conduje hasta que el combustible se agotó. Caminé desde allí. Es inverosímil en extremo, pero nadie lo cuestiona. Topher sospecha, estoy segura, pero tal vez no quiere saber la verdad.

Han pasado cuatro meses desde mi milagroso regreso. Cuatro meses desde que no he visto a Augusto, salvo durante todas las noches, en mis sueños.

—Lo digo, y es como si ni siquiera me escucharas —dice Topher. Pero le he dicho que yo también lo amo, muchas veces. Es Topher quien no puede oír lo contundente que es eso. Cómo lo que tiene ahora es todo lo que alguna vez habré.

Nada de esto es real. Su idea de amarme no es más real que un recuerdo. Lo sé. Conozco la diferencia. A veces importa y a veces no.

—Tucker no volverá. Podemos *pertenecernos* —dice, metiendo un rizo de mi cabello bajo mi bandana sudorosa.

A veces siento que estoy teniendo estas conversaciones con un cadáver. Porque todo lo que Topher dice que siente por mí es imaginario. Está tan muerto por dentro como su gemelo lo está en todos los sentidos. Es posible que eso no importe tampoco. Su cuerpo presionado contra el mío hace que mi piel hormiguee y mi corazón golpee contra mis costillas. Necesito esto ahora mismo. Y él también. ¿Cuál es el daño? Lo beso de nuevo.

—¿Por qué no muestran respeto, imbéciles? —dice Liam, apareciendo a un lado del camión—. Acabamos de enterrar a nueve personas.

Topher es castigado. En teoría, es el segundo al mando de Liam, y yo soy la última persona que Liam querría en su círculo íntimo, así que nuestra

relación, tal como está, es un punto de discordia entre ellos.

—Tienes razón, lo siento —dice Topher, alejándose de mí—. Raven estaba enojada y nosotros... —no contradigo esta verosímil mentira—. No volverá a suceder.

Liam levanta una ceja, de forma obscena para mi gusto. Considero por un momento escupir en su rostro, pero lo pienso mejor.

—Tengo que verte en el centro de mando, Raven —dice Liam, volviéndose—. En cinco minutos.

—¿A mí también? —pregunta Topher.

—No. Cava otra tumba. Hubo un suicidio anoche.

Me tomo mi tiempo en lo que subo al centro de mando, mucho más de cinco minutos, quizá como veinte. Me gusta hacer esperar a Liam. Y me da tiempo para tranquilizarme con respecto al suicidio; vi a todos los que me importan aquí durante el desayuno.

Sin embargo, Liam está tranquilo cuando llego. Me invita a sentarme en una de las mesas largas y hace lo propio frente a mí. Nos hemos sentado al otro lado de esta mesa muchas veces, yo abogando por la idea de largarnos de aquí, por una ruta que Xander trazó y que nos llevaría fuera de la tierra alta ocupada en sólo una semana, Liam desestimando mi argumento. Él recluta civiles todos los días, de modo que quedan sólo unos pocos ancianos o los más jóvenes desarmados. Los equipos de asalto traen tantas armas como comida y medicinas de sus incursiones en cabañas y granjas cercanas. Los que regresan, quiero decir. Algunos vuelven en pedazos, como el equipo de Britney y Kim. Algunos no vuelven. Yo tranquilamente espero que regresen a las montañas y sigan el mapa de Xander, que estén en su camino hacia la libertad. Pero tal vez eso sea un sueño desesperado. Los Nahx podrían prescindir de un equipo de asalto de seis personas en segundos, silenciosamente, apenas levantando polvo.

—¿Quién se suicidó? —pregunto mientras me siento. Nunca hice nuevos amigos aquí. Los amigos con los que llegué son Topher, Xander y Emily, pero la amistad que tuve con ella se ha ido. Una frialdad se apoderó de ella durante mi ausencia. Hay rumores de un aborto involuntario, pero nunca pregunté los detalles. En cierto modo, admiro el hielo en ella. Es duro,

impenetrable. Como una armadura.

En cuanto a Liam, él y yo discutimos sobre estrategias, alegamos sobre todo, y de vez en cuando se sienta conmigo en las comidas, intentando sostener charlas triviales sobre los viejos días, los libros que leo o la música que me gusta. Es extraño, pero lo tolero. Aunque odio admitirlo, necesito a Liam como aliado. Todos los demás son extraños para mí.

—Jill. Esa chica cuyo novio nunca regresó de patrullar. ¿La conoces?

Sacudo la cabeza, aunque su rostro flota delante de mis ojos. Nunca hablamos, pero reconocí su dolor. Sé lo que pasa cuando alguien que te importa desaparece. No me molestó en preguntar cómo lo hizo. Algunos detalles no importan en realidad.

—Es hora de considerar el retiro —digo, porque sé que eso se espera que diga—. Quiero decir, considerarlo en verdad. Podríamos llegar a la costa para el verano. Aunque no haya nada allí, eso nos daría tiempo para establecer algún tipo de asentamiento antes de que regrese el invierno.

—No iremos a ninguna parte.

—Liam, tenemos una oportunidad, una verdadera oportunidad. El mapa de Xander es sólido como una roca. La ruta está muy por debajo de seiscientos metros de altura durante casi noventa por ciento del camino. Uno de los videos incluso sugirió que podría haber patrullas humanas en sitios tan cercanos como Prince George. Está a poco más de trescientos kilómetros de aquí. Dos semanas como máximo y podríamos ser rescatados.

—No irás a ninguna parte —dice Liam, y algo en su tono me hace sentir tensa, como si tuviera que huir rápidamente. Pero creo que quizá sólo esté molesto conmigo y con Topher. Enojado de que tengamos algo juntos, de que Topher no haya entregado los últimos vestigios de su humanidad de la manera que Liam quiere que hagamos todos. En verdad no tengo el hígado para atender hoy la ira de Liam. Me levanto.

Liam golpea ambas manos sobre la mesa antes de que incluso enderece la espalda.

—¡Siéntate de una puta vez!

Me siento. Esto es más que el mal humor ordinario de Liam. Empiezo a buscar en mi comportamiento reciente, tratando de encontrar algo que

hubiera podido ganarse este tipo de confrontación. Pero la actitud de Liam se serena. Descansa las palmas de sus manos sobre la mesa por unos segundos, inhalando y exhalando, antes de tomar una carpeta grande que está en el borde de la mesa. Extrae un libro delgado y lo lanza boca arriba delante de mí.

“El cuervo”, de Edgar Allan Poe. Y he visto este libro en particular antes. Me quedo mirándolo fijamente hasta que mi visión se nubla, con miedo de mirar de nuevo el rostro de Liam, de mostrarle el mío.

—¿Y bien? —pregunta.

—¿Bien qué?

Cuando Liam se estira por el libro, resisto el impulso de arrebatárselo y huir. No sé adónde ni por qué. Si Augusto dejó este tesoro, o perdió cualquier interés o recuerdo de mí, o está muerto. O peor, supongo. Hay una tercera opción. Me parece que no puedo soportar que esto se prolongue más. Pero antes de que yo abra la boca, Liam abre el libro. Lee mi dedicatoria.

—“Para Augusto. Cuídate, Raven”. Simple, en serio. Conciso. ¿Tenías prisa cuando escribiste esto? No sé quién es Augusto, pero lamento decirte que tal vez esté muerto. Encontramos esto en un Nahx.

—¿Muerto? —logro decir. Estoy tratando de reconstruir esto en mi cabeza desde el punto de vista de Liam. Por supuesto que él no asumiría que fue a ese Augusto a quien le di el libro. Ese Augusto es el Nahx. Pero ahora no estoy segura de por qué está tan enfadado.

—Tu amigo Augusto trajo hasta aquí a un explorador Nahx de alguna manera. Estoy seguro de que ahora está muerto en el aguanieve, y se lo merece, carajo, por haber sido tan estúpido.

Cierto. Un chico humano. Y Liam piensa que es Augusto. De alguna manera seguido por un Nahx. Quien creo que en realidad es Augusto.

Augusto. Está. Aquí.

—¿Él está...? Quiero decir, ¿el Nahx está...? ¿Mataste al Nahx?

Liam se reclina, con una pequeña sonrisa en su rostro.

—Raven, eso es frío. ¿No te preocupa quienquiera que sea este Augusto? Algún desventurado pueblerino que te escoltó al menos parte del camino hasta aquí, me imagino ¿Hiciste que valiera la pena? ¿Por eso vino detrás de

ti? ¿Podrá haber tenido otra prueba de lo que Topher está disfrutando tanto?

Quiere que pierda el control, lo sé. Liam me provoca cada vez que tiene oportunidad, porque lo que él quiere más que nada es una razón para patearme el trasero en un combate a puño limpio. Me encantaría darle el gusto, pero hay cosas más importantes en este momento.

—¿Está muerto el Nahx? —pregunto—. Quiero decir, si él... si escapó, entonces definitivamente necesitamos largarnos. Traerá una legión de ellos. Estaremos acabados —si Liam supiera lo falso que es esto. Si supiera cómo mi corazón está palpitando en mi pecho, sostenido de la débil esperanza de que Augusto, el verdadero Augusto, mi Nahx, esté vivo.

—No matamos al Nahx —dice Liam con una sonrisa burlona—. Hicimos algo mejor: lo tomamos prisionero.

AUGUSTO

Me estiro para alcanzar mi rodilla. Pero mi mano está enredada en algo, en una cadena. Intento con la otra mano, pero está enredada también. Tiro de la cadena para romperla. Soy bueno para romper cosas.

Hay un movimiento y algo golpea detrás de mí. ¿Una pared? ¿Estoy dentro?

—Deja de hacer eso —dice una voz—. No quiero seguir lastimándote.

—No desperdicies flechas. Si lo hace de nuevo, ponle una en el otro hombro.

No creo que sea de noche, pero tengo problemas para ver. Y aunque tendría que estar completamente recargado después de los días que pasé entre las rocas y la nieve, sacando a las criaturas que hibernaban de sus madrigueras y tragándolas prácticamente enteras, me siento débil. Y el dolor es desorientador. Cegador. Tal vez por eso no puedo ver.

—Quítale la capucha, por el amor de Dios. Al menos deja que lo veamos.

Una sombra negra se desliza de mi cabeza, como una nube en el viento. Y huelo sangre. *Mi sangre*. Montones. La brillante luz me ciega, pero cuando mi visión se despeja miro hacia abajo. Estoy arrodillado sobre ella. Sangre. Hay una flecha en mi rodilla, otra en mi hombro, otra en mi muñeca. La sangre forma un charco debajo de mí. Al verla, el tubo en mi garganta se contrae, y me atraganto hasta que se relaja otra vez, desenrollándose hasta mi estómago, pulsando. El fluido de mi armadura me inunda. Puedo sentirlo

tratando de cerrar las heridas, de bloquear los sensores de dolor lo suficiente para que me mueva, para que escape. Pero en el torbellino es difícil pensar. Mis pensamientos siguen siendo arrastrados antes de poder completarlos.

Estoy dentro. En un... algo. Hay humanos conmigo.

Y herido. Gravemente. Necesito descansar, lejos de aquí. Lejos de estos humanos y sus flechas.

—Ésa es sangre, ¿o qué opinas? —dice uno de los humanos—. Parece aceite de motor.

—¿Por qué no le quitamos la armadura?

—Lo intenté, pero no pude. No estoy seguro de que sea una armadura. Y está terriblemente caliente.

El otro humano entrena conmigo en el uso de su arma, con una flecha preparada para perforarme. Cuando da un paso adelante, gruño con tanta potencia como puedo. Su rápido retroceso me satisface. Débil y estúpido humano. Tiene miedo de mí aun cuando estoy encadenado y medio muerto.

—¡NO vuelvas a hacer eso! —dice el humano.

¿O qué, estúpido humano? ¿Me harás otro agujero?

Mi hombro se contrae con un dolor agudo. Volteo hacia abajo y veo la punta de flecha que sobresale. Me dispararon por la espalda, creo, y esto me recuerda algo. Un nombre. Un golpecito en el hombro sobre una cicatriz en forma de estrella. Un grueso fango gorgotea en mi cerebro. Mi mano hace las señas de *pájaro* y *negro*.

Ah, muerte, muerte fangosa. Soy la criatura más estúpida que jamás haya vivido.

Bonita. Viento. Flor.

Diente de León.

Volví por ella, como si ella se acordara de mí siquiera.

RAVEN

Topher me encuentra en mi habitación, acurrucada en la litera inferior, con los puños presionados contra mis ojos, intentando que mi respiración se normalice.

—Acabo de escuchar —dice, sentado en mi silla—. Mañana vamos a reunir un equipo de búsqueda para ver si logramos encontrar a tu amigo, ese Augusto. ¿Por qué no vino hasta la base contigo?

No respondo. Por supuesto.

—Liam dice que tal vez haya otro grupo de refugiados en algún lugar. ¿Así es? ¿Por qué no dijiste nada? ¿Sabes dónde están? Liam dice que dejaste de responder a sus preguntas.

Presiono mi mano sobre mi boca porque tengo miedo de lo que saldrá si la abro. Topher lanza la silla hacia adelante y acaricia con sus dedos suaves mi mejilla.

—Puede que no esté muerto. Él pudo haber dejado caer el libro o... —pero él no cree en eso. Se levanta de la silla y se arrodilla junto a la cama, me envuelve entre sus brazos—. Lo encontraremos, Raven. Si eso es lo que quieres.

Sé lo que está pensando. Que ese muchacho humano, Augusto, es el obstáculo entre nosotros y esa cosa que en realidad ninguno de nosotros quiere. Y tal vez la disposición de Topher para buscar a este chico imaginario es prueba suficiente de que finalmente yo podría comenzar a dejar de ser tan

fría frente a la absurda idea de nosotros. Pero es tan poco sincero que me resulta casi nauseabundo. Porque Topher sabe tan bien como yo que si alguna vez hubiera habido un chico humano llamado Augusto, estaría muerto. Su *equipo de búsqueda* no es una misión de rescate. Es de recuperación. Topher espera encontrarlo con un dardo en el pecho y aprender algo nuevo sobre los Nahx, como que a veces toman trofeos de sus víctimas.

—¿Puedes hablarme de él? —pregunta Topher—. Dime lo que pasó. Dónde estuviste todas esas semanas.

Vuelvo mi rostro a la pared.

—No va a lastimar mis sentimientos ni nada, si tuviste algo con él. Sólo quiero saber por qué no llegó aquí contigo. A menos que tuviera otro lugar para ir. Eso es lo que Liam está pensando. Que era parte de un grupo de refugiados que se dirigían hacia el oeste, pero que tú querías volver aquí...

Sé lo que Liam debe estar pensando de esto. Ese sentimentalismo romántico hará que nos maten a todos. No fui con Augusto porque estoy enamorada de Topher. Augusto volvió porque está enamorado de mí. Un Nahx lo arrastró, lo mató y tal vez transmitió nuestra ubicación a su mando. Todos estamos jodidos por el amor.

Si supieran que el amor puede ser la única cosa que nos salve.

—¿Quieres que nos larguemos? —le digo a la pared—. Ir al oeste, quiero decir. ¿Utilizar el mapa de Xander y salir de aquí?

Topher no responde lo suficientemente rápido para mí. En su duda, veo todas las horas que él y los otros chicos y hombres han pasado en el entrenamiento, adaptando las armas, planeando asaltos. Todo se reduce a luchar o correr. No queda voluntad de lucha en mí. Y a veces pienso que Topher no es *sino* pelea.

—Quiero sacarte —dice por fin, y supongo que debería estar satisfecha con eso.

—¿Qué van a hacer con el Nahx que capturaron?

Topher se sienta otra vez en la silla, con las manos sobre las rodillas. Estoy impresionada por su apariencia y tomo un momento para mirarlo, en verdad, por primera vez en meses. Parece mucho mayor de diecisiete años, y los últimos vestigios de la calidez que lo hacía parecerse a Tucker están

desvaneciendo. Por todas sus mentiras sobre el amor, Topher es duro como las montañas heladas que nos separan del resto del mundo humano.

—Supongo que van a tratar de interrogarlo.

—¿Interrogarlo? ¿Quieres decir, torturarlo?

—Supongo que depende de qué tanto esté dispuesto a decirnos.

Un impulso de mi pasado, olvidado desde hace tiempo, de golpear la linda cara de Topher, se estrella sobre mí.

—Los Nahx no hablan —digo antes de que pueda detenerme.

Topher se inclina hacia atrás, estudiándome.

—No hablan con nosotros. ¿Cuándo han tenido una oportunidad antes de hacerlo? En cuanto a los VMN, ésta es apenas la segunda vez que se captura uno. Ni siquiera se había conseguido recuperar un cuerpo muerto.

—Ellos no... —pero ¿cómo puedo explicar lo que sé? ¿Cómo puedo hacer que Topher entienda? Su odio por ellos es como una cosa viva, tan fea y absorbente como lo fue ese día, en la tumba de Tucker. Retrocedo, tratando de llevarnos a un tema más seguro—. Conozco una manera de llegar a la costa. Seguros, quiero decir.

—¿El mapa de Xander?

—Sí, pero eso no es todo —presiono mis ojos cerrados—. Una escolta. Alguien que conoce el camino, que sabe todo sobre los Nahx. Sabe dónde están y cómo evadirlos.

Inesperadamente, Topher se desliza de su silla y se arrodilla delante de mí otra vez.

—Raven... él está... Augusto está muerto. No debería haber dicho lo que dije. No hay manera de que el Nahx lo haya dejado vivo. Eso nunca ha sucedido. Nunca. Sé lo que crees que pasó en el parque de casas rodantes, pero eso fue una especie de alucinación. No hay tal cosa como un Nahx misericordioso. ¿Ese Nahx que capturaron? Mató a Augusto.

Busco sus ojos. Busco la chispa de alegría que una vez amé tanto en Tucker, pero no queda nada. Mis propios ojos se llenan de lágrimas. Por Tucker. Por el mundo. Por el hecho de que Topher es el humano con vida en quien más confío, y no puedo decirle la verdad. Sin embargo, no tengo elección.

—Topher —digo, con las manos a cada lado de su cara—. El Nahx que atraparon es Augusto.

Una ráfaga de viento en el patio sacude de repente mi ventana. Topher la mira y me mira, con rostro inescrutable. Parece alguien tratando de averiguar la gracia de un chiste particularmente complejo. Entonces la comprensión aparece en él como un nuevo día. Despacio y de colores. Pero es un nuevo día roto de invierno, como todo lo demás por aquí. Se levanta de manera abrupta y sale por la puerta.

—¡Llaman a un equipo de seguridad! —grita en el pasillo—. ¡Ahora!

Hay una respuesta apagada, y el sonido de una puerta que se abre y se cierra.

—Topher —intento.

—¡Silencio!

Permanece en el umbral, su silueta iluminada por las brillantes luces del pasillo. Por fin se vuelve hacia mí y veo que en verdad Tucker se ha ido. Topher se ha ido. Todo lo que queda ahora es un soldado vengativo. No estoy sorprendida ni decepcionada. Resignación es lo que siento, como la chica Nahx en el video, justo antes de que perdiera la cabeza.

—Levántate —dice—. Da media vuelta.

Me vuelvo hacia la ventana y mi mente viaja de regreso a esa primera noche en la base, cuando Topher se presionó contra mi espalda, su embriaguez, su angustia, su desdén por mí tan fuerte que quería matarlo con mis propias manos. Tal vez todo lo que pensé que había cambiado fue sólo una ilusión. Ni siquiera creo que hayamos sido amigos en realidad. Y él nunca iba a ser Tucker. Incluso Tucker no era quien yo pensé. Ninguno de ellos lo era. Siento que sigo quitándoles sus máscaras, pero nunca alcanzo a la persona real.

—Las manos detrás de tu espalda.

—Topher, por favor —como todos los oficiales superiores, lleva consigo abrazaderas de cable, para amarrar a cualquiera que se salga de control. Ha estado sucediendo más y más, en especial con los hombres más jóvenes. Encierro prolongado y alcohol casero. Sin embargo, nunca había visto a Topher detener a una chica—. Vamos, ¿adónde me vas a llevar?

—Manos. Atrás. En tu espalda.

Obedezco. Y me estremezco cuando él tira de la abrazadera para apretarla.

—Trajiste a un Nahx aquí —su voz se ahoga de furia—. Trajiste a un Nahx al único lugar seguro que queda en la Tierra.

—No tenía otra forma de regresar. No podría haberlo hecho sin él. Él me salvó la vida.

—¿Eres así de estúpida? Eso fue un truco. Te engañó para que lo trajeras aquí.

Afuera, el viento se convierte en lluvia, gruesas gotas se estrellan contra la pequeña ventana como disparos lejanos. Topher me arrastra hacia atrás y me empuja hacia la silla, mis manos se desploman incómodamente detrás de mí.

—Tienes alrededor de sesenta segundos antes de que llegue seguridad. Es hora de contarme todo lo que sabes.

—¿Sobre qué? —pregunto estúpidamente.

—¿Este Nahx tenía a otros con él?

—No. Mató al único que encontramos.

Eso hace que Topher frunza el ceño.

—¿Qué hay de las comunicaciones? ¿Un radio? ¿Un transmisor?

—Nada que yo viera. Estaba perdido. Como separado de su... lo que sea... pelotón. Creo que básicamente era un desertor.

—O un espía.

Casi me río de eso. Augusto parecía tan confundido la mayor parte del tiempo; no puedo imaginarlo urdiendo ese tipo de engaño.

—Vi al que mató. Si fuera un espía, ¿por qué iba a matar a uno de su propio pueblo?

—¿Lo viste matarlo? ¿A ese otro?

—No. Pero sé que lo hizo. Había dos, un macho y una hembra. Yo maté a la hembra y Augusto al varón.

—¿Cómo sabes que lo mató?

Me parece que Topher ha comenzado a referirse a Augusto como él y no como cosa. Tal vez debería tomar eso como una pequeña victoria.

—Me lo dijo. ¿Por qué mentiría?

—Para ganar tu confianza, por supuesto. No has estado viendo los videos. La mayoría de las veces, cuando crees que uno de ellos está muerto, se levantan y se alejan unas horas más tarde. Así que fingió matarlo, para demostrar que estaba de tu lado para que lo trajeras aquí. Por Dios, Raven.

Comienza a caminar de un lado a otro.

—Eso no es lo que pasó, él abandonó a su gente y me salvó la vida.

—¿Te salvó la vida? Todo lo que vi fue a un Nahx pateándote el trasero. Pensé que estabas muerta cuando te recogió.

Mi sangre se convierte en hielo.

—Ése no era él —digo—. Él me recogió después de que el otro me golpeó. Creo que también mató a ése.

Escucho que la puerta se abre en el pasillo y luego un sonido de botas en el piso de concreto.

—Topher, había dos Nahx allí conmigo, en el estadio, ¿verdad? Tú lo viste a él. Lo viste salvarme.

—No lo recuerdo.

—¡Tienes que recordarlo! ¡Un Nahx muerto con mi cuchillo en la garganta tendría que haber estado allí! Augusto lo mató para salvarme.

—Raven, estaba perdiendo la razón. Pensé que estabas muerta. Este Nahx estaba huyendo contigo. Yo le estaba disparando flechas y persiguiéndolo. No me detuve a ver el paisaje.

Antes de que pueda convencerlo, el equipo de seguridad llega. Xander y Emily.

—¿Qué está pasando? —pregunta Xander.

—Llévala a una celda —dice Topher.

Xander, bendito sea, se rasca la cabeza y me mira.

—¿Toph?

—Ya me escuchaste, llévala. Estoy justo detrás de ti.

Xander piensa en ello durante unos segundos hasta que Emily se adelanta y me levanta. Muerdo un gemido de dolor.

Las caras se vuelven hacia mí mientras caminamos por la base, hacia la larga escalera que conduce a las celdas. Y pasamos junto a la gente que

conozco. Gente que reconozco. Ellos no parecen muy sorprendidos de ver cómo soy detenida, arrastrada, pero supongo que ya nada sorprende a nadie. Los rostros se alejan de mí con la misma rapidez.

Mientras que el centro de mando está a unos sesenta metros sobre las cubiertas de la residencia, las celdas están muy por debajo, ocultas entre los almacenes, el generador y los calentadores de agua que se alimentan de un río subterráneo y aguas termales. Bajo muchos metros de roca y hielo. Inconfortablemente claustrofóbico para mí, una celda será una pesadilla para Augusto.

—Déjame hablar con él —digo, torciendo el cuello para mirar a Topher—. Déjame ver al Nahx. Él puede ayudarnos a salir del territorio ocupado, sé que puede.

—Pensé que habías dicho que no pueden hablar —dice Topher.

—No lo hacen, no con voz. Ellos tienen señas y aprendí muchas. Y él puede leer, tal vez también pueda escribir.

Topher camina en silencio detrás de nosotros mientras lo veo; siento calambres en mi cuello por el esfuerzo de mirar hacia atrás.

—Ponla en una celda vacía —dice, luego se vuelve hacia mí—. Liam viene para acá, necesitas hablar con él.

Tropiezo cuando Emily me empuja dentro de una celda, y caigo dolorosamente de rodillas. Topher me mira desde la puerta mientras ruedo con torpeza hasta quedar sentada.

—¿Me puedes desatar ahora?

—¿Un cinturón negro en karate? ¿Sería prudente?

—Tú también eres cinturón negro.

—Sabes que no puedo ganarte, Raven. Nunca he podido.

Supongo que la ironía de la macana y la pistola enfundadas en su cadera está perdida en él. Pero luego se encoge de hombros y corta las ataduras con una navaja. Oigo voces en el pasillo cuando Topher retrocede por la puerta y la cierra tras él.

Las paredes parecen cerrarse a mi alrededor. Después de unos minutos, escucho la voz de Liam afuera. Está gritando. No está contento.

—¡Vuelve al centro de mando! —grita—. Asegúrate de que las patrullas

de guardia se dupliquen. Lleva a un equipo de ataque a la entrada norte.

—Sí, señor —oigo decir a Topher y eso me hace sentir escalofríos.

La cerradura de la puerta se abre y Liam se queda allí, mirándome, con Xander y Emily detrás de él como guardias. Me estremezco involuntariamente, con los hombros doloridos. Liam da un paso adelante. Parece que podría decir algo. Pero luego, en un abrir y cerrar de ojos, antes de que pueda reaccionar, me golpea tan fuerte en la cara que siento que mi cerebro se balancea contra mi cráneo.

—¿Qué carajos hiciste? —dice mientras me esfuerzo por sentarme sobre mis rodillas, con el rostro palpitante—. Ese pedazo de mierda de la siguiente celda es lo que hiciste. Cuando su ejército llegue y nos mate a todos, será tu culpa.

—Ningún ejército vendrá —digo—. Augusto está de nuestro lado. Abandonó su pelotón, me salvó la vida y puede ayudarnos a salir de aquí. Podría ayudarnos a llegar a la costa. Quiere hacerlo.

—¿Por qué querría ayudarnos? ¡Es parte de su ejército!

—¿Ejército? ¿Crees que se ofreció como voluntario para esto? —me inclino hacia atrás, no estoy segura de que haya terminado su acto violento. Podría derrotarlo, sin duda, pero ¿qué lograría? Soy una prisionera.

Siento que algo caliente gotea desde mi nariz. Sangre. Por alguna razón, el sabor me ayuda a enfocar. De todas las veces que he intentado convencer a Liam de largarnos de aquí, ésta es la más crítica. Éste es el momento en el que él puede elegir matar al Nahx que ya tiene en cautiverio y luchar, usar al enemigo para ayudarnos a llegar a un lugar seguro.

De todos los métodos de persuasión que he intentado, todos los argumentos, todas las súplicas, éste es el más importante. Necesito apelar al sentido de razón de Liam, su instinto de supervivencia, si lo tiene. Pero tal vez, como Topher, él no sea sino anhelo de combate.

—Tienes que escucharme —digo—. Ésta es nuestra última y única oportunidad. Augusto no traerá a los Nahx aquí, pero vendrán en algún momento. En realidad, no entiendo cuál es su proyecto, cuál es su objetivo, de qué se trata todo esto, pero estoy bastante segura de que su idea principal es que no quedan seres humanos vivos. No en las tierras altas por lo menos.

Tal vez al final matarán a cada humano en la Tierra. Pero por el momento sabemos que es seguro ir a la costa. Si podemos llegar allí, sobreviviremos. Todas estas personas de la base. Toda la gente que tu madre juró proteger. Pueden vivir.

Liam me mira fijamente. Parece que está considerando lo que he dicho. Pero entonces sus labios se abren en una sonrisa burlona y sé que lo he perdido. O que tal vez nunca lo tuve. Tal vez él nunca tuvo como prioridad el bienestar de las personas de la base. Tal vez ver morir a su padre, a su hermana, ver cómo el cuerpo de su madre fue devuelto inerte de una incursión lo destruyó de la misma manera que la muerte de Tucker acabó con Topher.

Supongo que al crecer tan seguros, engañosamente seguros, sin guerra, con poco crimen, con todo lo que necesitábamos para sobrevivir, nunca aprendimos lo que esta clase de vida podría hacernos. Me pregunto cuántas personas quedan en la base que tengan algún deseo de escapar, cuyo espíritu no se haya convertido en ira y venganza. Pienso en las historias de mi padrastro de los cazadores y tramperos que conocía en el norte, y las historias más oscuras que contaba. También debe haber gente en la base que haya enfrentado la desesperación, el hambre y el frío antes. Haré de ellos mis aliados si alguna vez salgo de esto.

Pero eso no parece probable. Liam se inclina y me escupe, su saliva se mezcla con la sangre de mis labios.

—Llévala a la celda del Nahx —dice.

Esta vez Xander se inclina y me levanta con suavidad.

AUGUSTO

Sangre. En mi máscara veo el reflejo del charco de sangre en el suelo.

Sangre. Cuando se rompe un tallo de diente de león, sangra blanco. Como la leche que beben los seres humanos. Bebí leche una vez. Sexta dijo que podía. Me enfermó también. Sangre de Diente de León. Su olor es abrumador, embriagante. Mi mente nace de nuevo a través de la espesa niebla de recuerdos de jarabe de aquellos días en el cielo, esos días en que ella moría lentamente, con su piel ardiendo, ensangrentada y azul con moretones. Ella no murió.

No murió.

—¡Despierta!

¿He estado durmiendo? Eso no es normal.

Levanto la cabeza y alejo el pasado de mis ojos.

Sangre. Sangre en su rostro.

Los guardias se tambalean mientras siseo y tiro de las cadenas.

—Cálmate, Nahx, a menos que quieras otra flecha —es el pálido, delgado, el que da las órdenes. Con quien intenté rendirme. Traté de mostrarle el libro de Diente de León. Puso la primera flecha en mi rodilla.

Sangre. Él huele a su sangre.

La rabia surge a través de mí. Estoy más despierto ahora de lo que he estado en días. Semanas. Tan despierto como el día que la dejé. Eso tomó todas mis fuerzas, para no llevarla lejos conmigo y mantenerla a mi lado.

Sangre. Sangre. Su sangre en él. Sangre en su rostro.

Mi hombro derecho palpita de dolor mientras estiro mi brazo hacia adelante. Hay un crujido y los humanos retroceden cuando la cadena estalla desde la pared. Cuando arranco la otra cadena, alguien dispara una flecha en la pared detrás de mí. Mi propia sangre rocía la habitación mientras jalo la flecha de mi hombro. Un puño se conecta con la cabeza del chico, mientras que el otro ataca con la flecha a una chica con una ballesta. Ella cae en un basurero.

Entonces Diente de León está gritando. Gritando. La otra chica tiene una flecha en su ojo, una flecha que gotea mi sangre, gris y aceitosa. El chico delgado yace desplomado en el suelo. Saco su pistola de su mano y la apunto al de cabello negro.

—¡Augusto! ¡NO!

El de cabello negro baja su ballesta y levanta las manos sobre su cabeza.

Cuento el tiempo con las respiraciones de ella. Uno, dos, tres, cuatro.

Sangre. Oh, no. ¿Qué hice?

—¿Xander? ¿Hay más guardias fuera de la puerta? —dice ella, sin quitar los ojos de mí. Sus ojos—. ¿Xander? —su voz es como el río caudaloso, pero constreñido. Como el caudaloso río empujado a través de una grieta en el hielo. El de cabello negro estaba en el río con ella. Ahora lo recuerdo. Recuerdo la valentía de ella cuando lo jaló hacia abajo, cuando lo salvó.

—No —dice—. Topher está armando equipos extra de centinelas y escuadrones de ataque. Todos fueron llamados al centro de mando.

Diente de León da un paso tentativo hacia mí, con sus manos extendidas.

—¿Augusto? ¿Puedo tener la pistola?

Mi respiración hace un sonido burbujeante. Puede que haya sangre en mis pulmones. Estoy tratando de averiguar lo que acaba de pasar. Creo que maté a dos personas. Pero ellos...

—¿Augusto?

... la habían lastimado.

Doy vuelta a la pistola y la sostengo. Ella avanza y la toma, luego la mete en la parte posterior de su cinturón.

—Xander es mi amigo, ¿de acuerdo? Por favor, no le hagas daño.

Sacudo la cabeza. Extraigo las flechas de mi muñeca y rodilla. El dolor estalla como un relámpago. La sangre gotea de mis dedos mientras suelto las flechas y hago la seña de su nombre.

—*Diente León.*

—No sé qué significa eso, Augusto.

Algo sobre volar. Plumas negras volando de noche, nunca, nunca más.

—*Raven, yo pensar ver tú cero repetir siempre.*

Ella toca mi rostro, y envuelvo mis doloridos brazos a su alrededor.

—Yo también te he echado de menos —dice, y me deja levantarla.

RAVEN

Nos quedamos así, yo arriba, flotando sobre el horror que Augusto ha forjado. Su armadura es demasiado caliente para tocarla, pero me aferro a él. Acunada en sus brazos, el tiempo se detiene para mí; el mundo desaparece y no tengo que enfrentarme a lo que viene. Es Xander quien finalmente rompe el hechizo.

—¿Rave? Liam todavía respira.

Augusto se mueve. Se lanza hacia adelante sobre una rodilla y de alguna manera consigue protegerme detrás, mientras al mismo tiempo empuja el cuerpo flácido de Liam a través de la celda. Con una mano toma la ballesta de Xander del suelo.

—¡No! ¡Augusto, no!

Se detiene y me mira, todavía enroscado como una serpiente que se prepara para atacar.

—Dame la ballesta, también, por favor. Presiono mi puño en mi esternón, *por favor*. Augusto mira en dirección a Xander—. Él es un amigo. ¿Cierto, Xander?

Xander se encoge de hombros, con los ojos negros abiertos de miedo. Pero Augusto lanza la ballesta hacia abajo. La tomo y observo la flecha cargada en el canal. ¿Podría yo dispararle a Augusto?, me pregunto cuando estoy de pie y enfrento nuestra situación. ¿Podría apuntar esa flecha al punto débil de su cuello y dejarla volar? Espero que no tenga que averiguarlo.

—Ven aquí, Augusto. Xander va a revisar... a estos dos, ¿de acuerdo? Todo está bien. Calma —Augusto se dirige hacia mí, alcanzando mi rostro. Me echo hacia atrás, con un estremecimiento, y él deja caer su mano.

—*No temer.*

—Estoy asustada. ¡Mataste a alguien justo delante de mí!

—*Lamentar lamentar repetir lamentar siempre lamentar. Disculpar...*

—¡Para!

Sus manos siguen. Luego, después de un segundo o dos, cae lentamente sobre sus rodillas y se sienta sobre sus talones. Me limpio los ojos y veo cómo Xander se inclina sobre Emily. El ojo que le queda está abierto, con la mirada fija; su piel comienza a cambiar al color de la ceniza fría.

—Está muerta —dice Xander inútilmente. Toma el pulso de Liam y mira bajo sus párpados—. Él todavía está con nosotros. No estoy seguro de si alguna vez se despertará. Voy a buscar un médico, supongo.

Xander se levanta, y mientras nos miramos unos a otros, un momento pasa tan lleno de posibilidades y desastres que siento que podría ahogarme.

—Xander, Augusto y yo nos vamos —Xander parpadea.

—De acuerdo —dice con tono inseguro.

—Necesitamos que nos ayudes a salir de la base. ¿Harías eso?

—¿Tengo otra opción?

Augusto me mira y comprendo, con un escalofrío, que él mataría a Xander donde se encuentre si yo lo quisiera. Que mataría a todos los humanos en la base si se lo pidiera. Todavía no estoy segura de lo que hice para tener tal poder sobre él, o si ese poder es absoluto. Tal vez un día Augusto se cansará de mí.

—No —le digo a Xander—. No tienes opción. Amarra las manos de Liam.

Xander saca un cable de su bolsillo y lo aprieta firmemente alrededor de las muñecas de Liam. Liam gime suavemente, pero no vuelve en sí.

—¿Adónde irán? —pregunta mientras termina.

—Lejos de aquí, al oeste, hacia la costa. Augusto, ¿tú puedes llevarme a la costa, cierto? ¿Al territorio humano?

Él me mira por un momento, luego asiente lentamente y vuelve su rostro

al suelo. Me doy cuenta que acabo de pedirle que me deje fuera de su vida de nuevo. Me pregunto cuántas veces le pediré esto. Cuántas veces lo hará. Y si alguna vez nos vamos a librar del otro en verdad. De alguna manera, entre este lugar y la costa voy a tener que hacerle entender que él no pertenece a mi mundo.

Pero Augusto tampoco pertenece a su mundo. No pertenece a ninguna parte.

—Estás cubierta de su sangre —dice Xander, frunciendo el ceño pensativo. He visto esa mirada antes, antes de que Augusto me capturara en Calgary. Es una mezcla de pánico y practicidad. Como si estuviera postergando un grito de terror—. Podemos salir por las rejillas térmicas, supongo. Abajo, al río, y hacia afuera a través de los pasillos que conducen a las salidas del noroeste. Ése es mi turno de guardia favorito porque es el más cálido.

—¿Habrán guardias allí?

Xander se agacha y cierra el ojo de Emily.

—Tal vez. Probablemente dormidos, si son como yo —se endereza y sacude la cabeza—. Esto está jodido.

—*Lamentar. Repetir lamentar.*

—¿Qué significan esas señas? —pregunta Xander.

—Sólo se está disculpado. Lo hace muy seguido.

—¿Qué canadiense. ¿Puedes pedirle que no mate a los guardias en las salidas del noroeste, si están despiertos?

—Pregúntale tú.

Xander da un paso tentativo hacia Augusto, que se levanta despacio. Junto a este extraterrestre gigante, Xander parece pequeño, casi como un niño, aunque nunca antes había pensado en él así.

—¿Bueno, Augusto? ¿Puedes salir de aquí sin matar a nadie más?

Augusto estudia a Xander por un momento, luego asiente con la cabeza.

—*Prometer.*

—Lo promete —digo.

—Ya veo. ¿Y suele cumplir sus promesas?

Si supieras qué tanto, pienso.

Los pasillos de techo bajo que están fuera de las celdas significan que Augusto tendrá que agacharse, y él lo hace con una mano descansando ligeramente en mi hombro. Xander nos conduce, y me aseguro de que sepa que tengo la pistola en mi mano. La ballesta cuelga sobre mi espalda.

—¿Tenías un rifle, Augusto? —pregunto mientras Xander examina la entrada de los generadores térmicos. Augusto sacude la cabeza—. ¿Necesitas un arma? ¿Dónde está tu cuchillo? —sacude la cabeza y se encoge de hombros. Supongo que podría darle la ballesta si necesitamos pelear. No sé qué tan bueno sería con ella. Y me pregunto cómo Liam y su equipo lo sometieron, y si tomaron sus armas. Nunca tuve la oportunidad de preguntar cómo fue todo. Tal vez Augusto puede explicármelo cuando tengamos un momento.

Las botas de Augusto chocan ruidosamente contra la pasarela de metal por encima del zumbido de los generadores, pero sin contar eso, caminamos en silencio. A medida que pasan los minutos, la cojera de Augusto disminuye hasta que camina con la misma facilidad de siempre. Sea lo que sea él, su resiliencia es extraordinaria. Tenía tres flechas encajadas hace no más de diez minutos. Ahora está caminando como si nada hubiera pasado.

—¿Sientes dolor? —le pregunto.

—*Poco* —dice, sosteniendo su dedo índice a unos centímetros de su pulgar.

—¿Estarás bien?

—*No temer* —dice. Lo traduzco a “No te preocupes”.

Claro. Nada de qué preocuparse. Escapar de una verdadera fortaleza con un enemigo asesino no es la gran cosa.

Cuando comenzamos el descenso al río, él comienza a jadear un poco, pero repite su “No te preocupes” cuando me giro para examinarlo.

—Si los Nahx vienen, debes traer a los civiles aquí abajo —le digo a Xander—. A los Nahx no les gusta estar bajo tierra, y esto es demasiado profundo para ellos, creo. ¿No es así, Augusto?

Él asiente cuando Xander da media vuelta y camina hacia atrás unos cuantos pasos.

—¿Por qué caminas así? —pregunta Xander, señalando la mano que

Augusto descansa sobre mi hombro.

—*Empujar abajo. Peligro* —dice Augusto con señas, resollando. Lo traduzco para Xander.

—Y siempre es un hombre y una mujer, ¿verdad? ¿Como si fueras un guardaespaldas o algo así? —añado.

Augusto asiente.

—Bueno, eso es muy caballeroso, supongo. Estilo clásico.

Augusto retira su mano de mi hombro y la coloca sobre su cabeza, comienza a frotarse, como si le doliera. Caminamos en silencio por un minuto, hasta que mis pensamientos amenazan con escapar como lágrimas desesperadas otra vez.

—Augusto, ¿está bien si le cuento a Xander algunas cosas sobre ti? ¿De la chica con la que viajabas?

Él toma mi mano y me da un pequeño apretón. Lo tomo como un sí.

Y mientras caminamos a lo largo de la pasarela, ahora por encima del vapor del río, con el rítmico golpeteo de los pasos de Augusto marcando nuestro progreso, le cuento a Xander lo que sé. Cómo Tucker mató a esa chica a la que Augusto estaba ligado. Cómo Augusto mató a Tucker, luego vagó perdido y solo hasta que el destino lo puso fuera de la puerta del cuarto de baño en el parque de casas rodantes. Hasta que me dejó vivir y perdió su mundo entero.

Xander suspira mientras camina delante de nosotros, y creo que lo veo enjugarse los ojos. Ambos sabemos lo que es perder el mundo entero.

—¿Sabe Topher? —pregunta—. ¿Sabe que fue él quien...?

—No. Y no creo que deba saberlo. Sólo empeorará las cosas.

La respuesta de Augusto es un débil gruñido.

Llegamos a la salida noroeste, que es notable sólo por su falta de pretensión: una pequeña puerta metálica con una triste cerradura. Mientras Xander se desliza hacia afuera para localizar a los guardias, Augusto me golpea en el hombro.

—*Tú ser mundo* —dice con señas. Y luego, porque estoy segura de que ve algo en mis ojos, añade—: *Lamentar*.

—No necesitas disculparte, te debo la vida.

—*No. Cero dar por favor.*

Ah, ¿no le debo nada? Ojalá fuera cierto. Dejo ir su mano y trato de pasar mis dedos a través de mi cabello sudoroso, enredado. Xander regresa con un rifle de asalto y una pistola. Se las entrega tranquilamente a Augusto mientras nos explica cómo está la situación.

—Los guardias se dirigen a la puerta del perímetro para unirse a la patrulla. Les dije que yo tomaría este puesto —presiona sus ojos cerrados—. Deberían poder subir por la montaña justo al oeste de aquí. Es empinada, pero yo ya lo he hecho. El camino desde el propio helipuerto será rastreado con patrullas, y ahora también el helipuerto, así que no pueden salir por ahí. Nadie tomará el helicóptero sin que Liam lo autorice, pero alguien pensará en eso y entonces lo buscarán. En ese momento, ustedes estarán jodidos —toma un respiro y suspira—. Pero si falla eso, necesitan llegar al camino de servicio al sur de la autopista Yellowhead y luego a los túneles del tren. ¿Todavía tienes una copia del mapa?

Lo tengo, en mi bolsillo. La mitad de la gente en la base lo tiene. Xander se obsesionó con esto y estuvo haciendo copias y repartiéndolas. Nos miramos el uno al otro.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta. Empuja la puerta completamente abierta y mira hacia las montañas cubiertas de escarcha.

—Podría pensar en algo divertido, supongo. O asegurarme de estar en cualquier patrulla que intente seguirte. Alguien se dará cuenta. Yo... —de repente, parece desesperanzado, otra expresión que rara vez he visto en él, que es el eterno optimista. El que cree que todas las cosas pueden ser superadas—. Esto es un suicidio, Rave. Si el equipo de Liam los alcanza, morirán.

—No nos alcanzarán —me vuelvo hacia Augusto, que está escuchando, todavía jadeando ligeramente, con el rifle colgado sobre su hombro—. ¿Lo harán?

—*Yo cargar.*

—Correcto. Augusto puede moverse rápido si quiere, incluso si me carga.

—No tienes provisiones, casi ninguna arma. Y los Nahx podrían estar ahí afuera.

—Nos las arreglaremos.

Xander sacude la cabeza, parece desolado otra vez.

—Nunca quise ser soldado —dice simplemente. Así es como Xander se ha sentido todo el tiempo. Por mucho que disfrutara de un combate en el *dojo*, nunca lo entusiasmó esta guerra.

—¿Y por qué no vienes con nosotros? —propongo—. ¿A la costa?

Augusto me toma la mano y la aprieta, con un poco de impaciencia, mientras me jala hacia la puerta. Doy un paso hacia Xander, dos, hasta que estoy en el rellano de un pequeño grupo de escaleras que conducen al suelo lodoso debajo.

—No creo que pueda cargarnos a ambos —dice Xander—. Enviarás gente a buscarnos, ¿cierto? ¿Una misión de rescate? ¿Si puedes?

—¡Por supuesto! —me lanzo de nuevo dentro y lo abrazo, ignorando el pequeño gruñido que emite Augusto—. Cuida de Topher, ¿de acuerdo?

—Haré lo que pueda —me deja ir y se inclina hacia la puerta mientras me uno a Augusto en las escaleras—. ¿Eh, Augusto? Cuídala.

—*Prometer* —responde Augusto con una seña, luego toma mi mano de nuevo.

Mientras doy los dos últimos pasos fuera de la base, me siento abrumada al darme cuenta de que ésta podría ser su última esperanza. Espero que Augusto y yo podamos escapar sin ser asesinados. Espero que me lleve a las ciudades humanas de la costa. Espero que los que quedan en la base de alguna manera puedan sobrevivir, que Liam no recobre la conciencia y decida llevarlos a una muerte nevada. Espero que tengan paciencia para ser rescatados.

Tanta esperanza depende de mí y de Augusto, que desaparecemos en la débil luz de la tarde. Somos el futuro de algo inconcluso y sin forma, algo poderoso e importante. Estoy tan asustada y, sin embargo, tan segura de que estoy haciendo lo correcto. Augusto aprieta mis dedos y me empuja hacia adelante, lejos de la base, de mi gente, de Xander, de Topher, de la memoria de Tucker, de todo lo que he conocido.

Me aleja de la raza humana, y yo lo sigo.

Xander no mintió. La subida es empinada y nuestro progreso lento.

Mientras el jadeo de Augusto disminuye, el mío aumenta con cada metro de elevación que ganamos. El frío no está ayudando, dado que no estoy abrigada de manera adecuada; llevo mi uniforme regular: pantalones cargo y una sudadera con capucha de hombre sobre una playera de manga larga. Y no tenemos agua ni comida. En cuanto a escapes, éste está muy mal planeado. Tal vez porque ninguno de nosotros piensa que en realidad lo lograremos. Tal vez todo esto sea una especie de último acto de desafío. Un último *A la mierda* para la especie que no pudo aferrarse a este planeta.

Cuando tenemos que escalar por las rocas, Augusto me invita tranquilamente a subirme en su espalda, donde me aferro como un bebé de chimpancé hasta llegar a un terreno más manejable. En realidad, no soy mala para escalar. Es otro pasatiempo que perseguí cuando mi vida carecía de emoción real. Pero no tengo los zapatos adecuados ni ningún otro equipo. Eso es sólo parte de mi excusa. Tal vez estoy cansada, o tal vez me gusta estar cerca de él.

Nos detenemos en una meseta y miro hacia atrás, a la base, ahora minúscula e inofensiva en la distancia. No parece que esté sucediendo algo inusual. Calculo que llevamos alrededor de dos horas escalando. Si Liam despertó, no está hablando todavía. Si Xander se encontró con Topher, no nos ha traicionado. Tal vez nos dejen irnos. ¿Qué ganaría alguien con una búsqueda? Quizás el sentido común prevalezca.

Después de escalar otra hora, comienza a oscurecer. Para mí, cada respiración es cada vez más difícil, mientras que Augusto parece zumbir con energía renovada. Estoy empezando a ver por qué los Nahx prefieren el terreno alto. A pesar de que siempre me ha parecido fuerte y rápido, aquí es extraordinario, saltando de cara a los acantilados conmigo aferrada a su espalda, o elevándome sobre obstáculos más pequeños con una mano, como si nada. A medida que cae la noche, llegamos a la línea de nieve y aunque el frío será duro, Augusto parece querer detenerse. Me conduce bajo un saliente, que resulta ser una pequeña cueva. Cuando enciende su linterna, veo los restos de un fuego.

—¿Has estado aquí antes?

Asiente, señalando las rocas ennegrecidas y la ceniza y haciendo una

seña, junto con la mano de interrogación.

—¿*Querer fuego?*

—¿No hará mucho humo?

Se encoge de hombros.

—¿*Tú frío?*

—Creo que estaré bien si nos sentamos cerca.

Él mueve la cabeza hacia atrás unas cuantas veces como si eso fuera gracioso. Y supongo que lo es. Luego se pone la mano en la cabeza y golpea su casco nerviosamente, antes de sentarse a mi lado, mientras se relaja con un siseo bajo.

—Lo siento. Olvidé que es incómodo para ti —se limita a sacudir la cabeza—. ¿Sabes adónde vamos?

—*Amigos humanos. Camino largo.*

—¿Crees que podamos conseguirlo?

Piensa por un momento antes de responder.

—*Buscar ropa. Encontrar comida. Yo esconder. Sí.*

Cuanto más hablo con él, más fácilmente se traducen los matices de su lengua en mi cabeza.

—*Asegurar tú estar bien. Llevar allá, regresar gente amiga. Prometer.*

—Eso espero.

Golpea su cabeza y hace una seña que se parece a mi nombre, pero no completamente.

—Lo siento, no... ¿pensar volar? ¿Soñar volar? ¿Qué significa eso?

—*Decir tú antes.*

—Yo... ¿Eso espero? ¿Esperanza? ¿Es así como dices esperanza? ¿Sueño que vuela?

Asiente.

—Ésa es una manera muy bonita de decirlo. Esperanza es mi segundo nombre.

Inclina la cabeza y levanta una mano interrogativa.

—Lo sé. Es algo irónico. Me han dicho demasiadas veces que *no tengo esperanza*, decían que soy un caso *perdido*.

—*Raven. Esperanza* —dice, pero lo que yo veo es “Sueño negro vuela”.

Nunca sentí que mi nombre me fuera tan ajeno. Suena como una especie de aeronaves de avanzada.

—Mamá pensó que Esperanza era un nombre afortunado, supongo. Se imaginó a una hija de cabello negro, inteligente y esperanzada. Y me nombró así —me separo de él y aparto la idea de la cara de pánico de mamá, la idea del silencioso viaje en automóvil a casa desde la estación de policía, mamá y Jack en el asiento delantero, yo en la parte trasera, ardiendo de vergüenza. Le contaría a Augusto acerca de eso si creyera que puedo hacerlo sin perder la cabeza.

—En verdad extraño a mis padres —digo en cambio. Parece que ésta es la primera vez que lo admito, pero eso no está bien. Se siente bien decirlo, las palabras me mantienen conectada con ellos. Y empiezo a pensar que mamá tuvo razón. Todo está dentro de mí. La esperanza me ha mantenido cuerda todo este tiempo. El cuervo me ha mantenido viva. Si sólo tuviera algo que me dejara mantener... a Augusto.

Después de unos segundos siento su mano en mi hombro.

—¿Cero esperanza? —pregunta cuando lo miro de nuevo.

—Oh, ya sabes, yo era una malcriada —me quedo corta, pero da igual—. Rompía las reglas —agrego cuando parece que no entiende.

—*Yo romper promesa dura también.*

—¿Promesa dura? —sacude la cabeza un par de veces—. Tu lengua es interesante.

—*Tú interesante.*

Nos sentamos en silencio por un momento mientras mi rostro se calienta.

—En el camino otra vez —digo finalmente. Un débil intento de humor.

—*Feliz* —dice.

—¿Que estás feliz?

Asiente.

—*Feliz estar afuera. Feliz estar movimiento. Feliz estar yo tú.* —cambia ligeramente de posición y su armadura cruje—. *No gustar solo. No gustar gente yo. No gustar gente tu. Pero tú gustar.*

Se trata del discurso más largo que ha hecho. Quizás el más triste, también.

—Sabes que cuando lleguemos a la costa, tendrás que dejarme, ¿verdad? —digo, poniendo mi mano sobre su rodilla. Su armadura es demasiado caliente al tacto—. No podremos quedarnos juntos.

Pone su guante de armadura sobre mi mano y la aprieta con delicadeza.

—*Quizá mundo acabar* —dice—. *Quizá cielo caer*.

Luego forma otra frase que no entiendo.

—¿Tal vez algo y algo serán amigos? ¿Cuáles eran esos dos signos?

Con el dedo dibuja dos imágenes infantiles en la tierra. Un oso y una abeja.

—¿Tal vez los osos y las abejas serán amigos? —no sé si reír o llorar cuando asiente.

—*Quizá nieve elevar y tiempo no mover*.

La forma en que dice “quizá” es “casi esperanza”. Casi un sueño que vuela. Con cada palabra lo conozco mejor. No tenía idea de que fuera un filósofo. Tantas cosas que no sé de él. Tanto para aprender y un tiempo tan limitado para hacerlo. Pero, como él dice, tal vez el tiempo deje de moverse y lo conozca a él mejor que a mí.

Quiero salir de aquí, regresar con mis padres, a la seguridad. Quiero salvar a Topher y a Xander y a todos los que pueda. Quiero que la raza humana sobreviva. Quiero que tengamos la oportunidad de redimirnos.

Pero casi espero que el tiempo se detenga también.

AUGUSTO

En algún momento, se quedó dormida. Su pequeña cabeza se recarga sobre mi dolorida rodilla mientras yo descanso una mano en su cabello y miro hacia la oscuridad, más allá de la entrada de la cueva. No creo que los otros humanos sean lo suficientemente tontos para venir detrás de nosotros por la noche. Pero ya he sobreestimado su inteligencia.

En cuanto a mi propia estupidez, no conoce límites. La llevaré hasta los confines de la tierra, descenderé a elevaciones que harán que mi nariz sangre dentro de mi máscara. Veré manchas y mis articulaciones se paralizarán, si lo que dijo Sexta resulta ser verdad. Quizá todo era una mentira. Tal vez podría deslizarme fuera de mi armadura y dar un paseo en los campos de refugiados humanos sin que nadie lo note. No soy tan diferente, sólo más alto y mi piel luce opaca por el lodo en mis venas. Pero creo que mi conducta me delataría. Quizá mataría a alguien en un arranque de celos desde el primer día.

De cualquier forma, tal vez Sexta estaba diciendo la verdad.

Reviso el altímetro en mi manga. Mil doscientos metros. Podría desconectarme durante unos minutos y... ¿qué? Ni siquiera lo sé. ¿Verla dormir sin mi máscara de por medio? ¿Respirar el mismo aire que ella? ¿Despertarla y pedirle que vuelva a poner su mano en mi rostro? Las posibilidades son demasiado numerosas para considerarlas. Pero desconectarme de la armadura cuando fue tan recientemente recargada es algo ruidoso y complicado. Ella estaría aterrorizada y tal vez escaparía y

podría caer en un acantilado en medio de la oscuridad; sus últimos pensamientos serían sobre el monstruo que la despertó.

Mañana nos dirigiremos al sur, a una pequeña ciudad que he visitado antes. Puedo encontrar la ropa y la comida que necesitará para el viaje. Entonces, a menos que mi cerebro adulterado me traicione, giraremos hacia el norte para buscar una serie de túneles bajos a través de la roca. Hace mucho tiempo, mucho antes de conocer a Diente de León, algunos humanos trataron de escapar de esa manera. Intentaron. Los vimos desde un acantilado lejano, pero el ruido de la explosión fue suficiente para sacudir mis tímpanos. Sexta celebró abrazándome con fuerza, luego estuvo tan enojada consigo misma que sacó su cuchillo y me persiguió por la montaña hasta que me escondí en un coche humano. Ella pasó el puño por el parabrisas y me jaló hacia fuera, pero para ese momento su cólera ya había disminuido. O por lo menos su deseo de apuñalarme. Ése fue el día en que me dejó tomar la bebida marrón burbujeante que casi me mata.

Pero los túneles, tranquilos ahora que la mayoría de los seres humanos han sido *procesados*, son el camino más seguro hacia el oeste. Estarán oscuros, y de muchos kilómetros de largo en algunas partes. Y se encuentran bajo toneladas de roca, en terreno bajo la mayor parte del camino. Si Sexta tenía razón, eso podría terminar conmigo.

Diente de León murmura en sus sueños, y con suavidad dejo que su cabeza se deslice fuera de mi rodilla y descansa sobre el suelo; jalo la capucha de su chamarra para protegerla del polvo y la ceniza. Me apresuro a pararme y estirar mis extremidades doloridas. En la abertura de la cueva veo algo de movimiento y ya tengo un arma en cada mano antes incluso de tomar aire. Pero cuando salgo a investigar, veo que el movimiento era sólo un gordo copo de nieve que flotaba sobre el saliente de la cueva. Otro lo sigue, luego otro, hasta que el aire está lleno de copos de nieve, cada uno como un... pequeño humano con alas. Una criatura mágica...

Hada. Capturo la palabra y la mantengo un momento en el calabozo de mi arruinada mente. Algo sobre este pequeño recuerdo rescatado junto con los copos de nieve que destellan me llena con una sensación de paz y determinación. Mi objetivo es más claro que nunca. Diente de León debe

llegar a territorio humano.

Si para mí es un camino a la muerte, que así sea.

RAVEN

Me despiertan los gritos. Me lleva un momento interpretar el ruido como una mala noticia. Un momento para recordar que estoy con Augusto, y él ni grita ni habla. Que los gritos significan problemas. Me levanto de un salto, miro alrededor y compruebo que estoy sola. Meto mi pistola en la parte posterior de mi cinturón y me asomo por la entrada de la cueva. Mi garganta ahoga un grito cuando me escondo de regreso en la cueva para procesar lo que alcancé a ver.

En la meseta debajo de nosotros, como a seis metros de distancia, está Augusto, con las manos sobre la cabeza y una ballesta presionada en su cuello.

Una ballesta que sostiene Topher.

—¿Dónde está ella? —lo escucho gritar. Augusto, por supuesto, guarda silencio.

—No hablan —dice otra voz. Xander. Gracias a Dios. Una voz de la razón.

—Él le disparó un dardo y la dejó en alguna parte. ¡¿DÓNDE ESTÁ?!

Oigo el golpe de metal contra metal y luego el inconfundible ruido de Augusto cayendo sobre el suelo rocoso.

—¡Levántate! —escucho, y arriesgo otra mirada.

Topher y Xander tienen a Augusto acorralado, confrontándolo, con las armas levantadas y un escarpado acantilado a sus espaldas. Sé que Augusto

podría escalar ese acantilado a sus espaldas, pero más allá de levantarse lentamente, no se mueve ni intenta escapar. Por mí. Podría correr, escapar fácilmente. Si uno de ellos lograra clavarle una flecha, él podría sacarla y estar como nuevo en solo un día. Pero él no me dejará. Y Topher parece dispuesto a matarlo.

Salgo de la cueva.

—¡Hey!

—Ahí está ella —dice Xander—. Te lo dije.

Los tres parecen relajarse un poco. Al salir de la cueva, percibo un movimiento desde la otra dirección. Y el aire todavía matutino enmarca con precisión el sonido inconfundible de una cuerda de arco que se tensa. En un solo movimiento giro la cabeza, grito a la forma que se encuentra entre las sombras de las rocas y salto imprudentemente hacia la meseta.

La gravedad se dobla, se ralentiza, y siento que floto en el aire durante demasiado tiempo, mi cabeza todavía se vuelve hacia el movimiento en las rocas. Liam, con una flecha lista, tensa el arco. Me mira mientras grito, su rostro se ilumina cuando me reconoce.

El tiempo se detiene entonces, y empiezo a pensar que quizás Augusto tenía razón. Estoy atascada en el instante en que salté de la cueva, en el momento en que me encuentro suspendida por encima de la meseta. En el momento en que encuentro los ojos de Liam y veo su sorpresa de que haya intentado dar un salto. La sorpresa que hace a ese imbécil retroceder, perder su objetivo en Augusto, girar su arco y flecha ligeramente hacia arriba, en mi dirección. La flecha avanza hacia mí en cámara lenta mientras giro en el aire. Cuando golpea, espero un ruido, pero corta a través de mí como un cuchillo caliente en mantequilla. Silencio.

Aterrizo con pesadez y mis rodillas ceden debajo de mí. Logro evitar caer sobre mi rostro con mis manos. Y tengo este pequeño pensamiento en el momento antes de que todo se desmorone.

—*Augusto, sentir.*

Haría la seña “lamentar”, pero la punta de la flecha sobresale de mi pecho en el lugar exacto donde iría el costado de mi mano. En vez de eso, lo miro mientras él se gira. Mientras Topher gira. Mientras Xander toma un paso

tentativo, aturdido.

Augusto sisea, un siseo sonoro y firme, y en el microsegundo que Topher pierde su concentración, Augusto ataca, toma la ballesta y lo golpea con ella en el rostro. Luego se lanza sobre mí. Se lanza y me atrapa mientras me deslizo hacia abajo.

Mientras él se sienta a mi lado, los ruidos que emite son terribles. Gruñidos, afligidos siseos. Vagamente, veo detrás de él a Xander que ayuda a Topher a levantarse. Siento que Augusto saca la pistola de la parte de atrás de mis pantalones.

—No —grito, pero Augusto los ignora a ellos y apunta el arma a una sombra que se aproxima, siseando, mientras su mano libre acuna mi cabeza.

—Fue un accidente, no quise dispararle. Juro que estaba apuntando hacia él —no estoy seguro de que Liam esté hablando con Augusto. Parece dirigir sus palabras a Topher y Xander, que caminan hacia nosotros con cautela. Augusto quita el seguro de la pistola, gruñendo, y hace que Liam retroceda.

—No quise hierla —dice, levantando las manos—. Ella me sorprendió. Perdí el control de la flecha, lo juro.

Giro mi cabeza tanto como puedo para mirarlo, parado allí, a metro y medio, en la nieve fina; se ve tan insípido como siempre. Su cara está magullada y un círculo negro enmarca su ojo. Conmocionado, pálido por el impacto y el miedo. Frío, asustado. Casi siento pena por él. Él perdió todas las cosas que yo espero encontrar de nuevo algún día.

Esperaba.

Tengo un segundo, que se extiende como una honda, para ver que Liam está usando una de las cámaras de casco. Y yo medio completo la idea de que tal vez un día él dejará de lado su lujuria por la sangre y la gloria antes de que la cuestión se vuelva irrelevante.

Augusto sisea una vez, siento que sus dedos se contraen en mi cabello, y aprieta el gatillo.

El mundo desaparece. Por ese segundo, el sonido del disparo lo borra todo: las montañas, la nieve, el sol, el cielo. El pasado, el presente y el futuro se reducen al tamaño de una mota de polvo y luego nada. Nada más que el rocío rojo de la vida de Liam estallando por la parte posterior de su cráneo, y

la caída lenta, casi elegante de su cuerpo.

—Oh, Augusto... —digo. Lo veo respirar mientras el mundo poco a poco regresa. Me vuelvo hacia los chicos. Topher, desarmado, la sangre escurre por su rostro de una herida cerca del nacimiento de su cabello, y Xander, detrás de él, su propia arma cayó descuidadamente al suelo.

Parpadeo, pero parece que me toma mucho tiempo. Mientras mis ojos están cerrados, escucho un suave corte y siento la sacudida de la flecha que es jalada de entre mis costillas. Asumo que la persona que gritaba de dolor era yo.

Cuando abro los ojos, Augusto me ha subido a su regazo, y se inclina sobre mí con la mano sosteniendo la pistola presionada contra su cabeza. Por encima de él, Xander arroja los restos de la flecha.

—¿Puedo echar un vistazo? —dice.

Augusto asiente con la cabeza. Él está temblando, su armadura pulsa un calor abrasador y frío glacial. Xander se agacha y levanta mi sudadera con capucha y mi playera. Ambas están empapadas de sangre. Trato de girar mi cabeza para ver, pero ese esfuerzo parece empujar más sangre de la herida. La siento chorrear por mi costado.

—Carajo —dice Xander—. Intenta no moverte. Uh...

Topher entra en mi campo de visión. Esto parece sacar a Augusto de cualquier trance en el que haya estado. Su mano se mueve y apunta la pistola al rostro de Topher.

—¡No! —grito, inflando otra burbuja de sangre—. No más. Augusto, entrega a Xander el arma, ¿de acuerdo?

Obedece sin vacilar, voltea la pistola y se la entrega. Xander guarda el arma cuando Topher se acerca, quitándose la chamarra. Xander la toma y la presiona sobre mi herida; luego se desviste su chamarra y la mete detrás de mí, sobre el agujero donde la flecha entró.

—Presiona aquí y aquí —le dice a Augusto, que envuelve sus manos alrededor de la parte delantera y trasera de mis costillas; la suave presión hace que el dolor comience a registrarse correctamente por primera vez desde que esto pasó. Desde que Liam me disparó accidentalmente una flecha.

Casi podría reír.

Si no estuviera tan segura de que estoy muriendo, tal vez podría reír.

—Volveré por un médico. O podríamos llevarla de regreso a la base —dice Topher. Pero su voz tiene el tono que usaba cuando hablaba de que nosotros nos amábamos, que nos pertenecíamos. No lo cree.

—Son tres horas por lo menos —dice Xander—. Ella no...

Augusto empieza a sacudirse. Deja caer las chamarras ensangrentadas y me acerca, abrazándome contra su pecho.

—Lo siento, Augusto —digo.

—No. No.

—Por favor, ¿puedes llevar a mis amigos a través del desfiladero? ¿Hacia el territorio humano?

—No. No. No. Dejar tú cero repetir siempre.

Levanto mi mano y toco un lado de su rostro, el metal todavía palpita caliente y frío. Él sisea lastimosamente.

—Te dije que seríamos amigos algún día.

Entonces hace una serie de señas. Conozco algunas y algunos las he visto antes, pero nunca las comprendí. Algunas nuevas. Pero ahora, en este espacio borroso antes de la muerte, tienen un perfecto sentido.

—Tú caminar sueños, Hermosa Flor Viento.

—Tú también, Augusto —digo, registrando correctamente por primera vez el apodo que me dio. Lo ha dicho un millón de veces, pero nunca entendí lo que significaba hasta ahora.

Hermosa Flor de Viento.

Diente de León. Sí. Creo que hay un diente de león dentro de mí también, en algún lugar, con el cuervo y la esperanza. Al parecer no soy tan invencible como pensaba.

Es difícil abrir los ojos después de mi siguiente parpadeo. Sólo el sonido del llanto de Topher me da la fuerza.

—Volveré a la base —dice entre lágrimas—. Traeré un médico.

Xander, que está sentado a mis pies, lo llama.

—¡Topher! ¡Espera! No es... —entonces me mira, su rostro no esconde la dura verdad que estaba a punto de gritar—. ¡Es peligroso! —dice finalmente, pero tampoco hay ánimo en él.

Me vuelvo para mirar a Topher, en pie junto al sendero que baja de la meseta. Me mira, pero no tengo fuerza para interpretar su expresión. Y él, creo, carece de la voluntad para hablar. Sólo da media vuelta y se aleja caminando.

Se aleja. ¿No me dijo él una vez que nunca me dejaría? ¿O era otra persona?

Augusto me acerca de nuevo y mueve un pulgar para limpiar una lágrima de mi rostro.

—Trata de aguantar, Rave —dice Xander.

Lo intento. Pero puedo sentir que me estoy desmoronando, y el charco de sangre en el que descanso es cada vez más grande.

—¿Sentir rota?

¿Cuántas veces me lo ha preguntado Augusto y cuántas veces he mentido y dicho que no?

—Sí —digo.

—Repetir yo.

Nos miramos hasta que mi reflejo en el vidrio de su máscara ocular comienza a difuminarse y oscurecerse.

—Respirar —dice. Necesitaba el recordatorio. Pero el siguiente aliento que tomo tiene burbujas de sangre, que caen por mi barbilla. Mientras Augusto me limpia, veo que su mano está temblando. Él está temblando. Me empuja a su regazo, me desliza hacia abajo y se sienta con las piernas cruzadas debajo de mí, acunándome como lo hizo esa noche antes de que supiera la verdad sobre lo que pasó a Tucker. Sobre quién fue Augusto.

A pesar de la calidez con la que él me rodea, yo también estoy temblando mientras mi mente viaja al pasado, a través de los meses, el tiempo en que no sabía si Augusto estaba vivo o muerto. Cuando intenté amar a Topher e ignorar la frialdad que crecía dentro de él. A través de los días en que Augusto y yo caminábamos por la nieve para regresarme a una vida de escondite y conspiración, a través de las semanas en el *penthouse*, odiándolo, temiéndole, añorando que volviera cuando se había ido. Y el balanceo cuando subía las escaleras conmigo medio consciente en sus brazos, y cuando lo vi fuera del establo y Sawyer pensó que yo estaba soñando, y él cargándome,

cargándome, con copos de nieve alrededor de nosotros y estrellas fugaces. Y mirando el pestillo del baño en la casa rodante, mirando y deseando haber cerrado esa puerta. Aunque con su propensión a romper cerraduras, quizás habría arrancado la puerta de sus bisagras. Tal vez ese acto de violencia hubiera sido suficiente para incitar la ira hacia mí. Quizá me habría disparado y después se habría ido.

De cualquier manera, esa puerta sin seguro es la razón por la que estamos ambos ahora aquí, con mi vida escapándose y su corazón roto. De cualquier manera, cuando abrió la puerta vio algo que lo hizo dudar, y eso fue todo lo que se necesitaba.

Recordó a la chica que flotaba en el río y no quería dejar que flotara lejos de él de nuevo.

Me pregunto si hay tal cosa como amor a primera vista. Una vez pensé que Tucker me quería. Ahora veo que estaba equivocada. Así es como se siente el amor: las manos temblorosas de Augusto tratando de mantener mi sangre dentro de mí. En mi memoria, mientras me cargaba lejos del parque de casas rodantes, también temblaba. ¿Estaba asustado de mí? ¿O tenía miedo de perderme? Tal vez las dos cosas.

Parpadeo de nuevo. Cuando abro los ojos, mi mano descansa sobre el rostro de Augusto, y su mano cálida está sobre la mía.

—¿Puedes quitarte esto? —pregunto—. ¿Tu casco? ¿Tu armadura? ¿Puedes quitártelos?

—*No. Sí. Morir.*

—¿Te mueres si te los quitas? ¿Incluso por un minuto?

Modifica ligeramente la seña de su mano, ni siquiera estoy segura de cómo, pero cambia la frase a pasivo.

—*No morir. Ser muerto.*

—¿Quién te mataría? ¿Otros Nahx? ¿Está prohibido quitártelos? Nadie lo sabrá, Augusto.

Mira a Xander. Yo ya había olvidado que estaba aquí. Xander suspira antes de contestar.

—No voy a decirlo a nadie.

Augusto vuelve el rostro hacia mí y, con el sol de la mañana brillando

sobre él, casi puedo imaginar que veo sus ojos detrás de la máscara.

—¿Quieres quitártela? ¿Por favor? Me gustaría ver tu rostro.

Me mira fijamente y pasa sus temblorosos dedos sobre mi cabello. Por fin, estira un brazo y toca a Xander en el hombro.

—*Tomar* —dice—. *Tomar ella.*

Xander se mueve para sentarse más cerca mientras Augusto me desliza con suavidad en su regazo. El movimiento hace que brote una nueva ráfaga de sangre, y Xander presiona torpemente su mano sobre ella.

—Dios —dice en voz baja. Y luego—: De acuerdo...

Ojalá pudiera haberle ahorrado esto. Ojalá pudiera haber salvado a todo el mundo de todo.

Augusto se levanta para descansar sobre una rodilla. Mira alrededor de la meseta y luego hacia mí, con la cabeza vuelta a un lado. Reprimo un gemido cuando un repentino espasmo de dolor me recorre.

—Por favor —digo, y no agrego: *se acaba el tiempo.*

Augusto lleva sus brazos a su casco y tira de algo. Se escucha un fuerte crujido, casi como un disparo, y cuando el fluido negro gotea por su hombro, entro en pánico por un momento pensando que le dispararon, pero él sólo se estira y hace algo en el otro lado de su casco. Otro golpe fuerte. Xander tiembla debajo de mí.

Augusto se inclina lentamente hacia adelante para descansar en ambas rodillas, con una mano en el suelo. Tira de la parte trasera de su casco y lo jala. Se escucha otro ruido, un sonido líquido, y el casco se divide en dos, adelante y atrás, y cae al suelo. Su cabeza emerge, húmeda, cubierta por el mismo líquido que se escapó. Se ve como siempre pensé que era su sangre.

Él permanece allí, con la cabeza colgando, y puedo ver que el casco todavía está conectado a él a través de un tubo de goteo que se divide en tres, y que parece que sale de su boca y sus fosas nasales.

—Qué cara... —dice Xander.

Augusto comienza a toser y a ahogarse. Con una mano temblorosa jala el tubo viscoso cerca de treinta centímetros hacia fuera, luego unos cuantos centímetros más, hasta que finalmente sale todo, junto con una corriente de lodo. Él permanece allí por un momento mientras lo observo tosiendo, con

náuseas. Luego expulsa un torrente de líquido negro sobre la nieve. Pasan unos segundos. Por fin, deja entrar una respiración húmeda y sibilante.

—¿Augusto?

Se incorpora y hace algo en sus muñecas. Con dos ruidos más y más lodo, sus guantes se separan. Reúne un puñado de nieve fresca y se frota el líquido de sus manos, revelando la piel pálida, casi gris, debajo. Camina sobre el charco de vómito, regresa a mi lado y me mira.

—Oh, Dios mío —dice Xander mientras Augusto me toma y me desliza de vuelta en su regazo. Augusto se limpia el rostro y limpia algo de líquido de sus ojos. Inclina la cabeza y me mira a unos centímetros de distancia.

—Tú eres... eres... —por un momento he olvidado la palabra. Cuando vuelve a aparecer en mi cabeza, casi río—. ¿Eres humano?

—*Repetir humano* —hace las señas.

—¿No puedes hablar? ¿Ahora que te has quitado la máscara, no puedes hablar?

—*No. Cortar voz* —inclina la cabeza hacia atrás para mostrarme una masa de cicatrices y algunos implantes metálicos que forman parte de su cuello.

—¿Pero eres humano? Quiero decir, aparte de... —me acerco para tocar los implantes en su cuello y mandíbula—. Te ves igual que un humano.

—*Repetir humano.*

Al principio, creo que está de acuerdo conmigo, porque repetir también significa *parecer*. Pero entonces me doy cuenta de que puede significar algo más.

—¿Copia humana? ¿Quieres decir, como un clon?

Asiente entonces, y mueve una mano para tocar mi cabello, mi frente. Un pequeño suspiro se le escapa. Y sonrío.

Humano, pero no. Hay cosas en él que no parecen muy correctas. Sus dientes lucen afilados. Sus iris son negro puro, y más grandes de lo que deberían ser. Y su piel, donde puedo verla mientras limpia más de la goma negra, es en realidad gris. Cuando toco con mis dedos sus labios y dientes, y él abre su boca, veo que su lengua es negra también. Su rostro es suave y carece de vello, y el cabello de su cabeza está desordenado y aplastado y

enmarañado por el líquido aceitoso.

Pero de alguna manera, a pesar de todo esto, es indescriptiblemente hermoso. Si tuviera que adivinar, diría que al menos uno de sus padres o abuelos era chino. Tiene la nariz delicada y los ojos angulosos junto a una mandíbula fuerte y pómulos prominentes, uno de ellos marcado con una cicatriz blanca brillante que baja de su sien hacia su labio superior en forma de arco.

Uso la manga de mi sudadera con capucha para limpiar más limo de su hermoso rostro. Se ve tan inofensivo después de tanto miedo que yo he sentido por él, por las cosas que ha hecho, por la gente que ha matado. Parece inocente.

—¿Qué edad tienes? —pregunto.

Augusto se encoge de hombros, sin apartar nunca sus ojos negros de los míos. Me doy cuenta de que su respiración es un poco forzada.

—¿Estás bien? ¿Puedes respirar así?

—*No preocupar.*

Y decirlo parece liberar algo en él. Sus ojos se llenan de lágrimas plateadas.

—*Lamentar lamentar lamentar.*

Se está haciendo difícil pensar a través del ardiente latido de la carne rota dentro de mí y el dolor en mi corazón, pero soy consciente de que Xander está llorando también. Es extraño, no creo haberme sentido tan amada como me siento en este momento. Dos hermosos chicos llorando por mi inminente muerte. No podría haber imaginado una escena mejor. Me siento como Julieta.

—¿Xan-Xander? ¿Le dirías... qué pasó conmigo a mis padres, si los encuentras?

Asiente, sollozando.

—*Diente León. Prometer llevar chico cabello negro humanos amigos.*

Río, pero la risa se convierte en un gemido de dolor.

Augusto traga aire y se aferra a mí, acercándose.

—Ponte la máscara otra vez si no puedes respirar.

Sacude la cabeza y jadea.

—Amigo, vamos... —Xander se acerca a él, pero Augusto lo empuja lejos de él.

—*¡No!*

—Augusto, por favor. Acabas de prometer que llevaras a Xander a casa. Lo prometiste.

Él sacude la cabeza, su rostro hermoso ahora manchado con lágrimas grises.

—*Vivir. Vivir. ¿Vivir?*

—Lo siento. No creo que lo haga —mi visión está empezando a oscurecerse en los bordes.

—*¿Vivir siempre?*

—No. Nadie vive por siempre.

Augusto toma una áspera bocanada de aire, se inclina hacia mí y sostiene mi barbilla entre sus cálidos dedos. Con su otra mano señala sus ojos y oídos.

—*¡Mirar! ¡Escuchar!* —dice con un siseo bajo.

—Estoy escuchando —digo, tratando de mantener la atención en su rostro. Intentando grabar todas sus expresiones de tristeza y frustración en mi mente. Después de tantos meses sin verlo así, de tener que adivinar sus emociones, es precioso.

Él hace señas lentamente, y agrega la puntuación con movimientos firmes de la mano.

—*¿Tú. Querer. Vivir. Siempre?*

—Todos lo quieren. Pero eso es...

Él presiona su mano sobre mi boca.

—*¿Sí? ¿No?*

En mi visión cada vez más borrosa veo una pequeña chispa de luz, como una luciérnaga. Intento alcanzarla, pero mis brazos pesan demasiado.

—*¿¡Sí!? ¿¡No!?*

—Sí —digo más a la luciérnaga que a cualquier otra cosa. Ahora está zumbando más cerca. Si sólo pudiera levantar la mano...

Augusto me levanta bruscamente y alcanza su muslo debajo de mi espalda. Cuando me baja, veo lo que tiene en la mano.

Un dardo Nahx.

Su rostro es una máscara de arrepentimiento y tristeza, las cejas juntas, sus afilados dientes blancos clavados en su labio superior, sus ojos llenos de lágrimas. Muerde algo en el extremo del dardo y revela la punta de la aguja.

—¿Sí? ¿Decir sí?

—Sí —digo. A él, a la luciérnaga, a Xander, que no es más que un fantasma murmurante en los bordes de la luz. A Topher, que se alejó caminando. A alguien...

Augusto clava el dardo en mi cuello. La luciérnaga explota, absorbiendo la luz como una estrella que colapsa.

—¿Qué...? —digo, pero el fuego me recorre. Mi cuerpo se contrae, la columna se curva hacia atrás mientras intento escapar del infierno que hay dentro. Abro la boca para gritar, pero nada sale, la luz de mi voz es absorbida con todo lo demás.

—¿Qué fue eso? ¿QUÉ HICISTE? —escucho gritar a Xander.

Empiezo a temblar, y como Augusto me sostiene, veo que la sangre que sale de mi estómago está cambiando de color. Todo cambia de color. El negro en los bordes de mi visión se torna duro y grueso. Miro hacia arriba y encuentro los ojos de Augusto. Él sacude la cabeza y presiona el lado de su mano en su pecho.

—*Lamentar. Lamentar. Lamentar.*

Luego levanta mis manos y las pone a cada lado de su rostro. Mirándolo a los ojos, atrapándolo mientras mi mente se ahoga en la oscuridad, algo del misterio de Augusto comienza a desplegarse y navegar por encima de las olas, algo del misterio de los Nahx, de sus dardos, de su extraña sangre. Lo que le están haciendo a nuestro planeta. Tiene sentido al fin, y con eso viene tal alivio que creo que sonrío. Augusto me sonrío de nuevo a través de sus lágrimas. Llevo el rostro hacia abajo hasta que nuestros labios se tocan. Su beso sabe como nieve fresca y el humo de una hoguera. Se retira y se toca los labios con los dedos.

Siento que mi corazón se detiene, como si hubiera pisado arenas movedizas y me hubiera hundido sin luchar. Las cosas comienzan a moverse lentamente. Augusto parpadea, y parece que tarda una hora, un día. El veneno del dardo alcanza ahora todas mis partes, y lo sé. Esto es tiempo detenido, tal

como dijo Augusto. Ya sé para qué sirven los dardos. Siento los comienzos del desdén hacia mi propia especie, débil e imperfecta. Así es como nos volvemos perfectos. Así es como vivimos por siempre.

Mi cerebro se centra en su rostro, que está congelado a centímetros del mío, con los ojos abiertos y asustados, y copos de nieve suspendidos en el aire a su alrededor, como estrellas.

Hay oscuridad debajo de mí, como ese lago turbio de mi sueño. Hay algo debajo del agua, tirando de mí, algo que he olvidado, algo vital. Si los dardos Nahx son la perfección humana, si son la inmortalidad, entonces ¿qué he olvidado? Algo demasiado terrible para recordar. Algo debajo de la tierra, bajo la nieve, algo debajo de las sombras de un árbol sin hojas.

Vuelve a mí cuando el rostro de Augusto se disuelve en nada. Con el último impulso de mi cuerpo humano, formulo la palabra y la susurro a través de labios medio helados.

—Tucker...

Entonces la oscuridad me absorbe.

AUGUSTO

Sus ojos están abiertos, pero sé lo que ve: nada. Puedo recordar la nada.

—Deberías cerrar sus ojos —dice el chico de cabello negro. Se limpia la nariz con la manga—. ¿Qué le inyectaste? ¿Fue medicina o algo así?

No puedo moverme. No quiero cerrar los ojos ni dejar de mirarla. Sé que cuando los vuelva a abrir, si los vuelve a abrir, ya no será mi Diente de León. Incluso ahora hay manchas negras en su cabello dorado, venas de telarañas en su piel, ya no la cálida luz solar marrón, sino gris como una nube de tormenta. Gris como la mía.

—Supongo que no funcionó. A no ser que... Bueno, ella iba a morir de todos modos. Creo que la flecha atravesó su columna —sus lágrimas son tan claras como el hielo, a diferencia de las mías. Huelen a sal y pena—. Ella tenía mucho dolor.

Intento respirar, pero se siente como tragar garras y dientes.

—Tienes que volver a ponerte la máscara —dice el chico, alcanzándola.

Cuando sus dedos están a unos centímetros de distancia, los tentáculos del tubo de respiración surgen y se enrollan alrededor de su mano.

—¡Arg! ¡Quítamelo! —dice. Pero la máscara lo rechaza, los tentáculos lo sueltan y se enredan nuevamente—. ¿Qué carajos es eso?

Intento respirar otra vez. Pero antes de ponerme la máscara, me inclino y beso los labios fríos de Diente de León. Y cierro sus ojos.

El chico mira hacia otro lado mientras me coloco la máscara y los tubos

encuentran mi nariz y mi boca, ahogándome y haciéndome toser. Cuando termino, soy recompensado, o castigado tal vez, con una explosión de jarabe de babosas. El alivio del dolor dura sólo un momento, porque me aferro a Diente de León y recuerdo que se ha ido. Y no estoy seguro de cómo traerla de vuelta.

La levanto entre mis brazos y la abrazo con fuerza. Mi mente lucha con el fluido anestésico, intenta aferrarse al sentimiento de perderla. Creo que si pierdo eso, lo perderé todo. Si me deja de importar, mataré al chico de cabello negro y dejaré a Diente de León en algún lugar para que los otros la recojan. Ellos saben cómo traerla de vuelta, pero entonces yo la habré perdido para siempre. Ellos le cortarán partes: su mente, su corazón, la parte que suplicó por la vida, la parte que me dijo que tengo una opción. Me aferro al dolor y deseo haberle dicho más cosas, que tenía una voz para decirle cuánto la amo. Lo soportaré hasta que esté seguro de que el dolor ha esculpido una marca permanente en mi cerebro de jarabe.

—La tierra es demasiado dura aquí para enterrarla —dice el chico de cabello negro—. Pero podríamos hacer una pila de rocas, hay suficientes —hace una mueca al mirar el cuerpo desparramado en un charco de sangre—. Para Liam también. Debemos cubrirlos.

Lo ignoro, acerco a Diente de León, presiono mi rostro en su cabello. Después de un momento, siento la mano del chico en mi hombro.

—Era muy especial, ¿cierto?

Antes de que pueda detenerme, le siseo. Él retrocede.

—No de esa manera... Nunca hubo nada entre nosotros... Sólo éramos amigos, ¿sabes? Ella te lo explicó, ¿cierto?

Pongo mi rostro de regreso en su cabello.

—En serio. Debemos, ya sabes, enterrarlos o lo que sea.

Estúpido humano. Estoy de vuelta en donde empecé. No conoce mis palabras ni entiende lo que ha sucedido. Y está aterrorizado de mí. Lo odio. Podría romperlo en dos y arrojarlo colina abajo.

No. Piensa. Él y yo somos iguales. Mirándolo, me pregunto ahora cómo podría haber creído que yo era tan diferente de los humanos.

Piensa.

Los párpados de Diente de León están cubiertos de venas negras. El olor de su cabello. Ya no hay agujas de pino ahora. Carbón. Como yo. Muerta pero no muerta.

Detenida.

Yo también podría haber sido alguien más. Todos podríamos haberlo sido.

Intento exhalar el odio por el chico de cabello negro. Le prometí a Diente de León que lo salvaría. Y lo haré, pero primero...

Ella quiso algo más en su último segundo.

—*Tucker* —intento decir.

—Lo siento. No sé qué significa eso.

Cierro los ojos detrás de la máscara y trato de recordar las formas, las letras. Sé que puedo leer. Puedo hacer cartas también. Recuerda.

Trazo letras en la nieve entre nosotros.

T U K R

—Ah. Estoy seguro de que ella dijo eso porque, ¿sabes?, tu vida al parecer pasa delante de tus ojos cuando mueres. Pero él ya lleva mucho tiempo muerto.

—*Tucker no morir* —es curioso cómo no estoy seguro de cuándo exactamente me di cuenta.

—Lo siento, yo no...

Gruño con frustración, y el de cabello negro retrocede.

—*Tucker y Diente León no morir*.

Se encoge de hombros. Es injusto cómo los humanos pueden poner una disculpa en su rostro con tanta facilidad. O cualquier sentimiento. Es difícil permanecer enojado con ellos.

Xander. Necesita un nombre en señas.

Dibujo una Z en la nieve y lo señalo.

—Sí. En realidad es X, pero... —vuelvo a gruñir—. Tendré que luchar todos los días para no matar a éste—. No, Z está bien, Z entonces —dice, levantando las manos.

Hago una Z en el aire y lo señalo. Entonces hago la seña de mi nombre.

—*Octavo Ciclo Luna*.

No lo he usado desde que Diente de León me cambió de nombre.

—Augusto, ¿verdad? Yo soy Xander, Xander Liu —extiende su mano expectante. Me toma un momento, pero alguna astilla de la memoria finalmente sale a la superficie, y estiro mi mano. Nos estrechamos la mano como amigos. Me sonrío, aunque todavía hay lágrimas en sus ojos. Sus dientes son grandes y blancos.

Tal vez no resulte tan difícil no arrojarlo de un acantilado.

Estoy en pie con Diente de León en mis brazos. Luego indico a Xander con la cabeza y las manos que debe recoger y llevar las armas. Encontraremos más en el camino. También necesita ropa y comida.

—*Seguir* —hago la seña, y él parece entender. Me vuelvo y comienzo a caminar por la meseta. En la ciudad donde encontraré ropa y comida para él, espero que podamos encontrar también un vehículo.

Xander me mira caminar por un momento, y parte de mí espera que no me siga. Tal vez regrese a la base y continúe planeando batallas que nunca podrá ganar.

—¿No deberíamos enterrarla? —dice por fin, corriendo tras de mí—. Quiero decir, ¿no vas seguir cargándola, cierto? Es tan raro.

Lo ignoro. Llegamos al borde de la meseta y salto los cinco metros hasta el sendero de abajo. Xander se apresura a bajar detrás de mí, pero no lo espero.

—No puedes andar cargando a un humano muerto por ahí. Es irrespetuoso. Quiero decir, podemos dejar a Liam, supongo, pero necesitamos enterrar a Raven.

Me alejo. Puedo oír sus pasos detrás de mí.

—Ella está muerta, ¿cierto? ¿lo está?

Sigo caminando, dirigido por un propósito. Aunque mis ojos están abiertos, es todo lo que puedo ver.

—¿Lo está? —grita Xander.

Tal vez podría volverme y explicárselo. Podría facilitar las cosas.

Debo explicar lo que creo que ha sucedido. Está sucediendo. Sucederá. Podría intentar explicarlo.

Pero no conozco las palabras.

AGRADECIMIENTOS

Escribir es un trabajo solitario y, a menudo, para cuando el libro está terminado, siento que soy la única persona en la Tierra, luchando sola y sin amor en un vacío desconsiderado.

Y luego me recupero.

Si estás leyendo esto, hay mucha gente que me ayudó a conseguir que este libro llegara hasta tus ojos, oídos o dedos, y a tu cerebro: el librero, el bibliotecario, el padre, el maestro o el amigo que lo puso en tus manos, por ejemplo, y los blogueros y críticos que alertaron al mundo de su existencia. Todos reciban mi más sincero agradecimiento. Si no fuera por ellos, estaríamos acumulando libros en almacenes preguntándonos por qué no tenemos dinero para comer.

Luego están las personas que lograron que tú leyeras un *libro* publicado y no sólo cuatrocientas páginas de insensibles divagaciones garabateadas en el reverso de los menús de restaurantes de cadena. El inventor de la computadora portátil es un ejemplo, y Bill Gates (bendito sea) por crear Microsoft Word.

Pero hablando en serio, y sobre todo, el equipo de Simon & Schuster Books for Young Readers condujo y moldeó este libro hasta que cumplió con sus exigentes normas. Zareen Jaffrey y Mekisha Telfer merecen un agradecimiento especial: trabajar con ustedes ha sido un sueño. Sarah y Nita, de Simon & Schuster Canada, y Jane, de S&S UK, todos en Océano e

Intrinseca, así como Heather Baror-Shapiro, que ha trabajado en todos los acuerdos internacionales. Y Lizzy Bromley por diseñar una portada ridículamente genial.

Hablando de acuerdos, Barbara Poelle merece un párrafo completo de agradecimiento. La primera vez que hablamos por teléfono, mencioné *alcanzar la luna* y ella se subió a bordo ¡y nos condujo a mí y a mi libro más allá de la órbita de Plutón! Eres la agente de mis sueños, Barbara. Brindo por los muchos, *muchos* libros míos que enviarás al espacio. Gracias también a Brita Lundberg y a todos los demás miembros de Irene Goodman Literary Agency por todo su trabajo incansable en contratos y pagos y por su magnificencia en general. ¡LOS AMO, CHICOS!

Y luego están los lectores —no, tú no, aunque también eres grande—, los primeros lectores que se tomaron el tiempo para revisar este manuscrito en varias etapas para ayudarme a estar segura de que tenía algo bueno y no horripilante. Hannah Gómez y Jenna Beacom, lectores iniciales que se enfrentaron con ojo crítico a la descripción de la identidad y el lenguaje, y Calais LaFontaine por sus respuestas sobre la cultura métis. Angie Fleming en Pinkindle por su rigurosa lectura; Deb McIntyre y Becka McIntosh por sus copiosas notas de edición, y A. J. Downey por insistir en que sí, de hecho, era un buen libro y merecía un buen acuerdo editorial. ¡Gracias a todos!

Gracias a la organización NaNoWriMo por proporcionar el impulso que necesitaba para escribir el primer borrador de este libro un frío noviembre de 2011.

Como siempre, mi familia está ligeramente desconcertada, pero sigue siendo mi apoyo. Mi esposo, Len, y mi hija, Lucy, me inspiran tanto como me toleran. Mis hermanas y mi madre encantadoras son mis más grandes admiradoras.

Muchas gracias a todos.



Foto: Erika Forest

G. S. Prendergast es escritora, profesora y diseñadora. Autora de numerosos libros juveniles, ha recibido varios premios y nominaciones por sus novelas en verso: *Audacious* y *Capricious*. Actualmente radica en Vancouver, Canadá.

angelhornpages.wordpress.com

 @GabrielleSaraP

El lenguaje de señas descrito en este libro es ficticio y no se basa en el empleado en ningún sistema existente. Cualquier semejanza es producto de la coincidencia. Si está interesado en los lenguajes de señas utilizados por los sordos, busque información en instituciones y organizaciones de su comunidad.

CERO SE REPITE SIEMPRE

Título original: *Zero Repeat Forever*

© 2017, Gabrielle Prendergast

Publicado según acuerdo con el autor y/o Baror International, Inc., Armonk, New York, USA

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Ilustraciones de portada: © 2017, I Love Dust

Diseño de portada: Lizzy Bromley

Diseño de interiores: Hilary Zarycky

Adaptación de portada en español: Francisco Ibarra

D.R. © 2018, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

D.R. © 2018, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Eugenio Sue 55, Col. Polanco Chapultepec

C.P. 11560, Miguel Hidalgo, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición en libro electrónico: enero, 2018

eISBN: 978-607-527-478-2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:
Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO



GRANTRAVESÍA



www.oceano.mx



GRANTRAVESÍA

www.grantravesia.com



www.facebook.com/oceanograntravesia



www.twitter.com/oceanoGTravesia



www.youtube.com/user/oceanotravesia



www.instagram.com/grantravesia

Octavo
Raven
Octavo
Raven

TERCERA PARTE. INVIERNO

Octavo
Raven
Octavo
Raven
Octavo
Raven
Octavo
Raven
Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto

Raven
Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto

CUARTA PARTE. PRIMAVERA

Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto
Raven
Augusto

AGRADECIMIENTOS

Datos de la autora
Página de créditos